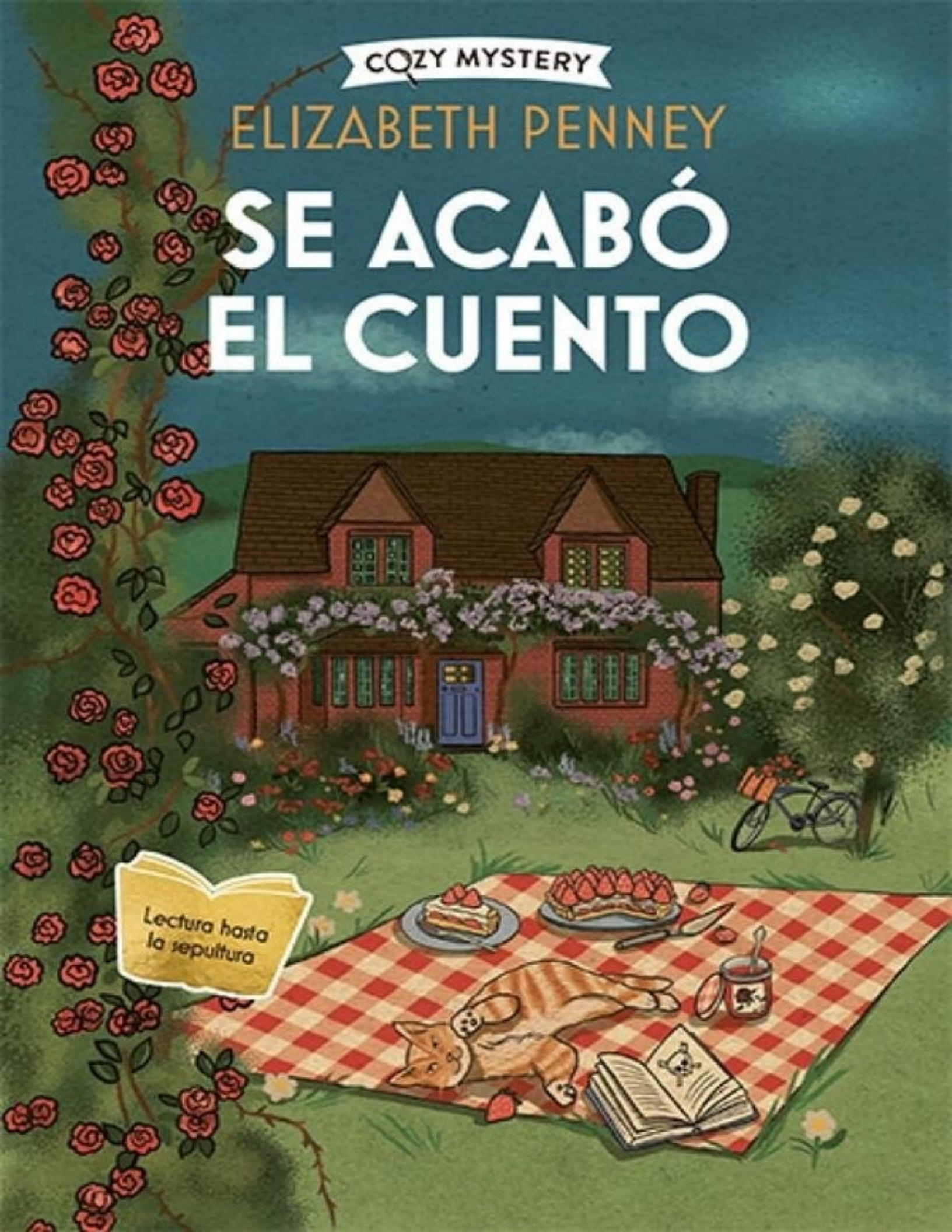

COZY MYSTERY
ELIZABETH PENNEY
SE ACABÓ EL CUENTO
Lectura hasta la sepultura

Tras mudarse a Cambridge, Molly Kimball disfruta de su nuevo día a día: es copropietaria de la librería familiar, vive rodeada de libros y de gatos, y para ver a Kieran, su novio, solo tiene que asomarse al local de al lado. Además, los encuentros con autores que organiza en la librería son todo un éxito, pese a que el primero terminase con un crimen mortal… La próxima invitada es Iona York, autora del clásico infantil Las niñas Strawberry. Cuando Molly la visita en su idílica casa de cuento, lo último que espera encontrar es un hombre muerto en el jardín. Para colmo, Poppy, la hija mayor de la escritora, no aparece por ningún sitio. Molly tiene claro que Las niñas Strawberry es mucho más que un cuento infantil y no dudará en sumergirse en su historia hasta dar respuesta a los crímenes del presente y del pasado.

Elizabeth Penney

# Se acabó el cuento

## Una librería en Cambridge

Una librería en Cambridge
2

Título original: *A Treacherous Tale*
Elizabeth Penney, 2022
Traducción: Laura Martín, 2025

---

Revisión: 1.0

 23/05/2025

*Para Charlotte y CiCi*

# CAPÍTULO UNO

Libros, libros, maravillosos libros. Taza en mano —me encanta el té, pero mis mañanas exigen café—, me detuve en mitad de la librería, deleitándome con las vistas. Polvorientos, con olor a moho, grabados en oro y modestos, apilados en mesas y embutidos en los estantes. Mirara donde mirase, libros.

¿Cómo había ocurrido? Aún me costaba creer que fuera copropietaria de Thomas Marlowe: Manuscritos e Infolios, una encantadora y destartalada librería de estilo Tudor, situada en el corazón de Cambridge, Inglaterra. ¿Existía alguna ciudad más dedicada al saber y la cultura en el mundo? Creía que no, teniendo en cuenta sus treinta y una facultades, el centenar o más de librerías y los numerosos y renombrados escritores que habían vivido allí a lo largo de los siglos.

Puck, el gato negro extraviado que me había adoptado a mí, se enroscó alrededor de mis tobillos, maullando, y lo aupé con el brazo libre para achucharlo. No solo era dueña de una librería, además tenía un gato —dos, contando a Clarence, el atigrado de la tienda—, había hecho nuevas amistades y salía con un hombre maravilloso, Kieran Scott, propietario del local de bicicletas de al lado. También era hijo de un lord inglés, algo a lo que mi mente estadounidense aún no había acabado de acostumbrarse.

—¿Molly? Ah, estás aquí. —Mi tía abuela, Violet Marlowe, asomó la cabeza por la puerta que conducía a la zona privada—. El

desayuno está listo.

Menuda y estilizada, con un moño bien alto y unas gafas bien grandes, tía Violet prácticamente era la última de una larga dinastía de Marlowes amantes de los libros. Unos meses antes le había escrito a mi madre explicándole que necesitaba ayuda, y aquí estábamos, arrancadas de Vermont y trasplantadas de vuelta al Viejo Mundo. Una oferta que no podíamos rechazar, sobre todo teniendo en cuenta que por culpa de los recortes me había quedado sin empleo en la biblioteca de mi ciudad, y mi madre y yo nos sentíamos perdidas tras el fallecimiento de mi padre, profesor universitario de historia. Había llegado el momento de empezar de nuevo.

—Genial —dije—, me muero de hambre.

El olorcillo a beicon frito se había colado por la puerta abierta y se me hizo la boca agua. Ni caso a lo que se dice sobre la cocina inglesa. Los platos elaborados con ingredientes locales eran fabulosos, a pesar de que el beicon de aquí y lo que yo comía en Estados Unidos no eran exactamente lo mismo.

—Vamos, Puck. —Un golpe sordo a mi espalda me dijo que Clarence, siempre dispuesto cuando se trataba de comida, había bajado de un salto de su sillón favorito—. Tú también, Clarence. —Nada más entrar en la cocina, pregunté—: ¿Aún sigue en pie lo de ir a ver a Iona York hoy?

A finales de ese mes, Iona York, autora de un clásico infantil, *Las niñas Strawberry*, haría una lectura del libro en nuestra tienda para celebrar la publicación de una nueva edición. Una de mis iniciativas para dar vida a la librería había sido organizar encuentros con autores. Hasta el momento, habían tenido bastante éxito, a pesar de que el primero se echó a perder por un asesinato cometido en el jardín.

—Había pensado en acercarnos después de desayunar —contestó tía Violet—. Quiero concretar los detalles y empezar a trabajar en la publicidad.

Un plato de huevos revueltos, beicon y una tostada gruesa de

pan integral me esperaba ya delante de la silla que solía ocupar. Dejé a Puck en el suelo, me senté a la mesa y me puse manos a la obra. Los gatos fueron a comprobar sus cuencos y dieron cuenta del pienso.

—*Las niñas Strawberry* tiene un trasfondo interesante —dijo tía Violet mientras tomaba asiento a mi lado. El plato de mi madre, que todavía no había bajado, se mantenía caliente sobre los fogones—. No sé si lo conoces.

Agucé los oídos.

—¿Tiene algo que ver con su marido?

Lo único que sabía era que el marido de Iona había muerto antes de que el libro se publicara, de lo que casi hacía dos décadas. Sus hijas, Poppy y Rose, habían servido de inspiración para los personajes principales, de modo que en esos momentos debían de tener veintitantos años. Unos pocos menos que yo.

Tía Violet asintió.

—Nathaniel era profesor numerario en la universidad. Impartía historia de la Alta Edad Media, y sus inquietudes también abarcaban el folclore y los cuentos de hadas anglosajones. La idea del cuento, que incorpora elementos folclóricos, fue suya, y Iona debía ilustrarlo. Tras el fallecimiento de Nathaniel, ella continuó adelante con el proyecto y utilizó las notas de su marido para escribir el libro, que se convirtió en un éxito de ventas instantáneo, como suele decirse, aunque creo que la tragedia influyó en cierta medida.

—¿Qué tragedia?

Me tragué mi impaciencia junto con un trozo de sabroso y salado beicon.

Se inclinó sobre la mesa y bajó la voz.

—Cayó de una torre que hay en los terrenos de Thornton Hall, que está pegado a Strawberry Cottage, tras una de las alocadas fiestas de Geoffrey Thornton. —Una mirada traviesa animó sus ojos —. Puede que yo también asistiera a una o dos.

—No lo dudo.

A pesar del aspecto de ratoncito de biblioteca de tía Violet, tenía

todo un pasado, que estaba descubriendo poco a poco.

Se puso seria.

—En cualquier caso, se supone que la caída de Nathaniel fue un accidente tras beber más de la cuenta durante la fiesta de la Noche de San Juan. Iona nunca ha entendido qué hacía allí arriba a aquellas horas. Y tampoco hubo testigos.

Se me ocurrió algo que me hizo estremecer.

—A lo mejor saltó. —Cielos, esperaba que no, sobre todo teniendo en cuenta que dejaba a dos niñas pequeñas y a una mujer. Sabía muy bien qué era perder un padre—. ¿La policía lo investigó?

—Seguro que sí —contestó tía Violet—. Supongo que encontraron motivos para considerarlo un accidente y cerraron el caso.

Yo no confiaba tanto como ella en las investigaciones de la policía, y menos después de que tía Violet hubiera sido sospechosa del asesinato del jardín y quedara libre de cargos gracias a mí y no a las autoridades, pero me abstuve de decir nada. A esas alturas, cualquier prueba que pudiera contradecir el dictamen de la causa de la muerte habría desaparecido hacía tiempo.

Unas pisadas ligeras sonaron en la escalera y mi madre, Nina Marlowe, entró en la cocina, vestida con una falda blanca y un jersey rosa y con una libreta de espiral en la mano.

—Buenos días a todo el mundo. —Nos saludó con una sonrisa en la que incluyó a los gatos, que en esos momentos estaban lamiéndose las patas después de desayunar—. ¿Qué tenemos hoy?

Dejó la libreta en la mesa antes de acercarse a los fogones, de donde recogió su plato.

A diferencia de mí, mi madre era menuda y llevaba una melenita corta y oscura que conjuntaba a la perfección con sus rasgos de duendecillo. Yo había salido a mi padre, por lo que era de altura y constitución medianas, pero había heredado el pelo de mi madre, si bien yo lo llevaba largo, y la nariz de los Marlowe, que me hacía mucha gracia reconocer en fotografías y retratos históricos. Puede que nuestros antepasados no nos dejaran mucho dinero, pero teníamos su característica, alargada y elegante nariz.

—Madre mía, qué pinta tiene esto —dijo, sentándose a la mesa con nosotras.

—Está delicioso —afirmé.

Mientras comíamos, le conté el plan de ir a ver a Iona York a Hazelhurst para concretar los detalles de la próxima lectura.

—Qué bien. —Mi madre se puso un poco tensa ante la mención de su pueblo natal. No había tenido una infancia feliz, y tras fugarse a Estados Unidos con mi padre, nunca más había vuelto a hablar de sus padres o su hermano mayor, Chris, con quien no volvió a retomar el contacto hasta que volvimos a Inglaterra para echar una mano con la librería. Tío Chris me caía bien; su mujer, Janice, no tanto, y tenían un hijo, Charlie, más o menos de la misma edad que yo. También congeniaba con él—. Yo me ocuparé de la tienda mientras estáis fuera y, entre un cliente y otro, trabajaré en una cosilla.

Le dio unos golpecitos a la libreta.

No sabía si preguntar.

—¿Un poema?

Tras la muerte de mi padre, fallecido el año anterior, mi madre, una poeta prestigiosa, había sufrido un bloqueo persistente. Le preocupaba que fuera permanente, pero yo esperaba que el tiempo acabara de cerrar las heridas y llenara de nuevo su pozo creativo. Si los libros eran mi vida, la poesía era la suya.

Mi madre pinchó un trozo de beicon y le dio un pequeño mordisco.

—Sí. Al menos el principio de uno.

—¡Pero qué bien!

Tía Violet y yo nos miramos sonriendo. Al final, mudarnos a Cambridge había sido una buena decisión. Aunque tampoco tenía muchas dudas.

Tras el desayuno, caminamos por Magpie Lane hasta el garaje donde tía Violet guardaba su Cortina dorado. A pesar de tener más

años que yo, el viejo turismo estaba inmaculado y el motor ronroneaba. George Flowers, un buen amigo y manitas ocasional de tía Violet, lo mantenía en perfecto estado. Al pensar en él, me di cuenta de cuánto echaba de menos su fanfarronería y su carácter bonachón. Estaba fuera de la ciudad, disfrutando de sus primeras vacaciones «en un porrón de años», como dijo él mismo.

Con tía Violet al volante y yo en el asiento del copiloto, en el lado izquierdo, una colocación a la que todavía no me había acostumbrado, recorrimos la calle adoquinada dando botes y pasamos frente a la cafetería, la tienda de bicicletas y el *pub*. Tras abrirnos camino por el laberinto de calles peatonales y de un solo carril que conformaban el centro histórico de Cambridge, nos incorporamos a la A14 y nos dirigimos al campo. Una vez que dejamos la autopista, la civilización dio paso a setos, campos y arboledas centenarias cubiertas de hiedra.

Al cabo de unos kilómetros, divisamos un conjunto de casas de campo y, momentos después, cruzamos el puente de arco sobre el río Ouse. En la otra orilla, un letrero precioso con un escudo de armas anunciaba: Hazelhurst.

¿Puede que se tratara del blasón de la familia Scott? Los padres de Kieran, lord Graham y *lady* Asha Scott, vivían en una espléndida mansión llamada Hazelhurst House, construida en 1482. Lo reconozco, he buscado en Google a su familia y esa casa magnífica e imponente. Además, después de que empezáramos a salir, me puse alertas en el móvil para que me avisara de cualquier fotografía nuestra que apareciera y que suelen publicarse con una frecuencia irritante.

El caso es que Kieran está considerado uno de los solteros de oro del país, así que toda persona con la que salga se ve sometida al escrutinio general… y a la imposición de un mote. El mío, después de que me sorprendieran despeinada por el viento y vestida con una camisa desvaída de franela, era «una belleza natural de Vermont». Supongo que podría ser peor. En este país, aún llaman plebeyos a la gente normal y corriente como yo, al menos en la prensa.

Habíamos llegado a Hazelhurst propiamente dicho y enfilamos con calma una calle estrecha, flanqueada de locales con fachadas históricas de ladrillo, piedra y yeso. Las macetas, las jardineras y los tiestos colgantes desbordados de flores aportaban color y alegría.

—Esta es la calle principal —dijo tía Violet—. Aquí tienen algunas tiendas que no están nada mal.

De la calle principal partían otras aún más pequeñas, en las que se intuían unas casitas preciosas en mitad de jardines floridos. Cuando pasamos junto a una iglesia imponente, con vidrieras arqueadas y un cementerio aledaño, me pregunté si alguno de mis antepasados estaría enterrado allí. Estaba bastante segura de que los de Kieran sí.

Dado que mi madre nunca mencionaba Hazelhurst, y lo visitaba menos aún, me alegré cuando tía Violet propuso ir a ver a Iona York, así podría satisfacer mi curiosidad sin incomodar a mi madre.

Una vez que atravesamos el pueblo, tomamos una pequeña carretera bordeada de setos, tan estrecha que recé para que no viniera ningún vehículo en dirección contraria. Después de dejar varias casas atrás, los setos dieron paso a campos, que se extendían a ambos lados. A la derecha, una mansión de piedra color crema y de dos plantas, con seis ventanas en la fachada y un frontón triangular, se alzaba sobre una suave elevación del terreno. Unos pilares, también de piedra, señalaban el camino de entrada, que estaba flanqueado de hayas cuyas copas se tocaban.

—Eso es Thornton Hall —me informó tía Violet—. Strawberry Cottage formaba parte de la propiedad.

—Es preciosa.

No aparté los ojos de la mansión hasta que la dejamos atrás, mientras trataba de asimilar hasta el último detalle. Me pregunté en qué parte de la finca estaría la torre donde Nathaniel sufrió el accidente, ya que no se veía desde la carretera.

A la izquierda, vimos a unas personas agachadas en los campos, inclinadas sobre una especie de trincheras. Unas tiendas de campaña los protegían del sol implacable. Una corredora vestida con

mallas de un rosa vivo y un top negro los observaba desde la cuneta, con la cara oculta bajo una visera calada y unas gafas de sol.

—¿Qué están haciendo? —pregunté.

Tía Violet aminoró la velocidad y alargó el cuello para echar un vistazo a los trabajadores.

—Ah, sí, ya había oído algo. La universidad dirige una excavación este verano. Un granjero estaba arando el campo cuando se topó con objetos antiguos de un poblado anglosajón.

Una oleada de emoción me recorrió las venas.

—¿Una excavación arqueológica? Siempre he querido visitar una.

La idea de que existieran vestigios de vidas pasadas bajo nuestros pies, a la espera de ser descubiertos, era algo que me llamaba la atención. En Inglaterra, eso podía comprender cualquier momento entre la prehistoria y el siglo anterior, a menudo superpuestos.

—Yo también. ¿Has oído hablar de Sutton Hoo? Yo lo llamo la versión británica de la tumba de Tutankamón. Pues dicen que este poblado corresponde más o menos al mismo periodo.

—Ah, sí, me suena. Han hecho una película. —Un filme reciente detallaba la excavación, llevada a cabo en 1939, de la tumba de un rey anglosajón del siglo VII en la que habían hallado enterrada una embarcación real. Tenía guardada *La excavación* en mi lista—. ¿Crees que encontrarán algún tesoro?

—Quizá —contestó tía Violet—. Sería emocionante, para el equipo y también para el propietario del terreno. —Hizo una mueca —. Hay que informar al Estado del hallazgo de cualquier tesoro, pero Geoffrey Thornton se llevará su tajada si un museo lo quiere.

—¿Y si no lo quieren? —pregunté. No me parecía justo que no pudiera quedarse con algo que habían encontrado en sus tierras.

Tía Violet volvió a pisar el acelerador y esquivó a la corredora, que seguía mirando. La saludé con la mano, pero no respondió.

—En ese caso, el dueño del terreno puede quedárselo.

Supuse que eso era mejor que nada.

Un poco más adelante, en el primer desvío a continuación de la mansión, tía Violet volvió a reducir la velocidad y puso el intermitente. Unas budleyas exuberantes, cubiertas de llamativas flores rosas, asfixiaban el camino de entrada y ocultaban la casa.

El edificio apareció a la vista de manera gradual. Primero, solo un atisbo de un tejado de paja entre los árboles. Luego, el camino dibujaba una curva que desembocaba en un claro.

—Madre mía —musité, estupefacta—. Es idéntica a la de *Las niñas Strawberry*.

La fachada de estuco blanco estaba cubierta de rosales trepadores de flores rosas. Las ventanas, de barrotillo, estaban entornadas y daban a un pequeño y exuberante jardín cercado por una valla. Cuando tía Violet apagó el motor, oí el zumbido de las abejas y el canto de los pájaros en los árboles frutales.

Al bajar del coche, sin hacer ruido para igualar el silencio que rodeaba aquella casa de ensueño, me pregunté qué otra cosa podría haber esperado. A pesar de ser un cuento de hadas, *Las niñas Strawberry* parecía una historia auténtica, como si estuviera inspirada en hechos reales. Un disparate, ¿verdad? O puede que no. Las niñas existían, como el edificio.

—No sé dónde andará Iona —dijo tía Violet echando un vistazo a su alrededor—. No veo su coche.

Yo tampoco, pero algo en lo alto me llamó la atención.

—Están cambiándole el tejado. —Señalé el andamio que habían levantado en el otro lado—. ¿Te imaginas que se trate de tío Chris?

Mi tío tenía una empresa de techado de cubiertas vegetales y, dado que vivía en Hazelhurst, la casa estaba en su zona de trabajo.

—Podría ser. —Tía Violet ladeó la cabeza para echarle un vistazo y se volvió cuando oímos el ruido de un motor—. Seguro que esa es Iona.

Un Mini verde destartalado apareció a la vista, avanzando entre botes. La mujer que iba al volante nos saludó con la mano al vernos. Aparcó junto a nosotras y bajó del coche. Iona era menuda y tenía una abundante melena rubia, sumamente rizada, y una sonrisa

cautivadora.

—Siento el retraso —se disculpó—. He tenido que salir a un recado y me ha llevado más tiempo del que esperaba.

Bronceada y pecosa, vestía unos pantalones pirata azul cielo de lino y una camisa blanca sin mangas.

—No pasa nada —aseguró tía Violet—. Acabamos de llegar.

—Tú debes de ser Molly —dijo Iona, acercándose a mí con la mano tendida—. Me alegro mucho de conocerte.

—Lo mismo digo. —Se la estreché—. Me encanta tu casa. Y también tu libro —me apresuré a añadir—. Es uno de mis preferidos.

—Molly es bibliotecaria —la informó tía Violet—. Así que no es un aval cualquiera.

—Me siento muy halagada, gracias. —Iona cogió un bolsón del coche—. Entremos. Pondré la tetera al fuego.

Caminó por delante de nosotras, abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarnos pasar. Entramos en un pequeño vestíbulo con suelo de piedra y una escalera que conducía arriba. A la izquierda había un salón de aspecto acogedor, con el techo surcado de vigas y una chimenea encastrada, abierto a la cocina.

—Tendríais que haber visto esto cuando lo compramos —dijo Iona, dejando la bolsa en la encimera—. Las habitaciones eran diminutas.

Nos llevó hasta una mesa larga situada debajo de una ventana con vistas al jardín trasero, en el que se distinguía un cenador de celosía blanca. El césped acababa en el bosque. Con un estremecimiento de emoción me di cuenta de que se trataba del Bosque Profundo *de Las niñas Strawberry*.

Mientras Iona llenaba una tetera en el fregadero y la colocaba en los fogones de la cocina AGA, situado en un rincón revestido de ladrillo, contemplé aquella cocina de campo digna de foto: una alacena antigua con platos de porcelana decorados con motivos orientales color azul, recipientes de cobre colgados de ganchos y macetas de hierbas aromáticas en el alféizar.

Nuestra anfitriona iba de un lado al otro mientas disponía las

tazas, la leche, el azúcar y un plato de galletas de crema.

—Estoy muy emocionada con lo de la lectura —confesó Iona mientras vertía agua humeante en una tetera—. Hace años de la última vez. —Se echó a reír—. La típica introvertida, escondida tras mis lápices y mis pinturas.

—No le veo nada malo —aseguró tía Violet—. Es difícil crear rodeada de gente.

—Algunos clientes ya han preguntado por el nuevo libro —dije. Para crear expectativa, había expuesto varias ediciones antiguas junto a un cartel donde se anunciaba el próximo lanzamiento. Mi difunto tío abuelo Tom sentía un profundo amor por la literatura infantil y me había propuesto continuar su legado.

—Tengo una edición anticipada, si la queréis. —Iona le puso la funda a la tetera, la llevó a la mesa, retiró una silla y se sentó—. Iré a buscarla después del té.

Emocionadas, tía Violet y yo intercambiamos una mirada.

—Menudo regalo —dijo tía Violet—. Gracias.

—No hay de qué.

Iona sirvió el té en las tazas y luego nos las pasó, tras lo que empleamos los dos minutos siguientes en adulterarlo. A mí me gustaba con leche, sin azúcar y fuerte. El té suave sabe a agua sucia.

—Hemos visto a los arqueólogos en el yacimiento de Thornton Hall —dije para romper el silencio—. Es fascinante.

Iona asintió mientras cogía una galleta.

—Sí que lo es. Mucho. Mis dos hijas trabajan allí, así que las veo casi a diario. —Bebió un sorbo de té—. Poppy está sacándose un posgrado en arqueología, igual que su prometido, Ben. Rose es la bocetista de la excavación.

—No sabía que aún usaran artistas —dije—. Qué profesión más interesante.

—Es bastante técnica —señaló Iona—. Está aprendiendo mucho. No sé si seguirá en lo mismo o hará otra cosa.

—Puede que acabe ilustrando libros, como su madre —apuntó tía

Violet.

Iona sonrió.

—Estamos hablando de hacer uno juntas. Poppy se encargará del texto.

Se me puso la piel de gallina al oír aquello.

—Es maravilloso. Seguro que será un éxito de ventas.

Estaba convencida de que el mundo editorial se abalanzaría sobre otro libro de Iona York.

—Ya veremos —dijo la mujer sin perder la sonrisa—. De la inspiración a la materialización hay mucho trecho. —Bajó la mirada y su estado de ánimo pareció cambiar mientras trazaba círculos sobre el mantel con un dedo—. Ojalá Nathaniel estuviera vivo para ver su libro publicado.

—Fue una tragedia —afirmó tía Violet, comprensiva—. Una pérdida terrible.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Iona cuando alargó la mano hacia la servilleta.

—Disculpad, no quería ponerme sentimental —dijo, secándoselas con unos toquecitos—. Me encanta la nueva edición, y el dinero me ha venido muy bien, pero me lo ha recordado todo otra vez. ¿Por qué estaba en la torre? ¿Por qué cayó? —Se le rompió la voz.

Me quedé helada. Su pesar me trajo recuerdos dolorosos de cuando perdí a mi padre. ¿Por qué murió tan joven de cáncer? Algunas preguntas no tenían respuesta.

Por fortuna, dado que yo era incapaz de moverme, tía Violet se levantó de inmediato y se acercó a Iona para abrazarla y ofrecerle unas palabras de consuelo. Al cabo de un momento, Iona se separó con suavidad.

—Perdonadme. —Se echó a reír antes de sonarse la nariz—. No tenía previsto sufrir una crisis.

—Estas cosas son como son —dijo tía Violet, retomando su asiento.

—Lo peor de todo, bueno, lo siguiente peor, es que yo no quería que fuese a esa fiesta. —Iona arrugó la servilleta atrapándola en el

puño—. Poppy había estado enferma y no nos quedaban fuerzas, pero cuando se trataba de Geoffrey Thornton, Nate no sabía decir que no. He de reconocer que lo pasabas muy bien en sus fiestas. Conversación inteligente, buena comida y alcohol a raudales. Un gran grupo de amigos, la verdad. Pero, Nate… —Apretó los labios—. Bebía demasiado. Con el tiempo, he comprendido que seguramente se automedicaba. Odiaba tomar medicamentos para su depresión. Decía que lo embotaban y lo aletargaban.

Me asaltó una idea escalofriante. ¿Nate se habría suicidado? La sombra de sospecha que descubrí en la mirada de tía Violet me dijo que ella también pensaba lo mismo. Pobre Iona, qué horror vivir con la duda tantos años.

—Lo siento de veras —dijo tía Violet—. Era un hombre brillante. Sé lo mucho que os quería a ti y a las niñas.

La expresión atormentada de Iona se suavizó.

—Gracias por tus palabras, Violet. Significan mucho para mí. —Se puso de pie y lanzó la servilleta a la basura—. Bueno, ya está bien de hablar de mis problemas. ¿Queréis que os enseñe el jardín? Está precioso en esta época del año.

—Me encantaría —dije, apurando el té. Visitar la casa y sus alrededores sería como entrar en el cuento de hadas.

Salimos con Iona por la puerta trasera y la seguimos mientras nos mostraba el huerto, los cerezos, los ciruelos y los manzanos, los arbustos de frutos silvestres y, naturalmente, el fresal.

—Este lo plantamos en homenaje a las niñas Strawberry —dijo Iona, arrancando dos fresas rojas y maduras y tendiéndonoslas con una sonrisa—. Las cultivamos todos los años.

—¿Quién te está arreglando el tejado de paja? —Quise saber, viendo que ya habían retirado un tramo de la parte posterior.

Iona lo miró un momento.

—Chris Marlowe. —Se volvió hacia mí—. ¿Sois familia?

—Es mi tío —dije—. Me preguntaba si sería cosa suya.

Se paseó por el césped mientras estudiaba el tejado.

—Ha estado aquí esta mañana. Espero que vuelva. Es posible

que luego llueva.

Una vez más, la seguimos mientras nos acompañaba al otro extremo de la casa.

Lo primero en lo que me fijé fue en un arbusto de hortensias aplastadas con la forma de algo que no supe distinguir, seguramente el culpable, que había caído al lado. Qué lástima. ¿Tío Chris había lanzado un haz de paja al contenedor en el que recogería el tejado viejo y no había acertado?

Cuando nos acercamos, el bulto de los arbustos resultó ser un montón de ropa. Hasta que al final, y para mi horror, comprendí qué era en realidad: el cuerpo de un hombre.

# CAPÍTULO DOS

Las tres nos apelotonamos como patitos asustados. A pesar de que su furgoneta no estaba, el primer y espantoso pensamiento que me vino a la cabeza fue que tío Chris se había caído del tejado, pero después de echar un vistazo fugaz al cuerpo, comprobé que no lo conocía. Se trataba de un hombre delgado, no muy alto y de pelo canoso que vestía pantalones, chaleco y una camisa de botones con las mangas enrolladas. A juzgar por la posición del cuello, era evidente que estaba muerto.

—¿Quién es? —susurró tía Violet—. ¿Lo conoces, Iona?

La pregunta no estaba de más, dado que todo indicaba que se había caído desde su tejado. Iona me puso su mano pequeña y sudorosa en el brazo.

—Es Robin Jones. Un viejo amigo. ¿Qué hacía allí arriba?

Eso querríamos saber todas. Los andamios carecían de barandillas que previnieran una caída. Busqué el móvil.

—Voy a llamar a la policía. ¿Por qué no esperamos dentro?

—Haré más té.

Iona se adelantó con paso veloz. Me pareció una respuesta de lo más británica. Y el té era reconfortante en casi todas las circunstancias.

Marqué el 999 y empecé a caminar sin prisa mientras esperaba a que respondieran. Tía Violet me seguía al lado.

—Hola, soy Molly Kimball —dije cuando contestaron—. Estoy en

Strawberry Cottage, en Hazelhurst, y… y hemos encontrado a un hombre… —Hice una pausa para tomar aire—. Está muerto.

Oí un teclado.

—¿Estaba enfermo? ¿Ha sido un accidente?

—No lo sé. Parece que se ha caído del tejado. Se llama Robin Jones. La dueña de la casa lo ha identificado. Iona York.

—El veinte de Thornton Lane —me susurró tía Violet—. Es la dirección.

Retransmití la información.

—Enseguida enviamos una patrulla —dijo la operadora—. ¿Hay alguien en peligro? ¿Existe alguna amenaza para su integridad física?

El miedo se apoderó de mí al oír aquello. Ni se me había pasado por la cabeza que pudiera haber alguien acechándonos con intención de atacarnos.

—Espero que no. —Eché un vistazo a mi alrededor y luego me volví hacia el bosque—. No veo a nadie en la propiedad. —Me tembló la voz—. Estoy con mi tía y Iona York. Ninguna de nosotras estaba aquí cuando sucedió.

Tía Violet y yo no habíamos tirado a Robin del tejado. ¿Y Iona? Había salido cuando nosotras llegamos, pero podría haberlo hecho para despistarnos. Podría haberse apostado en algún lugar de la carretera, a nuestra espera. Si algo había aprendido era que la muerte te hacía sospechar de todo el mundo.

—¿Quiere que siga al teléfono? —preguntó la operadora.

—Quizá sí —Tenía el corazón desbocado y me sudaban las axilas —. Por favor.

Aunque Iona, o quien fuera, no hubiera empujado a Robin, era innegable que se trataba de la segunda caída misteriosa que se producía en los alrededores. Puede que hiciera veinte años de la anterior, pero, por lo que me habían contado, la muerte del marido de Iona había sido sorprendentemente similar…

Una súbita ráfaga de viento susurró entre los árboles y, a pesar de la belleza idílica del lugar, me recorrió un escalofrío. Quizá estaba

dejando volar la imaginación, pero tenía la sensación de que allí había algo siniestro. ¿El asesino de Robin nos vigilaba desde el bosque?

Dimos un respingo al oír que llamaban a la puerta. Estábamos sentadas a la mesa de la cocina, con el té ya frío delante de nosotras, ensimismadas en nuestros pensamientos.

—¿Quién será?

El miedo se reflejaba en la mirada de Iona. Me pregunté si estaría reviviendo la inesperada muerte de Nate, también tras caer de un tejado en el que no tenía ningún motivo para estar.

—Seguramente, la policía —dije, enderezándome y levantándome —. Ya voy yo.

Arrastré los pies por el salón hasta la puerta de entrada, donde entreví un coche patrulla aparcado detrás del Cortina. En ese momento también llegaba una ambulancia.

Abrí la puerta y me topé con el inspector Sean Ryan y la agente que solía acompañarlo, la subinspectora Gita Adhikari. No solía verlo a menudo, pero cuando ocurría, siempre trabajaba con la subinspectora. Ryan era de la edad de mi madre, y muy atractivo, pero bastante intimidante. La subinspectora Adhikari era guapísima, con el pelo brillante y recogido bajo la gorra y unas facciones muy atractivas.

—Señorita Kimball. —El inspector se tocó la cabeza a modo de saludo—. ¿Ha informado usted del incidente?

—Sí. —Volví la vista hacia tía Violet y Iona, que seguían sentadas a la mesa de la cocina, mirándonos—. ¿Quiere que le enseñe, eeeh…, el cuerpo?

Era lo último que me apetecía, pero no pensaba pedírselo a ninguna de las dos.

—Subinspectora, ¿por qué no habla con las demás testigos? —le sugirió el inspector Ryan—. Tómeles una declaración inicial.

—Enseguida.

Adhikari se dirigió a la puerta en actitud profesional, alejada de su aire amistoso habitual.

Me aparté a un lado para que pasara y luego salí para acompañar al inspector Ryan.

—Podemos dar la vuelta por aquí —dije, y eché a andar por un camino de losas de piedra que rodeaba la casa, muy consciente de que el agente me seguía de cerca. Cuando llegamos a la esquina, me detuve y dije—: Está ahí detrás, debajo del andamio. Aterrizó sobre unos arbustos.

Mientras el inspector Ryan continuaba adelante, yo me volví y me rodeé con los brazos. El jardín lateral también lindaba con el bosque, de tal espesor que parecía impenetrable. Sobre mi cabeza, una ardilla correteó por una rama y se puso a parlotear, como si me regañara por invadir su espacio.

Con expresión adusta, el inspector Ryan volvió a aparecer por la esquina.

—Señorita Kimball. Tengo que hablar con el equipo, pero luego querré hacerlo con usted. —Echó un vistazo a su alrededor—. ¿Puede esperarme en algún sitio?

Acababa de llegar otro coche patrulla. Los agentes bajaron del coche y cerraron las puertas de un portazo. Los técnicos de emergencias estaban junto a la ambulancia, aguardando instrucciones.

—¿Qué le parece ese banco? —Señalé un asiento de madera colocado debajo de una pérgola de rosas—. Estaré allí.

Las rosas blancas impregnaban el aire de su perfume dulzón. Allí debajo, a resguardo, casi tenía la sensación de estar escondida mientras los agentes se ponían manos a la obra. La gente iba de aquí para allá. Llegó otro coche más. El forense, supuse, dado que vestía como un civil. Llevaba una bolsa y desapareció por la esquina.

Viendo que nadie me prestaba atención, saqué el móvil y escribí «Robin Jones, Hazelhurst», dando por sentado que vivía en el pueblo. Si no obtenía resultados, ampliaría la búsqueda.

Ajá. Una lista de enlaces se desplegó en la pantalla. El primero

correspondía a Antigüedades Jones & Company, Hazelhurst. Cuando lo abrí, apareció una página web de antigüedades, llena de fotografías de muebles, cuadros y objetos decorativos. Vaya. Y bastante caros.

¿Qué hacía un anticuario en el tejado de una casa de campo? Dudaba mucho que le interesaran los haces de paja viejos y mohosos. Era todo muy extraño.

Una furgoneta enfiló tranquilamente el camino de entrada y se detuvo de sopetón cuando el conductor vio todos los vehículos aparcados. Conforme se acercaba un agente, la persona al volante bajó la ventanilla y en ese momento reconocí su pelo canoso y sus atractivas facciones. Mi tío había vuelto.

Me levanté de un salto del banco y casi eché a correr.

—Tío Chris.

Asomó la cabeza y echó un vistazo más allá del agente.

—Molly. ¿Qué haces aquí?

—Hemos venido a ver a Iona. Dentro de poco hará una lectura de su libro en la tienda.

El agente me fulminó con la mirada y retrocedí, consciente de que estaba extralimitándome.

Mi tío palideció.

—¿Iona está bien? —preguntó con voz ronca.

—Sí, sí. Un poco agitada, pero está bien.

—Bueno, señorita —dijo el agente—. Debo pedirle que se contenga. Vuelva donde estaba y espere al inspector.

No pude resistirme a sonreírle con insolencia, a pesar de las circunstancias.

—Sí, señor. —Señalé el banco—. Estaré ahí, tío Chris.

Alejándome lo más despacio posible, oí que el agente preguntaba:

—Dígame, señor Marlowe, ¿por qué está hoy aquí?

Era obvio, pero supuse que debían seguir el protocolo.

—Estoy reacondicionando el tejado —contestó tío Chris—. He hecho un descanso y, cuando he vuelto, me he encontrado con todo

esto. ¿Qué ha pasado?

—Ya llegaremos a eso —dijo el agente. Volvió a lanzarme una mirada de pocos amigos y apreté el paso.

De vuelta en el banco, abrí de nuevo la página web de antigüedades. En la sección «Quiénes somos», leí: «Nacido con un don para encontrar tesoros en los basureros, Robin se dedica a las antigüedades desde finales de la década de 1990. Está especializado en muebles, objetos decorativos y servicios de mesa, sobre todo en vajillas de porcelana y cubertería de plata y oro de los siglos XVIII y XIX. También vende obras de arte selectas y joyas antiguas».

Pues muy bien, pero seguía sin saber qué hacía en el tejado. ¿Curioseando, quizá? El techado de paja era un oficio interesante. Esperaba que mi tío me llevara con él un día para verlo trabajar.

Cerré la página web y abrí una red social popular. Robin tenía una cuenta personal, bastante privada, pero pude ver algunas publicaciones y fotografías. Eché un vistazo a la más reciente, en la que aparecían una mujer rubia con gafas de sol y él sentados en la terraza de una cafetería, brindando con unas copas de vino. Ella me sonaba de algo, así que amplié la foto.

—Señorita Kimball.

El teléfono salió disparado de mi mano del respingo y aterrizó debajo del rosal.

—Inspector. No lo había visto.

Me habría gustado recuperar el móvil, pero pensé que sería mejor que lo dejara donde estaba.

Mi pretensión de hacer como que no existía fue un fracaso. El inspector se aclaró la garganta, se agachó y consiguió sacarlo de entre las espinas sin llevarse ni un solo arañazo.

—Espero que no estuviera colgando la noticia en las redes sociales.

Como viera la página de Robin… Lancé un suspiro cuando comprobé que la pantalla se apagaba.

—No. No, ¿cómo iba a hacer algo así? Ni siquiera he llamado a mi madre.

Había lanzado un globo táctico y me vi recompensada cuando se le enrojecieron las orejas, solo un poco. Había notado cierta conexión entre ellos durante el primer caso de asesinato y, aunque mi madre no estaba preparada para volver a salir con nadie, él no lo sabía.

—Su madre. —Me hizo una seña para que le dejara sitio y se sentó a mi lado—. ¿Cómo está?

—Bien. Trabajando en la librería.

Qué afortunada ella. Junté las manos y esperé las preguntas con la sensación de encontrarme en el despacho del director. O en una reunión de trabajo, durante una revisión anual poco halagüeña. Aunque no hubiera hecho nada de nada, siempre resultaba incómodo que te interrogara la policía.

El inspector Ryan sacó su dispositivo y se preparó para tomar nota.

—Señorita Kimball. Dígame qué ha ocurrido, empezando por el motivo por el que se encuentra aquí.

Repasé todo lo que habíamos hecho esa mañana y le expliqué que Iona York era una de las autoras con las que teníamos una lectura programada.

—Habíamos quedado a las diez, así que puede que llegáramos unos minutos antes. Iona no estaba, pero apareció muy poco después. Tío Chris tampoco estaba aquí.

—¿No vio al señor Jones en la propiedad, ya fuera en el jardín o dentro de la casa?

—No. Ni siquiera oímos que cayera. —Tenía las manos unidas con tanta fuerza que me dolían los dedos—. Ni pisadas en el tejado, ahora que lo pienso. Debía de estar allí… desde el principio.

Qué horrible pensar que mientras estábamos tomando té y comiendo galletas, había un cadáver fuera.

—¿Quién lo ha identificado? —Quiso saber. Otra pregunta obvia, dado que yo ya lo había mencionado cuando había llamado al 999.

—Iona. Dijo que era un viejo amigo. Yo es la primera vez que lo veo. No sé tía Violet. Ella conoce a mucha gente de por aquí. —Me

mordí la lengua. Lo último que deseaba era colocar a mi tía abuela en la línea de fuego. En la que ya había estado—. Por cierto, yo soy su coartada. Hemos estado juntas toda la mañana. Me preparó el desayuno.

Enarcó una ceja y me miró de soslayo, pero no hizo ningún comentario.

—¿El señor Marlowe estaba aquí cuando llegaron? —Cuando respondí que no, preguntó—: ¿Vio su vehículo de camino hacia aquí? ¿Se lo cruzaron por la carretera o en Hazelhurst?

Oh, no. Quien se encontraba en su punto de mira era mi tío, no tía Violet. Por lo visto, mi familia tenía una habilidad especial para hallarse cerca cuando se producían muertes sospechosas. Lo último que hubiera esperado de mis parientes británicos.

—Mmm… no, la verdad es que no. De hecho, ni siquiera sabía que estaba trabajando aquí hasta que vi el andamio y Iona me dijo que era suyo.

Eché un vistazo a la furgoneta. Tío Chris había bajado del vehículo y estaba al lado, fumando. Vaya. Ignoraba que fumara. Bueno, en realidad, lo ignoraba casi todo de él, ya que el distanciamiento de nuestras familias no se había resuelto hasta hacía poco. Al ver que miraba en su dirección, levantó el cigarrillo a modo de saludo. Quise responder con un gesto de la mano, pero me contuve pensando que el inspector podría interpretarlo como algún tipo de señal.

Ryan escribió algo.

—Creo que eso es todo de momento, señorita Kimball. Podrán irse cuando hayamos acabado de hablar con su tía. —Me sonrió con los labios apretados—. Ya sabemos dónde encontrarla.

Respondí a su supuesta broma con un leve gruñido.

—Entonces, dígame, ¿ha sido un accidente? ¿O…? —Dejé la frase en puntos suspensivos.

Él se retiró hacia atrás con el ceño fruncido.

—No puedo decírselo.

—Ya me lo imaginaba.

Pero no se perdía nada por probar. Cuando me levanté, una pareja de jóvenes entró en el patio a lomos de una Vespa; el joven iba delante y la chica detrás.

—Tenemos compañía.

¿Quiénes eran? Cuando bajaron de la moto y se quitaron los cascos, creí adivinarlo. La chica, que tenía el mismo pelo que Iona, debía de ser una de sus hijas. Después de mirar la ambulancia y los coches patrulla con cara de espanto, vio al inspector Ryan y echó a correr hacia nosotros. El chico la siguió.

—¿Qué ocurre? —exclamó cuando se acercó—. ¿Mamá está bien? ¿Y Poppy?

—Espere —dijo el inspector Ryan—. Su madre está bien. ¿Quién es Poppy?

—Mi hermana. —Miró a su alrededor, angustiada—. Se ha ido de la excavación y no ha vuelto.

La chica debía de ser Rose, la hermana pequeña.

—No la he visto —dije.

¿Estaría Poppy implicada en la muerte de Robin? ¿Se había pasado por allí, lo había empujado y luego se había ido? Era posible, aunque ignoraba por qué podría haberlo hecho. Me estremecí ligeramente. ¿Qué necesidad tenía de darle tantas vueltas? Juntar las piezas del puzle era trabajo de la policía.

El inspector Ryan puso las antenas.

—¿Cuándo ha abandonado la excavación? —preguntó con sequedad—. Solo para clarificarlo: ¿está hablando de la de Thornton Hall?

—Pues claro —contestó Rose con un tono que decía: «¿Qué otro yacimiento hay?»—. ¿Qué hora debía de ser, Ben? Mmm… ¿Puede que sobre las nueve? Dijo que tenía que hacer un recado rápido y que luego se pasaría por aquí. Conduce el viejo Ford Anglia de papá, el que él restauró.

Me moría de ganas por buscar «Ford Anglia», pero me contuve.

—Si se ha pasado por aquí, se marchó antes de que llegáramos nosotras —apunté.

Rose me miró con la frente arrugada.

—¿Y tú quién eres? No quiero ser maleducada, pero…

—Soy Molly Kimball, de Thomas Marlowe. La librería de Cambridge.

—Ah, claro. —Su expresión se suavizó—. Mi madre mencionó que iba a hacer una lectura en vuestra tienda. ¿Por casualidad no te cruzarías con su coche? —preguntó esperanzada.

—No nos hemos cruzado con nadie después de salir del pueblo —contesté—. Hemos llegado aquí sobre las diez —añadí para darle un punto de referencia.

Asintió.

—Entonces, ¿qué ocurre? ¿Hay alguien herido?

El inspector Ryan suspiró.

—Tengo que hablar con ustedes dos. ¿Y si entramos? —Les hizo un gesto a los jóvenes para que fueran tirando y volvió la cabeza hacia mí—: Le diré a su tía que salga, señorita Kimball.

Ordenándome de modo implícito que me quedara donde estaba.

Me apoyé en el capó del Cortina mientras esperaba, sin atreverme a hablar con tío Chris, que seguía en la furgoneta. Los agentes estaban peinando la zona, llevando a cabo lo que la policía británica llamaba una búsqueda minuciosa. Recé para que nuestros paseos arriba y abajo no hubieran eliminado ninguna prueba.

Como tía Violet no salía y yo me moría de ganas de saber qué sucedía, se me ocurrió un pretexto para entrar: los vehículos de la policía nos impedían el paso.

Cuando abrí la puerta de entrada, Rose bajaba la escalera.

—No está arriba.

El inspector Ryan, Iona, tía Violet, la subinspectora Adhikari y Ben formaban un corro en el salón.

Ben se encorvó.

—Ya me lo suponía, si no está el coche…

Rose se encogió de hombros.

—Había que comprobarlo. Nunca se sabe, podría habérselo prestado a alguien.

—No he visto a Poppy esta mañana —dijo Iona, pasándose las manos por los rizos. Le temblaron los labios y cerró la boca con fuerza para que dejaran de hacerlo—. Ni tampoco sé nada de ella. No tengo la menor idea de dónde está.

La conclusión obvia era que Poppy había pasado por allí mientras Iona estaba fuera. En ese caso, esperaba que no tuviera nada que ver con la muerte de Robin. Esa pobre familia ya había sufrido bastante.

Ben sacó el móvil y sacudió la cabeza.

—Tampoco me ha llamado ni me ha enviado ningún mensaje. Cosa rara. Prácticamente somos siameses.

Iona le sonrió comprensiva.

—Como debería ser cuando se está prometido. —Luego se volvió hacia tía Violet y hacia mí—. Ben y Poppy se van a casar este verano.

—Enhorabuena —lo felicité—, eso es fantástico.

Teniendo en cuenta la proximidad de la boda, que no se hubiera comunicado con Ben era preocupante. Si se parecían a las parejas prometidas que conocía, debían de estar en contacto permanente.

El inspector Ryan frunció el ceño.

—Señorita Kimball, ¿puedo ayudarla en algo?

Me sonrojé al oír la dureza de su tono, pero ¿qué esperaba? Había contravenido sus órdenes al entrar en la casa.

—Sus coches bloquean el paso, inspector. ¿Podría pedirle a alguien que los mueva?

—Por supuesto. Enseguida envío a un agente. —Se volvió hacia tía Violet—. Señorita Marlowe, usted también puede irse cuando quiera.

Tía Violet no se movió.

—Iona, por favor, llámame si necesitas algo —dijo en su lugar—. Y espero que Poppy aparezca pronto.

Iona la abrazó.

—Te mantendré informada, te lo prometo. Ah, y antes de que os vayáis —corrió hasta una caja de cartón que había junto a la

chimenea y sacó un libro—, es para vosotras.

Por la cubierta, vi que se trataba de la nueva edición de *Las niñas Strawberry*. Mientras tía Violet lo sujetaba en el pliegue del codo y levantaba el bolso con la otra mano, me asaltó una idea reconfortante: no había muertes inesperadas, interrogatorios de la policía ni desapariciones (temporales, esperaba) de prometidas que detuvieran el negocio de los libros.

# CAPÍTULO TRES

Tras un sinfín de maniobras, tía Violet y yo conseguimos enfilar el camino de salida de Strawberry Cottage e incorporarnos a Thornton Lane. Tío Chris nos había indicado por señas que nos llamaría, por lo que esperaba que la policía lo dejara ir cuanto antes. También me pregunté cuándo le permitirían continuar trabajando en el tejado. Ojalá pudiera volver en un par de días a lo sumo para evitar las goteras que podrían provocar las secciones ya retiradas.

—Bueno, cuántas emociones —dijo tía Violet lanzando un suspiro —. Y no lo digo en el buen sentido.

—Deben de sospechar que lo empujaron —apunté—. Me ha dado la impresión de que llevaban a cabo una investigación forense completa.

¿Cómo se diferenciaba entre un salto, una caída y un empujón? ¿Por la posición del cuerpo? ¿Por las señales de lucha? Aunque las hubiera, no me había acercado lo suficiente para verlas.

—La subinspectora Adhikari le ha preguntado a Iona si sabía qué motivo podría tener Robin para estar en el tejado. Es decir, si creía que había subido para ver cómo iba el trabajo o en busca de alguna gotera.

No se me había ocurrido aquella posibilidad. Tal vez Robin ayudaba a Iona en el mantenimiento de la casa, aunque solo fuera para aconsejarla.

—¿Qué ha dicho ella?

—Que no tenía ni idea. Ve a Robin por el pueblo de vez en cuando, pero hace años que no se pasa por la casa.

—De manera que fue allí sin permiso. Muy muy extraño. —Estábamos pasando junto a la excavación y me percaté de que no había nadie. Enseguida pensé en la joven desaparecida—. De verdad espero que Poppy aparezca. No quiero pensar que pueda tener algo que ver con el asunto.

—Lo mismo digo. Como si no fuera ya suficientemente duro para Iona afrontar que se ha producido una muerte en su casa, para que encima una de sus hijas sea considera sospechosa. Eso te destroza los nervios.

—Ya lo creo —murmuré, recordando cuando tía Violet también estuvo bajo sospecha. Al pensar en Poppy, saqué el móvil y busqué «Ford Anglia», gracias a lo que me enteré de que se trataba de un turismo pequeño y gracioso que dejó de fabricarse en la década de 1960—. Vaya, el coche es una pasada. Mira.

En ese momento caí en que el coche volador de los libros de Harry Potter era un Ford Anglia.

Tía Violet le echó un vistazo.

—Son preciosos.

—No sé de qué color sería el suyo. Me gusta el turquesa claro.

El tono era similar al de mi bicicleta, Belinda, de estilo tradicional y con un sillón ancho y cómodo. La había comprado en la tienda de Kieran. Todo el mundo usaba la bici en Cambridge.

Ahora que me encontraba lejos del inspector, volví a abrir las páginas de redes sociales de Robin. Desplacé la pantalla hacia arriba y hacia abajo, pero la foto en la que aparecía bebiendo vino con una mujer se había esfumado. Miré incluso en los álbumes. No estaba. ¿Cómo era posible?

Entonces lo comprendí. La persona que lo había etiquetado lo había desetiquetado. ¿Por qué? ¿Habría sido la mujer de la foto? ¿U otra persona? ¿Querían poner distancia con Robin? Cerré los ojos tratando de recordar algún detalle. Estaban sentados a una mesa…

¿y qué había al fondo? Creí atisbar el destello del agua. ¿Junto a un río? Eso solo lo reducía a un millón de lugares, dado que en aquella zona los *pubs* junto al río eran muy habituales… y encantadores.

—¿Qué ocurre, Molly? Pareces frustrada. —La puse al corriente y dijo—: Quienquiera que lo haya hecho está implicado. Piénsalo. ¿Quién sabe siquiera que Robin ha muerto? Todavía no ha aparecido en las noticias.

—Bien visto, tía Violet.

Quizá debiera contarle al inspector Ryan lo de la foto desaparecida, pero entonces tendría que reconocer que estaba fisgoneando. Y dado que era justo lo que hacía…

Analicé minuciosamente la página de Robin en busca de alguna pista durante el resto de camino de vuelta a Cambridge. Estado: soltero. Demasiado fácil que hubiera estado en una relación, ¿no? Hice capturas de pantalla de la lista de amigos y de las incorporaciones recientes y luego repasé las fotos. Atractivo, pelo abundante y canoso, nariz aguileña y mandíbula cuadrada, con cierto gusto por los posados. Apoyado en el marco de puertas. Retratos tomados delante de ventanas. Estirado en el sofá, con las manos en la nuca y un tobillo sobre el otro. Tenía una barbilla arrogante y una mirada que resultaba simpática a la vez que llena de curiosidad.

Robin había sido un personaje interesante, con su tienda de antigüedades, un ego bastante grande y una personalidad desbordante. Y, de pronto, estaba muerto.

Invadida por una oleada de tristeza, dejé el móvil. Esperaba que la policía encontrara pronto respuestas al misterio de su muerte.

—¿Cómo ha ido? —preguntó mi madre, levantando la vista del ordenador de la librería cuando entramos por la puerta.

Al ver que había una mujer echando un vistazo, que podría oírnos, le tendí el ejemplar de *Las niñas Strawberry*.

—Aquí tienes la buena noticia.

No era tonta.

—¿Y la mala?

—Ahora te lo contamos —dije, haciéndome a un lado cuando la clienta se acercó al mostrador con varios libros en la mano.

—Pondré la tetera al fuego —se ofreció tía Violet, y desapareció en la zona privada.

Mientras mi madre cobraba a la clienta, acaricié a los gatos y ordené un par de estantes. Luego le sostuve la puerta a la mujer cuando se iba.

—Por favor, vuelva pronto.

—Lo haré —dijo ella con una sonrisa entusiasmada—. Me encanta este sitio.

Iba a cerrar después de que saliera cuando vi que Kieran venía desde su tienda de bicis.

—Ey, hola —lo saludé.

—Hola, Molly.

Me sonrió con esa naturalidad suya que me encendía por dentro. Kieran no solo era guapísimo, con sus rizos morenos, sus intensos ojos castaños y sus facciones marcadas, también era una persona muy cercana y un verdadero encanto.

—¿Qué te cuentas?

Me hice a un lado para dejarlo pasar.

—Quería saber si estabas libre a la hora de comer para ir a dar un paseo en bici y hacer un pícnic junto al río.

Enarcó las cejas a la espera de mi respuesta.

Una idea maravillosa para un día tan bonito como el que hacía.

—Tiene muy buena pinta. ¿Qué llevo?

—No hace falta que lleves nada. Pararemos a comprar unos sándwiches por el camino.

Eché un vistazo a mi madre y luego a tía Violet, que había vuelto con la bandeja del té. No necesitaba pedirles permiso, pero quería ser considerada con mis socias.

—Por nosotras no hay ningún problema —aseguró tía Violet—. Nos las apañamos con la tienda.

—La respuesta es sí —dije—. ¿Cuándo quedamos?

—¿De aquí a media hora? Tengo que terminar un par de cosas.

Saludó a mi madre y a tía Violet y se fue con el mismo sigilo con el que había venido.

—Muy bien, suéltalo —dijo mi madre cuando la puerta se cerró —. Y deprisa, antes de que entre alguien más.

Tía Violet le tendió una taza de té.

—Se ha producido otra muerte desafortunada.

—Nadie que conozcamos —me apresuré a añadir. Luego, lo pensé mejor—. Bueno, puede que sí lo conocieras. Robin Jones, un anticuario de Hazelhurst.

Mi madre parpadeó, llevándose una mano al cuello.

—No, no conozco a Robin. ¿Qué ha ocurrido? —Arrugó la frente, recelosa—. Pero, más importante aún, ¿por qué me lo contáis?

Tía Violet se apoyó en el mostrador con su taza.

—Cayó del tejado de Iona York en algún momento de esta mañana. Estoy bastante segura de que antes de que llegáramos, Iona dice que no estaba en casa, así que no sabe cómo ha ocurrido. Ni por qué Robin estaba en su tejado. Tu hermano está techando la casa, pero se había ido a tomar un descanso. Y lo más extraño de todo es que Poppy, la hija de Iona, iba a pasarse por allí, pero está desaparecida.

—Vaya, buen resumen —dije, impresionada ante la capacidad de tía Violet de comprimir una mañana de locos en unas cuantas frases —. Eso en pocas palabras. Iona estaba enseñándonos el jardín cuando lo encontramos. Fue horrible.

Mi madre debió de ver en mi cara algo más de lo que estaba diciendo porque dejó su taza y me tendió los brazos.

—Qué horror. Pobrecita.

—Es de esas cosas que te dejan descompuesta —reconoció tía Violet.

Mi madre alargó un brazo hacia ella.

—Ven aquí.

El abrazo duró un buen rato. Lo suficiente para comprender lo

afortunada que era de contar con aquellas dos mujeres en mi vida.

Antes de que Kieran volviera para irnos de excursión, subí rápidamente a mi habitación y me puse unos pantalones cortos, unas zapatillas deportivas y una camiseta con la esperanza de que el cambio de ropa y escenario contribuyera a apartar lo sucedido aquella mañana de mis pensamientos. Me recogí el pelo en una coleta y me coloqué unas gafas de sol. Después de llenar la cantimplora y coger un cortavientos y el casco, estaba lista.

Guardábamos las bicicletas en el cobertizo del jardín y no pude contener una sonrisa cuando saqué a Belinda, mi precioso vehículo. Una de las primeras cosas que habíamos hecho después de mudarnos allí había sido comprarnos una bicicleta. La de mi madre era rosa y se llamaba Beatrice.

Cuando volví frente a la tienda, Kieran ya estaba esperando, sentado en el sillín de la suya, una negra y elegante. Dado que también iba en pantalón corto y camiseta, los ojos se me fueron a los brazos y las piernas, morenos y musculados. La camiseta verde anunciaba Spinning Your Wheels, su tienda.

—Me encanta —dije, señalándola.

—Ven y te doy una.

Bajó de la bici, puso el caballete y lo seguí hasta su tienda.

Tim, su empleado principal, estaba detrás del mostrador, ordenándolo.

—¿Ya habéis vuelto? —preguntó con una sonrisa radiante.

Delgado y atractivo, con el pelo rubio y muy corto, Tim estaba saliendo con mi amiga Daisy, que llevaba la cafetería. Hacían una gran pareja y solíamos quedar los cuatro.

—Molly quiere una de nuestras camisetas —dijo Kieran, señalando el estante.

—¿Habéis visto las noticias del mediodía? —preguntó Tim mientras yo me acercaba para escoger una (había muchos colores entre los que elegir). Cuando negamos con la cabeza, prosiguió—.

Esta mañana, un hombre llamado Robin Jones se ha caído de un tejado en Hazelhurst. ¿Lo conocías, Kieran?

Kieran lo pensó un momento.

—Creo que no. ¿Han mencionado la edad?

—Cincuenta y uno —contestó Tim—. La policía lo considera una muerte sospechosa. También están buscando a una mujer llamada Poppy York.

—¿Poppy York? —Kieran pareció sorprendido—. Fui al colegio con Poppy. Era bastante más pequeña que yo. Volviendo a lo de Robin, ¿creen que lo han asesinado?

—Es lo que me parece, teniendo en cuenta que la policía está buscando a Poppy y esas cosas —concluyó Tim.

—Quizá piensen que podría haber visto algo —apuntó Kieran, tan justo y ecuánime como siempre. Lanzó un resoplido de incredulidad —. No me imagino a Poppy matando a nadie.

Yo continuaba frente a las camisetas, encogida, repasándolas sin mirarlas. Dudaba entre decir algo o permanecer callada, aunque era consciente de que era inútil guardármelo. Tarde o temprano acabaría sabiéndose. Puede que tía Violet y yo incluso apareciéramos mencionadas en las noticias como testigos.

—Eeeh… —intervine al fin, agitando una mano—. Nosotras estábamos allí cuando sucedió. Bueno, después. —Se volvieron para mirarme con expresiones de sorpresa tan similares que casi me eché a reír—. Tía Violet y yo fuimos a ver a la madre de Poppy, Iona York. Es una de nuestras autoras.

Kieran se plantó a mi lado en dos pasos.

—¿Estás bien?

Me miró de arriba abajo con sus ojos oscuros como si comprobara que no estuviera herida.

—Estoy bien, Kieran —le aseguré, conmovida por su preocupación—. Ha sido horrible, sí, pero llegamos después de que Robin cayera. O lo empujaran, que es una posibilidad. Yo fui quien llamó a la policía, y nos dejaron ir después de que nos tomaran declaración. No sé mucho más, salvo que Poppy está desaparecida.

Se fue de la excavación de Thornton Hall por la mañana. Mientras nosotras seguíamos allí, su hermana y su prometido aparecieron en su busca.

—Ojalá que no le haya pasado nada —dijo Tim—. Quizá se interpuso en el camino del asesino.

—Ostras, espero que no. —No me había planteado esa teoría. Recé para que Poppy simplemente se encontrara donde fuera, ajena a la preocupación de la gente por su paradero—. Creen que va en su coche, así que, si veis un Ford Anglia, avisad a la policía. No deben de quedar muchos en circulación.

—Es verdad —dijo Tim—. Han dado los datos del vehículo y la matrícula. Me encantan los Anglia, son unos coches antiguos estupendos.

Kieran señaló con un dedo.

—Creo que sé cuál es. He visto un Anglia verde claro por Hazelhurst.

—Es probable que sea el suyo. —Por curiosidad, pregunté—: ¿Conoces Strawberry Cottage? Está justo al lado de Thornton Hall. Es donde vive Iona York.

Asintió, abriendo mucho los ojos.

—Claro que sí. Es un sitio precioso con mucha historia. —Esbozó una sonrisita—. Incluso he leído el libro de Iona. Era de mi madre.

—¿De qué libro hablas, tío? —preguntó Tim.

—*Las niñas Strawberry* —contesté yo—. Es un libro infantil, un cuento de hadas.

Tim negó con la cabeza.

—La primera vez que lo oigo. —Indicó las camisetas con la barbilla—. ¿Has encontrado alguna que te guste?

—No, aún no. —Volví a los estantes. Cogí una rosa de mi talla y me la puse sobre el cuerpo—. ¿Qué tal?

—Es muy tú —dijo Kieran—. Cárgalo a mi cuenta, ¿vale, Tim? —Luego, se volvió hacia mí—. Es para controlar lo que saco del inventario.

—¿Seguro? Te la pago sin problemas. —Rechazó la oferta

agitando una mano, así que pregunté—: ¿Te importa si me la pongo?

Lo mínimo que podía hacer era llevar mi regalo.

Después de cambiarme de camiseta en el vestuario, nos despedimos de Tim, quien nos deseó que lo pasáramos bien.

—Iba a contarte lo de Robin, te lo prometo —dije cuando salimos. No quería que Kieran pensara que le ocultaba cosas.

No le dio la menor importancia.

—Lo que me preocupa es cómo estás tú después de una experiencia tan espantosa como esa.

Me miró con gesto preocupado.

—Estoy bien. —Aparté las imágenes que se agolpaban en mi cabeza—. Un poco de aire fresco y ejercicio no me vendrán mal.

Captando la indirecta, abandonó el tema y me contó cuál era el plan.

—He pensado que podríamos ir a hacer un pícnic al Midsummer Common. Hay un sitio de sándwiches genial de camino. ¿Qué te parece?

—Más perfecto imposible. Todavía no he estado allí.

Aunque llevaba un par de meses en Cambridge, apenas había rascado la superficie en cuanto a explorar los alrededores. Sabía que el Midsummer Common se usaba para el pastoreo desde el siglo XII, lo que significaba que, efectivamente, las vacas se paseaban por medio de Cambridge. El parque también bordeaba el río Cam, que serpenteaba a través de la ciudad.

Después de que dejara la primera camiseta en la librería y repasáramos todo lo que llevábamos, nos montamos en las bicicletas y enfilamos Magpie Lane. Doblamos a la izquierda en Trinity Street y pasamos junto al Trinity College, con su magnífica verja. Después nos desviamos hacia Market Street, que desembocaba en una plaza llena de tenderetes. El mercado llevaba celebrándose en ese lugar desde el tiempo de los anglosajones, algo que me maravillaba cada vez que lo pensaba.

Sin embargo, Kieran no se detuvo en ningún puesto de comida,

sino que tomamos una calle lateral y nos detuvimos delante de una pequeña cafetería. Un tablón anunciaba lo que había ese día.

—Dime qué quieres y entro a buscarlo.

—Ay, es que me apetecen todos. —Estudié la lista salivando—. El de chédar y tomate.

Los sándwiches de queso parecían ser una institución, y adoraba el cremoso, aunque sabroso, chédar inglés, a la altura de cualquiera de los que había comido en Vermont.

—¿Y una bolsa de patatas? —preguntó.

—Sí. Y limonada, por favor.

Me quedé con las bicis mientras él entraba y pedía. En el escaparate había pegado un póster que anunciaba la Feria de la Fresa, la cual se celebraría al cabo de unos días, en el Midsummer Common. Tenderetes, juegos, música y, sin duda, montones de fresas. Tenía muy buena pinta.

Kieran salió del local con una bolsa bajo el brazo.

—Ha ido rápido. —Colocó la bolsa en su cesta—. ¿Lista?

Montamos y poco después volvíamos a pedalear.

—¿Sueles ir a la Feria de la Fresa? —le pregunté mientras avanzábamos uno al lado del otro—. Acabo de ver un póster anunciándola.

—No me la pierdo por nada del mundo —contestó Kieran—. Montamos un puesto todos los años. —Me miró un tanto desconcertado—. Igual que la librería, por lo general.

Gruñí, exasperada.

—Supongo que la hemos pifiado. No nos hemos apuntado.

Tía Violet debía de haberlo olvidado, y mi madre y yo no llevábamos el tiempo suficiente en Cambridge para saber lo del evento.

—Podemos compartirlo, si queréis —propuso Kieran.

El camino se estrechó y él se adelantó para ir al frente.

Qué bonito ofrecimiento. Pensé qué podríamos vender. Nada que se fuera de precio teniendo en cuenta que la feria no era el lugar para libros únicos y caros. «La nueva edición de *Las niñas*

*Strawberry*». Si nos enviaban una caja a tiempo, serían perfectos para la ocasión.

El paseo, de apenas dos kilómetros, acabó poco después y nos dedicamos a buscar un banco libre mientras pedaleábamos junto al río. Aprovechamos el primero que encontramos, aparcamos las bicis y nos sentamos a comer.

Para mi consternación, vi que estaban conduciendo el ganado a través del parque en dirección a unos camiones que esperaban cerca.

—¿Adónde llevan a esas vacas? —pregunté—. ¿Ya no pueden pastar aquí?

¿Se había puesto fin a una tradición centenaria?

—Las trasladan siempre que se celebra algo —me explicó Kieran —. Las volverán a traer después, ya lo verás.

—Ah, vale.

Habiéndome criado en Vermont, famoso por sus reses, me encantaba poder ver un rebaño de vacas sin salir de Cambridge.

Kieran abrió la bolsa y dejó los sándwiches envueltos en el banco, entre los dos. Yo cogí el mío y le quité el papel.

—Ñam —mascullé tras un buen mordisco. Me limpié la boca con una servilleta y luego alargué la mano hacia las patatas.

—Mmm… —murmuró Kieran dándome la razón. Tras unos bocados, dijo—: Quería preguntarte algo.

Interrumpí un momento el atracón.

—¿El qué?

Lo había dicho muy serio, por lo que el corazón se me aceleró un poco.

Sonrió.

—Disculpa, no pretendía alarmarte. Yo, bueno, mi… —Se aclaró la garganta y luego soltó del tirón—: Mis padres van a celebrar una recepción al aire libre y me gustaría que vinieras conmigo, será divertido, te lo prometo.

Descompuse aquel torrente de palabras. Recepción al aire libre. Celebrada por sus padres, lord y *lady* Scott. Hasta que caí en el quid

de la cuestión.

Kieran quería presentármelos.

# CAPÍTULO CUATRO

—¿Una recepción al aire libre? —pregunté con voz aguda—. ¿De las de pamelas, vestidos veraniegos y una civilizada partida de *croquet* en el jardín?

Me daba miedo abordar la verdadera cuestión; es decir, que me parecía un paso de gigante en nuestra relación. A ver, que estábamos hablando de conocer a sus padres. De acuerdo que él conocía a mi familia, pero era inevitable siendo vecinos.

Hasta el momento, me sentía muy a gusto con las cosas tal como estaban, nos divertíamos, sin preocupaciones. Sin presión. ¿Qué necesidad había de pasar por aquello? Sobre todo, en este caso, mucho más intimidante de lo habitual. Seguramente ellos querrían a alguien de la alta sociedad para Kieran. Por favor, «alta sociedad». Ni siquiera podía creerme que estuviera pensando en esos términos.

—Puede que se juegue al *croquet* —dijo—, pero nada de pamelas. Se alargará hasta la noche, así que habrá una cena estilo bufé y baile en la terraza. Mi madre se vuelca en la decoración, hasta ilumina todo el jardín con guirnaldas de luces. Es muy bonito.

Tenía pinta de ser una fiesta magnífica. ¿Cómo iba a decir que no? Aunque yo no les gustara a sus padres, sería una gran experiencia. Parecía sacado de una película.

—Pero tendría que ir de punta en blanco, ¿no?

—Nada excesivamente elegante. Un vestido corto es suficiente. —Se levantó las gafas de sol para mirarme a los ojos—. ¿Eso quiere

decir que vendrás?

Mencionó la fecha.

¿Estaba lista? ¿Lo estaría alguna vez?

—¿Irá mucha gente? —pregunté, tratando de ganar tiempo mientras me levantaba las gafas yo también. Podría pasarme todo el día mirándolo a los ojos.

Adivinó lo que le preguntaba en realidad.

—Docenas. Centenares, incluso. Te perderás entre la multitud. No es nada del otro mundo, Molly, de verdad.

Ya. En casa, «nada del otro mundo» significaba beber cerveza alrededor de una hoguera, vestida con unos vaqueros raídos y una camisa de franela. Pero al menos un encuentro al aire libre no sería tan angustioso e intenso como, por ejemplo, una cena con sus padres y todos sentados a la mesa.

—Será un placer —dije con voz afectada—. Gracias por la invitación.

Ahora tenía que encontrar algo adecuado que ponerme. Lo bastante elegante para una ocasión así, pero sin caer en lo ostentoso. Odiaba los volantes, los lazos y los fruncidos. Quizá Daisy pudiera aconsejarme.

Una vez más, Kieran me leyó la mente de esa manera tan extraordinaria suya.

—Por cierto, Daisy y Tim también están invitados. Puedes preguntarle a Daisy qué ponerte. Ella sabe cómo van estas cosas.

—Justo estaba pensando en pedirle que me ayudara. ¿Cómo lo haces? Lo de saber qué estoy pensando.

Sonrió, se volvió a colocar las gafas de sol y retomó su sándwich.

—¿Soy un buen adivino?

No, era más que eso. Kieran me conocía al dedillo. Por eso salía con él. No porque tuviera fantasías de convertirme en *lady* Molly. Al menos no muy a menudo. Soy humana.

—Bueno, ¿y lo de Robin Jones? —pregunté, después de comer en silencio unos minutos—. Tenía una tienda de antigüedades en Hazelhurst. Jones and Company.

—Sé cuál es —dijo Kieran—. Las antigüedades le van más a mi madre que a mí.

Dado que no tenía la menor intención de preguntarle a su madre acerca de Robin, desvié la conversación hacia lo que realmente me preocupaba.

—A mi tío Chris podrían considerarlo sospechoso.

Escupió el agua que estaba bebiendo en esos momentos y se puso a toser.

—Disculpa —dijo cuando se recuperó—. ¿Cómo es que tu tío está implicado en el asunto?

—Está reparando el tejado de Strawberry Cottage —me expliqué —. Nosotras no lo sabíamos. Había ido a alguna parte cuando llegamos esta mañana, pero volvió justo después de que apareciera la policía.

—Así que consideran que podría estar implicado porque estaba trabajando en el tejado, ¿no? —concluyó, despacio.

Inspiré hondo, tratando de aliviar la opresión que sentía en el pecho.

—Esto es cosa mía, pero ¿y si Robin subió por tío Chris?

Se me cerró la garganta nada más decirlo.

—¿Te refieres a hablar con él?

Incapaz de pronunciar una palabra, asentí. No se me ocurría ningún escenario favorable para tío Chris en el caso de que hubiera visto, o causado, la caída de Robin. No llamar a la policía jugaría completamente en su contra.

—¿Tu tío y Robin se conocían? —Al ver que me encogía de hombros sin saber qué responder, puesto que no tenía ni la menor idea, me tomó la mano—. Quizá Robin fuera a la casa con alguien más, otra persona. Y esa persona viera lo que ocurrió. —Hizo una pausa—. ¿Qué dice Iona?

Su seguridad me ayudó a contener el pánico y se me deshizo el nudo de la garganta.

—Parecía tan conmocionada como nosotras cuando encontramos el… Cuando lo encontramos. —No me gustaba llamar a una persona,

y menos a alguien que respiraba hasta hacía poco, «el cadáver»—. Había salido a hacer un recado cuando tía Violet y yo llegamos, así que ni siquiera sabía que Robin estaba allí.

Lanzó un suspiro.

—O eso es lo que dice, ¿no? Quizá le pidió que le echara un vistazo al tejado por lo que fuera.

—Según tía Violet, la policía pensó lo mismo y se lo preguntó, Iona dijo que hacía años que Robin no se pasaba por su casa.

—Mmm… —Kieran lo meditó—. Pero si no fue a ver ni a tu tío ni a Iona, ¿por qué subió al tejado?

—No lo sé. ¿A que es raro? Me temo que no vamos a averiguarlo hasta que encuentren a Poppy. O a otro testigo.

Crucé los dedos para que no detuvieran a tío Chris antes.

Cuando volvimos a Magpie Lane después de comer, Kieran se quedó en la tienda de bicis y yo continué hasta el Tea & Crumpets, la cafetería situada enfrente de la librería. Tenía que hablar con Daisy.

En el interior del establecimiento, Daisy estaba recogiendo una mesa y colocaba las tazas y los platos en una bandeja. Mi amiga, con sus rizos rubios y sus curvas, era toda una belleza. Vestía el uniforme habitual, un delantal blanco con peto sobre unos pantalones y una camiseta.

Levantó la vista al oír las campanillas de la puerta y sonrió.

—Bonito sombrero.

Me llevé la mano al casco.

—Ay, olvidaba que lo llevaba puesto. Kieran y yo hemos ido a dar un paseo en bici. —Eché un vistazo alrededor y vi que solo había unos cuantos clientes, enfrascados en la lectura del periódico o escribiendo en sus portátiles—. Daisy, me ha pedido que lo acompañe a la recepción al aire libre.

La sonrisa le llegó entonces de oreja a oreja mientras continuaba recogiendo la mesa.

—¿Y qué le has dicho?

Puse los ojos en blanco.

—¿Tú qué crees? Después de recuperarme de la sorpresa, claro. Me ha dicho que Tim y tú también iréis. Podéis ser mis refuerzos.

—¿Refuerzos para qué?

Daisy se llevó la bandeja al mostrador y me hizo una seña con la barbilla para que la siguiera. Le pisé los talones.

—Para cuando conozca a su madre. —Bajé la voz—. Estoy petrificada.

A pesar de que era consciente de lo ridículo que era tener aquella mentalidad a mi edad, me preocupaba no caerle bien a la madre de Kieran. ¿Y si lo animaba a que me dejara? ¿Cuántos libros había leído y cuántas películas había visto en los que los «plebeyos» eran tratados con desdén e incluso acababan apartados en la más absoluta ignominia? En resumidas cuentas: Kieran procedía de un mundo distinto y menos igualitario. En aquel país, la gente aún creía en la realeza.

Daisy entró con la bandeja en la diminuta cocina y me indicó que la acompañara.

—Te adorará, Molly. —Debió de notar que no estaba muy convencida, porque añadió—: Aquí lo único importante es que él quiere estar contigo, y Kieran no permitirá que nadie le diga con quién puede salir.

Metió los platos en la cesta del lavavajillas.

—Tienes razón. Kieran es fantástico. —Me sentí un poquitín mejor. Quizá estaba precipitándome en sacar conclusiones. Por lo que sabía, *lady* Asha Scott no era una persona retrógrada—. ¿Me ayudarás a encontrar un vestido? Nunca he ido a una recepción al aire libre.

—Pues claro —dijo Daisy—. Buscaremos algo que los dejará boquiabiertos. —Echó un vistazo por la ventanilla en dirección a la cafetería—. Tim me ha contado lo de Robin Jones. ¿Estabas allí?

Asentí, volviendo a la realidad de sopetón.

—Tía Violet y yo habíamos ido a ver a Iona York porque pronto

hará una lectura en la librería. —Consciente de que la llegada de un nuevo cliente podría interrumpirnos en cualquier momento, me apresuré a resumirle la situación—. Iona ya ha sufrido bastante en la vida. —Pensando en Poppy, añadí—: Espero que su hija aparezca pronto y que no tenga nada que ver con lo de esta mañana.

—Recuerdo cuando murió Nate —dijo Daisy, que también era de Hazelhurst. Se había hecho cargo de la cafetería de Cambridge cuando sus tíos se jubilaron—. Yo era muy pequeña, pero todo el pueblo conocía a los York. Hacían muy buena pareja y sus hijas eran adorables. Íbamos al mismo colegio, aunque ellas son más pequeñas.

—¿Has leído *Las niñas Strawberry*?

—Es uno de mis libros favoritos —aseguró Daisy—. Tengo un ejemplar firmado de cuando se publicó por primera vez. Mi madre me llevó a la librería y Iona me lo firmó. Fue muy emocionante.

—Bueno, puedes pedirle que te firme la nueva edición cuando venga a hacer la lectura —dije. «Siempre y cuando Iona no esté en la cárcel por asesinato». Aparté ese pensamiento desagradable de mi cabeza—. Tenemos un ejemplar del nuevo libro en la tienda.

—Me pasaré más tarde. —Sonaron las campanillas y Daisy echó un vistazo. Tres mujeres cruzaban la puerta—. Será mejor que vuelva al trabajo.

—Yo también —dije—. Ah, antes de irme, me llevaré tres de esos *scones* de fresa.

Me había fijado en ellos al entrar y serían perfectos para merendar.

De vuelta en la librería, guardé la bici y el casco y me cambié antes de reunirme con mi madre y tía Violet en la tienda. Después de darles la emocionante noticia de la invitación a la recepción al aire libre, me pasé la hora siguiente sentada a la mesa que había detrás del mostrador, actualizando el inventario.

Llevar las redes sociales también formaba parte de mi trabajo. Mi

primer impulso fue subir una foto de la nueva edición de *Las niñas Strawberry*. La cubierta, en la que aparecían las dos niñas montadas en un poni y adentrándose en Bosque Profundo, era una maravilla.

Luego lo pensé mejor. Deberíamos esperar a ver qué ocurría con la muerte de Robin antes de lanzar una campaña publicitaria.

A propósito de eso… Eché un vistazo a la tienda para ver cómo iba la cosa. Tía Violet estaba hablando con un cliente en la sección de historia y mi madre atendía a alguien en el mostrador.

Cogí el portátil y abandoné la mesa con sigilo para dirigirme a mi sillón preferido, de terciopelo rojo. Quedaba encajado en un rinconcito, entre dos librerías altas, pero desde allí podía ver si entraban clientes. Cuando no había nadie más en la tienda y todo estaba tranquilo, solía sentarme allí con Puck, que, conociendo el ritual, bajó de un salto de un archivador y me siguió. Clarence, despatarrado en su ventana de siempre, abrió un ojo y nos lanzó una mirada asesina.

—Tú también puedes venir, Clarence —lo invité.

Cerró el ojo y rodó sobre el lomo, con las patas en el aire, como si dijera: «Me da pereza». No podía negarse que tenía personalidad.

Lo primero que hice fue buscar en internet alguna novedad sobre el caso de Robin Jones. No se había publicado nada nuevo, solo vi lo mismo que había contado Tim. De acuerdo. A continuación, volví a la cuenta de redes sociales de Robin.

La foto con la mujer misteriosa había desaparecido definitivamente. Repasé una vez más la galería por si saliera en alguna otra, pero no hubo suerte. Luego accedí a su listado de amigos y fui bajando en busca de mujeres rubias. Había bastantes. Y, madre mía, tenía una barbaridad de amigos. Más que yo. Algunos se habían enterado de la noticia y habían publicado mensajes de conmoción y abatimiento, aunque era obvio que él no podría leerlos.

Pensé en indagar un poco más en su lista de amigos, pero decidí esperar. En la mía había personas con las que había ido al colegio, antiguos compañeros de trabajos de verano y de la universidad, bibliotecarios y casi completos extraños que habían llegado allí a

través de conocidos mutuos. Era probable que ocurriera lo mismo con la lista de Robin; es decir, que incluyera desde personas que había conocido hacía cincuenta años hasta alguien con quien hubiera coincidido la semana anterior, y en ese momento ignoraba quiénes podrían estar involucrados o saber algo acerca del motivo por el que se encontraba en Strawberry Cottage.

Llevada por un impulso, decidí buscar información sobre la muerte de Nathaniel York. Dos caídas misteriosas en propiedades colindantes eran algo inusual, sobre todo si se considera que Iona tenía relación con ambas personas. Ignoraba si Robin y Nate eran amigos y no quería dar nada por sentado. El misterio había despertado mi instinto detectivesco de bibliotecaria, así que me lancé a por ello.

Tras teclear «hemeroteca Cambridge», encontré una página que permitía hacer búsquedas por palabras clave en ejemplares antiguos. La fecha del fallecimiento de Nate, junio de 2003, se incluía en el intervalo disponible.

Sentí un cosquilleo mientras escribía en la barra, mi olfato de bibliotecaria me decía que iba por el buen camino. Me encantaba investigar, para mí era como una caza del tesoro, aunque el propósito era encontrar información, no oro ni piedras preciosas. Lo del tesoro me hizo pensar en el yacimiento de Thornton Hall. Cuando tuviera tiempo, indagaría un poco más acerca del proyecto y la historia de los anglosajones en general.

Mientras se cargaban los resultados, paseé la mirada por los estantes llenos de libros. Seguro que teníamos unos cuantos sobre los anglosajones. Luego les echaría un vistazo.

VECINO DEL LUGAR SE PRECIPITA HACIA SU MUERTE, rezaba el primer titular que encontré. El artículo era breve y solo se mencionaba lo básico, que Nathaniel York, de treinta y un años, vecino de Hazelhurst, había sido hallado al pie de una torre en Thornton Hall. La pequeña fotografía que lo acompañaba mostraba a un hombre atractivo de sonrisa cordial y cabello oscuro y rizado.

En *Las niñas Strawberry* aparecía una torre. Me pregunté cuántos

lugares cercanos a la casa de campo habían usado Nate y Iona en el libro. Me parecía una idea genial, sobre todo teniendo en cuenta que lo habían escrito para sus hijas. Que se convirtiera en un clásico supervenías era algo adicional.

Geoffrey Thornton se había topado con el cadáver de su amigo durante un paseo matutino. Qué hallazgo más horripilante. Me alegraba que al menos no lo hubieran encontrado la mujer ni las hijas de Nate.

Volví a los resultados y bajé hasta un artículo que parecía ofrecer más información. «Un escritor fallece tras una trágica caída. La policía investiga». Mientras echaba un rápido vistazo al texto, un nombre, «Robin Jones», me saltó a la vista. Creo que incluso di un respingo en el sillón, lo que me valió una mirada de pocos amigos de Puck, que se había espatarrado sobre mis piernas, al calorcito del portátil.

—Lo siento.

Le acaricié el lomo para tranquilizarlo mientras continuaba leyendo.

«En palabras del anticuario de la localidad, Robin Jones, la conmoción es absoluta. "Cuando nos vimos esa noche [en Thornton Hall], Nate estaba de buen ánimo"».

Entonces, Nate y Robin Jones sí eran amigos, y él también estaba presente la noche que murió Nate. ¿Aquello significaba algo… o no? Y ahora Robin había sufrido una caída mortal.

El artículo informaba de que Geoffrey Thornton había dado una fiesta la noche anterior, a la que habían asistido más de cincuenta personas. Sus celebraciones eran legendarias, según un vecino del pueblo.

Tía Violet había insinuado algo parecido acerca de las juergas de Geoffrey. Continué leyendo con la esperanza de encontrar más nombres.

Se recogía el testimonio de otra invitada, Miranda Blake: «Según Blake, propietaria de una tienda local: "Nate era un amor. Como muchas almas creativas, a menudo luchaba contra la depresión. O

eso me contó"».

El artículo evitaba cualquier afirmación acerca de cómo se había producido la caída… o del motivo por el que Nate se encontraba en la torre. Nadie parecía saberlo y, por lo que se contaba, tampoco lo habían visto abandonar la fiesta. También se atribuía a Geoffrey Thornton haber dicho que iba a tapiar la puerta y las ventanas de la torre para evitar otra tragedia. La noticia acababa apuntando que el juez de instrucción iniciaría una investigación judicial en breve, por lo que se pedía la colaboración de cualquiera que hubiera visto a Nate en la torre o hubiera hablado con él esa noche.

En la última noticia se decía que la muerte de Nate se consideraba un accidente. No se mencionaban ni testigos ni nueva información.

Me recosté en el asiento asimilando lo que acaba de leer mientras acariciaba a Puck, que empezó a ronronear. Qué monada. De todo lo que había averiguado, lo principal era que cuando Iona había dicho que era amiga de Robin, se refería a una amistad que venía de antaño. Robin y Miranda Blake asistían a las fiestas de Geoffrey y parecía que conocían a Nate bastante bien.

No me extrañaba que nadie hubiera visto nada. La declaración de Miranda daba a entender que Nate se había suicidado, aunque el juez de instrucción no parecía estar de acuerdo. Con el pueblo conmocionado ante la muerte del joven padre, seguro que por entonces las especulaciones camparían a sus anchas. Teniendo en cuenta que Nate estuvo en una fiesta, puede que consumiera alguna sustancia. ¿Y si a Geoffrey le preocupaba que lo hicieran responsable en el caso de encontrar alcohol o drogas en la sangre de Nate? ¿Le habían hecho pruebas siquiera? La gente solía buscar una explicación, como la depresión o la embriaguez, porque le resultaba menos inquietante que una muerte accidental. ¿Nate había subido a la torre mientras hacía una pequeña excursión de vuelta a casa?

Ahora, décadas después, seguramente era demasiado tarde para averiguarlo, aunque quizá la muerte de Robin diera motivos a la policía para reabrir el caso de Nate. También podía ser que las dos

tragedias no tuvieran ninguna relación. No obstante, en esta ocasión, la policía consideraba que se trataba de una muerte sospechosa, algo que ni siquiera se mencionaba en los artículos que había leído sobre Nate.

Consulté la hora en el portátil. Faltaba poco para las cinco. La tarde había pasado sin enterarme y pronto tendría que ponerme con la cena. Las tres nos turnábamos en la cocina, y para esa noche tenía pensado hacer pollo a la plancha, patatas asadas y una ensalada verde.

Me disponía a levantarme cuando un hombre vestido con vaqueros y una camiseta entró por la puerta abierta de la tienda.

—Tío Chris —lo llamé, cargando como pude con el portátil y Puck para acercarme hasta él.

Me moría por saber cómo le había ido con la policía, pero aún quedaban un par de clientes en la librería. No veía a tía Violet por ninguna parte y mi madre estaba ayudando a alguien a elegir un libro en la sección de ficción.

Tío Chris echó un vistazo a su alrededor y me vio.

—Hola, Molly. —Una expresión divertida animó su cara—. Veo que vas cargada.

Puck bajó de un salto, cansado de que lo cogiera de aquella manera, y se fue indignado, con paso airado y la cola en alto. Nos echamos a reír.

—Me encantaría que me pusieras al día —le dije casi con un susurro—. Estamos a punto de cerrar, ¿puedes esperar unos minutos?

Asintió.

—Sabía que cerráis a las cinco. Iré a echar un vistazo.

Se dirigió a las librerías más cercanas.

Se me ocurrió algo y lo seguí.

—¿Te quedas a cenar? Pondré otra patata a asar.

—Encantado de la vida, muchacha. Gracias.

Mi madre estaba acompañando al cliente hacia la caja registradora.

—Voy a empezar a hacer la cena —le informé, dejando el portátil detrás del mostrador—. Tío Chris se queda a cenar con nosotras.

Ella asintió para que supiera que me había oído y se dispuso a cobrar al cliente.

Como entendieron que me dirigía a la cocina, Pucky Clarence corrieron tras de mí, ansiosos por ver qué habría en sus cuencos.

—Un momento, un momento —les pedí mientras se arremolinaban a mis pies, a punto de hacerme tropezar.

Les llené sus boles antes de encender el horno.

Aparté de mi cabeza cualquier pensamiento sobre Robin y Nate, me puse un delantal y me concentré en cocinar, una de mis actividades preferidas. Dejé unas patatas en salmuera y luego preparé un adobo —aceite de oliva, vino blanco, ajo, hierbas aromáticas y especias— para el pollo y lo junté todo en una bolsa de autocierre. La metí en la nevera y saqué lo necesario para la ensalada: lechuga rizada, un pepino holandés y cebolletas. Unos tomates grandes y rojos esperaban en el alféizar.

Me alegré cuando supe que Cambridge estaba rodeado de pequeñas granjas. Bolsa de tela en mano, iba al mercado una o dos veces por semana para hacerles una visita a mis puestos preferidos.

Tía Violet tenía una pila de encantadores cuencos de cerámica, antiguos y con el borde a rayas, y cuando cogí uno para la ensalada me puse a pensar en lo mucho que me gustaba vivir allí. Cocinar en el mismo lugar que habían usado antes muchas generaciones de Marlowes, aunque modernizado hacía poco, me hizo sentir conectada con quienes me habían precedido.

Junio era un mes precioso en Cambridge, sobre todo en nuestro apartado rinconcito, situado en el corazón de la ciudad. Las puertas francesas estaban abiertas al jardín, donde los pájaros cantaban y las flores se mecían en la suave brisa. Gracias a que los vehículos de motor no podían circular por el centro de la ciudad, apenas oíamos tráfico; las campanas de las iglesias eran prácticamente el único sonido de fondo.

Cuando el horno alcanzó los 400°F, o 200°C, metí las patatas.

Las recetas inglesas usaban el sistema métrico para la harina, el azúcar y también la mantequilla. Menos mal que muchas incluían también las medidas en tazas, que era a lo que yo estaba acostumbrada. Continué cortando las verduras para la ensalada.

—¿Te apetece una cerveza? —preguntó mi madre cuando entró en la cocina con aire despreocupado, seguida de cerca por tío Chris.

—No te diría que no —contestó él—. Ha sido un día duro.

Mi madre sacó un botellín de la nevera y lo abrió.

—¿Molly?

—Sí, gracias.

La cerveza era otra de esas cosas en las que Inglaterra sobresalía. La prefería al vino, que solía darme dolor de cabeza.

Con la suya en la mano, tío Chris apartó una silla y se sentó a la mesa.

—Ah, qué ganas tenía de descansar. Después de que me dejaran irme de Strawberry Cottage, me he pasado la tarde trabajando en otra casa.

—Menos mal que no has perdido todo el día —dije, cubriendo la ensalada y metiéndola en la nevera antes de acompañarlos a la mesa. Mi madre se había servido una copa de vino—. ¿Dónde está tía Violet?

—Ha ido a hacer un recado. —Mi madre se volvió hacia el jardín —. Ahí viene.

Tía Violet entraba por la verja con una bolsa en la mano. Cuando llegó a las puertas francesas, mi madre ya se había levantado y estaba poniéndole una copa.

—Buenas tardes, Chris —lo saludó mientras dejaba en su sillón la bolsa de la compra, de la que asomaban madejas de lana, lo que contestaba la pregunta de dónde había estado. A mi tía abuela le encantaba hacer punto; aseguraba que no había nada más relajante. Algo me dijo que la compra estaba relacionada con lo que había ocurrido ese día—. ¿Qué tal la familia?

Tío Chris torció el gesto.

—Janice y yo nos hemos separado.

Mi madre y tía Violet exclamaron sorprendidas. Yo me alegré en silencio. Sentía decirlo, pero mi tía era una arpía. Se había portado muy mal con mi madre, y sospechaba que había hecho otro tanto con mi tío. Vengativa, presuntuosa, una trepa social… Seguro que tía Janice tendría algo bueno, pero yo no lo conocía.

—Entonces, va para adelante —dijo mi madre—. Lo del divorcio.

Tío Chris apretó los labios con gesto desolado.

—Eso parece. Lo he intentado, de verdad. Incluso le propuse ir a terapia de pareja. Y luego un pequeño descanso, para ver si podíamos *resetear* la relación, por decirlo de alguna manera. —Se le rompió la voz y bebió un sorbo de cerveza. La dejó en la mesa y respiró hondo—. Janice ya se veía con otro hombre. —Mientras yo trataba de desentrañar por qué había utilizado aquel tiempo verbal, prosiguió—. Robin Jones.

# CAPÍTULO CINCO

Un silencio estupefacto se instaló en la habitación. Fui la primera en decir algo, con voz áspera.

—¿Tía Janice salía con Robin?

La cabeza empezó a darme vueltas solo de pensar en las implicaciones. Primero, que mi tía hubiera puesto fin a su matrimonio y pasado página tan deprisa. Robin era un hombre atractivo, probablemente acomodado y tenía gustos caros, a juzgar por su página web de antigüedades. Me cuadraba que llamara la atención de tía Janice.

Y, si ella era su pareja, también debería figurar en la lista de sospechosos. Me pregunté si la policía tenía conocimiento de que se conocían.

Sin embargo, lo peor de que Janice tuviera una relación con Robin, además de darle la patada a tío Chris en sus horas más bajas, cuando más duele, era que de pronto tío Chris tenía un móvil perfecto para el asesinato. Y, por si no fuera suficiente, Robin había muerto en el lugar de trabajo de tío Chris, donde además había estado esa mañana.

—¿No te han detenido? —pregunté. Todo el mundo se volvió hacia mí con cara de sorpresa y comprendí que aún no habían llegado a mis conclusiones—. No porque crea que seas culpable —me apresuré a añadir—, sino porque quizá la policía sí.

Bajó la vista y se concentró en la etiqueta de la cerveza, como si

le resultara muy interesante.

—No saben nada. —Debió de sentir que lo acribillábamos con nuestras miradas porque se encogió de hombros—. ¿De verdad queríais que les dijera que mi exmujer salía con el tipo que acababa de caerse de mi andamio?

—Chris, tienes que contárselo —dijo mi madre, pasmada, pero firme—. Debes informarlos antes de que se enteren por otro lado.

—Tiene razón. —Tía Violet golpeó la mesa con el puño para recalcarlo—. Pero antes llama a sir Jon y pídele que te represente.

Sir Jon era uno de los amigos más fascinantes de tía Violet de su época de la universidad. Propietario de otra librería en Cambridge, abogado y antiguo agente del MI6, la reina había nombrado caballero a sir Jon por sus secretísimos servicios. Era de esas personas a las que convenía conocer, como suele decirse.

Tío Chris bebió un sorbo de cerveza.

—Supongo que debería. Lo de llamar a sir Jon, me refiero.

Aunque no prometió nada acerca de confesar lo de Janice, al menos de momento. Sentí el impulso de insistir para tratar de hacerle entender la mala imagen que daba ocultando información, pero conseguí contenerme. Por el gesto tenso de mi madre, supe que a ella le ocurría lo mismo. Seguramente estaba mordiéndose la lengua.

Tía Violet había sacado el móvil.

—Tengo su número aquí mismo. —Miró a su sobrino por encima de las gafas hasta que él también extrajo el suyo, con un gruñido, y se lo recitó—. ¿Lo tienes?

—Lo tengo. —Tío Chris dejó el teléfono en la mesa—. Lo llamaré después de cenar.

La mención de la cena me recordó que tenía que echarles un vistazo a las patatas. Estaban medio hechas; unos minutillos más y encendería la parrilla.

Regresé a mi asiento y cogí mi cerveza.

—¿Qué tal lleva Charlie lo de la separación?

Mi primo tenía más o menos mi edad, pero, aun así, estaba

segura de que no era fácil ver a tus padres pasar por un divorcio.

Tío Chris hizo un mohín.

—En general, bien. Dice que lo entiende. Yo intento dejarlo al margen, pero a saber lo que hará su madre.

La mía lanzó un suave resoplido, pero no hizo ningún comentario.

—Charlie estará bien. Dile que se pase por aquí alguna vez. Nos encantaría verlo.

—De acuerdo. Ahora mismo está fuera, de vacaciones con sus amigos. Han ido a escalar a Escocia.

—¡Qué guay! —exclamé, imaginando los impresionantes paisajes escoceses y sus escarpados acantilados.

—Se lo diré la próxima vez que hablemos —prometió tío Chris. Tras una pausa, añadió—: Ahora que ya hemos analizado mi situación en calidad de sospechoso, me gustaría saber qué ha pasado esta mañana. No sabía que ibais a ir a Strawberry & Cottage.

Miré a tía Violet, quien asintió con la cabeza, dándome vía libre.

—Iona vendrá a hacer una lectura este mes a la librería. Tía Violet y yo fuimos a hablar con ella sobre el tema, cosa que al final no hemos hecho. Estaba enseñándonos el jardín cuando… eeeh… lo encontramos.

—Menuda sorpresa, tuvo que ser horripilante —dijo mi tío, sacudiendo la cabeza—. Espantoso. Yo hoy he empezado a trabajar temprano, sobre las siete o así. En las épocas calurosas, prefiero trabajar cuando aún hace fresco. Además, se supone que va a llover más tarde. Una tormenta de las buenas. Me tomé un descanso sobre las nueve y fui a buscar un sándwich de beicon y un café.

—¿Y no viste a Robin? —pregunté con un interés que me sorprendió incluso a mí—. ¿O a Iona? ¿Estaba en casa cuando te fuiste? Había salido cuando llegamos nosotras.

Tío Chris lo pensó un momento y asintió.

—El coche estaba en la entrada. No le dije nada porque voy y vengo a mi aire. Y no vi a Robin, ni en la propiedad ni por la carretera. —Torció la sonrisa—. De haberlo visto, igual lo habría atropellado.

El comentario nos arrancó a todas una carcajada inesperada.

—No digas esas cosas ni en broma —le pidió mi madre. Echó un vistazo a su alrededor—. ¿Y si alguien lo hubiera oído?

—No te preocupes, no soy tan tonto. Además, yo no tenía ningún problema con Robin, no estaba casado con él. Si apenas lo conocía. —Frunció los labios—. Sí, lo veía por el pueblo, en el *pub*, incluso en la iglesia. Nos saludábamos. Y Janice lo mismo, hasta que no sé qué le dio y se puso a redecorar la casa como una loca.

—¿Le compró muebles a Robin? —pregunté.

Tío Chris asintió.

—Varios. Yo volvía a casa y, de pronto, había algo nuevo; bueno, viejo, ya sabéis a qué me refiero. Y me parecía bien. El mes pasado, después de que me mudara, un pajarito me dijo que salían. Que Janice dormía en su casa. —Se le puso la nuca roja—. Menuda manera de enterarse de estas cosas.

—Lo siento mucho —lo compadeció mi madre, torciendo el gesto —. Qué humillante.

Tía Violet lanzó un resoplido.

—Siento mucho decir esto, Chris, pero Janice te ha hecho un favor. Así es más fácil hacer borrón y cuenta nueva. Olvídala y sigue adelante con tu vida.

El consejo, a pesar de su brusquedad, pareció animarlo.

—No se me había ocurrido verlo de esa manera. Tienes razón, tía Violet. No lo he decidido yo, ¿verdad?

Para ser sinceros, me pregunté qué sucedería ahora que Robin había muerto. ¿Janice trataría de volver con mi tío, con el rabo entre las piernas? Siendo como era esa mujer, no me extrañaría, aunque tendría que vérselas primero con nosotras tres.

Me puse en pie.

—Hora de encender la parrilla. Cenamos en veinte minutos.

Con Puck abriendo camino, crucé las puertas francesas y salí al jardín.

Esa misma noche, más tarde, abrí la nueva edición *de Las niñas Strawberry*. Las páginas eran gruesas y satinadas; los colores, vivos; las ilustraciones, mágicas. Estaba tan emocionada que tenía el pulso acelerado; una reacción que entenderá cualquier amante de los libros.

Cuando uno se zambulle verdaderamente en un libro, es como atravesar una puerta a otro mundo. La nueva versión de *Las niñas Strawberry*, con más ilustraciones en color y una tipografía a juego, aunque de fácil lectura, no me decepcionó.

Las niñas Strawberry

En una cálida noche de verano, bajo la luz de la luna de fresa, nació una niña en una casa con techo de paja, junto a Bosque Profundo. Apenas un año después, mientras lucía la misma luna, conocida en el lugar como Strawberry Moon, su hermana llegó al mundo, y por eso los aldeanos las llamaban *las niñas Strawberry*. «Un nombre precioso para unas niñas preciosas», decía su madre.

Entre el pelo oscuro y las naricillas pecosas, prácticamente parecían gemelas. Poppy, la mayor, era un poco mandona. Rose, en cambio, apenas hablaba… hasta que se le desataba la lengua. Les encantaba disfrazarse y bailar. Y trepar a los manzanos en otoño. Y mover los dedos de los pies en el arroyo que corría al final del jardín. Hasta que un pez le dio un mordisquito al pulgar de Poppy y ya no quisieron saber nada más del asunto.

Pero lo que más les gustaba de todo era hacer pícnics en el cenador, cubierto por un rosal trepador. Adoraban sentarse a la sombra impregnada de la dulce fragancia de las rosas a beber té con leche y comer magdalenas de mariposas y tartaletas de mermelada mientras las abejas zumbaban y los pájaros cantaban. Un día, durante una larga y ociosa tarde, cuando parecía que ya no iba a ocurrir nada, una niña salió de Bosque Profundo a lomos de un poni blanco y orondo. Nunca habían tenido invitados a merendar, salvo que contara una cría de topo llamada Ollie, que se relamía con las migas de magdalena.

—¿Lo de la cabeza es una corona? —preguntó Rose con la boca llena.

—A mí me lo parece —contestó Poppy—. ¿Y por qué lleva un vestido tan largo? ¿Cómo trepa a los árboles?

—Buena pregunta —reconoció Rose—. Tendría que dejarle unos pantalones cortos.

Sujetándose la corona, la niña bajó del poni, en el que montaba de lado, y preguntó señalando la tetera:

—¿Me invitáis a una taza? —Se tocó el pecho con una mano—. Me muero de sed.

Rose corrió a buscar una después de que Poppy le diera un ligero codazo.

—Oooh, qué poni más bonito —dijo cuando volvió, jadeando—. ¿Puedo montar?

La niña se había sentado junto a Poppy con las piernas cruzadas y estaba metiéndose una tartaleta de mermelada en la boca. Después de masticar y tragar, asintió.

—Claro que puedes. Zarzamora es un amor.

—Será mejor que suba yo primero, Rose —se adelantó Poppy, que también quería montar, pero no se había atrevido a pedírselo—. Para comprobar que es seguro.

—Es completamente seguro —dijo la niña—. Por cierto, me llamo Audrey. —Señaló su tartaleta—. Tú eres Rose. ¿Y tú?

Enarcó las cejas cuando miró a Poppy.

—Poppy —contestó esta mientras le servía una taza de té—. Encantada de conocerte —añadió, tratando de sonar como una persona mayor cuando se la tendió.

—¿Dónde vives? —preguntó Rose, sentándose y recogiendo las rodillas hasta la barbilla. En una tenía una costra, pero las dos estaban tostadas por el sol.

Audrey señaló hacia el bosque, aunque no añadió nada más. Apuró su taza y la sostuvo delante de ella.

—¿Puedo tomar otra?

Después de que Audrey se acabara su té, ayudó a Poppy a subirse al lomo de Zarzamora.

—¡Cuántas cosas se ven desde aquí arriba! —exclamó Poppy, emocionada, cuando el poni empezó a pasear por el jardín—. Incluso llego a las manzanas —dijo, estirando un brazo hacia el árbol.

—Todavía no están maduras —le advirtió Rose, que esperaba impaciente en el suelo a que le llegara su turno.

—Ya lo sé, tonta —contestó Poppy, retirándose el pelo. En ese momento divisó un nido entre las hojas. El obediente Zarzamora se acercó más para que ella pudiera ver los polluelos, con los picos bien abiertos—. He encontrado un nido de pájaros.

—Quiero verlo.

Rose se puso de puntillas.

Poppy, considerada, se bajó del poni.

—Te toca.

Rose se subió al poni para echar un vistazo y a continuación lo hizo Audrey.

Después, estuvieron jugando en el jardín, corriendo, saltando y trepando a los árboles. El sol se ponía cuando Audrey dijo:

—Tengo que irme. ¿Puedo volver otro día?

—Sí, por favor —contestaron Poppy y Rose a la vez.

—Será un placer —añadió Poppy, como siempre hacía su madre.

—Entonces, no tardaré. —Audrey sacudió las riendas y Zarzamora empezó a trotar—. Adiós.

Niña y poni desaparecieron en Bosque Profundo.

Audrey volvió, y las tres niñas pasaron muchos días juntas en el jardín, hasta que una tarde tempestuosa, en que el cielo se cubría de nubes negras y retumbaban los truenos, Zarzamora salió trotando del bosque, sin Audrey.

Lo dejé ahí. Sabía qué venía a continuación y quería retrasar el placer y el deleite de leerlo. Después de haber estado en la verdadera Strawberry Cottage, me di cuenta de la fidelidad con que Iona había retratado su casa en las ilustraciones. Era un lugar mágico. No me extrañaba que el entorno hubiera inspirado a su marido y a ella.

Por eso mismo, era aún más triste que Nate hubiera muerto en la torre de piedra, uno de los lugares importantes que aparecían en el cuento. Resultaba curioso que Iona la hubiera incluido, teniendo en cuenta que el libro se publicó tras el fallecimiento de Nate. Quizá quería mantenerse fiel a la versión de su marido, a la idea original que ella había desarrollado y embellecido.

Apagué la lamparita de noche y me tumbé, con Puck ovillado a mi lado, pero sin pegarse a mi cuerpo. La brisa veraniega se colaba por la ventana abierta, pero hacía demasiado calor para que se acurrucara junto a mí, como solía hacer.

—Buenas noches, Puck.

Me respondió con un ronroneo.

El desayuno consistió en dos huevos, de las granjas locales, estrellados, servidos con gruesas tostadas de pan blanco casero con mantequilla y mermelada de fresa, también casera.

Salí al jardín y estuve hojeando los tabloides más recientes

mientras comía. Aquellas publicaciones morbosas, llenas de escándalos y cotilleos, eran divertidas. Aunque también las repasaba en busca de fotos de Kieran y mías. O solo de Kieran.

Oh, por el amor de Dios. Nos habían pillado sentados en el banco mientras comíamos. Yo llevaba puesto el casco y tenía la boca abierta. ¿Por qué no me había quitado aquel chisme? El pie de foto era aún peor. «La cita soñada de Kieran Scott, bien protegida». Ya me imaginaba las risitas por todo el país.

Cerré el diario con brusquedad y cogí el teléfono para centrarme en algo mucho más importante: Robin Jones. Ninguna novedad. Que no hubiera noticias era buena señal, ¿no? Al menos cuando temes que acaben deteniendo a un familiar.

«Poppy York», recordé. Una punzada de preocupación me obligó a coger el móvil de nuevo. Ojalá que ya hubiera aparecido. Nada nuevo sobre ella tampoco. Eché un vistazo a su cuenta de redes sociales, en la que había algunas publicaciones. «Poppy, vuelve a casa». Así que seguía sin dar señales de vida.

Me acabé los huevos, me arrellané en la silla y cogí la taza de café. ¿Dónde podría estar? La conclusión más obvia era que ella había matado a Robin Jones y había huido.

En cualquier caso, ¿qué relación tenían? Hasta el momento, lo único que sabía era que Robin era un viejo amigo de la familia. ¿Poppy habría trabajado para él en la tienda? ¿O —uf— se habría comportado de manera inapropiada con ella? Esperaba que no. Entonces, ¿qué podría haberlos llevado a un enfrentamiento en el tejado?

Quizá su desaparición no tuviera absolutamente nada que ver con Robin. Que yo supiera, nadie la había visto en la casa. Lo de pasarse por Strawberry Cottage antes de ir donde fuera no dejaba de ser una mera suposición basada, quizá, en que trabajaba muy cerca. Podría haberse marchado por un millón de motivos. Una pelea con su prometido. O un desacuerdo con su jefe en el yacimiento.

Las puertas francesas crujieron al abrirse y tía Violet asomó por ellas.

—Estás aquí, Molly. —Debía de tener una cara rara, porque añadió—: Espero no molestarte.

Me senté derecha.

—No, solo estaba pensando. Andaba dándole vueltas a dónde podría estar Poppy y por qué se iría.

—Es una buena pregunta —dijo tía Violet—. Espero que no le pase nada. Su pobre madre debe de estar volviéndose loca. —Dejó la puerta abierta y dio un par de pasos más—. Ha llamado sir Jon. Hemos quedado para comer en Hazelhurst. ¿Te apetece venir?

No tuvo que repetírmelo.

—Sí, me encantaría. —Luego, lo pensé mejor—. ¿Y mamá? No me gusta dejarla sola dos días seguidos.

Tía Violet le restó importancia con un gesto de la mano.

—Nina ha dicho que le parece bien. —Sonrió de oreja a oreja—. Si un día de estos puede irse a un *spa*.

—Oooh, ¿un día de *spa*? Ahora tengo envidia.

Quizá yo también pudiera encajar una visita antes de la recepción al aire libre, siempre que no escogiera nada extremo. Una amiga se había hecho un tratamiento facial justo antes de una cita importante. La piel de la cara se le agrietó y se le peló. Al final, canceló la cita. Pensándolo bien… No, no iba a rajarme, conocería a los padres de Kieran.

Empujé la silla hacia atrás y me levanté.

—Me apetece lo de la comida. —Entrecerré los ojos—. Salvo que prefieras estar a solas con sir Jon.

Tenía la teoría de que una antigua llama seguía ardiendo entre mi tía abuela y su distinguido amigo.

Tía Violet se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Si fuera así, no te habría preguntado si querías venir, ¿no?

—Muy bien, pues decidido. —Recogí mis platos—. Lavo esto y abro la tienda.

La mañana pasó volando y, poco después, tía Violet y yo nos

dirigíamos a Hazelhurst en el Cortina. La salida del día anterior había acabado con el hallazgo de un cadáver. Ese día me conformaba con una comida agradable y una tarde tranquila.

El Saxon Arms era un edificio laberíntico con tejado de paja que se alzaba justo a la orilla del Ouse. La zona de aparcamiento estaba casi llena y el lugar hervía de actividad, cosa que hablaba bien de la comida.

—Hemos quedado en la terraza —dijo tía Violet mientras aparcaba y apagaba el motor.

Recogimos los bolsos y bajamos, dejando las ventanillas abiertas un resquicio.

En lugar de entrar en el local, rodeamos el edificio hasta una terraza con el suelo de piedra, decorada con jardineras y parcialmente cubierta por una pérgola. Sir Jon estaba sentado en un rincón, bajo el emparrado, a la grata y fresca sombra que una gruesa enredadera proyectaba sobre la mesa. Me percaté de que, desde allí, disfrutaba de unas vistas excelentes de la terraza y alrededores. ¿Una vieja costumbre de su época de espía?

—Violet, Molly. —Sir Jon, un caballero septuagenario, elegante, esbelto y con una buena mata de pelo, se puso de pie y nos recibió con una sonrisa—. Qué alegría que hayáis venido.

A pesar de su formalidad habitual, ese día vestía de manera desenfadada, con unos pantalones de *sport* y un polo con el cuello abierto.

—Me alegro de verte —dijo tía Violet, y le dio un beso en la mejilla.

Sir Jon me estrechó la mano y luego me indicó que me sentara. Una camarera se acercó corriendo, era una joven curvilínea, envuelta en un delantal gigante sobre una camiseta de cuello de pico y unos vaqueros.

—¿Qué les pongo? —preguntó, tendiéndonos un pequeño menú en una pizarra—. Los especiales del día.

—La cerveza tostada está muy bien, Molly —dijo sir Jon. Sabía que me encantaba.

—Pues una. ¿Pedimos ya la comida? Y el *fish pie*.

El *fish pie* consistía en pescado ahumado en una deliciosa y cremosa salsa, cubierto con puré de patatas.

Sir Jon se decantó por el *shepher's pie*, una empanada de carne, y tía Violet por lo mismo que yo. La camarera nos trajo las cervezas y el vino de tía Violet, además de tres vasos de agua.

Mientras disfrutábamos de nuestras bebidas, paseamos la mirada entre los demás clientes, el propio *pub* y el jardín que bordeaba el río. Había mesas dispuestas bajo los árboles, directamente en la hierba. Parecía un buen lugar donde comer.

—Está muy buena —dije, limpiándome la espuma de la cerveza del labio. Era avellanada y oscura, con un toque a lúpulo.

Sir Jon asintió, agradeciendo el comentario.

—Me han dicho que ayer tuvisteis un día movidito.

No hacía falta que se explicara.

—Ya puede decirlo. —Sacudí la cabeza—. Nunca en mi vida me había llevado una sorpresa igual. —Bueno, casi nunca—. Estábamos paseando tranquilamente por el jardín, cuando, ¡zas!, allí estaba, tendido en un arbusto.

Tía Violet y yo nos turnamos para contarle cómo había ido la mañana en Strawberry Cottage, aunque callamos cuando llegó la comida. La camarera tenía una expresión extraña mientras dejaba los platos ardientes en la mesa y me pregunté si habría estado escuchándonos.

Retrocedió un paso y se limpió las manos en el delantal.

—¿Les traigo algo más?

Sir Jon miró su cerveza casi acabada.

—Otra, por favor.

Tía Violet y yo negamos con la cabeza.

Aun así, la camarera vaciló.

—Yo lo conocía, ¿saben? A Robin. Era un cliente habitual. —Clavó sus ojos azules y atribulados en nosotras—. Ustedes deben de ser las mujeres que lo encontraron.

A pesar de que la policía había omitido muchos detalles a la hora

de informar sobre el caso, no me sorprendía que la joven supiera de nuestra existencia. Seguro que circulaban todo tipo de historias, ciertas y falsas.

—Así es —contestó tía Violet—. Habíamos ido a ver a Iona York.

Torció el gesto.

—Tuvo que ser horrible. No me lo puedo imaginar.

—Intento no pensar en ello —dije—. ¿Lo conocías bien?

Sentía curiosidad por saber qué opinaba de Robin la gente del lugar.

—No demasiado —contestó, dándose unos golpecitos con el dedo en la barbilla—. Venía mucho por aquí, le gustaba sentarse en la barra y charlar con los clientes de siempre.

El corazón me dio un vuelco. La foto de Robin con la mujer misteriosa podría haberse hecho en ese *pub*. También me pregunté si alguien más, además de mi tío, sabía que mi tía había salido con Robin.

—¿Alguna vez vino con una mujer? —Al ver que fruncía el ceño, desconcertada, me apresuré a añadir—: He supuesto que un hombre tan atractivo tendría pareja. Qué terrible para la pobre.

Asintió.

—Sí que venía con mujeres de vez en cuando, pero con nadie de manera estable. —Se le escapó una risita—. Tampoco es que lo vigilara ni nada por el estilo.

—Claro.

¿Aquello significaba que solo salía unas cuantas veces con la misma mujer o que su relación con tía Janice era demasiado reciente para considerarla seria? Se me ocurrió mostrarle la foto de mi tía, pero quizá fuera pasarse un poco. No era una detective privada que investigaba una infidelidad matrimonial.

—Si no necesitan nada más… —dijo la camarera, disponiéndose a marcharse—. Enseguida le traigo esa cerveza.

—¿A qué ha venido eso, Molly? —preguntó sir Jon.

Miré de reojo a tía Violet, quien asintió con la cabeza, e interpreté que no le importaba que compartiera asuntos familiares

con él.

—Mis tíos, Janice y Chris Marlowe, se han separado hace poco. Según él, mi tía tenía una aventura con Robin. —Sonreí con ironía—. Lo llamó para que redecorara su casa.

Sir Jon lanzó un resoplido.

—Ya veo. —Adoptó una mirada seria—. Ahora entiendo por qué Chris está bajo sospecha. —No me sorprendió que lo supiera. Sir Jon tenía muchos contactos—. Dudaba de que Robin subiera al tejado para darle consejos sobre cómo techar casas.

—Ya, es muy raro que Robin estuviera allí arriba. —Sacudí la cabeza—. Y sí, no pinta bien para tío Chris. —¿Me lo tomaría igual si tía Janice fuera una de las principales sospechosas? Mmm… probablemente no, para ser sincera—. ¿Se tiene ya alguna noticia de Poppy? —pregunté, pensando que quizá sir Jon supiera algo—. Estoy bastante preocupada.

—Me temo que no —contestó—. Sé que están peinando la zona en busca del vehículo, además de los aeropuertos, las estaciones de tren, etcétera, a ambos lados del Canal. Creen que su desaparición puede estar relacionada con un caso internacional.

—¿Un caso internacional? —repitió tía Violet—. ¿A qué te refieres?

Sir Jon echó un vistazo a su alrededor para cerciorarse de que nadie lo oía.

—La Interpol está investigando un caso de venta de antigüedades y, según dicen, el señor Jones los ayudaba.

Pensé en la excavación de inmediato. Me di cuenta de que todavía no había probado mi *fish pie* y me metí un trozo en la boca. Delicioso. Patatas cremosas con pescado blanco tan tierno que se deshacía.

—¿Qué tipo de antigüedades? —preguntó tía Violet—. ¿Está relacionado con nuestra Sutton Hoo?

Sir Jon se encogió de hombros mientras hundía el tenedor en su empanada de carne.

—Todavía no estoy seguro. Robin estaba vinculado a una red de

traficantes de antigüedades de aquí y Europa. A pesar del estricto control que los Gobiernos tratan de mantener sobre estas cosas, algunos objetos acaban en el mercado negro.

—Nunca he entendido qué atractivo puede tener algo así —dijo tía Violet—. No podrás exhibir nada de lo que compres por esos medios.

—Para algunos, el aliciente reside en ser su dueño —explicó sir Jon—. Y aún más si se saltan la ley.

—¿Robin colaboraba en una operación policial? —pregunté, pensando en lo emocionante que sería. Hasta que puse los pies en el suelo. «Claro que la misión lo habría conducido a la muerte».

—Es posible que estuvieran preparando una trampa —reconoció sir Jon—. Como puedes ver, esto añade una nueva capa al caso de asesinato. Alguien podría haberse enterado de que trabajaba de incógnito para el Gobierno.

—¿Has vuelto al trabajo, Jon? —preguntó tía Violet con un brillo de curiosidad en la mirada—. ¿O tu interés es puramente académico?

—Académico, por descontado —contestó tras una larga pausa—. Hace mucho que colgué los guantes. —Me costó creerlo, y aún más cuando añadió—: ¿Os apetece visitar el yacimiento esta tarde? Voy a llevarle unos libros a Geoffrey Thornton y puede que nos deje echar un vistazo.

¿Acercarse a una excavación arqueológica en curso? No tuvo que insistir.

—Me encantaría. Tía Violet, ¿podemos ir?

—No me lo perdería por nada del mundo —aseguró—. Desde que leí sobre el hallazgo de la tumba de Tutankamón, siempre he querido encontrar una sepultura intacta.

Aquello sonó un poco truculento, pero sabía a qué se refería. La idea de descubrir objetos milenarios era fascinante. Todo —la cerámica, los granos de trigo, las estatuas religiosas— revelaba cómo era la vida en el pasado. Los exámenes forenses de momias y huesos proporcionaban información nueva sobre la dieta o las

enfermedades de hacía siglos.

Me concentré en la comida, con ganas de acabar cuanto antes e ir a visitar el yacimiento. También me asaltó otra idea: «Y preguntar por Poppy». Con un poco de suerte, habría vuelto al trabajo con el resto de la cuadrilla.

Dejamos el Cortina en el *pub* y fuimos a Thornton Hall en el Aston Martin de sir Jon, que tenía la capota bajada. Me encantaba ese coche, me hacía sentir como un personaje de una película de James Bond. Menos en lo de ir apretujada en el asiento trasero, era una postura muy poco glamurosa.

El tráfico era lento y avanzábamos con calma por la calle principal, cosa que me ofreció la oportunidad de admirar sin prisa los locales que la flanqueaban. Vi una cafetería monísima y una *boutique* con unos vestidos preciosos en el escaparate. Si Daisy y yo no encontrábamos nada en Cambridge para la recepción al aire libre, podíamos ir allí… siempre que fuera Daisy quien llevase el coche. Me imponía conducir por la izquierda; no me había atrevido a agarrar un volante desde que nos habíamos mudado a Inglaterra.

Cuando el Aston Martin pasó poco a poco por delante de Jones & Company, la tienda de Robin, vi un movimiento fugaz en el interior. Sin embargo, el establecimiento estaba cerrado, o al menos eso decía el enorme cartel del escaparate.

—¡Pare! —grité.

Tía Violet se volvió con el ceño fruncido.

—Te oímos perfectamente, Molly. ¿Qué ocurre?

Señalé el escaparate, que estaba a oscuras. Volví a ver que algo se movía.

—Hay alguien en la tienda de Robin.

—¿Estás segura? —preguntó sir Jon, alargando el cuello para mirar por detrás de tía Violet.

—Segurísima.

Imaginé que si estaban fisgoneando en la oscuridad era porque

habían entrado sin permiso. Si se tratara de la policía, las luces estarían encendidas.

Sir Jon puso el intermitente y se desvió tan rápido hacia el callejón contiguo a la tienda que tuve que agarrarme. Frenó con brusquedad, apagó el motor y todos nos bajamos de un salto. Sir Jon llamó con los nudillos a la puerta de cristal mientras yo ahuecaba las manos y las colocaba en el escaparate para echar un vistazo.

—¿Ves a alguien? —preguntó tía Violet.

Nadie acudió a abrir, por descontado.

—Creo que sí —dije—. Sí.

Una figura desgarbada se deslizaba entre las altas sombras que proyectaban los muebles, aunque costaba verla con aquella luz tan tenue que entraba por una ventana lateral. Se oyó un ruido sordo de algo que volcaba y, a continuación, unos cristales rotos.

# CAPÍTULO SEIS

—No es la policía, seguro. Llamad al 999. —Sir Jon echó a correr y rodeó el edificio en dirección a la parte trasera. Mientras tía Violet se apresuraba a sacar el móvil para hacer la llamada, le indiqué con una seña que iba a seguir a sir Jon. El callejón era tan estrecho que apenas permitiría el paso de un coche. Me deslicé como pude junto al Aston Martin y eché a correr por los adoquines resbaladizos tan rápido como me lo permitieron las sandalias.

En el otro extremo, el callejón desembocaba en una calle paralela a la principal. El patio trasero de la tienda de antigüedades estaba vallado, que fue donde encontré a sir Jon, mirando la verja abierta.

—Ha escapado —dijo con abatimiento.

—¿Está seguro?

Me acerqué un poco más para echar un vistazo por la verja. En el pequeño patio había varios cubos de basura, una pila de cajas de cartón aplanadas y un par de macetas de barro con plantas muertas.

La puerta trasera del local estaba abierta. Iba a entrar, pero sir Jon me tocó el brazo.

—Mejor no, Molly. Que se encargue la policía.

Tenía razón. Todo indicaba que el intruso había huido, salvo que se escondiera dentro con la esperanza de que nos fuéramos.

Unas luces azules destellaron en la boca del callejón acompañadas por la sirena de un coche patrulla.

—Ya han llegado —anuncié, a pesar de que era obvio.

—Yo espero aquí —dijo sir Jon—. Ve y cuéntales qué hemos descubierto.

Cuando llegué al principio del callejón, un par de agentes estaban hablando con tía Violet. Uno era un joven esbelto, de piel oscura, y la otra, una mujer de pelo rojizo y rizado. El coche patrulla estaba subido al bordillo, con las luces encendidas.

—Molly, diles lo que has visto —me pidió tía Violet—. Esta es Molly Kimball, mi sobrina nieta. Molly, estos son los agentes Malago y Johnson.

—Las conozco —dijo el hombre—. Ustedes estaban ayer en Strawberry Cottage. —Indicó a su compañera con un gesto de la cabeza—. A Johnson y a mí nos llamaron como refuerzos.

Su explicación me ofreció la introducción perfecta.

—Sí, estábamos allí, por eso he mirado la tienda de Robin al pasar por delante. —Señalé el escaparate—. He visto movimiento dentro y me ha parecido extraño. De haber tenido permiso para estar en la tienda, las luces habrían estado encendidas, ¿no?

Los agentes intercambiaron una mirada, apoyando lo que acababa de decir.

—¿Qué ha pasado después? —preguntó la agente Johnson, que tomaba notas.

—Sir Jon ha detenido el coche en el callejón y nos hemos bajado todos. Ha llamado a la puerta mientras yo miraba por el escaparate. He visto a alguien dentro y luego se ha caído algo. Algo grande. También hemos oído cristales rotos. —Hice una pausa para que le diera tiempo a apuntarlo—. Sir Jon ha echado a correr hacia la parte de atrás y yo lo he seguido. La puerta trasera y la verja están abiertas. Deben de haber salido por ahí.

—¿Han entrado? —preguntó el agente.

Negué con la cabeza.

—No. Sir Jon sigue allí, se ha quedado a vigilar.

—Vamos para allá, hablamos con él y entramos a echar un vistazo —le dijo a su compañera.

—Un momento, Gabe —contestó ella mientras sus dedos volaban sobre la tableta—. Ya casi estoy. —Nos miró con sus fríos ojos azules —. Ustedes dos, permanezcan aquí, ¿de acuerdo?

Mientras los agentes iban a reunirse con sir Jon, tía Violet y yo esperamos en la acera, una al lado de la otra, tratando de adoptar un aire despreocupado, mientras la gente que pasaba por al lado, ya fuera a pie o en coche, se quedaba mirándonos. Como para no hacerlo, cuando había un coche patrulla con las luces encendidas delante de una tienda cuyo propietario había muerto.

Un hombre mayor que paseaba a un perrito blanco quiso entablar conversación.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz áspera—. ¿Ha entrado alguien en la tienda de Robin?

Aunque hicimos como si no lo hubiéramos oído, se quedó allí plantado, observando, mientras el perro se familiarizaba con nuestros zapatos.

—No sabemos nada —dije al final. Estaba segura de que a los agentes no les gustaría que empezáramos a cotillear.

—La policía se ocupará de todo —aseguró tía Violet, con tono enérgico—. Estoy segura de que informarán de lo que sea necesario.

Cuando el perrito levantó la pata sobre mi pie, retrocedí de un salto.

—Eeeh… su perro…

Bajó la vista y, después de dar un suave tirón a la correa, continuó su camino, mascullando para sí mismo. Su diminuta mascota correteó por delante, sin duda, ansiosa por encontrar un nuevo objetivo.

Los minutos transcurrían lentamente y empecé a plantearme si no sería mejor esperar en el Aston Martin. O acercarme un momento a la cafetería de más abajo y pedir un café para llevar. En ese momento oímos unas voces y sir Jon y los dos agentes asomaron por la esquina del edificio.

—Ya nos ocupamos nosotros —nos dijo la agente Johnson—. Gracias por llamar enseguida.

—¿Han allanado la tienda? —pregunté, ansiosa por obtener información.

Los dos agentes intercambiaron una mirada.

—No hemos hallado indicios de que se haya forzado la entrada —contestó al fin la agente Johnson—. Hemos encontrado una mesa volcada y unos platos rotos, y por la manera en que han huido me hace suponer que estaban dentro de manera ilegal.

Si no había señales de que hubieran forzado la cerradura, en ese caso, el intruso había usado una llave, siempre y cuando Robin cerrara la tienda. ¿Alguien cercano a él, quizá? O quizá no. Podrían haberla robado. ¿Robin llevaría encima las llaves del local cuando la policía registró el cadáver? En cualquier caso, no me atreví a preguntar.

—¿Falta algo? —Quiso saber tía Violet—. Seguro que tenía objetos valiosos en la tienda.

El agente Malago sonrió con gesto apesadumbrado.

—Hará falta alguien más experto que yo para saberlo. En ese sitio no cabe ni un alfiler.

La agente Johnson puso Jos ojos en blanco.

—Ya lo creo. De todas maneras, ya pueden irse. —El cambio de tono nos indicó que no se trataba de una sugerencia—. Les llamaremos si tenemos más preguntas.

Mientras nos alejábamos en el coche, vimos que los dos agentes intercambiaban impresiones en la acera mientras miraban el edificio de Robin como si fueran a encontrar allí las respuestas. Quizá algún día sabríamos quién había estado revolviéndolo todo dentro… y por qué.

Cuando sir Jon se desvió hacia el camino de entrada de Thornton Hall, apreté los puños emocionada, ansiosa por acercarme a ver aquella magnífica casa. No era gigantesca, como Downton Abbey, pero sí elegante y refinada, con sus altas ventanas y sus cuidados jardines.

El Aston Martin crujió sobre la gravilla cuando sir Jon rodeó una fuente y detuvo el coche cerca de la entrada principal. Apenas nos habíamos apeado cuando un hombre de unos cincuenta años asomó por la puerta principal. Alto, delgado, un tanto encorvado, con los ojos color avellana, el pelo y la barba canosos y un aire un tanto socarrón y de vuelta de todo.

—Qué alegría veros.

Mientras le estrechaba la mano a sir Jon, su mirada nos recorrió con franca curiosidad.

—Geoffrey, permíteme presentarte a dos buenas amigas: Violet Marlowe y Molly Kimball. Son las dueñas de la librería Thomas Marlowe de Cambridge.

Geoffrey le dio la mano a tía Violet.

—¿Cómo no voy a conocer a Violet? Thomas Marlowe es uno de mis lugares favoritos. —Se volvió hacia mí y me estudió con interés, aunque de manera cordial—. Tú debes de ser su sobrina estadounidense.

—La misma. Encantada de conocerlo.

—Te he traído tus libros.

Sir Jon sacó una bolsa grande del asiento trasero.

Geoffrey la cogió y le dio las gracias.

—Estaba a punto de ir ahí enfrente a ver cómo va lo de la excavación. ¿Queréis venir? Luego, si tenéis tiempo, podemos tomar un té en la terraza.

Reprimí un chillido de felicidad. ¿Visitar un yacimiento arqueológico y tomar el té en una mansión el mismo día? Estaba viviendo un sueño.

—Esperábamos poder echarle un vistazo —confesó sir Jon—. Tú primero.

—Permitidme que deje esto dentro y enseguida estoy con vosotros.

Geoffrey desapareció en la casa con la bolsa y, cuando volvió, llevaba un sombrero de *tweed*, un poco ajado, y un bastón. La viva imagen del caballero inglés que sale a dar un paseo por su

propiedad.

Enfilamos el camino de entrada, sombreado por las enormes hayas. Los esplendorosos mantos de hierba que se extendían a ambos lados finalizaban en unos muros intrigantes que debían de cercar más jardines. Ojalá tuviera la oportunidad de visitarlos.

Mientras Geoffrey caminaba balanceando el bastón con aire despreocupado, sentí curiosidad por saber qué pensaría de la muerte de Robin, quien, al igual que Nate York, había fallecido en su propiedad, algo sobre lo que también me encantaría preguntarle. Sin embargo, no era ni el momento ni el lugar, así que dije en su lugar:

—Debe de ser fascinante encontrar un yacimiento en sus propias tierras.

Se volvió para sonreírme.

—Así es. Y pensar que ha habido un asentamiento anglosajón oculto bajo mis campos todo este tiempo… Cuando Rob Taylor, uno de mis aparceros, desenterró una flauta de hueso, bueno, ¿qué íbamos a hacer, sino investigar qué más había ahí debajo?

—¿Una flauta de hueso? —intervino tía Violet—. Qué gran hallazgo.

Geoffrey se detuvo y sacó el teléfono. Después de bajar por la pantalla, nos enseñó una foto del objeto, que, en efecto, parecía una sencilla flauta con agujeros para los dedos. Se me puso la piel de gallina imaginando a la persona que la había tocado miles de años atrás.

—Dejaré que el doctor Holloway os ponga al corriente de lo demás —dijo Geoffrey—. Él es el experto. Aunque estoy ilustrándome un poco sobre el tema, de ahí el libro que me has traído, Jon.

Llegamos a la carretera, junto a la que esperamos a que pasaran un par de coches, que, por descontado, aminoraron la velocidad hasta prácticamente detenerse para contemplar la excavación.

—Sospecho que últimamente hay mucho más tráfico por aquí —dijo sir Jon con tono alegre.

Geoffrey miró a ambos lados antes de hacernos una seña para

que cruzáramos.

—Sospechas bien. No suele venir nadie por aquí.

Una vez en el otro arcén, salvamos la cuneta y atravesamos el campo en dirección a donde se veía actividad. Igual que el día anterior, había varias personas agachadas en las zanjas abiertas en el terreno, entre ellas Ben y Rose. Para mi consternación, no vi a Poppy, cuya foto se había incluido en la sobrecubierta más reciente de *Las niñas Strawberry*, posando junto a su madre y su hermana. ¿Continuaba desparecida?

Un hombre mayor con casco se levantó cuando nos acercamos a la zona de trabajo. Nos saludó con la mano y nos esperó con los brazos en jarras.

—Buenas tardes, Geoffrey —lo saludó mientras nos miraba con curiosidad.

—Son unos amigos, Malcolm —le aclaró Geoffrey—. Se han pasado por casa y les apetecía echar un vistazo.

Nos presentó. Ben y Rose se volvieron y nos reconocieron.

—Encantado —dijo Malcolm. Señaló el campo, cruzado de zanjas y calicatas—. Es un proyecto apasionante. Creemos que llegó a haber hasta diez edificaciones. Muy parecidas a las del yacimiento de Houghton, aunque más pequeñas. Hasta el momento, hemos encontrado fragmentos de cerámica, herramientas metálicas y restos de madera que se utilizaban en la construcción de viviendas.

Nos invitó a acercarnos a la zanja, donde Ben apartaba tierra con cuidado con un pincel.

—Vamos poco a poco, por capas, y documentamos cada paso. Aunque tomamos fotografías, Rose hace bosquejos al mismo tiempo, tanto de los objetos como de la composición del suelo.

Rose levantó la libreta y nos enseñó un dibujo de la zanja. También había anotado dónde se habían encontrado los objetos exactamente.

—Qué trabajo más chulo —dije, dirigiéndome a ella—, debes de disfrutar un montón.

Encogió un hombro y una sonrisa complacida asomó en sus

labios.

—Es fascinante, como una búsqueda del tesoro. Nunca se sabe qué vas a desenterrar.

Ben apartó la vista de su trabajo un momento.

—¿Como la letrina que encontramos? —Sonrió—. No hay nada que no merezca ser estudiado si es lo bastante antiguo.

El doctor Holloway se aclaró la garganta.

—De hecho, muchas letrinas se utilizaban como vertederos y, dada la naturaleza del uso que se les daba, muchas veces han permanecido intactas.

Un dato curioso e interesante, desde luego. Estaba claro que lo de deshacerse de cosas en una letrina venía de antiguo.

—¿Vais a excavar los túmulos? —preguntó tía Violet, refiriéndose a varios montículos grandes y alargados que se repartían por el campo. El tesoro de Sutton Hoo se había encontrado en una de esas antiguas sepulturas.

Malcolm miró a Geoffrey.

—Estamos discutiéndolo. Dependerá de los fondos, como todo.

Ben levantó la vista y se echó a reír.

—Si encontramos suficientes objetos interesantes en esta fase, los fondos llegarán sin problemas.

—Que Dios te oiga —dijo Malcolm con sequedad—. El departamento siempre tiene varios proyectos en consideración. Aunque hemos empezado bien, la verdad; estoy muy satisfecho. —Se volvió hacia Geoffrey—. Hoy me han llamado para hacerme una entrevista en la televisión. ¿Te parece si lo hablamos?

—Claro, por supuesto —asintió Geoffrey—. Disculpadme un momento, por favor —añadió, dirigiéndose a nosotros.

—¿Quieres ver la otra zanja? —le preguntó sir Jon a tía Violet.

Había otro equipo trabajando cerca de allí.

—Me encantaría. ¿Vienes, Molly?

Rechacé la oferta, con la idea de aprovechar la oportunidad para hablar con Ben y Rose.

—¿Ya ha aparecido Poppy? —les pregunté cuando sir Jon y tía

Violet se alejaron. La preocupación por su paradero había estado incordiándome como una fiebre leve y constante.

Rose torció el gesto.

—Aún no. Ni tenemos noticias de ella. —Dejó de dibujar—. Nos hemos pasado casi toda la noche conduciendo por Cambridge y alrededores buscándola. Ninguno de los dos quería venir a trabajar hoy, pero el doctor Holloway nos sustituiría en un abrir y cerrar de ojos. Tiene un plazo muy ajustado.

—Estoy agotado —confesó Ben con un gruñido—, pero no puedo permitirme que me despidan. Esta excavación es parte de mi proyecto independiente de investigación. —Tras un segundo, añadió —: Ni Poppy tampoco. No es propio de ella escaquearse del trabajo. —El tono lúgubre de su voz evidenciaba su preocupación. Me miró un momento y se apartó el pelo oscuro de los ojos—. Había algo que no la dejaba tranquila. Ojalá hubiera insistido en que me lo contara.

Me pregunté de qué se trataría. ¿La universidad? ¿Problemas familiares? ¿O Robin Jones y lo que fuera que se trajese entre manos?

—No te mortifiques, Ben —dijo Rose—. Ya sabes lo cabezota que es.

A pesar del desenfado, parecía asustada.

—¿No han encontrado su coche? —pregunté.

—No, aún no —contestó Ben—. Dicen que tampoco lo han visto en los aparcamientos de las estaciones de transporte. Lo que significa que ha debido de ir a algún sitio.

No eran buenas noticias. No solo podía estar en cualquier parte de la isla, también podría haber cruzado el Canal por el túnel. A esas alturas, Poppy podría haber atravesado media Europa.

—Si hay algo que pueda hacer… —dije, llevada por un impulso.

Ben asintió con la cabeza y retomó su trabajo, pero Rose ladeó la suya y me estudió con los ojos entrecerrados.

—Me he enterado de que participaste en la resolución de un asesinato. Me lo ha contado mi madre esta mañana. —Hizo una pausa y luego pareció reunir el valor para preguntar—: ¿Crees que

podrías ayudarnos a encontrarla?

Empecé a arrepentirme de mi oferta, consciente de que la tarea me venía muy grande. Para empezar, no disponía ni de lejos de los recursos del Departamento de Policía. Si ellos no eran capaces de dar con ella, ¿cómo iba a hacerlo yo? Además, ¿y si… no quería involucrarme? Lo cierto era que Poppy podría estar implicada en algo turbio o incluso que la hubieran secuestrado. O quizá había matado a Robin antes de huir, como parecía sospechar la policía.

Aunque, por otro lado, ¿cómo iba a negarme a intentarlo siquiera? Puede que mi intento, por modesto que fuera, diera con una pista sobre su paradero. Sobre lo que había ocurrido en Strawberry Cottage.

Los dos me miraban. Notaba la garganta tan seca que me costaba tragar.

—Lo intentaré —dije al fin, con voz ronca—. Aunque no soy experta en personas desaparecidas, os lo aviso. ¿Por dónde empezamos?

—La librería está justo enfrente del Magpie *Pub*, ¿verdad? ¿Por qué no quedamos para tomar algo allí esta noche y lo hablamos?

Repasé mi agenda y no era que la tuviera precisamente apretada. Ese día había quedado para jugar a los dardos y cenar con Kieran, Daisy y Tim.

—Por mí, bien —contesté—, aunque estaré con unos amigos.

Geoffrey y Malcolm volvieron y, a continuación, aparecieron sir Jon y mi tía.

—Me apetece un té —dijo Geoffrey—. ¿Volvemos a la casa?

Cuando llegamos a Thornton Hall, delante de la entrada, había aparcado un Peugeot de líneas elegantes. Geoffrey sonrió al verlo y un segundo después comprendí por qué.

La puerta de la mansión se abrió de golpe y una mujer bellísima, que rozaba la cincuentena, bajó corriendo los escalones. Esbelta, de melena oscura, larga y rizada, lucía un vestido vaporoso de lentejuelas, anillos en todos los dedos y un montón de brazaletes.

—Ya estás aquí, cariño.

Rodeó el cuello de Geoffrey con los brazos con tanto ímpetu que este se tambaleó hacia atrás ligeramente. El hombre se echó a reír antes de devolverle el abrazo.

—Vaya, a eso lo llamo yo una bienvenida. —Cuando la soltó, dejó el brazo en la cintura de la mujer—. Violet, Molly, Jon, os presento a Miranda.

Sin separarse de Geoffrey, Miranda hizo un leve saludo con la mano y se le formaron unos hoyuelos al sonreír.

—Encantada de conoceros. Entrad, por favor.

Se apartó de él y nos acompañó hasta la casa mientras hablaba sobre tomar un té en la terraza.

El gran vestíbulo estaba revestido de madera. Justo enfrente se abría un arco que conducía a la escalera, y los suelos estaban cubiertos con alfombras antiguas y lujosas. A la izquierda, había otro arco, que daba a un salón doble por el que Miranda nos condujo hacia la parte trasera de la casa, y salimos por unas puertas francesas.

En la terraza, parcialmente cubierta, había una mesa ya dispuesta para el té. En su papel de anfitriona, Miranda nos indicó que nos sentáramos. Desde allí se veía un camino de grava flanqueado por setos y arbustos ornamentales y arriates de flores. Más allá, en el nivel inferior, había una pista de tenis, un jardín hundido y un campo de *croquet*.

Miranda me sorprendió admirando el paisaje, boquiabierta.

—¿Verdad que los jardines son preciosos? —Puso una mano en la rodilla de Geoffrey—. Ha estado devolviéndoles su antiguo esplendor.

Cogió la tetera y empezó a servir el té en las tazas.

—Podría decirse que es mi pasatiempo —apuntó Geoffrey—. Encontré unos planos antiguos y decidí recuperar algunos elementos. El estanque reflectante era un desastre, y a los setos les hacía falta una buena poda.

—Has hecho un magnífico trabajo —lo felicitó sir Jon.

Con las gafas de sol puestas, se recostó en su asiento, con los brazos cruzados, inescrutable y alerta. No conocía bien al exagente

secreto, pero sabía reconocer cuando alguien entraba en modo trabajo. ¿Qué estaría pensando detrás de esas Foster Grant?

—Si queréis os lo enseño luego, pero ahora, ¡al ataque!

Geoffrey señaló varios pisos de platos con pastas diminutas y pequeños sándwiches.

Estaba llena, pero probé los de salmón ahumado y pepino. Eran del tamaño de un bocado, por lo que estaba segura de que me cabrían.

Miranda fue pasando las tazas.

—Qué terrible lo de Robin Jones, ¿verdad?

El denso silencio que se instaló en la mesa solamente se vio interrumpido por el débil canto de los pájaros en los árboles que rodeaban la zona. Teniendo en cuenta que Geoffrey y Miranda eran amigos de Robin, había estado preguntándome qué pensarían sobre su muerte, pero nunca habría esperado que ninguno lo mencionara de manera tan abierta, y por la expresión de tía Violet, ella tampoco. Sir Jon permaneció impertérrito.

Geoffrey cambió de postura.

—Triste, muy triste —masculló—. No sé si es el mejor tema de conversación para un té, querida.

Las mejillas de Miranda se encendieron y nos dirigió una mirada veloz. Sus ojos oscuros se detuvieron en mí.

—Tú estabas allí, ¿verdad, Molly? Iona me lo ha contado todo, pobrecita. Todavía está muy afectada.

—Tía Violet y yo estábamos viendo el jardín cuando lo encontramos —contesté, sintiéndome obligada a decir algo—. Una tragedia. Debió de resbalar y caer.

Era justo lo contrario de lo que yo, y la policía, creía, pero no me apetecía hablar de un caso de asesinato con Miranda. Al menos allí.

Por respuesta, apartó la mirada con un resoplido.

—Sí. Bueno. Robin siempre estaba metiendo la nariz en… ¿Para qué subió siquiera al tejado? ¿Alguien lo sabe?

La mujer no pensaba dejarlo pasar.

Me encogí de hombros y alargué la mano hacia otro sándwich de

pepino. Eran tan sencillos, pero, al mismo tiempo, estaban tan deliciosos que decidí hacerlos en casa.

—Puede que le interesara ver cómo funcionaba lo del techado de paja. Es un oficio fascinante. Un día de estos acompañaré a mi tío en uno de sus encargos, espero. Chris Marlowe es mi tío.

—No volví a ver a Robin después del desayuno, ¿y tú? —preguntó Miranda, tocándole el brazo a Geoffrey.

Miré a tía Violet y a sir Jon con disimulo. Robin había visto a aquella pareja la mañana de su muerte. Quizá supieran algo, aunque ellos no hubieran caído en la cuenta aún.

Geoffrey frunció el ceño.

—Ahora que lo dices, no. Me excusé para ir a hacer unas llamadas y di por sentado que se había ido. Al pueblo, me refiero.

Miranda se retiró el pelo hacia atrás.

—Sí que me extrañó que la tienda no estuviera abierta cuando pasé por delante con el coche. —Luego se volvió hacia nosotros—. Yo también tengo una tienda en el pueblo: Titania's Bower.

—La he visto —dijo tía Violet—. Preciosa.

Geoffrey se aclaró la garganta para anunciar un cambio de tema.

—¿Lo tienes todo listo para la Feria de la Fresa, querida? Puedo echarte una mano, si me necesitas.

Tía Violet le tomó el relevo.

—¿Tienes un puesto, Miranda?

—Así es. —Jugó con los brazaletes—. Como todos los años. Mis productos tienen mucha demanda. —Sonrió—. Sobre todo, las bolsitas y pociones de amor. Ideales para junio, ¿no creéis? —Suspiró—. Amantes bajo la luna de fresa.

Me encantaban los remedios naturales y el té; los conjuros y la magia, ya no tanto. Aun así, entendía por qué sus productos contaban con aceptación.

—Nos han ofrecido compartir un tenderete. —Me dirigí a tía Violet—. Kieran y Tim dijeron que podíamos compartir el suyo. Quería hablarlo contigo.

—Ah, muy bien —dijo tía Violet—. La feria de este año se me ha

ido totalmente de la cabeza. Thomas Marlowe suele participar.

—¿Estáis hablando de Kieran Scott? —preguntó Miranda. Una vez más, me estudió con esos ojos oscurísimos—. Ya decía yo que me sonabas. Te he visto en los tabloides, la belleza de Vermont.

Esa vez fui yo quien se puso roja.

—¿Y quién no? Me da mucha vergüenza.

—Disfruta el momento, querida. —Miranda volvió a sacudirse el pelo—. Hoy recibes todas las atenciones y mañana…

Eso me dolió como si me hubiera abofeteado. Se me ocurrieron varias réplicas posibles, pero logré contenerme.

—Lo que estoy segura que disfrutaré será la próxima recepción al aire libre en Hazelhurst House —dije en su lugar.

La sorpresa brilló en sus ojos.

—¿Te han invitado?

—Claro —contesté, adoptando un tono petulante. Por lo general, me daba completamente igual lo de la posición social, pero esa mujer se lo merecía—. Kieran insistió en que lo acompañara.

—Esa fiesta es la comidilla del condado todos los años —apuntó tía Violet, dejando claro con su mirada que me había calado—. Una fiesta por todo lo alto.

Miranda dejó una mano en el antebrazo de Geoffrey.

—Como las tuyas. Deberíamos organizar algo desenfadado y divertido un día de estos. ¿Qué te parece la Noche de San Juan?

Él apartó el brazo de golpe, lo que me llevó a preguntarme si no estaría recordando otra fiesta en esa misma fecha, pero veinte años atrás. En la que murió Nate York. ¿En qué pensaba Miranda? Su sugerencia era, cuando menos, muy poco considerada.

Me di cuenta de que necesitaba ir al baño y me excusé después de preguntar dónde estaba. El aseo se encontraba en el pasillo, en lo que antes había sido un cuarto para la ropa blanca. Tras lavarme las manos, decidí no volver de inmediato a la terraza y aprovechar la oportunidad para fisgar un poco por la magnífica casa.

A continuación del salón había un comedor formal y, en el otro lado del vestíbulo, un estudio y, lo más emocionante de todo, una

biblioteca. Una biblioteca de ensueño con librerías que iban del suelo al techo, a las que se alcanzaba mediante una escalera deslizante de hierro forjado, sillones de piel suave y asientos junto a las ventanas; los lugares perfectos donde ponerse cómodo y leer. Ojalá tuviera tiempo para curiosear los estantes.

Tras echar una última y anhelante mirada a la biblioteca, reparé en una colección de fotografías en blanco y negro que había en una pared. Llevada por la curiosidad, entré un poco más en la habitación para estudiarlas de cerca.

Se trataba de una serie de imágenes de carácter informal, pero ingeniosas, hechas en la mansión. Una fotografía de grupo en la terraza llamó mi atención. Los componentes, vestidos con trajes de la época de Shakespeare, posaban de manera sobreactuada. Entre ellos vi a Iona y a Nate York, a quien reconocí por el artículo del periódico que hablaba sobre su muerte. Debía de tratarse de una de esas famosas fiestas de Geoffrey.

Nate estaba muy guapo con su sombrero de bufón, pero Iona, que se encontraba a su lado, estaba despampanante, con flores en el pelo y un vestido largo y suelto. También reconocí a Robin, que lucía un jubón, y a Geoffrey, que llevaba una corona ladeada. Miranda, en el papel de Titania, la reina de las hadas, ocupaba el centro, delante de todos. Típico de ella, por lo que había visto hasta el momento.

No sabía quiénes eran los demás y, dejándome llevar por el instinto, saqué el móvil y le hice una foto. Quizá alguna de esas personas supiera algo acerca de lo que le había ocurrido a Nate, por qué se había caído desde la torre. Veinte años después, otro miembro de la alegre pandilla había muerto de una manera similar.

—Ah, estás aquí —dijo alguien detrás de mí—. Creía que te habías perdido.

Di un respingo, me volví y casi tiré el teléfono, todo en un solo movimiento, con tanta torpeza que estuve a punto de caerme.

—Ah —exclamé con el corazón en la garganta—. Geoffrey. —Reí nerviosa—. Lo reconozco, estaba curioseando. Tienes una biblioteca

fantástica. Es el sueño de cualquier amante de los libros.

Paseó la mirada por la estancia con patente satisfacción.

—¿Verdad que sí? Mi bisabuelo comenzó la colección y hemos ido ampliándola con los años. Puedes venir a echar un vistazo cuando quieras.

—¿De verdad? —pregunté con voz chillona—. Muy amable de tu parte.

De pronto, me sentía culpable por fisgonear sin su permiso.

Lo que dijo a continuación me sorprendió.

—No hagas caso de Miranda —me recomendó, bajando la voz—. Quizá sea un poco brusca, pero no tiene mala intención.

—Claro que no —contesté, porque, a ver, ¿qué quería que dijera? Miranda no solo era maleducada, también era una entrometida.

Lo único que había conseguido tratando de sonsacarme era despertar mis sospechas. Alguien de su círculo de amistades debía de saber algo. No tenía la menor intención de investigar ninguna de las dos muertes, eso era trabajo de la policía, pero no hacía más que toparme con conexiones. Todo lo que había averiguado solo suscitaba más preguntas. Incluso la desaparición de Poppy podría, ¿o quizá debía?, estar relacionada. Eso sí que me había comprometido a investigarlo. Quizá, si mantenía una mentalidad abierta, pudiera resolver el misterio de dos muertes prematuras, ambas a causa de caídas mortales.

# CAPÍTULO SIETE

—Yo quiero el *toad-in-the-hole*. —Daisy dejó el menú en la mesa con energía. Los cuatro (Daisy, Tim, Kieran y yo) estábamos sentados en el Magpie, decidiendo qué pedir para cenar.

—Muy bien —dijo Tim, sonriendo a su novia. Me señaló—. ¿Y tú, Molly?

La ensalada de gambas tenía buena pinta, pero el *toad-in-the-hole*, que eran básicamente unas salchichas jugosas horneadas en una masa de leche, huevo y harina, me llamaba la atención.

—Lo mismo que Daisy. Y una pinta, tostada. —En Estados Unidos habría pedido una cerveza sin más, pero después de llevar unos meses en Gran Bretaña, empezaba a usar la nueva terminología casi como un nativo.

—Enseguida.

Tim y Kieran fueron a pedir a la barra y volvieron al momento con las cervezas de regalo.

Después de repartirlas, Daisy levantó la suya para brindar.

—Por el verano. Plácido y demasiado corto.

—Por el verano —repetimos todos.

Daisy cruzó los brazos sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—Menudo día el tuyo, Molly.

De camino de vuelta a Hazelhurst, les había escrito a Kieran y a ella y les había hecho un breve resumen de mis aventuras; me

gustaba tener a mis amigos al corriente.

—Y que lo digas.

Pensé en todo lo que había ocurrido esa tarde.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tim con curiosidad.

Le conté lo principal: la comida en el *pub* con sir Jon, el aborto de allanamiento en la tienda de Robin, la visita al yacimiento arqueológico y el té con Miranda y Geoffrey.

—Aún me da vueltas la cabeza.

—No me extraña —dijo Tim, llevándose una mano a la suya con gesto cómico—. A mí me duele solo de oírlo.

—¿Crees que habéis impedido un robo? —preguntó Daisy—. Robin tenía vajillas de plata y joyas muy valiosas.

—Esa es la conclusión obvia —contesté—, pero quien fuera tenía llave. —Bebí un trago de cerveza—. Quizá buscaban algo relacionado con su muerte.

Pensé en la misteriosa mujer que había desaparecido. Bueno, en la foto que ya no estaba, vaya. «Tía Janice podría haber matado a Robin». Había estado tan centrada en la posible culpabilidad de mi tío que hasta ese momento no me había planteado en serio que tía Janice pudiera estar implicada.

Debí de hacer un ruido extraño porque Kieran me miró preocupado.

—¿Qué pasa, Molly?

—Mi tía, Janice. Salía con Robin. Mi tío Chris y ella se han separado. —Bebí otro trago de cerveza para humedecerme la garganta—. Cuando me metí por primera vez en la cuenta de redes sociales de Robin, había una foto en la que aparecía con una mujer rubia con gafas de sol, y estaban brindando con copas de vino. Antes de que pudiera fijarme bien, el inspector Ryan me interrumpió. Más tarde, cuando volví a entrar, la foto había desaparecido. Después de que tío Chris me contara lo que pasaba, se me ha ocurrido que podría tratarse de Janice.

Daisy había cogido su teléfono y estaba haciendo una búsqueda. Me enseñó la pantalla.

—¿Es esta página? —Cuando asentí, añadió—: Yo tampoco la encuentro. Puede que la borrara para no dejar huellas.

—Es lo mismo que he pensado yo.

¿Por qué alguien haría algo así a menos que quisiera pasar desapercibido?

—¿Tu tía es rubia? —preguntó Tim, y asentí de nuevo antes de que prosiguiera—: Hummm. Vale, y salía con Robin. Entiendo. ¿Tenía algún motivo para matarlo?

—Sinceramente, ni idea —contesté—. No es la persona más maravillosa del mundo, pero ¿sería capaz de ir tan lejos? Vete tú a saber.

—Entonces creen que se trata de un asesinato.

Daisy desenrolló su servilleta y dejó los cubiertos en la mesa.

Al ver que una camarera venía hacia nosotros con los platos, levanté un dedo para indicar una pausa.

—*Toad-in-the-hole*, estofado de Lancashire, *fish and chips* —recitaba la chica a medida que dejaba los platos con destreza. Luego miró nuestros vasos, que aún estaban llenos—. ¿Algo más?

Al ver que negábamos con la cabeza, dio media vuelta y se fue.

Cogí el cuchillo y el tenedor y pinché la cremosa cubierta dorada que envolvía una salchicha gruesa, liberando una salsa de un aroma tan sabroso que me hizo salivar. Después de que saciáramos el hambre inicial, retomé la conversación.

—Por la manera en que reunían información y las preguntas que nos hicieron, diría que sí. No sé si te lo he contado, Daisy, pero mi tío es uno de los sospechosos principales. Está techando Strawberry Cottage.

Daisy dejó de comer y se quedó con el tenedor en el aire.

—¿Tu tío es uno de los sospechosos? ¿Por qué? ¿Porque su mujer salía con Robin?

—Ajá. A primera vista, es un buen escenario: tío Chris y Robin discuten por Janice y mi tío lo empuja. Pero él lo niega, y yo lo creo.

La franqueza y la aflicción de tío Chris me habían parecido sinceras. Naturalmente, podría haberme engañado, pero me costaba

imaginarlo como a un asesino. Puede que, como preferido de mi abuela, no hubiera defendido a mi madre cuando eran pequeños, pero aun así era de la familia. Se había disculpado con mi madre poco después de que nos viniéramos a vivir a Cambridge, y le había confesado sus remordimientos y su arrepentimiento. Mis abuelos ya habían fallecido, uno de los motivos por los que mi madre había decidido volver a Inglaterra.

—¿Poppy York ya ha aparecido? —preguntó Tim.

—No, aún no. —Se me cayó el alma a los pies, como me ocurría cada vez que pensaba en Poppy—. Ah, y eso no es todo: su hermana me ha pedido que los ayude. Vendrá un poco más tarde con el prometido de Poppy, Ben, para hablar del asunto.

Daisy frunció el ceño.

—¿Que los ayudes en qué?

—A encontrar a Poppy. Iona le contó a Rose que participé en la resolución del asesinato de Myrtle y, en cierta manera, eso le ha hecho creer que podría hacer algo.

Daisy lanzó un resoplido.

—No es que participaras, Molly, es que fuiste tú quien resolvió el caso. Tienes un don para estas cosas.

—Bah. Créeme, tengo muy poco de detective —contesté—. Cuando incriminaron a tía Violet, me sentí obligada a hacer algo, pero esta vez no conozco a las personas implicadas. Bueno, al menos, no a fondo.

—Y, por lo tanto, puedes ser imparcial —apuntó Kieran—. La verdadera cuestión es: ¿te apetece involucrarte? No tienes ninguna obligación.

—No, no la tengo. —Se me escapó una sonrisa compungida—. Pero sí curiosidad.

Esperaba que mis ansias por conocer la verdad no me condujeran a una situación que me viniera muy grande. O, por experiencia propia, que enredaran las cosas.

Rose y Ben aparecieron cuando Tim y Kieran estaban jugando a los dardos. Daisy y yo nos encontrábamos junto a una mesa alta, bebiendo cerveza y siguiendo la partida. Bueno, en realidad, hablábamos de vestidos para la recepción al aire libre mientras echábamos un vistazo en el móvil a otras fiestas de la realeza en busca de inspiración. ¿De verdad aquello estaba pasándome a mí?

—Algo bonito, pero no muy recargado —decía cuando Daisy me dio un ligero codazo. Volví la vista y vi que la hermana y el prometido de Poppy se dirigían a otra mesa alta, cargados con platos y vasos. Se sentaron en unos taburetes y empezaron a comer con ganas.

Les di unos minutos antes de pedirle a Daisy que me excusara y acercarme a su mesa.

—Ey, ¿qué tal? —los saludé.

—Ey —Rose cogió una servilleta y se limpió la boca—, Molly. —Agarró la cerveza y bebió un trago largo—. Disculpa que hayamos llegado tan tarde. Holloway nos ha entretenido.

Ben gruñó, se llevó una mano a la nuca y arqueó la espalda hacia atrás.

—Ando todo el día encorvado de trabajar en esa zanja.

Aunque estaba convencida de que se aplicaba crema de protección solar, tenía la cara ligeramente quemada y el aire agotado de alguien que ha estado muchas horas al sol.

—Holloway es un pesado —dijo Rose. Cogió el sándwich con las dos manos y vi que estaba muriéndose de hambre—. Y va a peor.

—Os dejo terminar y hablamos luego. —Señalé la mesa en la que estaba Daisy, quien nos miraba con disimulo mientras fingía que consultaba algo en el móvil—. Acercaos cuando acabéis.

—Nos vemos enseguida —dijo Ben antes de meterse unas patatas en la boca.

De vuelta junto a Daisy, esta me enseñó el móvil.

—¿Qué te parece?

El vestido en cuestión era entallado y sin mangas, con una raja delante y un estampado floral en tonos acuarela con pequeñas salpicaduras de rojo amapola y azul lavanda.

—Me encanta. —Le quité el teléfono para verlo mejor—. Es perfecto.

—¿Verdad? —Daisy sonrió—. Y lo mejor de todo es que lo tienen en una *boutique* de por aquí. Es de su página.

—¿Cuál? Ah, Bella Mia, en Hazelhurst. Creo que he pasado por delante con el coche.

Recordé la bonita tienda de ropa de la calle principal. Miré la dirección del establecimiento para confirmarlo.

Daisy recuperó su móvil.

—Tienen cosas preciosas. Hay que ir cuanto antes.

—Pero ya —convine—, no sea que alguien se lleve mi vestido.

Ya lo consideraba mío. Qué alivio que ese problema se hubiera solucionado tan fácilmente, sin una maratón de compras por Cambridge.

Kieran y Tim habían terminado la partida y se dirigían a nuestra mesa.

—¿De qué estáis cuchicheando vosotras dos? —preguntó Tim con tono divertido.

Daisy tapó la pantalla de su móvil pegándoselo al pecho.

—Es un secreto. Vete.

En respuesta, Tim le pasó un brazo por el cuello y empezó a acariciarla con la nariz. Daisy gritó consternada, en broma.

Kieran puso los ojos en blanco, como diciendo: «Vaya dos».

—¿Te apetece jugar una partida, Molly?

Volví la vista un momento hacia Rose y Ben, que estaban acabando de cenar.

—Ahora mismo no, gracias. La hermana y el prometido de Poppy están aquí y quieren hablar conmigo.

Kieran alargó el cuello para mirar.

—A Rose la conozco, pero a Ben no.

—Es estudiante de posgrado.

—Nosotros vamos tirando —anunció Tim cuando Daisy y él dejaron de reír y hacer el tonto un momento.

Abracé a Daisy.

—Hasta mañana. Hablaremos de lo de ir de compras.

Me devolvió el abrazo y miró a Rose y Ben.

—Y de todo lo demás.

—Te mantendré informada, no te preocupes. —Le di unas palmaditas en el hombro.

Kieran y yo charlamos un rato después de que nuestros amigos se fueran, pero me costaba concentrarme. Cuando Rose y Ben terminaron de cenar, cogieron sus bebidas y se acercaron.

—Hola, soy Ben Sykes.

Le tendió la mano a Kieran.

—Kieran Scott. —Le sonrió a Rose—. Rose y yo ya nos conocemos.

—Más de lo que crees. —Rose puso los ojos en blanco y tiró varias veces del cuello de la camiseta como si se diera aire—. Mi hermana y yo estábamos coladísimas por ti en el colegio. Eras uno de los chicos mayores que nos traían locas.

No lo dudaba. Kieran siempre había sido un rompecorazones, de eso estaba segura. No solo era guapísimo, también era un encanto. Amable. Considerado. Prácticamente perfecto en todos los sentidos. Al menos para mí.

—Soy de Hazelhurst —se explicó Kieran, respondiendo a la mirada inquisitiva de Ben—. Ahora tengo una tienda de bicis en la acera de enfrente.

A Ben se le iluminó la mirada al caer en la cuenta.

—Sí. Spinning Your Wheels. Es donde voy a que pongan mi bici a punto.

—Buena elección —contestó Kieran con una sonrisa. Echó un vistazo a nuestros vasos—. ¿Quién quiere otra?

Todo el mundo dijo que sí, por lo que tuvo el detalle de dejarme a solas con la pareja y se acercó a la barra.

Al principio, ninguno de los dos dijo nada, seguramente estaban

devanándose los sesos igual que yo mientras trataban de decidir por dónde empezar.

—¿Por qué no le preguntaría qué pasaba? —soltó, de repente, Ben con un gemido—. Sabía que algo no iba bien. De pronto, estaba muy rara. De mal humor, en su mundo. Incluso me respondió de malas maneras un par de veces, cosa que no hace nunca.

—Doy fe —intervino Rose—. Se les ve tan felices juntos que da asco.

Vale, parecía que íbamos directos al tema.

—¿Cuándo fue eso? —pregunté—. ¿Había pasado algo justo antes de ese cambio?

—Hará un par de semanas. —Ben se quedó mirando al vacío, con expresión ausente—. Los estudios iban bien, igual que la excavación. —Respondiendo a mi pregunta tácita, añadió—: Estábamos bien. Planeando la boda para este verano.

—Se celebrará en Strawberry Cottage. —Rose arrugó la frente cuando rectificó—. Bueno, iba a celebrarse.

Ben torció el gesto y cerró los ojos un segundo.

—No digas eso. No puedo ni pensar…

—Tienes razón. Disculpa.

Rose se puso recta, como si se obligara a animarse.

—Bueno, el caso es que queríamos que le echaras un vistazo a mi piso, Molly —dijo Ben—. Desde que la excavación cogió impulso, vivimos en Thornton Hall, pero a lo largo de la última semana o así, Poppy ha pasado algunas noches aquí, en la ciudad.

—No soy una detective de verdad —me sentí obligada a recordárselo—. ¿La policía no ha estado allí?

Ben asintió.

—Sí, ya han ido, pero aún hay más. Estas últimas dos semanas, Poppy ha estado leyendo las notas de su padre sobre *Las niñas Strawberry*.

El corazón se me detuvo un instante, y no fue porque Kieran volviera cargado con cuatro cervezas.

—¿Tu padre dejó anotaciones? —pregunté, tratando de contener

la emoción. Quizá ofrecieran un testimonio fascinante del proceso mental que había seguido durante el desarrollo de la historia, pero, en cuanto a pistas sobre su hija desaparecida, no acababa de ver la relación.

—Mi madre las utilizó para terminar el libro —dijo Rose—. Empezó con lo que él había esbozado y continuó a partir de ahí.

Cuando llegó a la mesa, Kieran nos pasó los vasos de cerveza y luego se quedó de pie a mi lado.

—Estamos hablando de las notas de Nate mientras escribía *Las niñas Strawberry* —le expliqué a Kieran antes de volverme hacia Rose—. ¿De verdad crees que contiene pistas que podrían ayudarnos a encontrar a Poppy?

—Sé que parece cogido con pinzas —reconoció Rose—, pero, cuando las leas, lo entenderás. Mi padre se inspiraba en gente real cuando creaba a los personajes. Lo hacen muchos escritores, ¿no? Aunque, en su caso, murió poco después.

En su mirada se reflejó un dolor infinito. Puede que su padre hubiera muerto hacía casi dos décadas, pero para Rose la herida seguía abierta. Se me partió el corazón; mi padre había fallecido hacía poco, pero, por otro lado, atesoraba años de recuerdos que Rose nunca tendría con el suyo. Supongo que por eso es imposible comparar desgracias.

—Y ahora, de pronto, muere un antiguo amigo de mi padre y mi hermana desaparece —prosiguió Rose—. ¿Coincidencia? A mí no me lo parece.

—No es que creamos que ella lo mató —se apresuró a decir Ben —, aunque estoy seguro de que es una de las hipótesis de la policía. Puede que supiera algo que la haya puesto en peligro.

La policía también barajaba la posibilidad de que lo hubiera hecho tío Chris, cosa que yo ya había descartado. Quizá encontrara alguna pista que consiguiera dirigir la investigación hacia otra dirección.

—Estoy de acuerdo, vale la pena echarle un vistazo a ese cuaderno —opinó Kieran—. Tal vez viera algo que se le ha pasado

por alto a todo el mundo.

Rose lo miró con aprobación.

—Exacto. Poppy es de esas personas intuitivas. La de veces que ha demostrado tener razón después de que los demás descartaran sus sugerencias. —Torció el gesto—. Como el doctor Holloway, por ejemplo.

—¿Y eso? —pregunté.

—Poppy quiere investigar mejor los túmulos —contestó Ben—. Está convencida de que son sepulturas importantes. Holloway no ha prestado ni un segundo de atención a sus motivos, a toda la información que reunió sobre ellas. —Y añadió, indignado, con voz estridente—: Le dijo que primero se centrara en la tarea que se le había encomendado hasta que la dominara.

—Uf. —Imaginé lo humillante y frustrante que debió de ser para Poppy—. ¿Y si lo ha dejado todo como forma de protesta?

Ben se señaló el pecho con el pulgar.

—¿Y olvidarse de este hombre perfecto? No lo creo.

—Disculpa —dije, riéndome de su hipérbole, igual que el resto—. Tenía que preguntarlo. Una cosa más. ¿No quieres analizar tú las notas de tu padre, Rose? ¿O tu madre?

—Ya lo he intentado, pero me toca demasiado de cerca —confesó Rose—. Y a mi madre le pasa lo mismo. Además, entre la forma en que ha muerto Robin y la desaparición de Poppy, en estos momentos está muy agobiada. —Apoyó un codo en la mesa y descansó la barbilla en una mano—. Bueno, Molly, ¿qué dices?

Volví los ojos un segundo hacia Kieran y nuestras miradas coincidieron. «Depende de ti —parecía decir la suya—. Decidas lo que decidas, tienes mi apoyo».

—Muy bien. —Inspiré hondo—. Contad conmigo. —Levanté una mano—. Vayamos por partes: le echaré un vistazo al cuaderno…

—Y al piso —me interrumpió Rose.

—Y al piso —proseguí—, y luego ya veremos. No os garantizo nada, pero haré todo lo que pueda, desde luego. Quiero ayudar.

Ese era el quid de la cuestión: no necesitaba demostrar que valía

como investigadora, eso era ridículo, pero si podía contribuir a encontrar a Poppy, entonces tenía que intentarlo.

Una escena de *Las niñas Strawberry* me vino a la mente. La princesa había desaparecido y las niñas se habían sentido obligadas a buscarla. Un paralelismo interesante. Aunque, en esa ocasión, quien se había desvanecido en el aire era una de las hermanas y no contábamos con la ayuda de una corona mágica.

Tras decidir que, si iba a investigar la desaparición de Poppy, lo mejor era empezar cuanto antes, nos acabamos las cervezas y dejamos el Magpie *Pub* para ir al apartamento. Ben y Poppy vivían en un piso de alquiler de Elderberry Close, una callecita curva que daba a Earl Street. Su edificio era idéntico al resto, de ladrillo amarillo, con dos ventanas abajo y tres arriba. La puerta era roja.

Ben la abrió y subimos la escalera de madera, que crujía bajo nuestros pies. En el apartamento hacía calor y olía a cerrado, como si hiciera tiempo que nadie viviera allí.

Rose arrugó la nariz.

—Hay que tirar la basura.

—Cierto. Lo siento.

Ben se dirigió derecho a la diminuta cocina y empezó a cerrar la bolsa.

—Espera —dije, acercándome rápidamente a él—. Primero echa un vistazo.

—¿Por qué? —preguntó, con las manos quietas.

—A ver si hay algo nuevo —contesté. Al ver que me miraba confuso, se lo aclaré—: Algo que Poppy pudiera haber tirado de haber vuelto aquí después de marcharse de la excavación.

—Ah, vale. —Ben abrió la bolsa y empezó a rebuscar con un dedo entre la basura, arrugando la nariz—. Estos posos de café los tiré yo la última vez que estuve aquí.

Los posos cubrían lo demás como un confeti húmedo.

—Vale. Bien. Solo quería comprobarlo.

Volví a la habitación principal, en el que había un sofá cómodo y un sillón a juego, además de dos escritorios, colocados bajo las

ventanas, ambos atestados de papeles, pilas de libros y lo típico que pulula por cualquier mesa de estudiante. A través de la rendija de la puerta, medio entornada, se atisbaba el dormitorio, con la cama perfectamente hecha.

Rose la abrió del todo.

—¿Poppy?

Entró.

Yo me quedé con Kieran en el salón, sin saber muy bien qué hacer a continuación. No quería empezar a fisgonear sin permiso.

—No está —dijo Rose con voz desanimada cuando volvió—. Pensé que igual estaría dándose un baño…

Se me ocurrió una pregunta obvia.

—¿Se llevó algo cuando se fue?

Ben salió de la cocina con la bolsa de la basura cerrada.

—No. La ropa y el neceser aún siguen en la habitación de Thornton Hall, aunque sí faltan el portátil y el móvil, que ya tenía con ella.

Sin maletas de por medio, todo apuntaba a una desaparición precipitada, y tal vez involuntaria.

—¿Y el pasaporte?

—No lo sé —reconoció Ben—. No sé dónde lo guardaba.

—¿No avisarían a la policía si lo hubiera usado? —preguntó Rose.

—Sí —contestó Kieran, despacio—, supongo que sí. Quedaría registrado en cualquier paso fronterizo.

Rose se dejó caer en el sofá.

—No sabemos nada ni por un lado ni por el otro. Mi madre no deja de llamarlos para saber si hay alguna novedad. Yo también lo haré a partir de mañana.

Esperaba que la policía tuviera la amabilidad de ponerlas al día. Por lo que parecía, si Poppy no había usado el pasaporte para salir del país, entonces debía de encontrarse en alguna parte de Gran Bretaña, aunque no dejaba de ser un territorio lo suficientemente grande para que resultara desmoralizante.

—Voy a tirar esto —dijo Ben con la bolsa de basura todavía en la

mano—. Enseguida vuelvo.

Eché un vistazo mientras esperábamos a que regresara. En la pared había colgadas varias fotografías enmarcadas en las que aparecían haciendo turismo: la torre Eiffel, Stonehenge y un castillo en alguna parte. También había un dibujo a lápiz de dos niñas montadas en un orondo poni blanco. Me fijé en la firma, «Iona York».

Rose se acercó a mí.

—Es un boceto preliminar para el libro. —Alargó los dedos como si fuera a tocar el cristal, pero se contuvo—. Es uno de mis favoritos.

—También sería de los míos —dije—. Adoro ese libro; estoy leyendo la reedición.

Sin apartar la mirada del dibujo, Rose asintió.

—Después de que se publicara, Poppy y yo estuvimos en el foco de atención. La gente incluso nos reconocía por la calle. —Arrugó el rostro—. Pero era raro. Nosotras no éramos las niñas del cuento, de verdad, pero la gente se comportaba como si lo fuéramos.

—A los actores que hacen un papel con mucho tirón les ocurre lo mismo —dije—. La gente los confunde con su personaje, y les cuesta encontrar un trabajo distinto.

—Sí, tiene que ser una lata. —Enderezó el marco con delicadeza —. Pero yo nunca he querido dejar de ser la hermana de Poppy.

Oímos unos pasos en la escalera.

—Listo —anunció Ben, entrando por la puerta—. ¿Por dónde empezamos?

Esquivé la pregunta con otra.

—¿Todo está como lo dejasteis?

Ben se rascó la cabeza mientras miraba a su alrededor.

—Por lo que sé, sí. No he estado aquí desde la semana pasada. Poppy y yo vinimos a hacer la colada, salimos a cenar y luego volvimos a Hazelhurst.

—¿Y su mesa? —Eché a caminar hacia allí. No habría sabido decir cuál de las dos era la suya, al menos a primera vista.

Ben se dirigió a la de la derecha y estudió lo que había encima.

—A mí me parece que todo está como siempre. —Ojeó los papeles y echó un vistazo a una pila de libros—. No es que lo hubiera memorizado, claro, pero no hay nada que me llame la atención. —En ese momento frunció el ceño y echó la cabeza hacia atrás antes de inclinarse para coger un objeto pequeño. Lo sostuvo en alto para que todos lo viéramos: una piedra ovalada de un bonito tono verde—. Esto no lo había visto nunca.

Rose se hizo con ella.

—Es una piedra antiestrés. Hay que frotar el pulgar en la depresión. —Hizo una demostración—. ¿Veis?

Contuve un gruñido. Si había una huella en la piedra, ya no estaba; Rose la había borrado con el pulgar.

—¿Sabes si era de Poppy? —le preguntó Kieran a Rose.

—Ni idea —contestó ella. Frunció el ceño—. ¿De quién podría ser si no?

Kieran me miró y adiviné lo que pensaba porque yo tenía la misma sospecha desagradable.

—Puede que alguien más haya estado aquí —sugerí.

Habían cometido un gran error al dejar la piedra antiestrés, aunque era muy fácil perder algo tan pequeño.

—¿Cómo? —preguntó Ben—. Solo hay dos juegos de llaves. Bueno, tres, contando la de los dueños.

—Cuatro —lo corrigió Rose—. Yo tengo otro. —Miró en el bolso y nos enseñó un llavero—. Y todavía la tengo.

Ben se dejó caer en la silla del escritorio como si de pronto se hubiera quedado sin fuerzas.

—¿Y si alguien ha entrado con las llaves de Poppy?

Apoyó los codos en las rodillas y sostuvo la cabeza entre las manos. No hacía falta que explicara lo que implicaba. Todos lo entendimos de inmediato.

—Si fuera así —dije—, y es un «si» en mayúsculas, ¿qué buscarían? Sabiendo eso, quizá se te ocurra quién podría ser.

Ben levantó la cabeza.

—No tengo ni idea de por qué alguien querría entrar aquí. No

tenemos nada de valor. —Hojeó los papeles de nuevo con una risa áspera—. A lo mejor querían plagiar los trabajos de Poppy.

Había que estar muy desesperado para secuestrar a un rival y luego entrar en su piso para robarle el trabajo. Era probable que la piedra antiestrés fuera de Poppy. A lo mejor la había comprado en alguna parte llevada por un impulso. Había visto cuencos llenos hasta arriba de ellas junto a las cajas registradoras de las tiendas de artículos de regalo, montañas de atrayentes piedras pulidas de todos los colores. Sin las huellas potenciales, o la propia Poppy, era imposible saberlo.

—¿Quieres echar un vistazo? —Ben se levantó de la silla—. Ahora mismo estoy tan desconcertado que soy incapaz de pensar en nada.

Se dirigió al sofá y se sentó. Kieran hizo otro tanto, a su lado, en un bonito gesto de solidaridad.

Apoyé la mano en el respaldo de la silla del escritorio, preparándome. ¿Qué buscaba? ¿Cómo iba a saber qué era importante y qué no?

A lo mejor no hacía falta que lo supiera en ese momento. Podía hacer un inventario y quizá algo nos señalara la dirección correcta más adelante. También cabía la remota posibilidad de que encontrara una pista sólida, como un itinerario que detallara el plan de Poppy de abandonar la ciudad, por ejemplo. Pero lo dudaba. Las cosas nunca eran tan sencillas.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Rose a mi lado.

—Voy a echar un vistazo a lo que hay por aquí, lo anotaré todo y veré si hay algo que me llame la atención —dije—. ¿Por qué no coges la otra silla y te sientas a mi lado? Cuatro ojos siempre ven más que dos. Además, tú conoces a tu hermana mucho mejor que yo, obviamente.

Mientras Rose arrastraba la silla hasta mí, oí que alguien abría unas botellas de cerveza y el murmullo apagado de una conversación. Kieran trataba de entretener a Ben, cosa que le agradecía. El pobre debía de estar a punto de sufrir un ataque de nervios.

La mayoría de los papeles y los libros estaban relacionados con sus estudios. Desplegué los trabajos en abanico y saqué una foto.

—Por si sale a relucir alguno de estos temas —dije.

Además de libros de texto, también había unos cuantos sobre historia de los anglosajones y tesoros como el de Sutton Hoo. Lógico, teniendo en cuenta la excavación en la que trabajaba.

Al cabo de unos minutos, comprendí lo que faltaba.

—Habías hablado de las notas de tu padre —dije—. ¿Las ves por aquí?

Rose miró por encima del escritorio y luego me aparté para que pudiera abrir los cajones.

—Hummm. ¿Dónde están?

Se detuvo un momento, pensando, y luego me hizo una seña para que la siguiera.

Con la sensación de estar siendo un poco indiscreta, la acompañé hasta el dormitorio de Poppy. El mobiliario estaba compuesto por una cama grande con una mesilla a cada lado, dos cómodas y una librería antigua con puertas de cristal y un armario debajo.

Mientras Rose se agachaba para abrirlo, eché un vistazo a los estantes. Contenían varias fotografías familiares. Iona y Nate el día de su boda. Un retrato grande, quizá una foto de graduación. Las hermanas, muy pequeñas, en la playa, fundidas en un abrazo, vestidas con bañadores. También había baratijas, conchas, piedras y otros recuerdos.

Rose estaba sacando álbumes de fotos del armario de abajo.

—Como ves, esta librería es el santuario familiar de Poppy. Se autoproclamó la conservadora de nuestra historia. —Más álbumes acabaron en lo alto de la pila—. No me quejo.

De hecho, pensé que era bonito. Quizá debiéramos hacer algo parecido en un rincón de Thomas Marlowe: una hilera de nuestros ancestros libreros y tal vez una selección de libros de contabilidad, artículos de papelería y otros objetos antiguos.

—Lo encontré. —Rose le quitó el polvo a un cuaderno de piel marrón y me lo tendió—. Imaginé que estaría aquí. Poppy es muy

meticulosa a la hora de guardar las cosas.

—Y yo que me alegro —dije, abriéndolo y empezando a hojearlo. Unas líneas de caligrafía apretada y tinta descolorida llenaban las páginas, entre las que se intercalaba algún que otro bosquejo. Luego me fijé en que en los márgenes había comentarios hechos a lápiz, escritos con una caligrafía distinta—. ¿Reconoces esta letra?

Pensé que quizá pertenecieran a Iona y las hubiera hecho mientras repasaba el texto.

—Es de Poppy —contestó al cabo de un momento—. No solo estaba leyendo el cuaderno de papá, también estaba haciendo anotaciones. —Me lo devolvió—. No sé si tú sabrás por qué.

# CAPÍTULO OCHO

Poco después de encontrar el cuaderno de Nathaniel, dejamos a Ben y a Rose y volvimos caminando a Magpie Lane. Siendo las horas que eran, me alegré de ir de la mano de Kieran mientras paseábamos por las silenciosas calles y dejábamos atrás callejones y jardines oscuros. Los focos que iluminaban los edificios históricos de las universidades creaban un bonito paisaje nocturno bajo un cielo oscuro salpicado de estrellas. Apenas abrimos la boca por el camino; la tensión que había acumulado durante el día empezaba a disiparse.

—Me ha sentado muy bien el paseo —dije cuando llegamos a la librería. No pude evitar un bostezo descomunal—. Ahora sí que estoy relajada.

Kieran se echó a reír.

—Ya lo veo. —Me dio un beso fugaz—. Ha sido un día largo.

—Y que lo digas. —La mayoría de las noches quedábamos y nos pasábamos horas charlando, pero esa no iba a ser una de ellas—. ¿Nos vemos mañana?

—Por supuesto.

Me dio otro beso y luego esperó a que abriera la puerta. En cuanto comprobó que había entrado, se despidió con la mano y echó a andar hacia la tienda de bicis, donde se encontraba su piso.

Después de saludar a Pucky a Clarence con la atención que se merecían, me serví un vaso de agua y subí a mi habitación. Dejé el

cuaderno de Nate en la mesilla de noche, pero decidí que no lo empezaría esa noche. Estaba demasiado cansada para asimilar como era debido cualquier información nueva.

En su lugar, una vez que me metí en la cama, alargué la mano hacia *Las niñas Strawberry*. La princesa había desaparecido y no podía esperar a averiguar lo que estaba por venir.

Las niñas Strawberry (continuación)

—¿Dónde está Audrey? —le preguntó Rose al poni.

Por descontado, este no contestó; en su lugar, sacudió la cabeza y los cascabeles de los arreos tintinearon.

Poppy señaló el pomo de la silla de montar, donde estaba colgada la corona de la princesa.

—Mira, Rose. La corona.

Rose abrió mucho los ojos.

—¿Le habrá ocurrido algo?

Como si respondiera, Zarzamora dio un pisotón en el suelo con la pata delantera y relinchó.

—¿Tenemos que ir a buscarla, bonito Zarzamora?

El animal relinchó de nuevo.

Poppy miró fijamente la corona. Luego, el bosque. Después al paciente poni.

—Deberíamos ir, ¿no crees? Seguro que espera que vayamos.

—Yo también lo creo —dijo Rose, sintiendo un escalofrío de emoción.

Las niñas nunca se habían aventurado a ir más allá de la linde de Bosque Profundo, donde su madre les había advertido que podrían perderse. Además, allí también vivían animales salvajes.

Sin embargo, si la princesa estaba en peligro, ellas debían rescatarla.

Utilizando la barandilla del cenador, las niñas montaron en Zarzamora, Poppy delante y Rose detrás, agarrada a su hermana. Luego, imitando a Audrey, Poppy dio una patada suave con los talones y chasqueó la lengua. El poni empezó a caminar obedientemente hacia los árboles.

—¿Crees que veremos un oso? —susurró Rose.

Unas ramas gruesas y frondosas pendían sobre sus cabezas mientras el bosque se cerraba sobre ellas. Los cascos de Zarzamora golpeaban el camino de tierra con un ruido sordo.

—No, tonta —contestó Poppy—. Aquí ya no hay osos.

O eso esperaba.

De pronto, vieron un espino retorcido cubierto de flores, una nube blanca en

mitad del oscuro bosque. Cuando se acercaron lo suficiente, Rose comprobó que las flores se movían y entonces se dio cuenta de que en ellas se acurrucaban unas mariposas blancas.

—Qué bonito —dijo—. Cuántas mariposas.

Poppy hizo un sonido extraño y Zarzamora se detuvo con brusquedad. A continuación, tomó la mano de su hermana.

—Toca esto.

Rose sintió el frío del metal en sus dedos.

—Ahora mira las flores otra vez.

En realidad, las mariposas eran pequeñas hadas vestidas de blanco que agitaban sus alas blancas.

—A las hadas les gustan los espinos —aseguró Poppy.

—¿Es una corona mágica? —preguntó Rose. La soltó y las hadas se convirtieron otra vez en mariposas. La tocó y allí aparecieron de nuevo, centelleantes, risueñas, revoloteando por todas partes.

—Seguro que sí. Lo que me hace pensar que la princesa también era un ser mágico —concluyó Poppy.

«Menuda novedad», se dijo Rose. Lo había sabido desde el momento en que Audrey había salido del bosque con aquel vestido largo y a lomos de un poni, como un personaje de un cuento de hadas. Además, las princesas de verdad vivían en Londres.

Un hada se acercó y revoloteó alrededor de Poppy y Rose como si las estudiara desde todos los ángulos.

—¿Adónde vais, niñas? —preguntó con su voz de campanilla de plata.

—A buscar a la princesa —contestó Poppy—. Este es su poni.

El hada se posó en la cabeza de Zarzamora y se sentó.

—Ya me parecía a mí. —Le tocó las crines con una manita—. ¿Dónde creéis que está?

—No tenemos ni idea —contestó Poppy—. ¿Y vosotras?

Una fuerte ráfaga de viento sopló entre los árboles, cuyas hojas se estremecieron. El cielo se oscureció. El hada sentada en Zarzamora se elevó en el aire, con los pies estirados en señal de alarma.

—Tengo que irme.

—Ayudadnos, por favor —le pidió Poppy—. ¿Cómo podemos encontrar a la princesa?

—Seguid buscando —dijo el hada, y se reunió con las demás en un enjambre que fue de un lado al otro hasta que se alzó y desapareció.

El viento amainó y las dos niñas se quedaron solas en el bosque. Bueno, y con Zarzamora, naturalmente.

—Vaya birria de consejo —protestó Rose.

Poppy sacudió las riendas y Zarzamora se puso en camino de nuevo.

—No me digas… —Parecía malhumorada.

Rose metió la mano en el bolsillo de sus pantalones cortos, donde guardaba provisiones de emergencia para el mal humor y las desilusiones. Sacó un huevito de chocolate, que le había sobrado de Pascua, y se lo puso a Poppy en la mano.

—Qué rico. Gracias.

Poppy se lo metió en la boca.

Rose se apoyó en la cálida espalda de su hermana y fue dándole más huevitos de chocolate mientras Zarzamora avanzaba por el sendero. Aunque no encontraran a la princesa, estaban pasándolo bien.

A la mañana siguiente, seguía pensando en el cuento mientras fotocopiaba las páginas del cuaderno de Nate. *Las niñas Strawberry* reflejaba a la perfección la estrecha relación de las hermanas. Aunque no las había visto juntas, solo hacía falta hablar con Rose para saber que seguían unidas por un lazo muy estrecho. Rose era como la mitad de un todo.

Al pasar una página del cuaderno, abrirla bien y ponerla sobre la fotocopiadora, me pregunté si perder a su padre las habría acercado aún más. A veces los hermanos se distanciaban con el paso del tiempo, a medida que maduraban y cada uno seguía su propio camino. Sin embargo, todo parecía indicar que eso no les había ocurrido a ellas. Incluso trabajaban en el mismo campo, la arqueología.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó mi madre mientras regresaba al mostrador. Había estado atendiendo a una clienta y la había acompañado hasta la calle, mientras charlaba con ella.

Le enseñé el cuaderno.

—Fotocopiando el diario de Nate. Prefiero trabajar con una copia que manosear el original.

Se acercó y se quedó a mi lado.

—¿Algo interesante hasta el momento?

—He encontrado un mapa precioso.

Dejé el cuaderno y lo busqué entre las hojas fotocopiadas. En el mapa dibujado a mano aparecían indicados con dibujitos Strawberry Cottage, Thornton Hall y otros lugares, todos dentro de la

propiedad, entre ellos la torre desde la que Nate se había caído en busca de su muerte. Unas líneas de puntos señalaban los caminos que serpenteaban entre unos y otros.

—Me encantan los mapas dibujados a mano —dijo mi madre—. Este es precioso.

—Voy a ampliarlo —dije, echándole un vistazo—. Para tener espacio para anotaciones.

Para ser sincera, seguía dando palos de ciego, aún ignoraba cómo se relacionaban el libro infantil y la vida real, si es que lo hacían. Puse la página encima del cristal de la fotocopiadora y apreté los botones necesarios.

Mi madre hojeó el cuaderno.

—¿De verdad crees que está conectado con la desaparición de Poppy?

La máquina hizo sus ruidos chirriantes habituales y la ampliación asomó poco a poco.

—Ya, yo también tengo dudas —reconocí, cogiendo la hoja—. Pero Rose está convencida de que Poppy encontró algo importante. Ben dice que últimamente la veía más preocupada y que además le dedicaba mucho tiempo al cuaderno. —Suspiré antes de poner voz a mi sospecha más honda—. Si es así, me pregunto si tendrá algo que ver con la muerte de Nate.

Mi madre ladeó la cabeza.

—¿Y también con la de Robin?

Me encogí de hombros.

—¿Quién sabe? Tienes que reconocer que es raro que Poppy desapareciera el día que él se cayó del tejado. Robin era amigo de Nate. Igual que Miranda.

Fui a buscar el teléfono y le enseñé el artículo en el que se mencionaba a ambos.

Mi madre lo leyó por encima.

—¿Miranda, la pareja de Geoffrey Thornton?

—La misma. Es una mujer rara.

Mi madre ya había recibido un informe pormenorizado de nuestra

visita a Thornton Hall, pero volví de nuevo al tema.

Levantó la vista de mi móvil.

—¿Qué te parecería ir a ver a Iona esta mañana? Para ver cómo está, y de paso le llevamos algo del Tea & Crumpets. Éramos amigas cuando íbamos al colegio.

—¿De verdad? No lo sabía.

Mi madre parecía un poco avergonzada.

—Tendría que haber ido el primer día. Ya es hora de que deje de evitar Hazelhurst.

—No te preocupes, es comprensible.

A raíz de la compleja relación que tenía con sus padres, seguramente el pueblo entero era un detonante de malos recuerdos para ella.

Mi madre dejó el teléfono.

—Si ya has acabado con las fotocopias, ¿podrías acercarte a comprar algo donde Daisy? Lo que sea que tenga buena pinta.

—No me lo pones fácil —dije con una sonrisa—. Todo lo que hace está delicioso.

Reuní las hojas y las guardé en una carpeta de papel manila. El cuaderno lo metí en un sobre para ponerlo a buen recaudo.

—Lo sé. —Mi madre entornó la mirada y se dio unas palmaditas en la barriga—. Tengo que racionarme.

—Ya… —Yo también puse los ojos en blanco. Igual que tía Violet, mi madre era bastante delgada. A diferencia de algunos de nosotros, ella tenía que esforzarse por ganar peso—. Vuelvo enseguida —dije, dejando la carpeta y el diario en el mostrador.

—Ey, Molly —me saludó Daisy cuando entré en la cafetería. Estaba limpiando una mesa y colocando los platos usados en una bandeja de bordes altos. A excepción del hombre que se sentaba en un rincón mientras escribía en su portátil y murmuraba para sí mismo, el local estaba vacío—. ¿Qué tal fue anoche?

Me acerqué y la ayudé a recoger. Era increíble la cantidad de migas que dejaban algunas personas.

—Muy interesante —contesté, bajando la voz—. Rose me ha

prestado el diario de su padre. Tengo unas ganas locas de empezar a leerlo.

Daisy puso la bandeja en un carrito y sacó una bayeta del bolsillo.

—¿Crees que puede estar relacionado con la desaparición de Poppy?

Exactamente la misma pregunta que me había hecho mi madre.

Levanté el recipiente del azúcar y los edulcorantes artificiales para que pudiera limpiar la mesa.

—Si te soy sincera, no tengo ni idea. Rose dijo que Poppy estaba obsesionada con el cuaderno antes de que desapareciera, así que voy a echarle un vistazo. A ver a dónde conduce. —Dejé el recipiente y levanté el florero—. No se llevó ni ropa ni nada, Daisy. No pinta bien.

Daisy terminó de limpiar con un remolino.

—Lo que significa que o bien huyó presa del pánico, o… —Torciendo el gesto con consternación, lanzó la bayeta a la bandeja de plástico—. Es mejor no pensarlo.

—Ya, mejor no —convine, colocando el florero donde quedara bien y dándole un pequeño toque a la rosita que contenía—. Es horroroso. Al menos tengo la sensación de estar ayudando, por poco que sea.

La seguí mientras empujaba el carrito hacia el mostrador. Lo rodeó y entró en la cocina.

Mientras ella metía los platos en el lavavajillas, estudié el expositor. Ese día había *scones* de diversos tipos, pastelitos de crema de limón, tartaletas de frambuesas y… mariposas de fresa. Básicamente son magdalenas rellenas de crema. La parte superior se retira, se corta en dos y se vuelve a colocar encima como si fueran alas, aunque, en este caso, Daisy había utilizado fresas troceadas. Tenían un aspecto delicioso.

Daisy volvió con aire ajetreado.

—¿Ya sabes lo que quieres?

—Y tanto. Tres mariposas. No, que sean cuatro.

Le llevaría una a tía Violet.

—Ahora mismo.

Daisy se puso los guantes y abrió el expositor.

—Mi madre y yo vamos a ir a ver a Iona a Strawberry Cottage esta mañana —dije—. Creo que las mariposas son perfectas.

—Y que lo digas. En esta época del año, es poner algo que lleve fresas en el expositor y que vuele en un abrir y cerrar de ojos. Sobre todo, cuando se acerca la feria. —Depositó la última con cuidado dentro de la caja y cerró la tapa—. Aquí tienes.

—Gracias —dije y saqué el monedero—. Con un poco de suerte, Poppy aparecerá hoy.

O detendrían al asesino de Robin. Estar a la espera era agotador.

Daisy cruzó los dedos de las dos manos.

—A ver si es verdad. Mantenme informada.

—No lo dudes. —Pasé la tarjeta de crédito—. Ay, ¿y si buscamos un día para ir de compras?

Lo hablamos mientras se imprimía el recibo y al final quedamos para la tarde siguiente. Recogí las mariposas y me fui la mar de feliz, con ganas de volver a Hazelhurst, por increíble que pareciera.

—¿Cómo lo llevas? —le pregunté a mi madre—. Lo de conducir por la izquierda, me refiero.

Iba al volante del Cortina por primera vez desde que habíamos llegado a Inglaterra. Lo bueno de vivir en Cambridge era que podías ir caminando o en bici prácticamente a todas partes.

—Por ahora, bien —contestó, echando un vistazo por el retrovisor del interior y luego al del lateral—. Cuesta un poco acostumbrarse.

—Te creo.

El día que yo me decidiera, lo haría en el lugar lo más aislado posible que encontrara, sin tráfico, ni cruces, ni las temibles rotondas, a las que ya les tenía manía en Nueva Inglaterra.

Mi madre lanzó un suspiro de alivio cuando salimos por fin de la ciudad y tomamos una carretera comarcal. Llevaba el codo en la ventanilla abierta mientras el aire le revolvía el pelo.

—Qué bonito es esto. Lo había olvidado.

—Me recuerda a casa —dije—. A Vermont, quiero decir.

Me miró de soslayo.

—¿Sigues pensando en Vermont como en casa?

—La verdad es que no —reconocí—. Era una forma de hablar. Me gusta estar aquí, mamá, incluso más de lo que había imaginado.

Estaba convencida de que la calurosa bienvenida de tía Violet, lo de contar de pronto con familia y apoyo en un país extranjero, lo había sido todo.

—Me alegro mucho, Molly. Cuando me fui a Vermont con tu padre, aprendí que el hogar se encuentra donde esté tu corazón.

A juzgar por su expresión llena de ternura y de dolor, imaginé que pensaba en mi padre.

Nos permitimos unos momentos de tristeza y, luego, dije, tratando de aligerar el ambiente:

—Bueno, poder trabajar en la mejor librería del mundo igual también ha contribuido un poquitín.

Riendo, alargó un brazo y me dio unas palmaditas en la mano.

—Sí, desde luego que sí. Por cierto, ¿qué te está pareciendo la nueva edición de *Las niñas Strawberry*?

—Tan *preciosérrima* como la recordaba. La estoy leyendo despacio, solo unas cuantas páginas cada noche, para saborearla.

Me había llevado el sobre con el diario de Nate con la intención de dárselo a Iona, ya que no sabía cuándo volvería a ver a Rose y a Ben. Allí estaría a buen recaudo.

—La historia tiene algo especial, eso seguro. Hay muchos libros buenos en el mundo, pero este es de los pocos que te atrapan y ya no te sueltan.

Apretó un puño para subrayar sus palabras.

—Me encanta la parte en que las mariposas se convierten en hadas.

El comentario suscitó un debate sobre la serie de las Hadas de las Flores, de Cicely Mary Barker, y otros títulos infantiles que nos gustaban. El original —y mágico— *Mary Poppins. El jardín secreto*.

Antes de que nos diéramos cuenta, habíamos cruzado Hazelhurst

y nos encontrábamos en la carretera que llevaba a Strawberry Cottage.

—Ya casi hemos llegado —anunció mi madre, sorprendida.

Me alegraba de que la conversación la hubiera distraído y así no hubiera pensado en sus padres. Redujimos la velocidad cuando pasamos por delante de Thornton Hall.

—Siempre me ha gustado esa casa —dijo mi madre—. Es casi tan espectacular como Hazelhurst House.

—Es preciosa —convine—. Algún día podríamos pasar a saludar a Geoffrey.

También tenía que buscar Hazelhurst House en internet, cosa que aún no había hecho, porque era como acosar a Kieran. ¿Qué más daba dónde hubiera crecido?

—Igual nos detenemos luego un momento. —Mi madre volvió la vista hacia el otro lado de la carretera—. Así que ese es el famoso yacimiento. Cuando éramos niños, nos inventábamos historias de miedo sobre esos montículos. Algunas noches, incluso veníamos a hurtadillas, a ver si veíamos algo que nos pusiera los pelos de punta.

—¿Y lo visteis? —pregunté, imaginando a mi madre de niña, merodeando entre los túmulos. Más o menos como hacía yo con mis amigos cuando íbamos al cementerio del pueblo.

—No, me temo que no —contestó riendo—. Aunque, después de visitar el Museo Británico, creía que me encontraría a una momia paseando por ahí. Me equivoqué de continente.

—El desvío hacia la casa está aquí mismo —avisé a mi madre, aunque seguramente ella lo recordaba. En cualquier caso, costaba verlo con los setos tan crecidos.

Mi madre puso el intermitente y avanzamos a paso de tortuga por el camino lleno de baches. La observé con atención cuando doblamos la curva, y no me decepcionó.

—¡Madre mía, qué preciosidad! —exclamó—. Es idéntica a la del libro. —Tras pensarlo, añadió—: Cosa que debería saber, ¿no?

—¿Iona creció aquí? —pregunté mientras nos deteníamos.

—No, no. Vivía cerca de mi casa, en la otra punta del pueblo.

Esta la compró con Nate. Yo ya estaba en Estados Unidos cuando se casaron.

La furgoneta de tío Chris estaba en la entrada, había vuelto al trabajo. Me alegré por él, y por que no lo hubieran detenido.

El ruido de las puertas del coche al cerrarse atrajo a Iona hasta la puerta de casa.

—¡Nina! —exclamó.

Mi madre se quedó mirando a aquella amiga a la que hacía tanto tiempo que no veía y acto seguido echó a correr. Se encontraron a mitad de camino.

—Ay, cuánto te he echado de menos —dijo mi madre.

—Y yo a ti. —Iona se separó, sin soltarla—. Estás guapísima. No has envejecido ni una pizca.

Mi madre no pudo contener una risita.

—Ni tú. Siempre fuiste un bellezón.

Iona hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—Pasad, pasad. Estoy preparando té.

—Y nosotras hemos traído algo para acompañarlo, ¿verdad, Molly?

—Sí, mamá.

Estaba tan contenta siendo testigo del reencuentro que lo había olvidado. Cuando recuperé la caja del asiento trasero, mi madre y Iona ya habían entrado.

Mi madre estaba sentada en la cocina, a la mesa, mientras Iona llenaba una tetera con agua hirviendo.

—¿Qué tal Vermont? Tengo entendido que es precioso.

—Lo es —afirmó mi madre.

Mientras se servía el té y las pastas, hablaron sobre Vermont, mi padre y nuestro traslado a Cambridge. Las ventanas estaban abiertas para dejar pasar la brisa, y de vez en cuando oía golpes, cuando las gavillas de paja vieja caían del tejado.

Tuve la impresión de que Iona se alegraba de hablar de algo que no fuera lo que debía de estar atormentándola en esos momentos: la desaparición de su hija y la muerte de Robin. El ambiente era tan

agradable que no iba a ser yo quien lo estropeara.

—Me encantan las mariposas —dijo Iona. Le dio un mordisco a una y se manchó de crema la punta de su nariz. Mi madre le hizo una seña y Iona se la limpió mientras reía—. No hay día que no me manche.

—Me alegra ver que hay cosas que no cambian —bromeó mi madre, y volvieron a reír.

De pronto, oímos una exclamación. Las dos amigas se miraron con idénticas caras de alarma, y no descarto que a mí también me colgara la mandíbula.

—¿Queréis que vaya a ver? —me ofrecí, empujando mi silla hacia atrás, aunque no me moría de ganas de ser testigo de más tragedias ni problemas.

Salí por la puerta trasera y corrí hasta donde podía ver bien el tejado. Prácticamente, la mitad estaba retirado. Tío Chris se encontraba en el andamio, aunque estaba agachado y miraba algo.

—¿Qué ocurre? —grité—. ¿Estás bien?

—Molly. Hola. Sí, estoy bien. He encontrado algo, nada más, y me he sobresaltado. —Se levantó con una caja rectangular y metálica en las manos—. Esto estaba debajo del tejado.

—Vaya. A saber qué habrá dentro. —Le hice un gesto con el brazo para que bajara—. Llévala a la cocina. Iona querrá verla.

Descendió con agilidad por la escalera, con la caja debajo del brazo, y entramos juntos en la casa.

—No pasa nada —anuncié—. Tío Chris ha encontrado un tesoro debajo del tejado.

Iona se levantó.

—¿Un tesoro? Ojalá. —Clavó los ojos en la caja—. Cualquiera sabe el tiempo que llevará eso ahí arriba.

—Seguramente desde la última vez que cambiaron el tejado —dijo tío Chris. Iba a dejar la caja en la encimera, pero pareció pensárselo mejor después de echarle un vistazo a la parte de abajo —. ¿Tienes algo para poner debajo?

Iona colocó un cartón y mi tío intentó abrir la tapa después de

dejar la caja encima.

—O está oxidada o cerrada con llave. —Se volvió hacia Iona—. Igual puedes llevársela a alguien para que te la abra.

Muriéndome por saber lo que contenía, reprimí un gruñido de frustración. Mi madre también parecía desilusionada.

—¿No puedes tú? —preguntó Iona—. No parece una antigüedad valiosa, ¿no?

Tío Chris le echó un vistazo.

—No, es una caja metálica normal y corriente. Tendré que ir a la furgoneta a por una herramienta.

—Adelante —dijo Iona—. Si puedes hacerlo sin dañar lo que haya dentro.

Seguimos afuera a tío Chris, que dejó la caja en el escalón de piedra antes de acercarse a su furgoneta y rebuscar en el interior. Volvió con un martillo y, tras un par de golpes, rompió la cerradura y la tapa se abrió.

—Estas cerraduras son para disuadir a la gente, no para tener a salvo las joyas de la corona. —Retrocedió—. ¿Quieres hacerlos honores?

La caja contenía una bolsa de terciopelo y, a pesar de que bromeaba cuando había dicho lo del tesoro, sentí que se me aceleraba el corazón. Era el tipo de bolsa que se usaba para guardar joyas.

Con dedos temblorosos, Iona metió la mano en la caja y sacó la bolsa. La toqueteó, palpando el terciopelo, antes de tirar del cordón. Miró dentro, introdujo la mano y extrajo un objeto dorado y circular, incrustado de cristales de colores.

Una corona.

# CAPÍTULO NUEVE

—¡Caray! —exclamó mi tío—. ¿Es de verdad?

Iona sostuvo la corona con ambas manos y le dio la vuelta hacia un lado y otro. El sol se reflejaba en las piedras preciosas, que lanzaban destellos de colores.

—Creo que sí. Pesa bastante.

—¿Es la corona del libro? —Se me escapó. ¿Nate se había inspirado en una corona real? ¿Una que había visto… o escondido? Y si era así, ¿de dónde la había sacado?

Iona abrió mucho los ojos ante mi pregunta. Apretó los labios y sacudió la cabeza, como si rechazara una idea. Pero yo sabía que tenía razón. Era exactamente igual a la de las ilustraciones del libro.

Mi tío cambió de postura.

—No sé de qué libro hablas, pero, por el estado de la paja, ese tejado no se ha tocado en veinte años o más.

—Cambiamos el tejado poco antes de que muriera Nate —dijo Iona en voz baja, en actitud reflexiva—. No puedo creer… Ay, ¿qué hiciste, Nate?

Mi madre me miró de reojo con preocupación y supe que estaba pensando lo mismo que yo, que quizá Nate robara la corona. ¿La había escondido en un lugar seguro con intención de recuperarla más adelante y venderla? ¿Iona estaba al corriente y había revelado de manera inconsciente lo que sabía inspirándose en ella para las ilustraciones?

¿Y ahora qué hacíamos? Conocía a una persona que podría ayudarnos.

—Voy a llamar a sir Jon —anuncié—. Sabe mucho de antigüedades.

—Magnífico —dijo mi madre—. La verdad es que no recuerdo qué dice la ley sobre el hallazgo de tesoros.

Iona no solo no se opuso a la idea de ponernos en contacto con sir Jon, sino que permaneció sentada en el escalón de piedra, como si acunara el precioso objeto. Me habría gustado echarle un vistazo más de cerca, pero por la manera en que lo protegía, casi custodiándolo, no me atreví a pedírselo.

Saqué el teléfono del bolso y me aparté un poco para hacer la llamada. Por suerte, respondió enseguida.

—Sir Jon, lo necesitamos —dije.

—Eso es música para los oídos de un anciano —contestó riendo —. ¿Qué ocurre?

—Estoy en Strawberry Cottage. Tío Chris estaba trabajando de nuevo en el tejado y ha encontrado algo increíble. —Hice una pausa —. Una corona. Literalmente. Redonda, de oro e incrustada de piedras preciosas. Estaba en una caja de metal, debajo del tejado de paja.

—¿Debajo del tejado de paja?

Imaginé lo que pensaba, que Robin podría haberla dejado allí arriba justo antes de caer, aunque el motivo se me escapaba por completo.

—Tío Chris dice que llevaba ahí bastante tiempo. —Tomé aire—. Creemos que fue el marido de Iona quien la escondió.

—¿Nate York? Hummm. —Sir Jon guardó silencio un largo rato—. Tendréis que informar del hallazgo… Espera, salgo para allá. No hagáis nada hasta que llegue, ¿de acuerdo? Ni te acerques a las redes sociales, Molly.

Vaya, sí que me conocía. Aunque quería hacerle algunas fotos a la corona. ¡Qué menos!

—No publicaré nada, lo prometo.

Volví junto a los demás.

—Sir Jon viene hacia aquí —les comuniqué—. Ha dicho que no hagamos nada hasta que llegue. ¿Y si lo esperamos dentro?

—No me vendría mal otro té. —Iona rio con suavidad—. O algo un poco más fuerte.

—Un momento —le pedí cuando empezó a guardar la corona en la bolsa—. Creo que deberíamos documentarlo todo. Y no, no va a acabar en internet.

No hasta que me dieran permiso para publicarlo, al menos.

—Buena idea.

Iona posó con la corona y le saqué una foto con la caja y la bolsa de terciopelo. Luego la metió en la bolsa y devolvió todo a la caja.

—¿Y si hacemos fotos del lugar donde la has encontrado, tío Chris? —propuse.

Se caló la gorra.

—Venga, vamos.

Me indicó que lo siguiera y fui con él hasta la parte posterior de la casa mientras mi madre le sujetaba la puerta a Iona, que llevaba nuestro tesoro.

—Escalera arriba —dijo tío Chris.

Me vigiló de cerca mientras yo subía tratando de no pensar en la distancia que había hasta el suelo.

Conteniendo la respiración, puse un pie en el andamio y lo recorrí poco a poco hasta el lugar donde el tejado estaba desprovisto de cubierta. «No mires abajo».

Tenía a mi tío a mi lado.

—Estaba retirando esa zona. —La señaló—. La caja estaba encajada justo debajo. Es un milagro que no saliera volando cuando quité la paja vieja.

De cerca, la cubierta ennegrecida desprendía un aroma polvoriento y herboso que me devolvió a los graneros de Vermont. Todavía me costaba creer que algo vegetal, por muchas capas que se superpusieran, sirviera como tejado.

—¿Lo de la paja funciona de verdad? —pregunté de manera

retórica mientras sacaba algunas fotografías. Habían dejado la caja apoyada en los maderos anchos y antiguos que formaban la estructura—. Ya sé que es una pregunta tonta; como si no viniera haciéndose desde hace siglos, ¿no?

Tío Chris ahogó una risita.

—Unos cuantos milenios, de hecho. La paja ya se usaba en Mesopotamia.

Un oficio antiguo, como el del orfebre que labró la corona. ¿De qué época sería? Casi se me cae el teléfono cuando me asaltó una idea: ¿y si era de origen anglosajón como los objetos que estaban desenterrando allí al lado?

—¿Cuándo empezó la excavación en Thornton Hall? —le pregunté a tío Chris—. ¿Lo sabes?

—La primera vez que oí hablar del asunto fue el verano pasado, cuando un granjero encontró varios objetos. —Me miró fijamente—. ¿Crees que la corona procede de allí?

—Puede —contesté, tratando de ganar tiempo—. No sería tan descabellado, ¿no? A lo mejor Nate la encontró, decidió quedársela y luego murió sin que nadie supiera que estaba aquí.

—Vete a saber —dijo tío Chris—. La cuestión es si dejarán que Iona se la quede. O si la compensarán de alguna manera en el caso de que pase a manos del Estado. Si proviene de un robo, bueno… No se puede meter a un muerto en la cárcel, ¿no?

No, pero podrían detenerla a ella si consideraban que estaba involucrada.

—Listo —dije después de sacar un par de fotos más, por si acaso.

Doblábamos la esquina de la casa cuando oímos el quejido de una moto en la carretera. Un segundo después, sir Jon apareció dando tumbos por el camino, a lomos de una moto de época. Coincidimos con él en la puerta de entrada, donde apagó el motor y se quitó el casco.

—Una BSA Lightning —dijo tío Chris—. Preciosa. ¿De qué año?

—Del sesenta y siete —contestó sir Jon—. Cuando la compré.

—Aún mejor. —Tío Chris le echó un vistazo a la máquina—. La ha mantenido en buen estado.

Sir Jon le dio unas palmaditas al manillar.

—Es uno de mis amores. —Se frotó las manos—. Bueno, ¿qué habéis encontrado?

—Está dentro —dije, abriendo camino.

Cuando cruzamos la puerta, vi la corona de inmediato. Iona la había dejado en la mesa del salón, sobre la bolsa y al lado de la caja de metal.

Sir Jon se detuvo en seco.

—Madre mía. Menudo hallazgo.

—No es ninguna tontería, ¿verdad? —dijo tío Chris—. Pensé que habrían escondido dinero o algo así, pero ¿una corona?

Lanzó un silbido largo y grave.

Mi madre y Iona estaban en la cocina y vinieron a reunirse con nosotros. Iona se sentó en el borde del sofá y unió las manos.

—No tenía ni idea de que eso estaba en el tejado.

Alzó la barbilla como si esperara que sir Jon pusiera sus palabras en entredicho y noté que le temblaban los labios.

Sir Jon no respondió. Se acercó a la mesa poco a poco con la mirada clavada en el objeto. Tras un vistazo general, sacó una lupa y estudió las piedras preciosas.

Reprimí una carcajada y me volví hacia mi madre. Ella también parecía encontrarlo divertido. Las aptitudes, conexiones y conocimientos de sir Jon nunca dejaban de sorprenderme.

—Pues sí, son piedras preciosas —concluyó, apartando la lupa del ojo—. Si la pieza es de la época que parece, tiene un valor incalculable.

Aunque era algo que ya sospechábamos, todos ahogamos un grito.

Sir Jon había sacado el móvil.

—El juez de instrucción del condado querrá ver esto; los tesoros desenterrados entran dentro de su jurisdicción. —Echó un vistazo a su alrededor con la mirada sombría—. En vista de lo que ha ocurrido

aquí esta misma semana, también llamaré a la policía. Cabe la posibilidad de que esté relacionado con la muerte de Robin Jones.

Nadie se atrevió a rebatírselo. ¿Robin había subido al tejado en busca de la corona? De ser así, ¿por qué justo ahora? Según tío Chris y Iona, nadie había tocado la paja durante más de veinte años. ¿El vendedor de antigüedades había hallado alguna pista que le indicara que Nate la había escondido allí? ¿O había recordado algo que de pronto había cobrado sentido? Por desgracia, Robin se había llevado la respuesta con él a la tumba.

Salvo que hubiera mencionado la existencia del objeto en algún sitio, como en un correo electrónico o un mensaje de texto, o se lo hubiera confesado a alguien. En cuyo caso, esa persona seguramente volvería para buscarla, si no lo había hecho ya.

—A ver, una cosa, tengo que proponeros algo importante —dije. Todos me miraron, incluido sir Jon, que estaba a punto de hacer la llamada—. Creo que deberíamos mantener este descubrimiento en secreto. Si Robin buscaba la corona, entonces alguien más podría venir a por ella.

—¿Crees que por eso subió al tejado? —preguntó mi madre—. Pero ¿qué digo? Claro que fue por eso. —Se volvió hacia su hermano —. Quiso encontrarla antes de que lo hicieras tú.

—Pero ¿por qué no han venido… después? —preguntó Iona, dándole tironcitos a los flecos de un cojín.

No le faltaba razón, pero supuse que conocía el motivo.

—Cabe la posibilidad de que el asesino no supiera nada de la corona. Pero si estaba enterado, entonces puede que la policía lo haya espantado y ahora duda, por si siguen investigando el escenario del crimen.

—Podría ser, Molly —reconoció sir Jon—. Le pediré a las autoridades que no mencionen la corona de momento. —Miró a Iona y asintió—. ¿Y si pusieras cámaras de seguridad y puede que también una alarma? De esa manera atraparíamos a cualquier intruso.

Tío Chris levantó una mano.

—Yo te las instalo con sumo gusto, ya que ando por allí arriba todo el día. Podríamos colocarlas en la chimenea, delante y detrás.

Iona estaba dudosa.

—Me parece bien, pero ¿podrías recomendarme alguna?

—Por supuesto. —Tío Chris sacó el móvil y se puso manos a la obra—. Yo tengo estas en mi casa y las controlo desde el teléfono, ¿ves?

Mientras mi tío hablaba sobre cámaras de seguridad con Iona y mi madre, y sir Jon se ponía en contacto con las autoridades, me escapé a la cocina para llamar a tía Violet. No solo quería avisarla de que íbamos a llegar tardísimo, también había pensado en ponerla al día.

Lo sé, lo sé: había sido yo quien había propuesto que no saliera nada de allí, pero, al fin y al cabo, tía Violet era de la familia.

—Hola, soy yo —la saludé cuando descolgó el teléfono de la tienda—. Tengo novedades.

—Espero que no se trate de otro cadáver —fue la respuesta.

—No, no, esta vez es una buena noticia. —Le eché un vistazo a la corona, que lanzaba destellos a la luz del sol—. Más o menos. Creo.

Tía Violet se echó a reír.

—Suéltalo ya, por favor, estoy a punto de caerme de la silla.

De manera apresurada, le conté que tío Chris había encontrado una caja debajo del tejado que contenía una corona igualita a la que aparecía en *Las niñas Strawberry*, que sir Jon estaba llamando a la policía y a la oficina del juez de instrucción, y que mi madre y yo tendríamos que quedarnos allí hasta que nos dejaran irnos.

—El escondite perfecto —comentó tía Violet después de asimilar la información—. A nadie se le ocurriría buscarla debajo de una gavilla de paja.

—Aunque recuerda que Robin subió al tejado —señalé—. Debió de enterarse de que la corona estaba ahí.

No se me ocurría otro motivo.

—Eso tendría sentido —musitó—. Qué lástima no haberos

acompañado.

—Ha sido emocionante —confesé, dejando que me invadiera una oleada de entusiasmo—. Ahora ya sé qué siente un arqueólogo. Más o menos. Y sin el incordio de tener que excavar.

Oí la campanilla de la puerta de la librería de fondo.

—Será mejor que vaya —dijo tía Violet—. No os preocupéis por la tienda. Haced lo que tengáis que hacer.

Después de colgar, puse agua a calentar y encendí los fogones. Ya que estábamos, prepararía un poco de té para la tropa. Mientras trajinaba en la cocina, estudié los pequeños dibujos enmarcados, unas acuarelas diminutas pintadas por Iona, que decoraban los rincones más inesperados. Flores, casitas de campo, sus hijas cuando eran pequeñas.

Quien solo conociera su obra, pensaría que Iona llevaba una vida de ensueño. La realidad era un poco más siniestra. La misteriosa muerte de su marido. La desaparición de su hija. El asesinato de un hombre. Y el hallazgo de un tesoro de valor incalculable.

Me dije, y no era la primera vez, que era un error juzgar la felicidad por las apariencias. Una convicción que le ponía freno a la envidia… y me hacía apreciar mucho más lo que tenía. Las Marlowe también sabíamos qué era perder a un ser querido.

Después de que hirviera el agua, preparé el té y coloqué la tetera, con su funda, en una bandeja, además de leche, azúcar y unas tazas. Cuando la llevé al salón, mi madre y Iona estaban en el sofá. Iona lloraba y mi madre la consolaba.

—Lo sé, lo sé —le decía con voz suave—. Lo echas de menos.

Igual que le ocurría a ella con mi padre.

—Es que no lo entiendo —dijo Iona, arrugando un pañuelo en el puño—. Nate tenía muchos secretos. Muchas preguntas que ya no puede contestar. Y ahora Poppy…

—¿Tu hija? —Mi madre empleó un tono deliberadamente animado—. Aparecerá, ya lo verás.

Esperaba que tuviera razón. Dejé la bandeja en la mesita de centro que había delante del sofá.

—¿Quién quiere té?

—Gracias, Molly —dijo mi madre—. Ya lo sirvo yo.

Sir Jon y tío Chris, que charlaban de pie, se acercaron y se sentaron en los sillones de enfrente.

Oímos el rodaje de unos neumáticos sobre la grava.

—Voy yo —dije, viendo que era la que estaba más próxima a la puerta.

Un coche patrulla de la policía y un turismo se detuvieron frente a la entrada. Sonaron unos portazos justo después de que el inspector Ryan y la subinspectora Adhikari salieran del vehículo policial y un joven en mangas de camisa bajase del otro vehículo también. Quizá fuera de la oficina del juez de instrucción.

A continuación, en una repetición del día anterior, oímos el zumbido de una Vespa en el camino de entrada. Ben y Rose habrían visto pasar el coche de policía por delante de la excavación y se preguntarían qué ocurría. Teniendo en cuenta la situación, los comprendía perfectamente.

Bajaron de la moto de inmediato.

—Inspector, inspector, ¿qué sucede? —preguntó Rose.

El inspector Ryan esperó a que la pareja llegara a su lado.

—No hay noticias —dijo—. Aún. Ni nada nuevo en el caso del señor Jones. Estamos aquí por un asunto completamente distinto.

—Hemos encontrado algo —me apresuré a añadir, tratando de tranquilizarlos—. Es muy valioso. Un objeto antiguo.

Rose miró a Ben, que preguntó:

—¿Aquí? ¿Lo ha desenterrado Iona?

—No del todo —contesté. Al ver la mirada de pocos amigos del inspector, deslicé los dedos sobre los labios como si cerrara una cremallera—. Entrad y lo veréis.

Les hice un gesto a todos hacia la puerta abierta.

Los agentes de policía y el otro hombre esperaron a que Ben y Rose entraran primero, por educación, supuse. Aunque luego me pregunté si la decisión del inspector Ryan no sería un poco más calculada.

Rose ahogó un grito cuando vio la corona.

—Es idéntica a la del libro. —Cuando desvió la vista hacia la caja de metal, se quedó boquiabierta y se dejó caer en la otomana que, por fortuna, tenía al lado—. Esa caja… Esa caja era de papá. La recuerdo.

Iona enderezó la espalda y dejó la taza en la bandeja con mano temblorosa.

—¿Ah, sí, cariño? ¿De cuándo?

Rose cerró los ojos con fuerza tratando de concentrarse.

—Poppy y yo estábamos jugando en el jardín. Él… Él se subió a la escalera con la caja. Le preguntamos qué había dentro, pero no quiso decírnoslo.

—¿Estás segura? —insistió su madre—. Eras muy pequeña.

Su hija asintió.

—Sí, mamá. ¿Recuerdas que en aquella época estábamos obsesionadas con las cazas de tesoros? Una vez, papá incluso nos dibujó un mapa. —Rio, aunque las lágrimas asomaron en sus ojos y se tapó la boca con la mano, tratando de controlar sus emociones. Tras un momento, prosiguió—. Lo tiñó con té y lo arrugó para que pareciera viejo. Lo escondió para que lo buscáramos y luego nos ayudó a seguir las instrucciones. Diez pasos desde el manzano… Ese tipo de cosas. Cuando encontramos el lugar, había dibujado una equis grande con hojas muertas. —Se le escapó una risa—. El tesoro enterrado era un tarro lleno de galletas y chocolatinas. No fue hasta muchos años después que comprendí que había sido él quien lo había escondido ahí. Poppy y yo creíamos que el tarro era muy antiguo y que la magia hacía que las galletas y las chocolatinas todavía estuvieran buenas.

Qué gran historia. Nate debió de ser un padre maravilloso.

—Por eso, cuando vimos a papá con la caja, le preguntamos si contenía un tesoro. Dijo: «Algo parecido, cielos». Luego se llevó un dedo a los labios y añadió: «No se lo digáis a mamá, ¿vale?».

Un misterio resuelto, si podíamos fiarnos de los recuerdos de Rose. Nate había escondido la caja en la paja. Ahora podíamos

concentrarnos en averiguar la procedencia de la corona, así como si la había obtenido de manera legítima.

Preguntas importantes que, por fortuna, yo no tenía que responder.

# CAPÍTULO DIEZ

El inspector Ryan nos tomó declaración a mi madre y a mí y luego nos dejó marchar. Aunque el deber nos llamaba en la librería, no quería regresar aún a la ciudad.

—¿Te apetece ir a dar un paseo por el bosque antes de volver? —le pregunté a mi madre cuando salimos.

—¿Qué? —Parecía distraída, como en su mundo—. ¿Te refieres al de detrás de la casa? Me encantaría, hace años que no lo piso.

Señalé los altos árboles que rodeaban tres lados de la vivienda.

—He pensado que ya que estamos aquí… Al estar releyendo el libro, me gustaría ver el escenario real donde se desarrolla.

Mi madre miró la puerta.

—Entro un momento y le pregunto a Iona si le parece bien. No quiero andar por ahí sin su permiso.

El rubor de sus mejillas hizo que me preguntara si Iona era la única persona a la que quería volver a ver tan pronto.

Durante el último caso, mi madre y Sean Ryan habían entablado amistad. Hacía bastante tiempo que no se veían, que yo supiera, y creía haber interceptado un par de miraditas. Aunque cuando el hombre estaba de servicio, no era tan fácil. Se comportaba de manera muy fría y distante.

Mi madre entró de nuevo y regresó al momento.

—A Iona le parece bien. También me ha pedido que la llame después. —Percibí la ilusión en el brillo de sus ojos—. Creo que

vamos camino de recuperar nuestra intimidad.

—Me alegro, mamá. Todos necesitamos un amigo con el que pasar el rato.

Esperaba que no detuvieran a Iona por el asesinato de Robin. Eso complicaría un poco cualquier intento de retomar su amistad.

Rodeamos la casa hasta el sendero que se adentraba en el bosque. Era un rincón idílico. El jardín dormitaba bajo el sol mientras las abejas visitaban con insistencia las rosas fragantes que inundaban el cenador. Entornando los ojos, podía ver a las dos hermanas de merienda tantos años atrás. A propósito, evité mirar hacia el lugar donde encontramos el cadáver de Robin.

Las hojas susurraron cuando pisamos el bosque, como si nos saludaran.

—¡Ahí está! —exclamé al ver el espino que se mencionaba en el libro. Estudié el retorcido, aunque precioso, arbolito, manteniéndome bien alejada de sus temibles espinas—. Qué gracia descubrir de dónde extrajo Nate su inspiración.

Mi madre también lo examinó y vio que aún conservaba alguna flor, aunque solían florecer en mayo.

—Las mariposas se convierten en hadas, ¿verdad? Eso siempre me pareció mágico.

—Lo es.

Continuamos paseando por aquel bosque que se espesaba y enmudecía a medida que nos adentrábamos en él. Habiéndome criado en Vermont, una de las cosas que más me extrañaba era la escasez de arboledas en Inglaterra. En mi pueblo natal, podías caminar durante kilómetros sin abandonar nunca el bosque. En ese momento, aunque estábamos rodeadas de casas y carreteras, ese lugar transmitía la misma sensación de aislamiento.

Mi madre se detuvo en un cruce.

—Ahora lo recuerdo. El sendero de la izquierda lleva a un pantano; el de la derecha, a Thornton Hall, y el de enfrente va directo a la torre.

—La torre —decidí—. Quiero ver la torre. La del libro es preciosa.

Entonces lo recordé: Nate había muerto cayéndose desde ella. Sentí que se me revolvía el estómago.

Se me notaría el malestar en la cara porque mi madre preguntó:

—¿Te encuentras bien?

Me encogí de hombros.

—Sí, estoy bien. Es solo que me he agobiado al pensar que Nate murió allí.

—Yo también —confesó mi madre—. Es horrible. ¿Sabes qué? Después de encontrar esa corona, empiezo a preguntarme qué más de lo que aparece en *Las niñas Strawberry* es real. Me refiero a cosas que ocurrían entonces y que Nate, y luego Iona, incluyeron en el libro. ¿Y si Nate trataba de contar algo que temía compartir?

Bien visto.

—Podría ser, porque parece que ese algo podría haber sido la causa de su muerte. Salvo que la caída se debiera de verdad a un accidente, cosa que empiezo a dudar.

Robin. Poppy. La corona. Los tres misterios no hacían más que dar vueltas en mi cabeza.

—¿Lista? —preguntó.

Continuamos caminando en fila por el estrecho sendero, deteniéndonos de vez en cuando a contemplar los árboles, las piedras o las plantas que despertaban nuestro interés.

—Tenemos que volver en abril —dijo mi madre, haciendo un alto en un claro envuelto de robles longevos y robustos—. Esto está lleno de jacintos de los bosques, lo que indica que se trata de árboles muy muy antiguos.

Solo había visto esa clase de jacintos en fotos, formando un manto encantado que serpenteaba entre los árboles.

—En el libro sale el Bosque de los Jacintos —dije—. Debe de ser este.

Qué ganas tenía de retomarlas *niñas Strawberry*.

—Casi seguro que sí. Voy a tener que releerlo yo también.

—Pues compartámoslo —le propuse. No quería acaparar el ejemplar del que disponíamos—. Me lo estoy tomando con calma,

para saborearlo.

Seguimos adelante, avanzando por aquel sendero que ascendía y descendía dibujando curvas y recodos, que rodeaba árboles o pasaba entre ellos. Intenté hacerme una idea del terreno para determinar dónde nos encontrábamos en relación con Strawberry Cottage y Thornton Hall.

Percibí una dulce fragancia en el aire, que llegó acompañada del zumbido de las abejas. Parecía que olía a manzanas, aunque me extrañó porque aún faltaban tres o cuatro meses para que maduraran.

Mi madre levantó la cara e inhaló.

—Rosa mosqueta. Es increíble cómo los olores te transportan al pasado.

Nada más doblar el siguiente recodo nos encontramos el seto, más alto que nosotras, que se extendía en ambas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. Todo indicaba que el camino acababa allí, en las zarzamoras.

—¿Y ahora qué? —pregunté, esperando que la respuesta no fuera abrirse paso a través de esa masa vegetal densa y espinosa, a pesar de lo bonita que estaba, cubierta de miles de florecitas rosas. A aquella distancia, la fragancia bastaba para tumbarte.

Mi madre me hizo una seña para que la siguiera mientras doblaba hacia la derecha y se adentraba de lado entre el seto y la masa boscosa.

—Ven por aquí.

Fuimos abriéndonos camino con cuidado de no acercarnos demasiado a las zarzamoras, que parecían extender sus dedos ávidos hacia nosotras.

—Sí, esperaba que siguiera aquí —dijo mi madre.

Un arco franqueaba el paso a través del seto y, más allá, en un pequeño claro, se alzaba la torre.

Construida con sillares toscos, tenía cerca de tres pisos de altura y estaba coronada con almenas y tachonada de ventanas de arco, cerradas con tablones.

—Desde allí arriba se ve a varios kilómetros a la redonda —me explicó mi madre—. La torre antes estaba abierta y subíamos a jugar a príncipes y princesas.

Fue décadas antes de que Nate se matara. Recordé el artículo que había encontrado en el que se decía que Geoffrey Thornton había cerrado posteriormente las ventanas y la puerta con tablones para evitar más tragedias.

—Ojalá pudiéramos entrar —dije—. ¿Cómo era el interior?

—Bastante soso —contestó mi madre—. Todo piedra. Una habitación grande en cada piso y una escalera de caracol que recorría la pared. Pero nos encantaba.

—¿Estuviste aquí alguna vez con Geoffrey?

Debía de tener la edad de mi madre, cuarenta y tantos o cincuenta y pocos.

—Puede que una o dos veces. Normalmente, estaba en el internado. —Sonrió al recordarlo—. Se perdió lo mejor.

Nos acercamos a la torre, que se alzaba como un dedo oscuro apuntando hacia el cielo azul. El lugar tenía un aire un tanto siniestro, incluso amenazador. Salvo por el zumbido de las abejas, el claro estaba en silencio. Un cuervo solitario, posado en las almenas, inclinó la cabeza y clavó sus ojillos negros en nosotras.

Mi cabeza, que no paraba de darle vueltas a tantos misterios —Robin, Poppy, la corona— se detuvo en una idea, un pensamiento tan espantoso que ahogué un grito.

Quizá Robin se hubiera enterado de lo de la corona a través de Poppy. O de que su padre había escondido algo en el tejado, recapacité. ¿Y si Robin era responsable de la desaparición de Poppy? ¿Y si él era la única persona que sabía dónde se encontraba?

Pero Robin había muerto.

El cuervo, quizá cansado de aquella intrusión, alzó el vuelo desplegando sus alas negras. Su graznido estridente fue la respuesta perfecta a mis temores.

—Bebe un poco.

Mi madre me puso una botella de agua debajo de la nariz. Debía de llevarla en el bolso, que tenía cruzado sobre el pecho.

Tomé asiento en el escalón musgoso de la torre —no muy cómodo—, acepté la botella y bebí, recuperando poco a poco la compostura. Necesitaba un momento para poner orden en mis pensamientos, así que había pedido sentarme, y los escalones eran la mejor opción.

—Se me ha ocurrido algo espantoso —dije por fin—: ¿y si Robin tuvo algo que ver con la desaparición de Poppy?

Mi madre palideció y se sentó de golpe a mi lado.

—Ay, no, espero que no.

Bebí otro trago de agua, tratando de diluir el miedo que seguía oprimiéndome el pecho.

—Habría que decírselo al inspector Ryan. No sé si habrán registrado la tienda de Robin en busca de pistas. O su casa. Me pregunto dónde vivirá. O vivía, mejor dicho.

—¿Encima de la tienda? —sugirió mi madre—. Hay una vivienda.

Continuamos en silencio un buen rato mientras el cuervo graznaba y revoloteaba por el claro.

—Qué poco le gusta que estemos aquí —dije.

Mi madre entrecerró los ojos para mirar al cuervo, que se había posado en la punta de la rama muerta de un árbol.

—Eso parece. Seguramente hace siglos que no viene nadie. —Se levantó y se frotó el trasero de la falda. Decidí no mencionar la mancha de musgo hasta que volviéramos a la ciudad, donde podría ponerle remedio—. ¿Lista para seguir?

En respuesta, me puse en pie y le devolví el agua.

—Tía Violet se preguntará dónde estamos.

—Es verdad. Voy a avisarla. —Después de cerrar la botella y meterla en el bolso, mi madre llamó a la tienda—. Dice que no nos preocupemos. ¿Quieres que volvamos por un camino distinto?

—Claro, ¿por qué no?

Había que aprovechar la oportunidad de explorar Bosque Profundo. Puede que no volviera a presentarse la ocasión.

Mi madre guardó el móvil y me guio fuera del claro, lejos de la torre espeluznante y su guardián, el cuervo, que nos lanzó un último graznido cuando atravesamos el arco.

—«Y no volváis» —dije, haciéndole de traductora.

Al otro lado del seto, mi madre escogió un camino que se alejaba de Strawberry Cottage.

—¿No nos perderemos? —pregunté.

Aunque el bosque no era gigantesco, podías estar dando vueltas un buen rato. Además, empezaba a tener hambre.

—No, te lo prometo —aseguró mi madre.

El sendero descendía hacia un riachuelo de aguas veloces, que salvamos por un puente de madera, señal de que estábamos cerca de la civilización.

—«El Arroyo Cristalino» —dijo mi madre haciendo alusión al libro y deteniéndose a contemplar la alegre corriente—. Lanzábamos ramitas por un lado y corríamos al otro para ver cómo pasaban flotando por debajo.

—¿Así? —Busqué una y la tiré por encima de la barandilla.

Las dos nos asomamos deprisa por la de enfrente y esperamos hasta que la vimos alejarse río abajo.

—Qué sitio tan bonito donde venir a pasar el rato —dije, disfrutando de la brisa fresca del claro, que estaba ribeteado de piedras cubiertas de musgo.

—Es uno de mis favoritos.

Ahora entendía por qué había querido seguir con la excursión. Era una especie de paseo por la nostalgia, y me alegraba que la visita a Iona hubiera demostrado que Hazelhurst aún guardaba bonitos recuerdos para ella.

Lanzamos más palitos antes de continuar y pasamos por el Claro de los Helechos y la Garganta de Piedra, lo que nos obligó a pasar con dificultad entre dos enormes peñascos.

—¿Quieres trepar a uno de ellos? —preguntó mi madre con tono retador.

Levanté la vista y estudié las rocas.

—Igual otro día. Además, ¿adónde vas con ese calzado?

Llevaba sandalias, y aunque tenían una buena suela, no eran lo más apropiado.

—Venga, gallina —insistió.

Con movimientos ágiles, trepó por el peñasco y se puso en pie al llegar arriba, con los brazos en jarras y una sonrisa en la cara. Como si nada.

¿Qué otra me quedaba? Con algo menos de gracia, subí a la roca, tratando de recordar dónde había puesto ella las manos y los pies. En lo alto, que era bastante plano, me estiré y miré a mi alrededor.

—Esto es precioso.

Me imaginé de pícnic allí arriba.

Mi madre se paseaba por la roca, contemplando las vistas que la rodeaban. La imité.

—¿Eso es Strawberry Cottage? —pregunté al divisar un tejado de paja entre los árboles. En mi mapa mental, la ubicación no tenía sentido, pero era posible que me hubiera desorientado al atravesar el bosque.

—No. —Mi madre sonrió con regocijo—. Es la Casa de la Bruja.

—Ah, ya. La recuerdo. ¿De verdad existe?

Mi madre se acercó al borde, disponiéndose a bajar.

—La señora Dobbins no es una bruja de verdad, no, pero sí, la casa existe. Vamos a saludarla.

Poco después llegamos a la diminuta y encantadora casa, que se alzaba entre abundantes arriates de flores.

—Qué envidia —dije—. Me encantaría vivir aquí.

—Y a mí —aseguró mi madre, con la mano en el pestillo de la verja—. De pequeña, imaginaba que era mi casa.

Cuando entramos en el jardín, vi varias gallinas picoteando por el lugar y un par de gatos tumbados al sol. La puerta trasera estaba

abierta un resquicio, por el que asomó una mujer mayor de aspecto frágil y encorvada, pero de movimientos enérgicos. Llevaba un delantal con peto sobre el vestido estampado y unas zapatillas de deporte.

—¿Puedo ayudarlas en algo? —preguntó, recorriéndonos con la mirada. De pronto, se le iluminó la cara—. ¿Nina? ¿Nina Marlowe?

—Sí, la misma. —Mi madre corrió a abrazar a la señora Dobbins, con cuidado de no estrujarla—. He estado fuera algunos años. En Estados Unidos.

La mujer la miró con una profunda calidez.

—Es lo que había oído. Me dijeron que te casaste con un yanqui y cruzaste el charco.

—Así es. Señora Dobbins, me gustaría presentarle a mi hija, Molly.

—Hola —la saludé—, encantada de conocerla.

La señora Dobbins me estudió con atención unos momentos.

—Lo mismo digo, Molly. Tu madre era una chiquilla encantadora, igual que tú.

Sus halagos me ruborizaron, como si siguiera siendo una niña, no una mujer de casi treinta años. Incapaz de encontrar una respuesta adecuada —un simple «gracias» me parecía muy raro—, sonreí y asentí.

—¿Y si os quedáis un rato y tomamos un té? —La señora Dobbins ahuyentó a un gato de una silla colocada junto a una vieja mesa de madera—. Largo de aquí, granuja.

El gato tricolor la miró con desdén antes de apartarse apenas unos centímetros y empezar a asearse.

Me recordó tanto a Clarence y a Puck que se me escapó la risa.

—¿Qué te parece, mamá?

Esperaba que dijera que sí.

—Acepto encantada —contestó mi madre—. ¿Le echo una mano?

La señora Dobbins empleó con ella el mismo gesto que le había hecho al gato.

—No, no, por favor, poneos cómodas. Enseguida vuelvo.

Apartamos unas sillas y nos sentamos a contemplar aquel jardín asilvestrado, pero encantador, lleno de cacerolas y jardineras que hacían las veces de tiestos. Una florida clemátide trepadora cubría el enrejado que nos proporcionaba sombra, y la lavanda, el tomillo limonero y la menta impregnaban el aire con su fragancia.

—Tendría que plantar hierbas aromáticas —dijo mi madre—. Quizá en tiestos, para poder meterlas dentro en invierno.

—Buena idea —convine, viendo ya las puertas francesas de la cocina rodeadas de plantas—. Me encanta utilizarlas para cocinar.

La señora Dobbins empujó la puerta de casa, que había dejado entornada, y apareció con una bandeja en la que tintineaban unas tazas. Las gallinas y los gatos corrieron hacia su dueña y se arremolinaron alrededor de sus pies, aunque ella consiguió no tropezar.

—Bueno, aquí está —dijo, lanzando un suspiro. Se sentó entre las dos y empezó a servir—. Qué cosa más rara lo de Strawberry Cottage, ¿verdad?

Intercambié una mirada con mi madre. ¿A cuál de todas se refería?

Deslizó una taza hacia mi madre.

—Lo veía pasear por aquí a menudo —dijo—. Muy educado, casi siempre se paraba a charlar un rato.

—¿Se refiere a Robin Jones? —aventuré.

—Sí. —La señora Dobbins terminó de servir mi té—. Al mismo. Tenía una tienda de antigüedades en el pueblo. Era buen amigo de Geoffrey Thornton, el de la casa grande.

Después de ponerme un poquito de leche, le hice la pregunta obvia:

—¿Lo vio el día de la caída?

—Pues sí. Pasó por aquí sobre las ocho y media. Yo estaba en el jardín, desyerbando. —La mujer llenó la tercera taza y dejó la tetera en la mesa—. Coged una galleta. —Señaló un plato de galletas rellenas, una de mis favoritas—. No sé qué andaría haciendo en ese tejado.

—Es lo que se pregunta todo el mundo —dije—. Mi tía Violet y yo estábamos de visita esa mañana. Fue horrible.

Asintió con solemnidad.

—He oído que lo encontraste tú. Qué desgracia. —Un brillo astuto animó sus ojos oscuros—. Pero ¿quién le mandaría subir allí arriba?

«Cierto», reflexioné.

—¿Vio a alguien más por aquí?

De ser así, mi tío, Iona y tal vez Poppy podrían quedar exculpados. Me negaba a creer que ninguno de ellos hubiera matado a Robin, lo cual se alejaba un poco de ser un enfoque imparcial.

La señora Dobbins levantó un dedo nudoso.

—Solo a una mujer corriendo, justo después de cruzarme con él. —Ahogó una risita—. Lo bien que me lo paso cuando los veo desfilar al trote vestidos de licra. Me entran ganas de decirles que si quieren hacer ejercicio que vengan a ayudarme a cavar.

Con un sobresalto, recordé a la mujer que observaba la excavación desde la carretera.

—¿Cómo era?

La anciana asintió reflexivamente.

—Ya veo dónde quieres ir a parar. Crees que podría haber empujado a Robin del tejado.

«Quizá», pensé. Me removí en mi silla, reacia a reconocerlo.

—Puede que viera algo. O a alguien.

Se tomó su tiempo antes de contestar, mientras añadía leche al té y lo removía, con la barbilla apoyada en una mano.

—La verdad es que no le vi la cara. Llevaba gafas de sol y un gorro. Pero ¿la ropa? Por poco se me caen los ojos. De un rosa fosforito.

La mujer que yo había visto llevaba mallas rosas y un top negro.

—¿Se refiere a unas mallas rosas?

Negó con la cabeza.

—No, vestía entera de rosa, mallas y top. Puede que hasta las zapatillas. —Lanzó un resoplido—. No he llevado un rosa tan

llamativo desde párvulos.

¿Le fallaba la memoria o no había visto a la misma persona que yo? En cualquier caso, era una lástima que no la hubiera reconocido.

—Si vuelve a pasar por aquí, intentaré que pare —se ofreció la señora Dobbins con expresión traviesa—. Haré un poco de investigación para ti.

—Qué amable —dije—, pero ¿y si es la asesina?

Jamás me perdonaría que a aquella dulce anciana le ocurriera algo por mi culpa.

La señora Dobbins dejó escapar un resoplido burlón.

—Oh, no te preocupes. Hablaré con ella de jardines, gatos y gallinas. No sabrá qué me traigo entre manos.

Me guiñó un ojo.

—En ese caso, de acuerdo —acepté, rebuscando en el bolsillo trasero una tarjeta de visita de Thomas Marlowe—. Ojalá vuelva a verla. —Le tendí la tarjeta—. Llame a este número —le sugerí, pensando que sería más sencillo que darle mi móvil.

Para mi sorpresa, sacó el suyo, de aspecto nuevecito —y con una funda multicolor de plástico de burbujas—, del bolsillo del delantal y guardó el número en su agenda.

—Thomas Marlowe. Había oído que estabais ayudando a Violet con la tienda. A ver si un día de estos voy a la ciudad. Ya no tengo coche, pero puedo coger el autobús.

—Allí la esperamos —dije, fustigándome por precipitarme a sacar conclusiones—. Pásese cuando quiera y tomamos un té.

# CAPÍTULO ONCE

—Madre mía, qué bien se está aquí. —Me recosté en mi silla con una cerveza en la mano mientras contemplaba el jardín de la librería. Habíamos decidido comer allí fuera, unas magníficas ensaladas elaboradas con productos de las granjas del lugar y una tentadora variedad de ingredientes.

—Menudo día —dijo mi madre—. Me duelen los pies.

Meneó los dedos, descalza. Después de la larga caminata por Bosque Profundo, habíamos vuelto a Thomas Marlowe, donde encontramos a tía Violet rodeada por un grupo de clientes un poco exigentes que habían llegado en un autobús turístico. Aparecimos justo a tiempo para responder a sus preguntas, ayudar con la elección de libros y cobrarles.

—Empiezo a arrepentirme de haber añadido la tienda a la lista del bus turístico —dijo tía Violet, pinchando la ensalada con el tenedor—. En su momento me pareció una buena idea.

—Al menos dejan bastante dinero —opinó mi madre—. Se abalanzan como langostas, compran todo lo que encuentran a la vista y se van.

—Cierto —reconoció tía Violet—. Ay, lo que iba a decir: que ya he añadido las siguientes visitas turísticas al calendario del mostrador. La de hoy se me había olvidado por completo.

Paseé el tenedor por la ensalada tratando de decidir qué pinchaba a continuación, si garbanzos, aguacate o un trozo de

queso. O los tres.

—No nos habríamos ido de haberlo sabido —aseguré—, la librería es lo primero.

Tía Violet esbozó una sonrisita traviesa.

—¿Supera incluso a encontrar una corona anglosajona? Aún me cuesta creer lo de esta mañana.

—Y a mí —reconocí—. La oficina del juez de instrucción se la ha llevado para ponerla a buen recaudo y creo que van a abrir una investigación. Espero que Iona pueda quedársela. O al menos que reciba algo de dinero.

Estaba bastante segura de que la considerarían un tesoro y, por tanto, la destinarían a un museo.

—¿Dónde la encontraría Nate? —dijo mi madre—. ¿En el jardín trasero, enterrada?

—Podría ser, supongo —musitó tía Violet—. Lo que sugiere que, probablemente, haya una tumba. Uno no entierra un objeto tan valioso en cualquier parte.

Me estremecí ante la idea de que hubiera una sepultura en Strawberry Cottage. Aunque los campos de Thornton Hall estaban salpicados de túmulos, de modo que tampoco era tan descabellado.

—¿Por qué no le dijo nada a su mujer? —se preguntó mi madre en voz alta—. Si la encontraron por medios legítimos, podrían haber recibido algo de dinero.

Sospechaba que había algo más detrás de aquella historia y que Nate la había escondido por algún motivo. Estaba a punto de comentarlo con ellas cuando una voz estridente nos saludó desde la verja.

—Violet. Nina. ¿Puedo entrar?

Era tía Janice, toqueteando el pestillo. Habíamos puesto un cerrojo tras descubrir, un par de meses antes, el cadáver de una mujer asesinada en el jardín. Un poco tarde, pero había sido una reacción instintiva.

Mi madre resopló con fastidio, removiéndose en la silla.

—Voy —dije—. Espera, tía Janice. Está cerrado.

Aun así, ella continuó tratando de abrir el cerrojo.

—¿Por qué? Mira que hace tiempo que vengo y nunca ha estado cerrada.

No me molesté en contestar. Mientras cruzaba el césped, me pregunté cómo se atrevía a aparecer por allí después de la manera en que había tratado a mi tío, el hermano de mi madre. No vendría en busca de comprensión, ¿verdad? Tía Janice se había portado muy mal con mi madre durante muchos años.

—Prueba ahora —dije, después de descorrer el cerrojo—. Está abierto.

Sin esperar a que cruzara la verja, volví a la mesa y continué comiendo.

—¿Puedo? —preguntó con gesto avergonzado cuando alargó una mano hacia una silla.

—¿Te apetece una copa de vino? —Con algo de retraso, tía Violet entró en modo anfitriona—. ¿O cualquier otra cosa de beber?

Se levantó, dispuesta a entrar en la casa.

—Una copa de vino, gracias. —Tía Janice pareció relajarse con la invitación al ver, quizá, que no íbamos a tratarla con frialdad. Mientras tía Violet estaba dentro, nos sonrió con timidez y dijo—: Una tarde preciosa, ¿verdad?

—Lo er… es.

Mi madre tragó saliva. Se puso muy seria y fulminó con la mirada a su cuñada como si le advirtiera que le correspondía a ella dar el siguiente paso porque mi madre no iba a hacer el menor esfuerzo.

Tía Violet salió enseguida con una copa de vino.

—Aquí tienes. ¿Te apetece picar algo? ¿Queso y galletas?

—No, no. Estoy bien. De verdad. —Tía Janice bebió un sorbito de vino y luego dejó la copa con cuidado en la mesa—. Supongo que os preguntaréis qué hago aquí.

«¿Tú qué crees?». La miramos fijamente en silencio. Incluso Puck, que estaba hecho un ovillo en la tumbona de al lado, la miró con cara de pocos amigos.

Para mi absoluta incredulidad, mi arrogante y presuntuosa tía

dejó escapar un sollozo con el pecho agitado.

—No sé a quién más acudir. ¿Podríais…? ¿Podríais ayudarme?

Tía Janice lloró, se sorbió la nariz, sollozó y lloró de nuevo. Cuando terminó, prácticamente había destrozado una de las servilletas de tela de tía Violet.

—Muy bien, Janice —dijo tía Violet, pasándole un vaso de agua —. ¿Qué ocurre?

No había empleado un tono antipático, pero tampoco era cálido ni animado.

Tras beberse medio vaso, tía Janice se sonó la nariz.

—La policía ha estado haciéndome preguntas. —Le temblaron los labios—. Sobre Robin. Él y yo, bueno…

—Sabemos lo vuestro —la atajó mi madre con brusquedad—. Nos lo contó Chris.

—Sí, bien, ejem.

A pesar de lo colorada que ya estaba, tía Janice se puso roja como un tomate.

—También han estado haciéndole preguntas a Chris —prosiguió mi madre—, por tu culpa, por cierto. Como estuviste liada con Robin, creen que Chris lo mató por celos. —Resopló—. Ridículo.

—Chris no mataría ni una mosca —dijo tía Janice con voz temblorosa.

—Cierto, pero no me refería a eso. —A mi madre le brillaban los ojos con una rabia a duras penas contenida—. Si Sean… Si el inspector Ryan te conociera mejor, llegaría a esa conclusión de inmediato. De buena se ha librado Chris. Estoy segura de que incluso se alegra de que lo engañaras.

Mientras mi madre lanzaba aquella diatriba verdaderamente épica, tía Janice agachaba la cabeza cada vez más.

—Adelante. Continúa. Me lo merezco.

Se mordió el labio inferior y se encorvó como si esperara que la golpearan.

Tía Violet puso una mano en el brazo de mi madre.

—Tienes todo el derecho a ponerte así, Nina, pero hay que pensar en el pobre Charlie.

Mi primo, un motivo por el que debíamos mantener las formas con la bruja de su madre.

Mi madre asintió.

—Ya me callo, pero me gustaría saber con qué valor te presentas aquí. —Cogió su copa de vino y bebió—. Más vale que tengas un buen motivo.

Tía Janice levantó la cabeza unos milímetros.

—Para seros sincera, no sé a quién más acudir. Chris no me habla.

—¿Y te sorprende? —pregunté—. ¿No fuiste tú quien apretó el gatillo?

Refiriéndome a la ruptura.

Me miró con gesto desconcertado hasta que por fin entendió por dónde iban los tiros.

—Supongo que sí. Chris y yo ya habíamos hablado de divorciarnos. Robin… En fin, éramos buenos amigos. —Las lágrimas volvieron a anegar sus ojos—. Nunca dio ningún paso en esa dirección… hasta después de que Chris y yo decidiéramos que se había acabado.

Su versión se alejaba un poco de la de Chris, pero quizá fuera normal. Ninguna de nosotras la contradijo. Creo que solo queríamos que acabara cuanto antes.

—¿Robin y tú ibais en serio? —preguntó tía Violet, lanzándose al ruedo.

Iba a asentir con la cabeza, pero acabó sacudiéndola.

—Yo creía que sí.

Volvió a mirar abajo y musitó algo mientras enredaba con el dobladillo de la blusa.

—¿Qué? —La voz de mi madre resonó con fuerza—. No te he oído.

A tía Janice se le pusieron las orejas rojas.

—He dicho que rompió conmigo. Creía que mi situación era demasiado… complicada.

Arrugó la nariz.

Teniendo en cuenta que tío Chris y ella todavía no estaban divorciados, podría decirse que sí, era complicada.

—¿Cuándo ocurrió eso? —pregunté, con suspicacia. Era como si me entregaran un móvil para el asesinato envuelto para regalo.

Tía Janice continuó torciendo el gesto.

—Unos días antes de… Lo vi la mañana de… —Su voz fue apagándose mientras evitaba nuestras miradas.

Por fin llegábamos a alguna parte.

—¿Lo viste la mañana que murió? ¿Dónde? —pregunté a bocajarro.

Dio un respingo, como si mis palabras la hubieran golpeado.

Bebió un largo sorbo de vino tratando de ganar tiempo.

—Salí a correr y lo vi caminando por la carretera, así que lo seguí hasta la casa —contestó con voz casi robótica, como si quisiera sacarlo todo—. Discutimos, allí mismo, en el jardín. Y luego me fui.

Vale.

—¿Lo sabe la policía? —pregunté, para confirmarlo. Había dicho que habían hablado con ella.

Negó con la cabeza.

—No se lo he contado. Eso me situaría en el escenario. —Parpadeó rápidamente para detener las lágrimas—. ¿Creéis que debería?

Las tres intercambiamos una mirada y, luego, contestamos a la vez:

—Sí.

—Tu marido… —Levanté una mano al ver que protestaba—. Seguís casados, ¿no? Tu marido es el principal sospechoso. Por tu culpa.

Balbució un instante.

—Por eso estaba preocupaba. Cuando me enteré, quiero decir. Chris se puso como una fiera cuando descubrió que Robin y yo…

—¿Y te extraña? —La interrumpí, con tono sarcástico—. Si no quieres que el padre de tu hijo vaya a la cárcel, te recomiendo que tengas otra charla con el inspector Ryan.

—Pero si Chris ni siquiera estaba allí —protestó—. El único coche que había en la entrada era el de Iona. —Arrugó la nariz—. Sonaba música clásica, y la tenía muy alta, seguramente por eso no nos oyó.

Otro dato que desconocíamos hasta ese momento: Iona, o al menos su coche, estaba en Strawberry Cottage cuando Robin, y por lo visto Janice, estuvieron allí. ¿Sería Iona la asesina al final? Quizá sabía lo de la corona y quería impedir que Robin la encontrara. Entonces se me encendió la bombilla: de ser así, la habría recuperado antes de que tío Chris llegara a esa parte del tejado.

—Otra razón más por la que hablar con el inspector —dijo tía Violet—. Las horas a las que ocurrieron las cosas esa mañana son de vital importancia.

Desde luego, con tanta gente yendo y viniendo, y no solo al volante. Tía Janice iba a pie. ¿El asesino también corría? ¿O se trataría de alguien que había seguido a Robin desde la mansión? Recordé que ese día había desayunado con Geoffrey y Miranda.

—¿Cómo ibas vestida? —le pregunté.

Tía Janice se echó hacia atrás.

—¿Y eso qué importa?

Mi madre lo entendió. La señora Dobbins y la mujer de rosa.

—Hay un testigo que vio a alguien por la zona —contesté.

—¿Un testigo? ¿Quién? —Tía Janice me miró con el ceño fruncido.

—Prefiero no revelar su nombre —respondí, pues no quería poner a la señora Dobbins en un compromiso. Ya me veía a mi tía yendo allí hecha un basilisco, tratando de intimidarla.

—Entonces yo prefiero no contestar. —Tía Janice se acabó el vino y dejó la copa con un poco más de ímpetu del necesario—. Creo que será mejor que vaya tirando. —De pronto, puso una cara rara—. Tengo cosas que hacer.

Se levantó de manera brusca y se dirigió a la verja.

—Adiós, cuídate —se despidió mi madre.

Tía Janice se limitó a responder con un gesto frívolo. Después de que saliera por la verja sin miramientos y la dejara abierta, permanecimos allí sentadas en silencio unos minutos. Se respiraba un ambiente turbulento, como si hubiera pasado un vendaval.

—De verdad espero que llame al inspector —dijo tía Violet.

—También podríamos asegurarnos de que él lo supiera. —Rebusqué en mi cuenco los últimos trozos de aguacate. No sería la primera vez que compartía información con el inspector, a pesar de que en ningún momento él me había animado a hacerlo—. Tendrá que investigarlo, claro. O no.

—Janice estuvo allí esa mañana —dijo mi madre con tono pensativo—. Podría haberlo hecho ella.

Imaginé a tía Janice persiguiendo a Robin por la escalera hasta el tejado. Una discusión acalorada, un empujón repentino… y, ¡uy!, baja a toda prisa y huye, haciendo como que no ha pasado nada.

—Es una sospechosa tan viable como tío Chris —aseguré—. Y no olvidemos que, según ella, Iona estaba en casa cuando Robin llegó.

—Lo que significa que también podría haber sido Iona. —Tía Violet retomó la historia—. Janice se fue y Iona discutió con Robin. Es muy posible.

—No quiero ni pensarlo —dije—. Iona me cae bien. Lo cual demuestra que seguramente no serviría para detective. Querría endilgarle los delitos a la gente que me cayera mal.

Mi madre le dio vueltas a su copa con aire pensativo.

—Si algo tiene Sean es su imparcialidad. —Vaciló—. Nos lo he dicho, pero… Me ha invitado a salir.

De pronto, me sentí barrida por un torbellino de emociones. Bueno, una vez que me repuse de la impresión, aunque no podía decir que no lo esperara. Añoraba profundamente a mi padre y sabía que a mi madre le pasaba lo mismo, pero al mismo tiempo no quería que continuara sola el resto de su vida. Mi padre tampoco lo habría querido.

—Solo somos amigos, Molly —dijo mi madre cuando vio que me

había quedado muda—. Vamos a ir a un concierto al aire libre.

—Mamá, me parece genial —aseguré—. Se me habían metido las trenzas en la boca.

Las dos prorrumpimos en carcajadas.

Tía Violet se quedó mirándonos, confusa.

—¿Qué trenzas?

—Es una broma privada. Mi madre siempre me hacía trenzas de pequeña y ahora las usamos cuando algo nos parece infantil. —Levanté mi cerveza y asentí con la cabeza en dirección a mi madre —. Como cuando tu madre viuda decide volver a salir con alguien, cosa que está muy bien, y a ti te da un vuelco el corazón y te quedas muda.

—¿De verdad que no te molesta? —preguntó mi madre—. Puedo poner una excusa…

—Ni se te ocurra. —Sacudí la cabeza con firmeza—. Es un buen hombre. Papá no querría que te encerraras en casa de por vida.

—Tu padre. —Se enterneció—. Lo quería muchísimo. Y sigo queriéndolo.

—Lo sabe. Y yo también.

Sentí un nudo en la garganta y bebí un sorbito de cerveza para tratar de deshacerlo.

—A ver si lo he entendido —dijo tía Violet—. El inspector Ryan te ha invitado a salir, Nina, y le has dicho que sí. ¿Vas a intentar tirarle de la lengua?

Su comentario pícaro obtuvo el efecto deseado. Reímos de nuevo y el ambiente se relajó, arropadas por el recuerdo mi padre, que nos envolvía como una dulce fragancia.

—Tengo una idea. —Di unos golpecitos en la mesa—. ¿A quién le apetece oír un cuento? Os leeré *Las niñas Strawberry*.

Las niñas Strawberry (continuación)

El poni siguió adentrándose en el bosque con paso sereno.

—¿Cuándo vamos a llegar a alguna parte? —preguntó Rose.

—No lo sé —contestó Poppy con toda sinceridad—. Estoy dejando que nos

guíe Zarzamora.

Como si entendiera lo que acababa de decir, el poni se detuvo y levantó la cabeza. Llevado por la brisa, llegó hasta ellos un tintineo argentino que recordaba al repique de unas campanillas.

—¿Qué es eso? —dijo Rose, intrigada.

—Vamos a verlo —respondió Poppy. Sacudió las riendas y Zarzamora se puso en marcha de nuevo, sin prisa.

De pronto, los árboles dieron paso a un claro tapizado de jacintos de los bosques. Las florecitas se mecían, pero cuando las hermanas se fijaron con más atención, descubrieron que las empujaban unos duendecillos azules. Eran diminutos, y tenían alas, orejas puntiagudas y gorros con forma de campana.

—¿Los duendecillos existen? —preguntó Rose boquiabierta.

—Pues igual que las hadas y las coronas mágicas, por lo visto —contestó Poppy. Se dejó resbalar por Zarzamora y le tendió la mano a su hermana para ayudarla a bajar.

Avanzaron poco a poco hacia las flores, fascinadas por los seres minúsculos que retozaban por doquier.

—Venid a jugar con nosotros —las invitó uno de ellos con una vocecita tan melodiosa como el tintineo de los jacintos de los bosques.

Otros se unieron a él hasta que se reunió un coro de duendecillos, cuyas caritas y vocecitas recordaban a las flores.

Rose se dispuso a acercarse, pero Poppy la agarró del brazo.

—No te fíes, Rose. ¿No recuerdas lo que dicen de los duendecillos? Son unos ladrones.

—¿Ladrones? —Rose se cruzó de brazos y los miró con el ceño fruncido—. ¿De verdad queréis robarme, duendecillos?

Ellos negaron con la cabeza.

—No, no te robaremos —contestaron todos a la vez.

—No los creas —insistió Rose, y se dio la vuelta—. Pero ¿se puede saber qué estáis haciendo?

Un grupito había trepado al lomo de Zarzamora. Uno o dos estaban colgados de la crin y otro se balanceaba en la cola. Se rieron de Poppy y empezaron a animar al poni para que se pusiera en marcha. Por fortuna, la niña aún llevaba la corona en la mano; si no, seguramente también se la habrían robado.

Rose ahogó un grito.

—Ya me acuerdo. Les gusta robar ponis. —Corrió hacia ellos, agitando las manos—. ¡Fuera, duendecillos! ¡Fuera! ¡Zarzamora es nuestro!

—No, no es verdad —contestó el duendecillo que iba colgado de la crin—. Es de la princesa Audrey. Vosotras lo habéis robado.

—No, que va —protestó Poppy—, la princesa ha desaparecido y estamos buscándola. Creemos que está en peligro.

—¡¿Peligro?! —exclamaron todos a la vez, y se pusieron a parlotear formando un guirigay de campanillas desacompasadas. Los que se habían subido a Zarzamora se deslizaron por la cola mientras que los del claro correteaban presos del pánico.

—Vamos, Poppy —dijo Rose corriendo hacia el poni y subiéndose a él como pudo.

Poppy la imitó y, cuando le dio una suave patada en el costado, Zarzamora empezó a moverse.

—Uf, por poco —suspiró Poppy—. Si se lo hubieran llevado, nos habríamos perdido en el bosque.

Rose se volvió hacia el Bosque de los Jacintos. Los duendecillos habían desaparecido.

—No sé por qué estaban tan asustados. Ojalá pudiéramos sentarnos entre las flores. Nunca he visto nada tan bonito.

# CAPÍTULO DOCE

La parte del Bosque de los Jacintos de *Las niñas Strawberry* era tan mágica que se coló en mis sueños. Seguía pensando en los duendecillos a la mañana siguiente mientras limpiaba las estanterías de la tienda. Clarence y Puck estaban repantigados a una distancia prudencial del polvo, a diferencia de mí, que me encontraba justo en medio.

Acababa de lanzar varios estornudos huracanados cuando Kieran entró.

—Salud —dijo, un tanto sorprendido.

Justo como me gustaba saludar a mi novio. No. Para nada.

—Lo siento —me disculpé, con los ojos medio llorosos y la nariz goteándome mientras buscaba un pañuelo en los bolsillos de los vaqueros—. El polvo. —Después de limpiarme la cara y sonarme la nariz volví a sentirme un poco más humana—. Estos estantes tenían una capa de varios centímetros.

Se acercó un poco más y leyó los títulos.

—Entiendo por qué. *El mundo de los timbres eléctricos. Flujo de fluidos en válvulas*. Hummm, descacharrante.

—No, ese lo tenemos aquí. —Señalé varios ejemplares encuadernados de *The English Mechante*, de principios de siglo XX, sobre ingeniería de la época victoriana.

—Ja, ja —dijo, pillando la broma—. Muy gracioso.

—Se hace lo que se puede. Bueno, ¿qué tal la mañana?

—Muy bien, gracias. —Pucky Clarence se acercaron a saludar a Kieran, que se agachó para acariciarlos. Usar ambas manos a la vez (no quería desairar a ninguno de los dos) requería mucho equilibrio —. Solo he pasado a decirte hola. ¿Cómo llevas lo de la feria de mañana?

—Ah, es verdad. Se me ha echado el tiempo encima. —Lancé una mirada al mostrador, donde se encontraban las cajas de *Las niñas Strawberry*—. La nueva edición acaba de llegar, justo a tiempo. Y en algún momento del día tengo que ir a que me impriman un cartel para colocarlo en la mesa. ¿Sabes de algún sitio?

—Sí. —Se puso en pie, dejando a dos gatos repantingados en el suelo, que lo miraban con profunda decepción—. Te acompaño, si quieres. Y de paso podemos parar a tomar un café.

—Genial todo. Enseguida estoy contigo.

Guardé los trapos de limpiar el polvo y cogí la memoria USB en la que había grabado la imagen del cartel. Después de informar a mi madre y a tía Violet de adonde iba, salimos a disfrutar del día soleado.

—Le he dicho a mi madre que vendrás conmigo a la fiesta —me comentó Kieran mientras paseábamos sin prisa por la calle adoquinada.

Casi doy un traspié. Me daba miedo preguntar.

—¿Y qué le ha parecido?

Se volvió hacia mí con una mirada socarrona.

—Tiene muchas ganas de conocerte. —La amplia sonrisa le arrugó el rostro—. Quiere ver a una «belleza natural» de cerca.

Kieran se refería al término que los periodistas de los tabloides utilizaban cuando publicaban fotos mías. Supongo que en contraposición a su atractivo fuera de lo normal.

Le di un manotazo en el brazo y me topé con sus firmes músculos. «Madre mía», pensé.

—¿En serio?

Trató de esquivarme y negó con la cabeza.

—Eres una mala persona.

Volvimos a acomodar nuestros pasos mientras iba pensando en lo de conocer a sus famosos padres, lo que me recordó de inmediato que tenía que ir de compras. Daisy y yo habíamos quedado esa misma tarde, pero si no había suerte en la *boutique* de Hazelhurst, habría que probar en la ciudad.

—¿Alguna novedad? —preguntó mientras sorteábamos viandantes en Trinity Street.

Toda la zona del centro era peatonal, pero la gente que iba a pie y los ciclistas podían ser casi tan peligrosos como los vehículos.

—¿Por dónde empiezo? —dije, repasando lo que había sucedido desde la última vez que lo había visto—. Ah, ¿sabes qué? Mi tío ha encontrado una vieja caja metálica mientras retiraba la paja de Strawberry Cottage. —Aunque nadie más a mi alrededor me prestaba atención, obviamente, bajé la voz—. Dentro había una corona de oro incrustada de piedras preciosas. Creemos que es anglosajona.

Se la enseñé en el móvil.

Kieran se detuvo para estudiarla y enarcó las cejas, sorprendido.

—Vaya. Parece auténtica. ¿Y puede que de la misma época que el yacimiento de Thornton Hall? —Se le daba muy bien atar cabos—. ¿Quién la escondió allí?

Guardé el móvil en el bolso.

—Creemos que Nate York. Iona dijo que el tejado se reparó por última vez cuando aún vivía, y su hija recuerda verlo subir hasta allí con la caja. —Seguí poniéndolo al día mientras él escuchaba fascinado. Si no podía confiar en mi familia y en Kieran, ¿en quién iba a hacerlo?—. La policía y la gente de la oficina del juez de instrucción llegaron enseguida para hacerse cargo de ella.

—¿Y no sería por eso que Robin subió al tejado?

De nuevo, había llegado a la conclusión más lógica a la velocidad del rayo.

—Todos nos preguntamos lo mismo.

Noté un sabor amargo en la boca. Pensar en Robin conducía de manera natural a Poppy. Esperaba que no la hubiera matado o

escondido en algún lugar, y que el misterio de su desaparición no hubiera muerto con él.

—¿Se tiene alguna noticia de Poppy? —preguntó Kieran, como si me leyera la mente—. He visto varias publicaciones en las redes sociales que informaban de su desaparición.

—No que yo sepa —contesté—. Salvo que haya ocurrido algo desde ayer.

Cuanto más tiempo llevara ausente, más probabilidades había de que le hubiera pasado algo horrible. Tenía que revisar de verdad el cuaderno de su padre, por si contuviera alguna pista. Decidí que me pondría a ello en cuanto volviera a la tienda después del recado.

—La imprenta está ahí mismo —dijo Kieran, indicando que debíamos doblar hacia otra calle.

Esperó fuera mientras yo entraba y encargaba la impresión. No tenían mucho trabajo y me prometieron que los carteles estarían listos en media hora, así que seguimos el plan original de Kieran de ir a tomar un café.

Después de detenernos en un quiosco, buscamos un banco en la plaza del mercado. Recordé la vez que comí mi primer kebab con Kieran allí mismo, en ese banco. Y ahora era mi pareja; desde mi punto de vista, una mejora gigantesca desde aquel amigo/guía turístico personal. Mientras disfrutábamos de nuestro café, observábamos a la gente que paseaba entre los puestos, en los que podían encontrarse productos del campo, comida preparada, ropa, menaje del hogar y baratijas.

Kieran había crecido en Hazelhurst, así que le pregunté:

—¿Has estado en la torre de piedra de Thornton Hall? Mi madre y yo fuimos ayer dando un paseo.

—Sí, claro. A mis amigos y a mí nos encantaba ese lugar. Antes de que lo cerraran con tablas, entrábamos y subíamos hasta arriba.

—Mi madre también, cuando era pequeña. Parece que todos los niños de Hazelhurst iban a jugar allí.

Ay, los tiempos en que los niños deambulaban por ahí sin preocupaciones, o muy pocas. Yo también había hecho lo mismo de

pequeña, y era uno de los recuerdos que guardaba con más cariño.

—Subir a la torre era un rito iniciático —dijo Kieran—. O solía serlo. Y ese bosque es una pasada, con todos esos senderos que dan vueltas. Lo llamábamos el bosque encantado. Aunque nunca encontramos los túneles, cosa de la que debería alegrarme, supongo. Podríamos haber quedado atrapados bajo tierra.

—¿Túneles?

No era que me apeteciera arrastrarme por ninguno, pero parecía algo interesante.

—Son muy comunes en las propiedades antiguas, como mi casa, por ejemplo. Se utilizaban para multitud de cosas: pasar mercancía de contrabando, ocultar sacerdotes o escapar de un ataque. También tenemos escaleras y pasajes secretos.

La «casa» de Kieran era más imponente incluso que Thornton Hall, pero no comenté nada sobre su modesta descripción.

—Una casa con escaleras secretas. ¿Me la enseñarás?

Me tomó la mano.

—Cuando tú quieras, nena.

Nos reímos.

—¿Dónde están los túneles de Thornton Hall? —pregunté al cabo de un rato, disfrutando en silencio de nuestra compañía mutua.

—No estoy seguro del todo —confesó Kieran—. Alguien nos dijo que una de las entradas estaba en el viejo cementerio que hay junto a la iglesia, dentro de una cripta. Nos daba tanto miedo lo que pudiéramos encontrarnos que nunca pusimos un pie allí dentro.

—Ya me lo figuro. —Me imaginé abriendo un mausoleo y topándome con sarcófagos antiguos. No, gracias—. Supongo que puedo preguntárselo a Geoffrey Thornton la próxima vez que lo vea. No es que tenga ninguna intención de aventurarme en ellos, pero me pica la curiosidad.

—Y a mí —reconoció Kieran—. Dímelo, si te enteras.

Le tomé la mano.

—Serás el primero en saberlo.

Bueno, después de mi madre y tía Violet, pero porque vivían

conmigo. Y de Daisy, que era mi mejor amiga. Me sorprendió gratamente descubrir la velocidad con que crecía la lista de amigos y familiares en Cambridge.

Me soltó la mano y se levantó de un salto.

—Espera, vuelvo enseguida —dijo.

Desconcertada, vi que se dirigía a los puestos del mercado y luego doblaba una esquina, de manera que lo perdí de vista. Poco después reapareció con un ramo espectacular. Sonriendo de oreja a oreja, me lo tendió con una reverencia.

—Ay, Kieran, son preciosas.

Acerqué la nariz al montón de peonías, lirios blancos, arvejilllas y rosas, inhalando su dulce perfume.

—Las cultivan aquí —me contó con orgullo en la voz. Kieran sabía cuánto me gustaba apoyar a las granjas y negocios pequeños.

—Gracias. —Sentí el impulso de besarlo, pero me reprimí dado que estábamos en público. Uno de los pocos aspectos negativos de salir con Kieran. Si alguien nos hacía una foto besándonos, aparecería en internet en cuestión de minutos—. Por mucho que me pese, tendría que recoger lo de la imprenta y volver al trabajo. Y poner el ramo en agua. —Me acerqué a él—. Ya te lo agradeceré como es debido cuando estemos solos.

Se le iluminó la cara.

—Vamos.

Ya en la tienda, me encontraba de muy buen humor. Coloqué el ramo en el mostrador para que todo el mundo pudiera deleitarse con su belleza y me puse a trabajar. Nos hicimos unos sándwiches para comer y luego me concentré en la verdadera tarea que tenía ese día: estudiar el cuaderno de Nate.

La librería estaba en ese momento tranquilo de la tarde, así que me llevé la carpeta de fotocopias a la sala de atrás, donde organizábamos los encuentros con los autores. Esperaba poder presentar a Iona pronto, una cita que atraería a montones de

admiradores, y no solo porque *Las niñas Strawberry* fuera uno de los libros infantiles preferidos de mucha gente, sino también porque se trataba de una autora del lugar.

Abrí la carpeta, saqué las fotocopias y las ordené cronológicamente. Cuando lo hice por tercera vez, me di cuenta de que estaba atascada.

«¿Y si no encuentro nada? O peor, se me pasa por alto». Me sequé las manos en las perneras de los vaqueros, incapaz de plantearme siquiera que pudiera fracasar y fallarle a Poppy.

Recorrí las hojas con la mirada esperando que algo me llamara la atención y me di cuenta de que Nate había creado una especie de guion relacionado con el mapa.

Sí, allí estaban el espino y las hadas. ¿Y qué era eso? «Reina de las hadas: M.».

¿Miranda? Su tienda, Titania's Bower, se llamaba así en honor a la reina de las hadas de Shakespeare. Decidida a confirmar todas las teorías a medida que surgieran, además de que seguía estancada, cogí el teléfono. Unos cuantos clics confirmaron que Miranda había abierto la tienda hacía veinte años, de manera que ya la tenía cuando Nate trabajaba en la historia.

Miranda era la reina de las hadas. Al menos en el libro, no era de los personajes más queridos, ya que había espantado a las hadas-mariposa blancas. Bueno, no se decía de manera explícita, pero recordaba que venía acompañada de tormentas cuando aparecía más adelante, así que se sobrentendía.

Nate había sido muy listo. Lo imaginé escribiendo la caracterización y sonriendo ante su astucia.

De pronto, me asaltó una idea. La trama se desarrollaba en un escenario que existía de verdad, en las tierras de Strawberry Cottage y Thornton Hall. Poppy y Rose eran personas reales. ¿Y si los demás personajes también estaban basados en amigos de Nate?

Le di la vuelta a una hoja y cogí un bolígrafo para elaborar una lista. Además de las niñas y la reina de las hadas, estaban el zorro, los fuegos fatuos, la Bruja Buena, el ermitaño y el topo. El poni,

Zarzamora, y la princesa Audrey.

Después de conocer a la señora Dobbins, tenía bastante claro quién era la Bruja Buena. Qué encanto de mujer. Aunque podía especular sobre la identidad de los demás personajes, quizá fuese mejor que siguiera leyendo sin ideas preconcebidas.

El descubrimiento me había conducido a otra conclusión: si todos los «personajes» seguían vivos, entonces ¿podría ser que Poppy hubiera establecido la misma relación? ¿Por eso había desaparecido? ¿Por eso había muerto Robin?

Las niñas Strawberry (continuación)

Los cascos de Zarzamora golpearon el suelo con un ruido sordo cuando, ante el apremio de Poppy, se alejó trotando del Bosque de los Jacintos. Rose se preguntó si él también se había asustado, si había temido que se lo llevaran. Se decía que los duendecillos montaban los caballos hasta dejarlos agotados. Rose se alegraba de haber escapado de aquellas malvadas criaturas, por encantadoras que parecieran con sus gorritos azules.

El bosque se envolvía de misterio a medida que avanzaban y los árboles parecían más grandes y siniestros en la penumbra. El camino se estrechó y obligó al poni a aminorar el paso para no tropezar con las piedras y las raíces.

Rose buscó dentro de su bolsillo, pero no encontró más huevos de chocolate, por lo que les dijo a sus tripas que se callaran cuando estas rugieron con suavidad. Tenían que encontrar a la princesa Audrey y, entonces, comerían las tres juntas. A lo mejor la princesa las invitaba a un festín en su castillo. Imaginó una mesa llena de rosbif, pudín de Yorkshire y todo tipo de verduras. Además de tres postres distintos…

El poni se detuvo para beber en un arroyo y las niñas hicieron lo mismo, recogiendo el agua fresca en las manos.

—Tengo hambre —se le escapó a Rose.

—Lo sé —dijo Poppy—. Yo también. —Echó un vistazo a su alrededor—. Anda, mira: frambuesas.

El fruto con aspecto de piedra preciosa brillaba en la penumbra, atrayéndolas. Las arrancaron de los arbustos y devoraron las dulces bolitas mientras Zarzamora buscaba hierba que mordisquear.

Después de acabarse las frambuesas maduras y que solo quedaran unas cuantas en el suelo y otras manchándole los pantalones cortos, Rose seguía hambrienta. Y también estaba cansada. Ya casi era la hora de dormir.

Vio unas luces titilando entre los árboles.

—¿Qué es eso, Poppy? ¿Es nuestra casa? —preguntó con voz temblorosa.

—No está en esa dirección —dijo Poppy—. ¿Y si vamos a ver quién vive ahí?

Llegaron frente a una casita rodeada de árboles altos. Cuando se acercaban a la puerta trasera, esta se abrió y por ella apareció una mujer mayor que empezó a lanzar granos a su alrededor para las gallinas, que acudían en tropel a saludarla.

—Mira cuántas gallinas —se maravilló Rose—. Y también veo gatitos.

Los gatos merodeaban sigilosamente por el jardín, observando a las gallinas.

—Ahora os traigo lo vuestro, picaruelos —les dijo la mujer.

Poppy tiró de las riendas para que Zarzamora se detuviera y bajó al suelo.

—Hola —dijo—. Yo soy Poppy y esta es Rose.

Se volvió hacia su hermana, que no sabía qué hacer; no quería que las gallinas le picotearan los pies.

La mujer las saludó con una amable sonrisa que le arrugó el rostro.

—Las niñas Strawberry. Estáis muy lejos de casa, ¿no?

—Sí —contestó Poppy con un hondo suspiro—. Y tenemos hambre.

—Solo hemos encontrado unas frambuesas —dijo Rose—. Y nos hemos acabado todas las chocolatinas.

—Vaya hombre —se lamentó la mujer—, sentaos en esa mesa del jardín. Os prepararé unos huevos revueltos.

—Gracias, señora —dijo Poppy—. Es muy amable de su parte.

—Oh, no hay de qué. —A la mujer le hicieron los ojos chiribitas—. Me encantan las visitas. —Miró a Zarzamora—. ¿Vuestro poni quiere un poco de heno? Hay en el cobertizo.

Cuando entró en la casa, las hermanas se acercaron al cobertizo, donde encontraron varias balas de heno. Después de que Poppy arrancara un manojo y se lo diera a Zarzamora, las hermanas volvieron a la mesa y por el camino comprobaron que las gallinas no tenían ningún interés en los dedos de sus pies, cosa que alivió a Rose.

Mientras esperaban, los gatos se aproximaron a ellas, ronroneando, y uno incluso subió de un salto a una silla que había junto a Rose, lo que alegró a la niña.

—Le caigo bien —dijo mientras alargaba la mano y acariciaba su suave pelaje.

El gato estiró la barbilla para que lo rascara.

La mujer volvió enseguida con una bandeja, dos cuencos con unos huevos revueltos esponjosos, un plato con una montaña de gruesas tostadas con mantequilla y un tarro de mermelada. Dos vasos de leche completaban el banquete.

—Ya veréis lo bien que os sienta —dijo la mujer, dejando los platos en la mesa —. Tenéis que coger fuerzas para encontrar a la princesa Audrey. Cuenta con vosotras.

Rose miró a Poppy con disimulo. ¿Cómo sabía la mujer lo de la princesa? O

quiénes eran ellas. Tenía que ser una bruja. Pero una bruja buena, decidió Rose. Solo las brujas buenas preparaban unos huevos revueltos tan deliciosos.

# CAPÍTULO TRECE

—¿Por qué no conduces tú hoy, Molly? Tienes carné —propuso Daisy.

—Buena idea —convino mi madre—. Deberías intentarlo.

Caminábamos por Magpie Lane en dirección al garaje de tía Violet. En el último momento, mi madre había decido acompañarnos a Daisy y a mí de compras diciendo que necesitaba un vestido.

Me di de bruces contra una realidad incómoda: no solo no había cogido el volante desde que nos habíamos mudado a Inglaterra, sino que había estado evitándolo de todas las maneras posibles. La idea de conducir por la izquierda me aterrorizaba, y me imaginaba provocando un accidente o mirando hacia el lado equivocado y matando a un peatón.

—¿Qué pasa, Molly? —preguntó Daisy—. Tienes una cara rara.

—Lo que tengo es miedo —balbucí—. ¿Y si estampo el coche de tía Violet? Es la niña de sus ojos.

El vehículo, considerado ahora de época, era suyo desde hacía décadas. Tenía más años que yo.

Mi madre me miró con atención.

—A ver qué te parece: yo lo saco de Cambridge y tú lo conduces por el campo.

Me gustó la propuesta.

—Buena idea. La ciudad no es el mejor sitio para hacer

experimentos. Y nada de aparcar en paralelo en Hazelhurst, por favor.

No había vuelto a intentarlo desde que me habían dado el carné, por patético que sonara.

—Hay un aparcamiento muy grande donde podemos dejarlo —dijo Daisy—. Iremos caminando desde allí.

Después de abrir el garaje, mi madre se dirigió al asiento del conductor.

—Tú delante, Daisy —propuse, cediéndole el sitio con educación. Adelantándome a sus protestas, abrí la puerta de atrás… y descubrí un sobre color manila que contenía el cuaderno de Nate. Se me había olvidado devolvérselo a Iona—. ¿Después podríamos pasarnos un momento por Strawberry Cottage? —Les pregunté a mi madre y a Daisy, enseñándoles el sobre—. Tengo que dejarle esto.

Además, así tendría ocasión de preguntarle a Iona sobre los personajes del libro y averiguar si estaban basados en los amigos de Nate, como sospechaba.

—Por mí bien —dijo mi madre—. De todas maneras, quería ir a verla.

—Por mí también —decidió Daisy—, no tengo planes.

Nos pusimos en marcha y cruzamos la ciudad. Pese a que ya me sabía el camino, en esa ocasión presté más atención al tráfico. Podía hacerlo sin matar a mi madre ni a mi mejor amiga, me dije.

En cuanto dejamos la carretera principal, mi madre detuvo el coche.

—Te toca, Molly.

Se bajó y pasó a la parte de atrás. Salí del vehículo y me senté despacio en el asiento del conductor. Como estaba regulado para mi madre, lo encontré demasiado cerca del volante, así que lo ajusté para mí. Y lo mismo con los espejos, asegurándome de tener una buena visión. Le eché un vistazo al salpicadero y localicé las luces, los intermitentes y los limpiaparabrisas.

—Cuando quieras, Molly —dijo mi madre, sentada atrás.

—Lo siento, estaba familiarizándome con todo.

A paso de caracol. Puse el intermitente para señalizar que íbamos a salir, miré en todas direcciones y pisé el acelerador. Por suerte, esa tarde apenas había tráfico. Volé por las carreteras rurales a la vertiginosa velocidad de 30 km/h, según el cuentakilómetros.

—Eeeh… Molly —dijo Daisy—. Te ganan las vacas.

En ese momento, varias trotaban a nuestra altura en el campo de al lado y, en efecto, Daisy tenía razón.

Vaya. Otro detalle que tener en cuenta. Los kilómetros y las millas no eran intercambiables. Tratando de ignorar mi disonancia cognitiva en relación con el espacio y el tiempo, subí a los 50 km/h.

La calle principal de Hazelhurst estaba congestionada, pero la atravesé hasta el desvío que conducía al aparcamiento, agarrando el volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Dejé el Cortina alejadísimo de los demás coches y lo aparqué de manera que no tuviera que maniobrar marcha atrás.

Por descontado, el siguiente coche que entró se detuvo justo a nuestro lado, aunque había millones de sitios libres. ¿Por qué la gente hace esas cosas?

Abrí la puerta con cuidado de no golpear el otro vehículo, del que salió un hombre mayor que me sonaba. Lo reconocí al cabo de un segundo: el arqueólogo jefe de la excavación de Thornton Hall, el doctor Holloway. El hombre miró hacia nosotras y nos saludó.

—Hola. Molly, ¿verdad?

Apretó el mando del coche para cerrarlo y luego se metió las llaves en el bolsillo del pantalón.

—Sí, Molly. ¿Cómo está, doctor Holloway?

Estaba a punto de presentarle a mi madre y a Daisy, quienes no lo conocían, o eso suponía, cuando el hombre suspiró y sacudió la cabeza.

—Pues bastante consternado en estos momentos, si te soy sincero. ¿Ya te has enterado?

—No, creo que no.

Noté que se me aceleraba el pulso. Aunque no tenía pruebas de que hubiera ocurrido nada malo, me preparé. Cambió de postura.

—Han encontrado el coche de Poppy York. En la estación de tren de Cambridge. Aunque no hay señales de ella.

—Eso es bueno, ¿no? —dije, sintiendo cómo una oleada de alivio me inundaba el pecho. Debía de haber tomado el tren a alguna parte. El motivo o el destino era un misterio todavía, pero tenía que estar viva. Aunque… ¿cómo era posible que no lo hubieran encontrado hasta ese momento? ¿No habían comprobado las estaciones hacía días?

—Lo que sería aún mejor es que Poppy volviera a su trabajo —contestó con tono contrariado—. No podré guardarle el puesto mucho más tiempo.

Dicho aquello, se despidió con un brusco gesto de cabeza y se marchó.

—Y ese es el encargado de la excavación de Thornton Hall.

—Es un viejo cascarrabias, ¿no? —dijo Daisy, siguiendo con la mirada al profesor, que cruzaba el aparcamiento—. A mí me ha parecido una buena noticia.

—Lo es —afirmé—, pero ¿cómo es posible que no hayan encontrado antes el coche? Conduce un Ford Anglia, no son de los que pasan desapercibidos.

—Ya veo lo que quieres decir —musitó mi madre—. Es posible que alguien lo haya aparcado allí hace poco y por eso no lo han encontrado hasta ahora. —Alargó la mano hacia la puerta—. Hay que ir a ver a Iona y asegurarse de que está bien.

—¿Y si…? —Suspiré, viendo que la expedición de compras quedaba en nada—. Tienes razón, habría que pasarse por allí. Ya iremos de compras mañana. O el sábado por la mañana.

Un poco arriesgado, ya que la fiesta era por la tarde.

—Por mí bien —dijo Daisy, abriendo su puerta—. Las madres preocupadas son lo primero.

Volví a sentarme frente al volante, doblemente agradecida de haberlo dejado encarado hacia la salida. El coche del doctor Holloway estaba aparcado tan cerca que habría sido complicado hacerlo marcha atrás. Al menos para mí.

Una luz dorada se vertía por la puerta abierta de Strawberry Cottage en el patio de la entrada, inundado también por la música clásica que procedía del interior. Cuando bajamos del coche, conforme nos acercábamos a la casa reconocí *Pedro y el lobo*, de Prokófiev. La fantástica y atmosférica composición armonizaba con el entorno a la perfección.

—Es como si estuviera en un cuento de hadas —dijo Daisy, riendo.

—Este lugar es lo que tiene.

Llamé al marco de la puerta, pero la música estaba tan alta que Iona no nos oyó.

Tras un momento de vacilación, mi madre me apartó y se asomó al interior.

—¿Iona? —La llamó—. Soy yo, Nina.

Al ver que no respondían, siguió adelante mientras Daisy y yo nos quedábamos en la puerta. Esa vez había recordado el cuaderno y llevaba el sobre agarrado con fuerza en la mano.

—Iban juntas al colegio —dije a modo de explicación—, por eso ha entrado con tanta libertad.

Esperamos mientras un pasaje siniestro amenizaba la escena como si se tratara de la banda sonora.

Daisy me agarró el brazo, abriendo mucho los ojos.

—Molly. ¿Y si Iona…?

No hizo falta que acabara la frase. Había dejado que mi madre se adentrara sola en la casa, quizá poniéndose en peligro…

—Voy a entrar —dije, y crucé el umbral.

—Te sigo —decidió Daisy.

La música procedía del salón, en el que no había nadie. En un aparador vimos una botella abierta de ginebra, junto a otra de tónica y una cubitera. Ajá. Alguien había estado dándole a la bebida. Dejé el sobre color manila en el otro extremo del aparador, donde no se manchara si se derramaba algo de líquido.

Moviéndome al compás de la música cadenciosa, atravesamos la cocina de puntillas. Allí tampoco había nadie, pero la puerta trasera estaba abierta. Ajá, otra vez. Iona se encontraba fuera, por eso no nos había oído llamar.

Agradecida de no haber hallado un cadáver —o dos— salimos al patio trasero en busca de Iona y mi madre. Unas voces apagadas llegaron desde el cenador, donde estaban sentadas en un columpio. Iona se daba impulso con un pie.

—Molly, ¿tú también has venido? —dijo cuando subí los escalones.

Por cómo arrastraba las palabras, supe que había estado tratando de ahogar sus penas, como suele decirse.

—Sí. Esta es mi amiga Daisy.

—Hola, Daisy —la saludó Iona—. Un bonito nombre para una chica bonita. Me gustan los nombres de flores, como el tuyo, margarita. A mis hijas les puse Poppy y Rose, amapola y rosa, por eso mismo.

Mientras hablaba, movía el vaso que tenía en la mano y los cubitos tintineaban.

—Me encantan esos nombres —dijo Daisy, sentándose en una mecedora de mimbre. Yo me encaramé a la barandilla—. Tu libro es uno de mis favoritos.

—Me alegra oírlo —dijo Iona. Se quedó mirando el vaso como si acabara de darse cuenta de que lo tenía en la mano—. Oh, qué maleducada que soy. ¿Queréis tomar algo?

—Yo no, gracias —dijo mi madre mientras nosotras negábamos con la cabeza—. Nos hemos encontrado al doctor Holloway en el pueblo y nos ha dicho que ha aparecido el coche de Poppy.

Iona bebió un buen trago de *gin-tonic*.

—Eso he oído. Ahora estoy más preocupada que nunca. Lo único que se me ocurre es que lo haya dejado ahí otra persona.

Sentí un gran alivio cuando llegué a una nueva conclusión.

—La aparición repentina implica que Robin no estuvo involucrado en la desaparición de Poppy.

Ebria o no, Iona seguía lúcida.

—Y también que quizá nunca la encontremos. Es un pequeño consuelo saber que el responsable sigue vivo.

Iona, igual que nosotras, creía que la ausencia de Poppy no era voluntaria, aunque existía el peligro real de que la policía decidiera lo contrario y dejara de buscar. Lo añadí a la lista para el inspector Ryan.

—La encontraremos —aseguró mi madre con delicadeza.

—Eso espero.

En el tono torturado de Iona percibí la frustración y el miedo que yo también sentía, aunque en mucha menor medida, claro. ¿Cómo se tranquiliza a una persona que ya ha sufrido una pérdida importante e injusta? Lo peor puede suceder, y sucede, con demasiada frecuencia.

—No voy a dejar de buscarla —aseguré con firmeza—. La pregunta es: ¿dónde ha estado su coche todo este tiempo?

Poppy y el coche llevaban tres días desaparecidos.

—Ha tenido que estar escondido en algún garaje —dijo Daisy—. O en un establo.

—¿Hay alguno en Thornton Hall? —pregunté.

—Thornton Hall… ¿No creerás…?

Iona ladeó la cabeza y me miró de manera burlona.

—Al principio, pensé que Poppy podría haber vuelto a Cambridge, a su piso —dije—. Rose y Ben también lo pensaron, pero ¿y si nunca salió de Hazelhurst?

Una horrible posibilidad era que Poppy se hubiera enfrentado al asesino de Robin y que este le hiciera algo.

«Tía Janice», pensé en ella. Respiré hondo para aliviar la presión del pecho. Por muy mal que me cayera mi tía, debía reconocer que no era precisamente un cerebro criminal.

—Puede que siga allí —apuntó Iona, enderezándose—. En el establo o donde sea, y han movido el coche para despistar.

—Lo mismo pienso yo —declaró Daisy.

—Iba a llamar al inspector Ryan —dije—. Se lo plantearé.

Aunque mi madre y yo habíamos visitado la propiedad, no me sentía cómoda registrando los edificios de Geoffrey Thornton. Eso era tarea de la policía.

—Por favor, comunícale lo que pensamos —me rogó Iona—. Lo haría yo, pero… —Le temblaron los labios—. No sé ni lo que me hago.

—No digas eso —le pidió mi madre con tono firme—. Lo que pasa es que tienes muchas cosas en la cabeza.

Iona buscó un pañuelo y se secó los ojos.

—Sabía lo de la corona.

Aquella bomba nos dejó mudas durante un instante.

—¿Te refieres a que la tenía Nate? —preguntó mi madre con suavidad.

Iona agachó la cabeza y asintió.

—La trajo a casa unos días antes de que muriera. No me dijo dónde la había encontrado, solo que quería «salvarla». Al principio pensé que formaba parte de un disfraz y le pregunté qué se traía entre manos, que para qué quería una corona de mentira. En la mansión, Geoffrey tenía arcones llenos de disfraces a disposición de los invitados. Luego comprendí que era auténtica.

—¿Salvarla de qué? —preguntó Daisy con delicadeza.

—No lo sé —contestó Iona—. Le dije que la devolviera y se la llevó. No volví a verla y, días después, Nate murió.

Una pérdida tan repentina y devastadora, supuse, que no tuvo ni las ganas ni la energía de averiguar dónde estaba la corona o de dónde la había sacado Nate. O tal vez prefirió hacer un poco como un avestruz y esconder la cabeza por miedo a abrir la caja de Pandora.

Sir Jon había mencionado que Robin estaba ayudando a la Interpol en un caso relacionado con el mercado negro de antigüedades. ¿Nate se la había robado a un ladrón, o a Robin, y uno de ellos lo había matado? Robin también había muerto, posiblemente mientras buscaba la corona desaparecida. Solo era una teoría, pero todo parecía encajar.

—Tienes que contárselo al juez de instrucción —dijo mi madre.

Entendí cuál era su intención. El juez decidiría quién era el dueño legítimo, y si Nate la había robado, entonces Iona no podría recibir una compensación. En cualquier caso, comprendía la tentación a la que se enfrentaba Iona. Si no decía nada, se daría por sentado que Nate la había encontrado en su propiedad. Salvo que alguien presentara una reclamación, como Geoffrey Thornton. Aunque eso plantearía la pregunta de por qué, si procedía de su propiedad, Geoffrey nunca había informado del robo o notificado a nadie el descubrimiento. Al juez de instrucción tampoco le gustaría eso.

—Supongo que esperaba que quedara olvidado. —Iona rio con pesadumbre—. Pero eso ahora ya es imposible, ¿verdad? Y mentí a las autoridades… —Bebió otro trago de *gin-tonic* y agitó el vaso. Los cubitos tintinearon. Estaba vacío.

—Lo bueno es que nunca hiciste nada con la corona y eso habla en tu favor —apuntó mi madre—. Ha estado en el tejado todo este tiempo. Creo que, si les cuentas lo que nos has dicho a nosotras, lo entenderán.

—¿De verdad? —Iona se mordió el labio inferior—. Es que no sé si arriesgarme.

Las altas lilas que recorrían la parte trasera del cenador susurraron y oímos el chasquido de una rama. Me dejé caer de la barandilla con un respingo y planté los pies en el suelo, separados.

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sé. —Daisy tenía los ojos muy abiertos—. No ha podido ser una ardilla, era algo más grande.

La rabia se apoderó de mí dejando atrás mi susto inicial. Alguien nos espiaba. ¿Cómo se atrevían? Sin detenerme a pensar, me lancé escalones abajo y rodeé la pequeña construcción. Las lilas susurraron de nuevo y una figura oscura salió repentinamente de entre ellas y echó a correr a toda velocidad hacia el bosque.

# CAPÍTULO CATORCE

—¡Eh! —grité—. ¡Para!

Salí disparada tras aquella persona, oyendo cómo las zapatillas deportivas golpeaban contra la hierba. Por descontado, lejos de hacerme caso, la otra persona aceleró y desapareció entre los árboles. Yo también avivé el paso.

—Molly, vuelve —me llamó mi madre.

En lugar de escucharla, me adentré en el bosque y miré a mi alrededor para asegurarme de que no me había salido del camino. Apenas se veía nada allí dentro y no tardé en estar a punto de irme al suelo al tropezar con una raíz que sobresalía. Quien quisiera que fuese, era evidente que conocía el terreno mejor que yo, porque ya lo había perdido de vista.

Salvo que estuviera al acecho, esperando a que pasara por su lado y… Uf. Di media vuelta y regresé a la casa de inmediato. Era imposible que le diera alcance y lo único que iba a conseguir era ponerme en peligro sin necesidad. Estaba haciendo grandes progresos con mi instinto de supervivencia.

—Molly tiene una pequeña costumbre un tanto peligrosa —estaba diciendo mi madre cuando llegué al cenador—. Le gusta salir corriendo detrás de los malos.

Se refería a un incidente ocurrido durante nuestro primer caso de asesinato.

—Mamá, ni que fuera un perro —protesté entre jadeos—.

«Cógelo, Molly, cógelo».

Empecé a reír mientras me inclinaba hacia delante y apoyaba las manos en las rodillas para recuperar el aliento.

Daisy lanzó una carcajada.

—Acabo de imaginarte arrastrando a un malo de vuelta a casa —dijo—. Entre los dientes.

Mi madre y Iona también rieron.

—Ya, ya, a veces soy demasiado impulsiva —reconocí mientras subía los peldaños y me encaramaba de nuevo a la barandilla—. Me ha sacado de mis casillas que hubiera alguien espiándonos. Hay que ser idiota.

—Tienes una hija increíble —dijo Iona, dirigiéndose a mi madre —. Muy valiente.

—Estamos de acuerdo —contestó mi madre—, aunque asuma riesgos del todo innecesarios.

Resté importancia a su comentario con un gesto de la mano.

—Vale, vale, ya lo pillo. No volveré a salir corriendo detrás de más merodeadores.

Hasta la próxima, que esperaba fervientemente que fuera nunca.

—Me alegra tenerte en mi equipo, Molly —dijo Iona—. A todas. Ahora mismo sois mi sostén.

Me dio mucha lástima, pero debía confesar que, si no fuera por su hija desaparecida, pensaría que Iona estaba metida hasta el cuello. El asesinato había ocurrido allí mismo, en su casa, y ella había mentido acerca de la corona. ¿Estaría guardándose más información valiosa?

Mi madre le pasó un brazo sobre los hombros y le dio un apretón.

—Todo saldrá bien, ya lo verás.

—Eso espero, Nina. —Lanzó un suspiro y se puso en pie—. No quiero entreteneros más. Me aseguraré de cerrar bien después de este pequeño susto, aunque creo que has espantado a quien fuera. Me llama la cama.

—A mí también —dije. Aunque era reacia a dejar a Iona sola,

tampoco sabía qué más podíamos hacer por ella—. Mañana es la Feria de la Fresa y tengo que madrugar.

Más de lo que me gustaría, de hecho. Ahora que el evento estaba a la vuelta de la esquina, me arrepentía de haberme comprometido a ir.

En Hazelhurst estaban sucediendo muchas cosas y aún debía comprarme un vestido. En fin, tendría que apañármelas como pudiera.

Una vez en casa, pusimos al día a tía Violet antes de subir a mi habitación con Puck pisándome los talones. Hacía bochorno en mi dormitorio, así que abrí la ventana de barrotillos romboidales para dejar entrar la suave brisa nocturna. A pesar de encontrarnos en el centro de la ciudad, Magpie Lane era una calle silenciosa, sobre todo a esas horas de la noche, en que únicamente se oían las voces alegres de la gente que salía del *pub*. Después de ponerme el camisón, me acomodé en la cama junto a Puck, con el móvil y el ejemplar de *Las niñas Strawberry*.

Primero es la obligación y luego la devoción. Mirando el libro con anhelo, llamé a la comisaría. Seguramente era demasiado tarde para encontrar al inspector Ryan, así que me preparé para dejar un mensaje. Para mi sorpresa, contestó él mismo.

—Ryan, diga —respondió con voz áspera y ronca por el cansancio.

—¿Inspector Ryan? Soy Molly Kimball. De la librería.

Se le escapó una risita.

—Ya sé quién eres.

¿Por mi madre o porque siempre acababa entrometiéndome en sus casos? Por las dos cosas, sin duda.

De pronto, no supe por dónde empezar.

—Esto… No esperaba encontrarlo a estas horas.

Oí un rumor de papeles.

—¿Qué se le va a hacer? Últimamente se me acumula el trabajo.

—Me lo imagino. El asesinato de Robin y la desaparición de Poppy no son tonterías, ¿verdad? —En lugar de seguir poniendo a prueba su paciencia, me lancé—. He oído que han encontrado el coche de Poppy. Yo diría que no ha sido ella quien lo ha dejado allí, ¿verdad?

—Molly, no puedo…

—Lo sé, era una pregunta retórica. El caso es que se me ha ocurrido que quizá estuviera aparcado en otro lugar y que lo han llevado a la estación. No estaría mal echar un vistazo en Thornton Hall.

—¿Por qué? ¿Sabes algo? —me gritó prácticamente.

—Eeeh, no. Nada en concreto. Pero sería lo normal, teniendo en cuenta que fue el sitio donde la vieron por última vez. Puede que haya graneros, establos o cobertizos antiguos, perfectos para esconder un vehículo. —Bebí un trago de agua para humedecerme la garganta—. Antes de que me cuelgue, hay otra cosa. Mi tía, Janice Marlowe. —Aunque no le tenía un gran aprecio, no me gustaba la idea de «chivarme». Traté de buscar una solución intermedia—. Quizá le conviniera hablar con ella. Salía con Robin, ¿sabe?, y basándome en lo que me dijo el otro día, creo que podría tener información valiosa.

Ya estaba. Si aun así tía Janice se resistía a contarles nada, sería problema suyo.

—Gracias, Molly. —Percibí en su voz una nota más cálida, como si agradeciera mis esfuerzos por ayudar—. Como sabes, no podré ponerte al corriente de los avances que hagamos en relación con lo que acabas de contarme. Sin embargo, sí puedo decirte algo. —Hizo una pausa, seguramente para torturarme—. Tu tío ha quedado libre de sospecha en relación con la muerte de Robin. Tenemos un recibo de una gasolinera, y además el dueño ha confirmado su coartada.

Me invadió una oleada de alivio que se transformó en euforia.

—Eso es magnífico —conseguí decir al fin—. Muchísimas gracias por hacérmelo saber.

—No ocurre muy a menudo que pueda dar buenas noticias —dijo

con voz satisfecha—. ¿Algo más?

—Bueno, esta noche había alguien merodeando por Strawberry Cottage. Salió corriendo y no pudimos ver de quién se trataba.

El inspector Ryan gruñó.

—Enviaré a alguien para que eche un vistazo.

—Gracias otra vez, inspector.

En cuanto colgó, me levanté de la cama, ganándome una mirada molesta de Puck, tumbado entre las sábanas.

—Mamá, tía Violet —las llamé cuando salí corriendo de mi habitación—. Tengo muy buenas noticias.

Las niñas Strawberry (continuación)

Las niñas se sacudieron cuando Zarzamora se detuvo en seco. Había un zorro sentado justo en mitad del camino, lamiéndose las patas mientras recordaba el delicioso huevo que había robado.

Poppy agitó las riendas salpicadas de cascabeles para que el poni continuara adelante.

—Vamos —lo animó—. Arre.

El zorro levantó el hocico y enroscó la cola alrededor de las patas.

—Estaba esperándoos —dijo.

—¿Habla? —se asombró Rose, aunque enseguida se preguntó de qué se sorprendía. Habían visto mariposas que se convertían en hadas y duendecillos deambulando por el Bosque de los Jacintos. En comparación, un zorro que hablaba no era nada del otro mundo.

—Sí, hablo —confirmó el zorro—. Me llamo Ethelwulfo.

—¿Ethelwulfo? —repitió Poppy—. Pero si eres un zorro.

—¿Qué se le va a hacer? —contestó este—. Mi madre tenía depositadas grandes esperanzas en mí. —Se levantó mientras se estiraba—. ¿Qué hacéis tan tarde fuera de casa? A esta hora salen los animalillos nocturnos. ¿No deberíais estar en la cama?

—Por supuesto que sí —reconoció Poppy—, pero estamos buscando a la princesa Audrey. No podemos volver hasta que la encontremos.

—Así que la princesa Audrey, ¿eh?… —Volvió sus ojos dorados hacia Zarzamora de inmediato—. Me había parecido su poni.

Poppy le dio unas palmaditas en la testuz.

—Y lo es. Se llama Zarzamora.

—¿Has visto a la princesa Audrey? —le preguntó Rose.

El zorro olisqueó el aire.

—Hoy no. ¿Dónde la habéis buscado? —Le contaron dónde habían estado y los caminos que habían recorrido—. ¿Habéis probado en los pantanos? Puede que la haya visto el ermitaño.

—Mamá nos tiene prohibido ir allí —repuso Poppy—. No es seguro.

Ethelwulfo resopló.

—Es la mar de seguro si sabes dónde pisar. Venid, os acompaño.

Empezó a trotar camino adelante y, al cabo de un momento, Poppy animó a Zarzamora a seguirlo. La luna creciente se había elevado en el firmamento y coqueteaba con ellas entre los árboles oscuros. Por todas partes revoloteaban mariposillas nocturnas y las luciérnagas parpadeaban en las ramas. Rose se preguntó si no serían hadas también. Una lechuza ululó y luego se lanzó en picado, con las alas extendidas.

—Nunca había estado fuera de casa tan tarde —le susurró Rose a Poppy—. Hasta ahora, me gusta.

Se sentía cómoda y segura a lomos de aquel poni que desprendía calorcito, acurrucada contra su hermana mayor.

—A mí también —contestó Poppy—. No da nada de miedo.

El zorro se detuvo y esperó.

—Por aquí, pandilla. Sobre todo, pisad donde pise yo.

En cuanto estuvieron cerca, se volvió y se coló por entre un bosquecillo de sauces.

Tuvieron que insistir un poco, pero al final Zarzamora se aventuró entre los densos arbustos. El zorro los esperaba al otro lado.

—Creía que os había perdido —dijo—. Atención, que ahora la cosa se pone blandengue.

Poppy y Rose enseguida comprendieron de qué hablaba. Los cascos del poni se hundían en el barro cada vez que se salía del estrecho sendero. A la pálida luz de la luna, un mar infinito de juncos se extendía ante ellos, interrumpido ocasionalmente por árboles esmirriados y retorcidos. Los pantanos.

Los insectos zumbaban. Había cosas que se zambullían entre las cañas. Las ranas croaban. Los cascos de Zarzamora chapoteaban a cada paso lento y concienzudo.

Tenían la sensación de que su hogar estaba muy muy lejos.

—¿Sabes adónde vas? —preguntó Poppy al zorro con voz temblorosa.

—Claro —contestó este—. No os rezaguéis, ¿de acuerdo?

Y así continuaron, envueltos en aquella oscuridad y soledad del pantano que ralentizaba el tiempo. Paso, despachurre. Croar. Chapoteo.

Así que Poppy hizo lo que hacía siempre que se sentía sola y tenía miedo.

Se puso a silbar la canción favorita de su padre y comenzó a recorrer la escala musical con suma maestría, produciendo notas alegres y precisas.

El zorro dio media vuelta y se acercó a ellas.

—¿Qué haces?

Antes de que Poppy pudiera preguntarse por qué le molestaba que silbara, unas lucecitas empezaron a brillar en el pantano. Cabeceaban, ascendían y descendían como si avanzaran por un terreno desigual. Las luces misteriosas estaban cada vez más cerca, hermosas, pero, en cierto modo, amenazadoras.

—¿Qué son? —preguntó Rose.

El silbido de Poppy se apagó lentamente cuando el zorro contestó con brusquedad:

—Fuegos fatuos. La canción los ha llamado y ahora os conducirán a vuestra muerte, en el fondo del pantano.

—¡¿Vamos a morir en el pantano?! —exclamó Rose—. Haz que Zarzamora dé la vuelta y salgamos de aquí.

—No corráis —les advirtió Ethelwulfo mientras se tendía en el suelo—. Os perseguirán. Tenéis que tumbaros y contener la respiración.

Las luces seguían balanceándose, cada vez más cerca, acompañadas de un viento que susurraba entre los juncos y que parecía decir: «Se acerca el peligro».

Poppy miró fijamente el camino embarrado.

—No quiero tumbarme en el barro. ¿Estás seguro de que no hay otra manera?

—Sí —contestó el zorro con voz apagada—. Si tenemos suerte, pasarán sobre nosotros.

—¿Y Zarzamora? —preguntó Poppy.

—También. Ahora, silencio y bajad.

—Hay que darse prisa —dijo Rose—. Vámonos al galope.

—No, Zarzamora podría hacerse daño. —Poppy miró los pantanos y las luces que se acercaban—. ¿Qué dice papá que hagamos cuando nos encontremos con un problema, Rose?

—Que… Que nos enfrentemos a él. Pero son fuegos fatuos, Poppy.

—Lo sé.

Poppy descolgó la corona del pomo y se la colocó en la cabeza. Se dejó resbalar por el costado de Zarzamora y cayó de pie con un chapoteo blando y húmedo que habría hecho reír a Rose si no estuviera tan asustada.

Separó los pies y se cruzó de brazos con decisión. Rose ya había visto antes esa mirada temible y, aunque no le gustaba cuando iba dirigida a ella, en ese momento la agradeció.

—Venga, iros de aquí —le gruñó Poppy a las luces.

Rose se echó a reír cuando estas se detuvieron, vacilaron y luego se alejaron en dirección contraria, chocando unas con otras en su huida.

—Lo has conseguido, Poppy. Las has espantado.

El zorro alzó la cabeza.

—¿No pasa nada? ¿De verdad?

—Sí, zorro miedica —contestó Poppy—. Levanta y llévanos con el ermitaño.

Por fortuna, no volvieron a toparse con las luces durante el resto del camino a través de la ciénaga. Todos lanzaron un suspiro de alivio, sobre todo Zarzamora, cuando volvieron a pisar tierra firme.

—¿Teníamos que cruzar los pantanos para llegar aquí, Ethelwulfo? —preguntó Rose.

El zorro se encogió de hombros.

—Es un atajo. Aunque no volveré a usarlo.

—Ojalá lo hubieras pensado antes —lo regañó Poppy con voz y actitud de persona mayor.

—Lo mismo digo.

El trote de Ethelwulfo se hizo más ligero y Rose tuvo la sensación de que el zorro quería que el viaje se acabara cuanto antes. Igual que ella.

Entraron en un bosquecillo de robles centenarios cuyas copas, densas y frondosas, tapaban el cielo. El aire tenía un dulce olor a musgo, y un pequeño arroyo corría cerca. Entre los árboles, vieron el resplandor de un fuego crepitante y Zarzamora empezó a avanzar más rápido, impaciente por llegar a la civilización, pensó Rose.

El zorro, el poni y las hermanas salieron a un claro y se detuvieron en seco para asimilar una escena muy extraña. Un hombre muy alto y encorvado sacaba brillo a una larga espada de plata con un trapo, sentado en un tronco. A su lado, había una montaña de tesoros: urnas, copas, escudos y cascos. Detrás de él se veía la boca de una cueva excavada en la ladera.

—¡¿Quién anda ahí?! —preguntó a voz en grito, reposando la espada en las rodillas—. Acercaos al fuego para que pueda veros.

—Mejor nos quedamos aquí —contestó Poppy con voz temblorosa—. Es que tiene una espada y esas cosas.

El hombre se echó a reír, empuñó la espada y la blandió en el aire. Comprobó el filo con los dedos.

—Sí, está muy afilada, pero soy un hombre pacífico, ¿verdad, zorro?

Ethelwulfo se había acercado poco a poco al fuego y estaba calentándose las patas.

—Sí que lo eres, ermitaño.

El hombre rio y empezó a pulir la espada de nuevo.

—¿Qué quieres, zorro? Es un poco tarde para hacer una visita.

—Estamos buscando a la princesa Audrey —dijo Rose—. ¿La ha visto?

—Pues no —contestó el ermitaño, que se volvió para mirar a un topo que asomaba poco a poco por la cueva empujando una moneda de oro con las patas.

—He encontrado el cofre —anunció el topo con voz chillona y un tic en el hocico.

El ermitaño se hizo con la moneda y la examinó a la luz del fuego antes de morderla.

—Ah, oro puro. —La lanzó al aire y la atrapó, admirando cuánto brillaba con aire satisfecho—. Tesoros escondidos en la oscuridad.

—Se me da bien desenterrar cosas —dijo Ethelwulfo—, si necesitáis ayuda.

El topo entrecerró los ojillos y examinó las patas del zorro con atención.

—No me vendrías mal. Ven.

Dio media vuelta y empezó a caminar lentamente hacia la cueva seguido por el animado zorro.

—¡Espera! —gritó Poppy—. Hay que encontrar a la princesa.

—He hecho cuanto he podido —contestó el zorro—. Tendréis que apañároslas vosotras solas.

# CAPÍTULO QUINCE

El Midsummer Common era un hervidero de actividad cuando llegué en mi bici a la mañana siguiente. Los vendedores organizaban sus puestos, un grupo de música se preparaba en uno de los escenarios y varios vehículos aparcaban para descargar. Había leído que había cerca de un centenar de actos programados.

Tim me había enviado la localización del puesto, por lo que no me costó encontrarlo. Vi cómo estaba disponiendo los productos de la tienda, protegido por un toldo.

—Buenos días, Molly. Bonito paseo, ¿verdad?

—No ha estado mal —dije, desmontando—. Hace un día precioso.

Dejé la bici junto a mi lado de la mesa y me quité el casco. Coloqué el avituallamiento —un café para llevar, botellas de agua y una bolsa de *scones* calientes— en la hierba, pegado a lo que supuse que sería mi silla.

—Tus cajas están debajo del mostrador —dijo Tim mientras colgaba cascos en un soporte con forma de árbol.

Abrí la tela para echar un vistazo y comprobé que estaban cuidadosamente alineadas. También vi los carteles y nuestros soportes, encima de todo.

—Gracias otra vez por traer nuestras cosas.

—De nada —dijo—. ¿Eso que huelo son *scones*?

Miró con toda la intención la bolsa de papel.

—Buen olfato. Comprados esta misma mañana en el Tea & Crumpets.

Cogí la bolsa, la abrí y se la tendí.

Tim escogió uno de fresa y le dio un mordisco con los ojos entornados de placer.

—Daisy es una gran repostera, ¿verdad?

—La mejor. —Le sonreí—. Qué suerte que sea tu novia.

—Y que lo digas. Y por muchos más motivos. —Se ventiló el *scone* en un santiamén—. Gracias. Ahora será mejor que vuelva al trabajo.

Me moría por tomarme el café, pero empecé a abrir las cajas de los libros y pospuse la recompensa hasta haber acabado. La nueva edición de *Las niñas Strawberry* era preciosa, la cubierta estaba impresa en un papel satinado de gran calidad, y las páginas interiores eran gruesas, capaces de aguantar los dedos impacientes de los más pequeños.

Después de poner varios libros de pie, dispuse unos cuantos más en abanico y dejé uno al frente de todos con una nota que decía: «Mírame». Quería evitar que los demás acabaran sucios o arrugados. A continuación, coloqué un par de carteles en los soportes, con los que delimité mi exposición. Dejé un montoncito de marcapáginas de la librería y, para terminar, colgué una pancarta de Thomas Marlowe en la parte trasera del puesto. La de la tienda de bicis recorría el frente de la mesa y, además, Tim también había anclado una bicicleta en los soportes del techo.

Listo. Había terminado. Me senté de golpe en la silla y eché mano a mi café para llevar y a la bolsa de *scones*. Esperaba vender algunos libros y conseguir nuevos clientes para la librería.

—Si quieres ir a echar un vistazo, adelante —dijo Tim—. No abriremos hasta dentro de media hora.

Engullí mi último *scone*.

—Pues puede que sí. Me gustaría ver qué exponen los demás vendedores.

Me llevé el móvil para sacar fotos y empecé a pasear por la hilera de puestos, en los que me detuve a admirar objetos de cerámica, cuadros y joyas artesanales.

Un puesto decorado con flores y enredaderas naturales llamó mi atención. En la pancarta se leía Titania's Bower. La tienda de Miranda. Quería hablar con ella desde que había establecido la relación entre los personajes de *Las niñas Strawberry* y los amigos de Nate, y aquella era la oportunidad perfecta, porque no necesitaba excusas para estar allí.

Conforme me acercaba, un hombre salió por la abertura con disimulo y se alejó a grandes zancadas. Estatura mediana, extremadamente musculoso, la cabeza rapada y un pendiente. Un tipo duro.

Miranda se asomó y echó un vistazo a toda la actividad que se desarrollaba alrededor hasta que reparó en mí y me saludó con la mano.

—Molly. ¿Cómo estás? —Su voz clara se abrió paso entre el barullo.

—Bien. ¿Qué tal tú?

A medida que me aproximaba, vi que iba a conjunto con su puesto: vestido blanco y suelto, flores en la larga melena, anillos y pulseras que le cubrían las manos y los brazos, y pendientes largos. También llevaba unas sandalias con cintas que se anudaban a la pantorrilla. La reina de las hadas en persona.

—Parece que va a ser un día ajetreado —dijo—. Si el tiempo acompaña.

Miramos al cielo, donde empezaban a deslizarse unos jirones de nubes.

—Eso espero —contesté—. Yo tengo libros y sería una faena que se mojaran. —En respuesta a su mirada inquisitiva, aclaré—: He traído la nueva edición de *Las niñas Strawberry*.

—Ah, no sabía que Thomas Marlowe vendiera libros nuevos.

Entró en la tienda y la seguí, con curiosidad por ver cómo lo había dispuesto todo.

—A veces, sí —contesté—. Los que tienen un trasfondo local o reediciones de clásicos. Este cumple ambas condiciones.

Los productos que tenía delante me recordaron las tiendas *new age* que había visto en Vermont. Es decir: profusión de incienso, baratijas, libros, pósteres con citas inspiradoras, remedios a base de hierbas y bisutería. La temática parecía una combinación de flores y magia.

—¿Una poción de amor, Molly?

Con una sonrisita maliciosa, Miranda me enseñó un frasquito precioso, adornado con un lazo y flores secas alrededor del cuello.

—No lo necesito, gracias —contesté, decidida a no permitir que me afectaran sus indirectas—. Aunque es precioso.

Creyera o no en su efectividad, la gente lo compraría solo por lo bonito que era.

Enarcó las cejas.

—¿Seguro? —Cogió una bolsita de tela y la sacudió—. También tengo estos saquitos. Se ponen debajo de la almohada y duermes como un bebé.

Empecé a desear no haber entrado en su puesto. ¿Iba a incordiarme hasta que comprara algo? Rechiné los dientes, contrariada.

—Puede que luego. Solo estoy echando un vistazo a los tenderetes.

Reparé en un plato de piedras antiestrés. ¿La que habíamos encontrado en el piso de Ben y Poppy procedería de la tienda de Miranda?

Dejó el saquito y ordenó las bolsas.

—¿Y qué me dices de una lectura? Gratis —se apresuró a añadir —. Así voy calentando para el día.

—¿Una lectura? —pregunté, mirándome la mano—. ¿De mi palma?

Mi reacción inmediata fue decir que no. No solía visitar adivinos ni médiums. Además, ya había conocido a mi extraño, alto y moreno de turno y éramos muy felices, gracias.

—No, de los posos del té. Además, así charlamos un rato. —Me agarró por el brazo y me llevó hacia la parte trasera, donde había una mesita con un mantel y dos sillas—. Siéntate.

Preguntándome dónde me había metido, obedecí y enseguida le envié un mensaje a Tim para que supiera dónde estaba.

«¿Haciendo la ganzúa?», me contestó, seguido de un pulgar hacia arriba.

Entorné los ojos ante su comentario, sin pillarlo. Ah. Se refería a si pretendía sonsacarle información. Le envié una carita sonriente. Sí, por eso estaba allí, para ver si podía sacarle algo. De lo contrario, me mantendría alejada de una persona tan tóxica como ella, por interesante que pareciera.

Miranda encendió el hervidor eléctrico antes de traer una cesta con té en bolsitas individuales de celofán.

—Elige. Cultivo y seco las flores yo misma.

Lavanda, caléndula, escaramujo, madreselva.

—Madreselva está bien —decidí, pesando en las flores que arrancaba y masticaba de pequeña.

—Es uno de los mejores —aseguró Miranda.

El agua debía de estar caliente, porque hirvió enseguida. Preparó con destreza dos tés y los llevó a la mesa. Después de removerlo siguiendo un ritual, tres veces en cada dirección, me pasó mi taza y mi plato.

La porcelana estaba decorada con fresas.

—Fresas silvestres de Wedgwood —dijo cuando me vio estudiando el dibujo—. Pensé que era apropiado para hoy.

—Lo es. —Cogí la taza y vi unas hojas de té en el fondo. Uf. Odiaba los trocitos de las hojas de té en la boca.

—No puedo leerlas si no hay —se explicó, sentándose delante de mí—, así que ten cuidado cuando bebas.

No había de qué preocuparse. Bebí un sorbo y paladeé el dulce líquido unos instantes. No estaba mal.

—Estoy releyendo *Las niñas Strawberry*, y la verdad es que se disfruta mucho más cuando conoces los lugares que inspiraron la

historia.

Por no mencionar las anotaciones de Nathaniel, como esa «M.» junto al personaje de la reina de las hadas.

—Imagino que sí.

Apoyó la barbilla en la mano sin apartar sus grandes ojos de mi cara. ¿Su intento de fusionar nuestras mentes formaba parte de la lectura de los posos? Porque era lo que parecía.

Incómoda, me removí en mi asiento, una de esas sillas metálicas con el asiento poco acolchado.

—¿Lo has leído?

—Conozco la historia. Vivía aquí cuando Nate trabajaba en ella. —Se irguió y agitó la mano en actitud desdeñosa—. Me sorprendió mucho que Iona siguiera adelante con la publicación. La idea no era suya.

—¿Estás segura? —pregunté—. Si Nate comentaba el cuento contigo, seguramente también hablarían de la historia entre ellos.

Torció el gesto con cara avinagrada.

—Supongo. Lo único que sé es que yo le servía de inspiración.

Esa sonrisilla maliciosa de nuevo.

¿Qué pretendía decir? Ni se me pasó por la cabeza que Nate hubiera engañado a Iona con aquella mujer tan egocéntrica. Era probable que ella se viera a sí misma como una mujer fatal; era el tipo de persona que creía que todos los hombres estaban enamorados de ella.

—¿Cómo era Nate? —pregunté con curiosidad por conocer la opinión de alguien que había coincidido con él, aunque no pudiera fiarme del todo de lo que me contara.

Lo pensó un momento.

—Brillante. Guapísimo. —Frunció los labios—. Excéntrico, sin duda. Antes de que Nate muriera, Iona me dijo que estaba preocupada porque trabajaba demasiado. No dormía y se pasaba la vida entera encerrado en su despacho. O paseando por el campo, visitando lugares que aparecían en las leyendas locales. Solía obsesionarse con lo que tuviera entre manos en ese momento.

Mi padre también era profesor universitario de historia, y yo había sido testigo de su ensimismamiento y concentración cuando estaba en medio de una investigación; un comportamiento que quizá parezca extraño a quien nunca se haya sentido absorbido por un proyecto. Yo lo entendía a la perfección.

—¿Crees que por eso subió a la torre? —pregunté—. ¿Persiguiendo una idea?

Miranda volvió a fruncir los labios, pensativa.

—Tal vez. Había bebido un poco en la fiesta. No es que yo llevara la cuenta, entiéndeme. —Se estremeció—. Subir a la torre de noche era peligroso, y una imprudencia. Además, solo. Ya le había dicho a Geoffrey varias veces que tendría que proteger las almenas. Con una valla metálica o algo. Son muy bajas.

—Ahora ya no se puede subir —señalé—. Está cerrada con tablones. —Al ver que entornaba la mirada, añadí—: Mi madre y yo fuimos a verla el otro día.

—¿Aún están los tablones? Hace años que no me acerco por allí.

Asentí.

—Los rosales están tan crecidos que apenas se puede pasar. Me recordó a *La Bella Durmiente*.

—Los rosales, es verdad —dijo Miranda—. El bisabuelo de Geoffrey era un hombre extravagante. Toda la propiedad parece sacada de un cuento de hadas.

—No me extraña que inspirara a Nate —observé—. También me he percatado de que parece que los personajes se basan en sus amistades. Como la Bruja Buena, por ejemplo.

Miranda retrocedió con brusquedad, sonrojándose.

—Esa no soy yo.

«¿Con qué no te identificas? —Me habría gustado preguntar—. ¿Con lo de bruja o lo de buena?». Era probable que se sintiera ofendida porque la Bruja Buena era una anciana rodeada de gatos. No exactamente una mujer fatal.

En lugar de calmar su ego, preferí que sufriera y me concentré en mi té.

—Está buenísimo —dije—. Me llevaré unas bolsitas.

Se animó.

—También tengo bolsas más grandes. Te irán mejor.

—¿Sabes si alguno de los demás personajes está basado en una persona real? —me atreví a preguntar ahora que Miranda volvía a estar de mejor humor—. Además de Rose y Poppy.

Prácticamente, la vi cómo debatía consigo misma mientras decidía qué contarme.

—Hummm… Déjame pensar. —Separó los labios—. Ah, el zorro. Ese era Robin. Siempre tratando de conducirnos por el mal camino. Empezamos a llamarlo el cabecilla.

Se puso melancólica.

—Debes de echarlo de menos.

Por lo que había visto en las redes sociales, Robin parecía una persona divertida, aunque pudiera estar implicada en robos de antigüedades.

Miranda se encogió de hombros y suspiró, como si tratara de alejar pensamientos tristes.

—¿Cómo vas con ese té?

Eché un vistazo al interior de la taza, donde una fina capa de líquido cubría las temidas hojas.

—Ya casi he terminado.

—Déjame ver. —Se levantó y miró mi taza—. Estamos listas. Levanta la taza. —Cuando lo hice, deslizó una servilleta en mi plato —. Ahora déjala y, con la mano izquierda, gírala tres veces en el sentido contrario a las agujas del reloj mientras piensas en una pregunta.

¿Cuál? Tenía muchísimas. ¿Quién había matado a Robin? ¿Dónde estaba Poppy? ¿Iona era culpable de robo? ¿Kieran y yo duraríamos? De hecho, la última no estaba dispuesta a planteármela siquiera, ni en broma.

Además, tampoco creía en esas cosas y, aunque lo hiciera, no escogería a Miranda para que me leyera nada. La sensación de que Miranda tenía intenciones ocultas me perseguía desde hacía días.

—No pasa nada si no sabes qué preguntar —dijo, percatándose de mi indecisión—. Haremos una lectura general. De hecho, a veces son las más interesantes.

—Listo —dije, después de darle vueltas a la taza—. ¿Y ahora qué?

Me pidió que pusiera la servilleta y el plato encima de la taza y que le diera la vuelta a todo el conjunto para que la tela absorbiera el líquido.

A continuación, se hizo con mi taza y observó con atención el dibujo aleatorio que habían formado las hojas de té. Apretó los labios.

—Interesante —musitó. Me lanzó una mirada de soslayo—. ¿Tienes alguna pregunta?

Negué con la cabeza.

—No he sabido por qué decidirme.

—No pasa nada. —Frunció el ceño—. Veo libros. Muchos. Todos cerrados, lo que significa secretos.

Eso encajaba, tanto literal como figuradamente. Podía decirse que los libros contenían secretos hasta que los leías.

Entrecerró los ojos.

—Una mariposa. ¿Una amistad inestable?

He de reconocer que el estómago se me encogió al oír eso, dada que la interpretación obvia era que Kieran podía ser voluble. Por otro lado, aparecían mariposas en *Las niñas Strawberry*, y la muerte de Nate estaba relacionada con un círculo de amigos.

La arruga de la frente de Miranda se profundizó.

—Qué raro. Esto no lo veo muy a menudo. Una bolsa. —Volvió la taza hacia la luz para fijarse mejor—. Está cerrada, lo que significa una trampa.

Dejó la taza en la mesa y me miró a los ojos con una preocupación que parecía sincera.

—Ten cuidado, Molly.

—Justo a tiempo —dijo Tim cuando volví a nuestro puesto—. La feria ha abierto de manera oficial.

—Lo siento —me disculpé, metiendo la bolsa de té de madreselva bajo la mesa—. Me he entretenido en el puesto de Miranda.

Tan pronto como la mujer había acabado la lectura, le había pagado el té y había salido de allí disparada, muy inquieta.

«¿Era lo que Miranda esperaba?». Quizá. Por eso me había resistido al principio. Ella estaba en medio de la muerte de Nate, el asesinato de Robin y a saber qué más. Era probable que quisiera disuadirme de seguir fisgoneando.

Los visitantes de la feria, solos, en pareja o en grupos, se paseaban por el pasillo cubierto de hierba, deteniéndose en los diversos puestos. Una mujer joven que empujaba un carrito, acompañada de una niña de unos tres o cuatro años, se paró delante de nosotros.

—¿Ves ese libro, Charlotte? —le dijo a la niña—. De pequeña, era de mis preferidos. —Sonriéndome, se acercó un poco más para coger el ejemplar de muestra—. Se titula *Las niñas Strawberry* y trata de dos hermanas.

—¿Como CiCi y yo? —preguntó Charlotte con el asombro dibujado en la cara. Levantó una manita abierta—. Oooh, van en poni.

Me encantaba ver a los niños descubriendo libros. *Las niñas Strawberry* cautivaba a una nueva generación.

—Exactamente como CiCi y tú —contestó su madre—. Son valientes, divertidas y muy buenas. —Dejó el ejemplar en la mesa y alargó la mano hacia uno nuevo—. Me lo llevo.

Había hecho mi primera venta en la Feria de la Fresa.

# CAPÍTULO DIECISÉIS

A la mañana siguiente, temprano, descubrí a un antiguo agente secreto sentado a la mesa de la cocina de Thomas Marlowe, arremangado y dando cuenta de unos huevos revueltos con beicon. Así era la vida en Cambridge.

—Sir Jon. No sabía que estaba aquí.

Me desvié hacia la cafetera de goteo que me esperaba en la encimera. El hervidor estaba humeando, así que subí la temperatura antes de añadir café molido en el filtro.

—Se ha pasado por aquí para ponernos al día —me informó tía Violet, que ocupaba su sitio habitual mientras bebía té y miraba a sir Jon con afecto.

—Que coincidiera con la hora del desayuno ha sido casualidad. —Sir Jon me guiñó un ojo antes de limpiarse la boca con una servilleta —. Tengo algo para ti, Molly. —Señaló una revista envuelta en celofán que había en la mesa.

Era un ejemplar de *At Home* y en la portada aparecía una mansión que me resultaba conocida, Thornton Hall, decorada durante Navidad. Era el número de diciembre de hacía casi veinte años.

La agarré con un grito de emoción y le quité la envoltura de plástico.

—Qué guay. ¿Hablan de…?

El hervidor silbó, así que dejé la revista y me di la vuelta para

apartarlo del fuego. Después de llenar el cono con agua caliente, recogí mi regalo y empecé a pasar páginas, buscando con ansia la que me interesaba.

Ah, allí estaba. «Pequeños y acogedores, estos hogares de estilo clásico son claros ejemplos de la armonía navideña». Aparecían varias casas, todas acompañadas de una foto del exterior y una o dos del interior. La del interior de Thornton Hall mostraba la entrada, decorada con un árbol gigantesco y guirnaldas a lo largo del pasamanos de la escalera.

Al pie posaban tres parejas vestidas para la ocasión. «De la mano de su anfitrión, Geoffrey Thornton, un alegre grupo de invitados disfruta de las fiestas en la campiña de Cambridgeshire», se leía junto a la foto. Estudié con atención a las demás personas, de las que no se aportaba el nombre. Iona y Nate, Robin y una mujer que no conocía, Geoffrey, por supuesto, y Miranda, que llevaba un vestido suelto de terciopelo y una diadema de oro en la cabeza. Una diadema incrustada de piedras preciosas.

—Es la corona —dije, poniéndole la revista debajo de la nariz a sir Jon—. O una imitación buenísima.

Me miró con una ceja enarcada.

—Estoy seguro de que imaginarás la posible respuesta de Miranda Blake cuando le preguntemos.

—Por supuesto, dirá que es falsa. —Sin soltar la revista, volví junto al café, retiré el cono y me serví una taza. Le añadí un poquito de leche—. Creo que la encontraron en la propiedad y que decidieron quedársela. O venderla.

—Es lo mismo que pienso yo —dijo sir Jon—. Pero no podemos demostrarlo. —Había acabado de comer y estaba sentado con su taza entre las manos—. Lo primordial para las autoridades es demostrar quién es el dueño legítimo, y dudo mucho que aparezca nadie con información sobre su procedencia. Al menos no sin autoinculparse por tenerla escondida todo este tiempo, Iona podría librarse diciendo que Nate debió de encontrarla en su propiedad. Aunque, por otro lado, teniendo en cuenta que este tipo de objetos

suelen hallarse en túmulos, y no hay ninguno cerca de Strawberry Cottage, puede que le cueste bastante convencerlos.

Se me formó un nudo en la garganta al pensar en la confesión de Iona. Ella sabía lo de la corona desde el principio. Noté los ojos de tía Violet clavados en mí. No teníamos secretos la una para la otra y ya sabía que Iona había confesado estando ebria.

Decidí dar un rodeo y llegar al quid de la cuestión desde otra perspectiva.

—¿La foto no demuestra que Iona, y todos los demás, conocían la existencia de la corona?

Sir Jon negó con la cabeza.

—No si dicen que solo es atrezo. Robin podría habernos ayudado, pero al subir al tejado de la casa, en busca de la corona con toda probabilidad, ha puesto su credibilidad en entredicho.

Comprendí que no sabía apenas nada acerca del pasado de Robin ni de por qué ayudaba a la Interpol.

—¿Robin estaba implicado en el contrabando de antigüedades o solo había descubierto algunas transacciones no muy claras?

—Implicado —afirmó sir Jon—. Hacía años que estaba bajo sospecha, aunque conseguía pasar lo suficientemente desapercibido para que no lo pillaran. Era un viejo zorro escurridizo.

«Un zorro». Ya no cabía ninguna duda de que el zorro de Nate era Robin, el que conducía a la gente por el mal camino y la metía en problemas. ¿Era ese el mensaje?

—Hace unos meses —prosiguió sir Jon—, finalmente, lo pescaron durante una transacción menor y fue entonces cuando se ofreció a colaborar. Dijo que conocía una red importante que operaba entre el Reino Unido y el resto de Europa. Algunos de sus chivatazos dieron resultado y decidieron trabajar con él.

—¿Una red importante? —repetí—. ¿Dónde? ¿Qué vendían?

Sir Jon deslizó un dedo sobre los labios, como si cerrara una cremallera.

—Lo siento, Molly, pero no puedo decir nada más. Aunque Robin ya no está, la investigación sigue abierta. —Torció el gesto—. Están

repasando toda la información que les proporcionó. Creemos que pretendía huir del país con la corona. Hay sitios donde se puede vivir bien durante muchos años con lo que hubiera sacado por ella.

Así que Robin había sido un zorro hasta el final. Se me ocurrió algo.

—Seguramente por eso rompió con tía Janice. Además de porque es insoportable —añadí—. Iba a largarse.

—Molly —me advirtió tía Violet, tratando de contener una sonrisa.

—¿Qué es eso de tu tía? —preguntó sir Jon.

Le conté la versión de tía Janice de lo sucedido la mañana de la muerte de Robin.

—Le hemos recomendado que acuda a la policía, puesto que es probable que fuera la última persona que vio a Robin con vida —dije —. Anoche llamé al inspector Ryan para asegurarme de que lo supiera. —Hice una mueca—. A pesar de lo mal que me llevo con ella, no me gustó delatarla, créame. Pero es que podría saber algo sin darse cuenta siquiera.

Mi madre apareció en la puerta de la cocina, envuelta en una bata y con el pelo revuelto. Se quedó boquiabierta cuando vio a sir Jon.

—No sabía que teníamos compañía.

Retrocedió e intentó peinarse con las manos.

Sir Jon se levantó.

—Por favor, quédate. Estaba a punto de irme. —Empujó la silla debajo de la mesa—. Gracias otra vez por el desayuno. Os mantendré informadas y, por favor, que sea recíproco. —Para nuestra sorpresa y alegría, se desvió y besó a tía Violet en la mejilla —. Nos vemos luego, querida.

Una vez que sir Jon hubo salido por las puertas francesas, mi madre y yo exclamamos complacidas.

—¿Querida? —dije—. ¿Qué ha pasado aquí abajo esta mañana?

Tía Violet se puso roja como un tomate mientras trataba de ocultar su confusión detrás de su taza de té.

—Nada. —Se mordió el labio—. Bueno, puede que alguna cosilla.

Me levanté de un salto y le di un abrazo.

—Me alegro mucho por ti.

Sir Jon y tía Violet eran amigos desde que iban a la universidad, hacía más de cincuenta años. A juzgar por la manera en que la miraba en fotografías antiguas, yo había empezado a sospechar que llevaba todo ese tiempo perdidamente enamorado de ella. La vida los había separado y ahora estaban recuperando el tiempo perdido.

Mi madre arrastró los pies hasta la cocina AGA con un bostezo.

—¿Hago más té, tía Violet? —Encendió el fogón donde estaba el hervidor—. Molly, hoy tenemos que ir de compras.

—Cierto. —El pánico se apoderó de mí. La recepción al aire libre era al día siguiente, por la noche—. ¿Y si no encuentro nada que ponerme?

—No te preocupes —dijo mi madre, vaciando la tetera—. Rebuscaremos en todas las tiendas hasta que encontremos el vestido perfecto.

—Quería ir con Daisy a Bella Mia, en Hazelhurst —dije, pensando en mi amiga—. Hoy abre en horario normal.

Cuando habíamos pasado con el coche el día anterior, el vestido que me gustaba seguía en el escaparate.

—Llámala y pregúntale cuándo le va bien —propuso mi madre. Metió hojas frescas de té en la tetera, lo que me recordó a Miranda.

—¿Os he contado que me leyeron los posos del té en la Feria de la Fresa? —Las dos me miraron—, Miranda Blake.

Las puse al corriente de lo esencial: lo del amigo inconstante y la advertencia sobre una trampa. Pronunciarlo en voz alta me inquietó de nuevo.

—Me dio un poco de grima.

—Quien da grima es Miranda —sentenció tía Violet—. Ha estado saliendo con Geoffrey Thornton de manera intermitente durante años con la esperanza de que cediera y le pidiera matrimonio. Pero Geoffrey guarda la debida distancia con ella, con ella y con las demás mujeres, para proteger su fortuna. ¿Recuerdas lo celosa que

se puso cuando mencionaste la recepción al aire libre? Solo quería sembrar la semilla de la duda en tu mente acerca de Kieran. No soporta que seáis felices.

—¿De verdad? —Pues funcionó, aunque solo fuera un momento. Incluso en esos instantes tuve que hacer un esfuerzo para acallar aquella sensación incordiante de intranquilidad—. También dijo que Nate era un excéntrico. A mí me parece que estaba obsesionado con su trabajo, más o menos como le ocurría a mi padre. ¿Te acuerdas, mamá?

—Ya lo creo. —Vertió agua hirviendo en la tetera—. Se metía en su cueva y solo salía para comer. Si es que salía.

—A mí me pasa lo mismo —aseguré—. Miranda también dijo que el zorro de *Las niñas Strawberry* está basado en Robin. Lo llamó el cabecilla de su pequeño círculo.

—Qué curioso que sir Jon también lo llamara zorro —apuntó tía Violet—. Yo diría que Robin jugaba a dos bandos.

—¿Qué? —preguntó mi madre.

Le resumí la conversación con sir Jon, incluido lo de que las autoridades pensaban que Robin pretendía huir del país después de encontrar la corona.

Mi madre cubrió la tetera y la llevó a la mesa para que el té se asentara.

—Qué astuto, desde luego —comentó con ironía—. Me pregunto si los demás personajes estarán basados en alguien real.

—La señora Dobbins es la Bruja Buena —afirmé—. En el cuaderno, Nate escribió una eme mayúscula junto a la reina de las hadas. Ese personaje está chupado.

Tía Violet jugueteó con la cucharilla.

—Seductora y peligrosa, sí, es Miranda.

—Y creo que el ermitaño podría ser Geoffrey —proseguí—. El ermitaño desentierra objetos; una acusación irrefutable, mirándolo bien. —Mientras batía unos huevos para mi madre y para mí, les conté lo que pensaba sobre la corona y lo que había ocurrido hacía veinte años—. No tengo pruebas, pero después de lo que sir Jon nos

ha revelado sobre Robin, quizá sus amigos y él vendieran antigüedades encontradas en las tierras de Thornton Hall. Tal vez Nate estuviera involucrado y tuviera una crisis de conciencia, o puede que descubriera su actividad delictiva por casualidad y que entonces lo mataran. —Señalé la revista que me había regalado sir Jon—. Que Miranda luzca la corona en una fiesta implica que Iona sabía de su existencia antes de que Nate se la llevara a casa. Así que también podría haber estado al tanto del contrabando.

Mi madre gruñó.

—No me gusta pensar que Iona tenga algo que ver. Somos amigas de toda la vida.

—El dinero cambia a la gente —dijo tía Violet—. Si ese granjero no hubiera desenterrado un objeto antiguo mientras araba el campo, Geoffrey seguramente seguiría vendiendo antigüedades que había encontrado en la propiedad.

Dejé de remover los huevos en la sartén.

—¿Quién dice que lo haya dejado? —Una idea vaga tomó forma en mi cabeza—. Vale, imaginemos que Robin buscaba la corona. Eso no significa que fuera el único que conocía su existencia.

Aunque, si un compinche lo había tirado del tejado, ¿por qué no se había llevado este la corona? Aparté las especulaciones a un lado cuando me di cuenta de que los huevos casi se habían pegado y me puse a removerlos otra vez. Inspirada por la descripción de *Las niñas Strawberry*, quería que quedaran suaves y esponjosos.

Estaba sentándome con mi desayuno, después de haberle servido el suyo a mi madre, cuando recordé que tenía que ir de compras.

—Ay, será mejor que avise a Daisy. —Entre un bocado y otro, le envié un mensaje—. Buenas noticias; hoy la ayuda alguien en la tienda, así que podemos ir esta tarde. Si te parece bien, tía Violet.

No quería que creyera que me daba igual dejarla sola en la librería.

—Me parece perfecto —aseguró—. Ya hacéis muchísimas horas por mí.

No tantas últimamente; las muertes y las desapariciones extrañas se empeñaban en ocupar mi agenda, pero me había propuesto esforzarme al máximo una vez que todo hubiera pasado. Antes de nuestra llegada, y tras el fallecimiento de Tom, su hermano, tía Violet estaba sola y, por si fuera poco, se enfrentaba a graves problemas económicos. Pero con las fuerzas renovadas que aportábamos mi madre y yo, la tienda estaba resurgiendo en cuanto a popularidad y ventas. A pesar de tener más de cuatrocientos años, Thomas Marlowe estaba en la cresta de la ola.

—Ay, qué bien, aún no han vendido el vestido que me gusta. —Antes de entrar en Bella Mia, me había detenido a mirar el escaparate—. Ojalá lo haya de mi talla.

Daisy nos sujetó la puerta a mi madre y a mí para que entráramos.

—Y si no, hay un montón más donde elegir.

—Preferiría no tener que mirar más —repuse. Odiaba ir de compras. Me sonó el teléfono y me paré un momento a leer el mensaje—. Hemos quedado con Rose en la cafetería de aquí a una hora.

Como trabajaba cerca, en la excavación de Thornton, pensé que sería una buena oportunidad para ponernos al día mientras comíamos.

—Todo lo que sirven está buenísimo —aseguró Daisy—. El menú está elaborado con productos de proximidad.

Teniendo en cuenta que ya no me daba tiempo de ponerme a dieta para la fiesta, me apetecía probar un sitio nuevo. Siempre podía recurrir a una faja si el vestido me quedaba demasiado ajustado, ¿no?

El interior de la *boutique* estaba en silencio y sonaba una música suave. Mi madre y Daisy fueron a la zona de vestidos y empezaron a deslizar las perchas por los expositores, sacando algunos para verlos mejor.

—Querría probarme el vestido estampado del escaparate, el de color rojo y lavanda —le dije a la dependienta del mostrador.

Me repasó de arriba abajo con ojo de experta.

—Creo que tenemos tu talla. —Dejó el móvil y me acompañó hasta unos colgadores, donde fui pasando vestidos hasta que encontré un par que creí que me valdrían—. Los probadores están al fondo.

Uno me venía un poco grande, pero el otro me quedaba estupendamente por fortuna. Mirándome en el espejo, intenté imaginar a Kieran cuando me viera. Con los zapatos adecuados, peinada y maquillada, por descontado.

—Enséñanoslo —me pidió Daisy desde el otro lado de la cortina.

Salí a la sala principal, donde había un espejo de tres lados, y posé para ellas.

—¿Qué os parece?

—Es perfecto —opinó mi madre—. Se va a quedar muerto. Y los demás invitados también.

Sentí una punzada repentina de inseguridad.

—¿Y sus padres? ¿Crees que estaré a la altura para lord y *lady* Scott? —pregunté con tono afectado, intentando bromear.

—Les vas a encantar, Molly —dijo mi madre con voz suave—. No puede ser de otra manera.

Ojalá estuviera tan segura como ella.

—Gracias, mamá. Supongo que esta noche lo sabremos. —Giré a ambos lados—. Bueno, Daisy, ¿das el visto bueno?

—Visto bueno —contestó—. Ahora me toca a mí.

Mientras Daisy se probaba y nos enseñaba varios modelos, ayudé a mi madre a encontrar el conjunto perfecto para su cita con el inspector Ryan. Eeeh… con Sean. En serio, sería ridículo dirigirme a la persona con la que salía mi madre como «inspector».

Nos decidimos por unos pantalones capri negros de pata ancha, combinados con una blusa de seda gris sin mangas, un chal de cachemir y unas chinelas.

—Guau, Nina —dijo Daisy cuando se probó el conjunto—. Estás

increíble. Elegante y guapísima.

Mi madre intercambió una sonrisa con la dependienta.

—Voy a llevármela de compras a todas partes.

—Cuando quieras —contestó Daisy—. Me lo he pasado en grande. —Le entregó a la mujer el que había elegido, un vestido de cretona satinada azul claro, con un amplio volante en el bajo y botones que recorrían todo el frente, de arriba abajo—. Volveremos.

El Farmer's Table era un restaurante pequeñito y pintoresco, situado en un edificio de ladrillos color azul claro, cerca de la tienda de Robin. Cuando llegamos, Rose ya estaba sentada en una mesa de la terraza.

—Le he dicho a la camarera que seríamos cuatro. Ya he pedido agua con limón. Espero que os parezca bien.

—Perfecto —dije, sentándome y cogiendo mi vaso para beber un largo trago—. ¿Qué es lo que hay que pedirse?

Cogí el menú que estaba en el soporte en la mesa y vi que también aparecían los platos especiales del día.

—Todo —contestó Rose—. El menú varía a diario, dependiendo de lo que traigan de las granjas. Su pastel de alubias está de miedo.

Lo servían sobre un lecho de ensalada, con queso de cabra y vinagre de Módena por encima.

—Creo que va a ser eso —dije, dejando el menú en la mesa para que mi madre y Daisy pudieran verlo.

Daisy escogió un sándwich de berenjena a la parrilla, y mi madre pidió una ensalada de garbanzos.

De manera tácita, la conversación fue ligera mientras esperábamos a que nos trajeran la comida. Rose nos puso al día sobre cómo iba la excavación y nos mostró fotografías de los últimos objetos encontrados.

—Todavía tengo la esperanza de poder excavar los túmulos —comentó—. Puede que haya enterrado un barco.

Se refería a la magnífica embarcación que habían descubierto en

Sutton Hoo.

—Los túmulos son tumbas —musité, pensando en lo que sir Jon había dicho sobre la corona, que seguramente procedía de una cámara funeraria.

—Correcto. —Rose se echó hacia atrás para que la joven camarera pudiera colocar su plato delante de ella—. Se parecen a las pirámides de Egipto. En cuanto a su función, me refiero. El sueño de Poppy es encontrar uno que no hayan saqueado. Lo que contienen es como una fotografía que refleja la vida en aquellos tiempos.

—Es fascinante —dijo Daisy, sonriéndole con agradecimiento a la camarera, inmutable ante nuestra conversación sobre tumbas—. He oído que los científicos son capaces de determinar la dieta y el estado de salud por los huesos.

A Rose se le iluminó la cara.

—Ya lo creo que sí. Por ejemplo, la princesa Eanswida, que vivió en el siglo VII. Se cree que sus huesos han estado en un relicario de plomo desde cerca del año 800, en una iglesia de Kent.

Pensando en la corona, me pregunté si nuestra princesa habría vivido en la misma época.

—Que aproveche —dijo la camarera—. ¿Quieren algo más?

Contestamos que no y se fue sin perder tiempo.

Salivando, agarré el tenedor y pinché un trozo de pastel de alubias. Madre mía. Estaba tan sabroso como delicioso, con un toque de comino y cilantro.

—La iglesia permitió que un equipo acudiera a analizar los huesos. —Rose hizo una pausa para comer otro bocado antes de seguir—. Descubrieron que se trataba de una mujer muy joven, adolescente o de veintipocos años, con una dentadura bastante buena, lo que significaba que tenía una dieta refinada, y con huesos fuertes, a pesar de un par de posibles lesiones. Creen que murió de la peste bubónica, y que es posible que estuviera emparentada con la reina. También fundó uno de los primeros conventos de Inglaterra.

Imaginé a una joven fuerte y sana, con una fe y una ambición

inquebrantables. A falta de testimonios escritos, la ciencia se encargaba de llenar las lagunas.

—Fascinante —dijo mi madre—. Deberíamos ir a visitar las momias del Museo Británico, Molly.

—Hummm, vale —acepté, aunque no estaba segura de que me apeteciera hacer esa excursión. En cualquier caso, el Museo Británico contenía multitud de piezas interesantísimas, entre ellas una extensa colección de manuscritos únicos.

Un joven que pasaba por la acera me llamó la atención. Cuando reparó en mí y se desvió hacia nosotras, lo reconocí: era Ben, el prometido de Poppy.

—Hola, Ben —lo saludó Rose—. Acerca una silla, si quieres. —Le echó un vistazo a su plato—. Aunque ya estamos a la mitad.

—No vengo por la comida —contestó con brusquedad—. Se trata de tu madre, Rose. La han detenido. Dicen que mató a Robin Jones.

# CAPÍTULO DIECISIETE

El sentimiento de culpa me paralizó. Quizá no tuviera motivos, pero bastó para que se me encogiera el estómago. Aparté el plato; ya no tenía apetito.

Había animado a tía Janice a acudir a la policía y ella debía de haberles contado, como hizo con nosotras, que Iona estaba en casa cuando ella estuvo hablando con Robin. Por consiguiente, probablemente pensaban que Iona se enfrentó a Robin después de que tía Janice se fuera. Quizá tuvieran más pruebas, o algo que consideraran como tal. En cualquier caso, acababan de detener a una mujer a la que apreciaba, la madre de Rose y Poppy, y una autora muy querida. Torcí el gesto al imaginar los titulares.

Mi madre se había quedado pálida.

—¿Han detenido a Iona? —preguntó con voz ahogada—. No puedo creerlo, joder.

—Ni yo —dijo Ben—. Supongo que ahora también la acusarán de matar a su hija.

Daisy demostró ser la más sensata de todos.

—¿Por qué no vamos a otro sitio? Ya pago yo. Hay lugares, eeeh, más discretos donde hablar.

Todo el mundo a nuestro alrededor había dejado de comer y nos miraba sin molestarse en disimular su curiosidad.

—¿No te importa? —dijo mi madre—. Te lo pago luego.

Daisy agitó una mano y se abrió paso entre las mesas en busca

de la camarera.

Rose se levantó con movimientos rígidos y bruscos y el semblante inexpresivo. Mi madre la rodeó con un brazo.

—Ven conmigo, cariño. Te llevaremos a casa.

—¿Vamos a Thornton Hall? —preguntó Ben—. ¿O a Strawberry Cottage?

Las lágrimas empezaron a rodar por las mejillas de Rose.

—Mejor a Thornton Hall. No puedo ni pensar en ir a Strawberry Cottage si mi madre no está allí.

—Nosotras te llevamos —dijo la mía—. ¿Cómo has venido?

En bicicleta, así que acordamos con el restaurante que se la guardarían hasta que pasara a recogerla. Ben tenía el escúter, por lo que regresó a Thornton Hall mientras nos preparaban las sobras para llevar y volvíamos al coche.

Apenas hablamos por el camino; el impacto y la consternación lo empañaban todo. Ojalá Iona no le hubiera mentido a la policía sobre la corona. Ni a nosotras, caí en la cuenta, sintiendo que se me revolvía el estómago. Cuando tío Chris abrió la caja, ella hizo como si se sorprendiera. Aunque entendía la tentación de alegar que no sabía nada, sus mentiras arrojaban una sombra de duda sobre todo lo que había dicho.

Por otro lado, la foto de la revista en que Miranda llevaba la corona era una prueba más de que Iona conocía su existencia. Sir Jon debía de haber informado a la policía acerca del artículo.

Prometí que no diría ni una palabra por si acaso; tal vez, sir Jon y tía Janice aún no habían levantado la liebre. Lo último que quería era proporcionar a la policía más pruebas circunstanciales contra Iona. Seguía convencida de que ella no había matado a Robin. Si lo hubiera hecho, habría recuperado la caja antes de que tío Chris la encontrara.

Si la policía tenía a Iona en su mira, entonces había que continuar indagando y hallar al verdadero asesino.

—Hay que rodear la casa hasta la parte trasera —nos indicó Rose —. Nuestras habitaciones están en las antiguas cuadras.

Los neumáticos crujieron sobre la gravilla cuando pasamos por delante de la mansión y cruzamos una verja abierta que conducía al antiguo patio de las caballerizas. Habían convertido los establos en garajes, sobre los que se veía una hilera de ventanas. El escúter de Ben ya estaba aparcado cerca de una puerta lateral, así que mi madre detuvo el coche al lado.

Rose nos guio por una escalera hasta un salón acogedor con vistas a la mansión y los jardines. Ben, que estaba sentado en una silla, se levantó cuando entramos. Se dirigió derecho a Rose y la envolvió en un abrazo.

—No puedo creerlo —murmuró Rose, apoyándose en él como si fuera lo único que la sostuviera en pie—. Primero, Poppy y, ahora, mamá…

—No fue ella —se me escapó sin más—. Hay que averiguar quién lo hizo.

Rose levantó la cabeza; en su mirada se adivinaba un leve brillo de esperanza.

—¿Crees que podremos?

Empecé a pasear por delante de la gigantesca chimenea.

—Hay que intentarlo.

Todavía no me había rehecho de la noticia, necesitaba un momento para ordenar las ideas.

Mi madre sacó el teléfono.

—Voy a llamar a la comisaría. Tu madre debe de tener un abogado y hay que hablar con él o ella.

Se sentó en un amplio alféizar para hacer la llamada.

Daisy se había dejado caer en una otomana y tenía la barbilla apoyada en la mano.

—Si de algo estoy segura es que Iona jamás le haría daño a su hija. Así que ese misterio también sigue sin resolverse, ¿no?

—Era justo lo que estaba pensando —dije—. ¿Por qué ha desaparecido Poppy? Tiene que estar relacionado con la muerte de Robin. O bien vio algo y huyó, o bien… —Me interrumpí, negándome a expresar mis temores en voz alta delante de su hermana y su

prometido.

—El asesino la tiene retenida en alguna parte —acabó Ben por mí con gesto afligido—. Yo también empiezo a inclinarme por eso. Solo rezo para que esté bien.

—Y yo. —Reanudé mi impaciente paseo—. Lo de la aparición repentina del coche es una distracción. Le sugerí al inspector Ryan que rastreara esta propiedad. —Señalé el suelo—. ¿Y si el coche de Poppy hubiera estado escondido en el garaje todo este tiempo?

Ben frunció el ceño.

—Ni se me había pasado por la cabeza. No sé si os habéis fijado, pero las puertas de los establos no tienen ventana. Siempre aparcamos fuera, tanto nosotros dos como el doctor Holloway cuando está aquí.

Me agarré a la repisa de la chimenea con la sensación de que me flaqueaban las piernas. Mi observación había sido una conjetura hecha al azar, pero quizá fuera correcta. Aunque a la fuerza implicaba que Geoffrey estaba involucrado. ¿Habría matado a Robin? Quizá Robin planeaba quedarse la corona y Geoffrey lo descubrió. Hasta ese momento había dado por sentado que el asesino se habría llevado la corona, pero a lo mejor Robin dijo que no la había encontrado y mintió para protegerla, o bien no la encontró de verdad.

—¿Qué piensas, Molly? —preguntó Daisy—. Conozco esa cara.

Mi madre colgó y levanté un dedo para indicar que deberíamos esperar a oír lo que tuviera que decir.

—Tu madre tiene una abogada, que ahora está con la policía. Me ha dado su número por si quieres hablar con ella. Se llama Alexa Owusu.

Rose sacó el teléfono.

—Dime.

Introdujo el nombre y el número de la abogada a medida que mi madre los recitaba.

—Alexa Owusu —repitió Daisy—. Me suena, de los periódicos. Es una figura en alza. Inteligente y agresiva.

—Justo lo que Iona necesita —dije. Había pensado que Rose podría llamar a sir Jon, que también era abogado, pero al estar involucrado en la investigación por contrabando seguramente se produciría un conflicto de intereses.

—Hablaré con ella más tarde. —Rose hizo una mueca cuando se volvió hacia Ben—. No puedo ir a la excavación ahora mismo.

—Lo entiendo —aseguró Ben—. Le diré a Holloway que tienes que tomarte la tarde libre. —Se acercó a la puerta con un suspiro—. Pero yo debo irme. Estoy supervisando a un par de estudiantes en prácticas que aún no tienen ni la más remota idea de qué están haciendo.

Un segundo después, oímos que bajaba la escalera con pasos contundentes.

Mi madre me miró de reojo y supe qué estaba pensando.

—Nosotras también deberíamos ir tirando —dijo—. Tía Violet nos espera.

Daisy se levantó.

—Y yo tengo que hacer caja.

Rose me tocó el brazo.

—Molly, ¿tienes que irte? —Le temblaron los labios—. No quiero estar sola.

Se me partió el corazón. Su hermana desaparecida, su madre detenida y ella allí hecha un manojo de nervios y dándole vueltas a la cabeza… No era una situación fácil. Miré a mi madre con las cejas enarcadas.

—Quédate, Molly —me dijo—. Una de nosotras vendrá a buscarte luego.

¿Cómo iba a negarme? Después de asegurarle a Rose que volvería para pasar tiempo juntas, acompañé a mi madre y a Daisy al coche a fin de intercambiar opiniones con ellas antes de que se fueran.

—Mantennos informadas, ¿vale? —pidió mi madre—. Quiero estar al tanto de cualquier novedad.

—Vale. —Estudié su cara larga y me armé de valor para hacerle

una pregunta difícil—. ¿Cómo llevas todo este asunto? Me refiero a la relación de Sean Ryan con el caso.

Sacudió la cabeza con un gesto brusco.

—Todavía no lo sé. Soy consciente de que solo hace su trabajo, como suele decirse, pero aun así… ¿Cómo voy a pasar por alto que ha detenido a una amiga mía?

Subió al coche y metió la llave en el contacto con el ceño fruncido mientras Daisy daba la vuelta hasta el asiento del acompañante.

—Nos vemos luego, Molly —dijo Daisy—. ¿Una cerveza en el *pub*?

—Me parece bien. Avisa a Kieran y a Tim, ¿vale? Dile a Kieran que le escribo luego.

—De acuerdo. Y guardaremos tu vestido nuevo.

Había olvidado por completo mi precioso vestido. Mientras me despedía de ellas con la mano, me pregunté si mi madre cancelaría su cita con Sean. Y si lo hacía, ¿qué ocurriría con su relación incipiente? Por lo que parecía, estaba muerta antes de empezar.

Arriba, Rose se paseaba por la estancia, cogiendo cosas y volviéndolas a dejar.

—Soy incapaz de estarme quieta —dijo—. Hasta que sepa algo de mi madre… o de su abogada.

—Totalmente comprensible. Pasamos por algo parecido cuando declararon sospechosa de asesinato a tía Violet.

Por fortuna, nunca llegaron a detenerla.

Me acerqué a la ventana al oír el crujido de unos neumáticos sobre la gravilla. Un Range Rover blanco y reluciente aminoró la velocidad a medida que se acercaba al garaje y la puerta de este se alzaba con gran estruendo. «El garaje».

—Un momento, Rose —dije dirigiéndome a toda prisa al descansillo—, enseguida vuelvo.

Mientras bajaba corriendo la escalera era consciente de lo descabellada que era la teoría de que el Ford Anglia había estado oculto en los establos. ¿Cómo iban a sacarlo de allí sin que se

enteraran los ocupantes del piso de arriba? La puerta hacía un estruendo espantoso al subir. Tendrían que habérselo llevado cuando no hubiera nadie, y de noche, cuando era menos probable que la gente se fijara en un coche tan característico circulando por la carretera.

Al llegar abajo, Geoffrey Thornton estaba metiendo el Range Rover en uno de los garajes. Antes de que la puerta bajara a su espalda, alcancé a ver que el sitio de al lado estaba vacío. De manera que había espacio para el Anglia.

Era mejor que subiera antes de que reparara en mí, así que crucé el patio de gravilla a toda prisa.

—Molly. —Geoffrey apareció por una puerta lateral, poniéndose unas gafas de sol—. Ya me parecía que eras tú.

Me había pillado.

—Sí, soy yo. He venido a ver a Rose. ¿Te has enterado? —solté con la esperanza de distraerlo y que no me preguntara qué hacía merodeando por el garaje.

—¿De qué? —Ladeó la cabeza con curiosidad.

—De que han detenido a Iona por el asesinato de Robin.

La opresión del pecho a duras penas me permitió pronunciar las palabras.

La expresión de Geoffrey era inescrutable detrás de las gafas de sol.

—¿Qué han detenido a Iona? ¿Sabes cuáles son los cargos?

Cuando negué con la cabeza, dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas sin despedirse siquiera.

«Pues muy bien», pensé. Había sido raro. De pronto, tuve la sensación de que alguien me observaba y levanté la vista. Rose estaba mirando por la ventana. La saludé y le indiqué con un gesto que subía.

Fue a recibirme a la puerta.

—¿Qué ha pasado?

—Quería echar un vistazo al garaje —le expliqué mientras entraba en el apartamento—. Hay un sitio libre.

—¿Quieres decir que el coche de Poppy podría haber estado ahí dentro desde el principio? —preguntó Rose con voz estridente y las mejillas encendidas por la rabia. Cerró las manos temblorosas en un puño—. ¿Qué le han hecho? ¿Dónde está?

—La encontraremos —le aseguré al tiempo que me encogía por dentro por apresurarme a hacerle aquella promesa. Recé para que pudiera cumplirla—. Sé fuerte, Rose. Tu madre no mató a Robin. —Me devané los sesos buscando otro tema, algo con que distraerla—. Por cierto, con la ayuda del cuaderno de tu padre, he intentado resolver quiénes son los personajes de *Las niñas Strawberry*. Me refiero a su verdadera identidad.

Abrió los puños y el miedo y la rabia abandonaron su expresión.

—¿De verdad? —Se acercó rápidamente a un escritorio, escogió un libro de la pila y lo llevó al sofá—. Cuenta.

Me senté a su lado para hojear la antigua edición de esquinas gastadas, páginas arrugadas e incluso alguna que otra huella. Se notaba que era un libro muy querido.

—La señora Dobbins —dijo Rose riendo—. ¿Cómo no lo había visto? Pues claro que es la Bruja Buena. Con todos esos gatos. —También rio cuando le conté cómo había reaccionado Miranda—. No he conocido a nadie con un ego como el suyo.

Estuvo de acuerdo en que el zorro era Robin y comentamos que, en la historia, el zorro mete a las niñas en problemas.

—¿Mi padre pretendía decir que llevaba a la gente por el mal camino?

—Eso creo, sí. Coincide con… otras cosas que he oído. De las que no puedo hablar.

Por suerte no me preguntó y siguió pasando páginas hasta la escena del ermitaño y el topo.

—El topito que empujaba las monedas de oro con el hocico siempre me ha parecido monísimo. Poppy y yo decíamos que queríamos tener un topo de mascota para que desenterrara oro. —Le dio unos golpecitos a la ilustración con un dedo—. Ahora, después de ver la corona, me pregunto si mi padre no sabría que

por la zona había restos de la época anglosajona.

«Bingo», me dije.

—Yo también me he hecho esa pregunta —dije con prudencia, consciente de que podría abrir la caja de Pandora si me iba de la lengua—. ¿Quién crees que es el ermitaño?

Estudió la página con los ojos entornados.

—Es alto, como Geoffrey, pero no se parecen en nada más.

Iona lo había dibujado como un personaje de pelo greñudo, ropas harapientas y dientes torcidos. Muy distinto del atractivo y sofisticado Geoffrey Thornton.

Vi que la verdad la alcanzaba como una bomba. Abrió mucho los ojos y luego frunció el ceño.

—Eh, ¿estás diciendo que han estado saqueando este lugar? —Su voz resonó en la habitación y rebotó en los altos techos recorridos de vigas—. ¿Geoffrey y Robin?

Oímos unos pasos ligeros en la escalera.

—¿Rose? —Era Miranda—. ¿Rose? ¿Estás en casa? Acabo de enterarme, cariño.

Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Me había dejado la puerta abierta por descuido? Supuse que sí o habríamos oído la llave.

Rose puso los ojos en blanco.

—La última persona que me apetece ver —susurró.

Cerró el libro y lo dejó a un lado, preparándose para levantarse del mullido sofá.

—Espera —susurré yo también—. ¿Sabes qué personaje es Miranda? —Se detuvo, esperando—. La reina de las hadas.

—¿Quién iba a ser si no? —Rose se dio impulso para levantarse y forzó una sonrisa—. ¿Miranda? —dijo—. Sí, estoy aquí, pasa.

La mujer entró con suma tranquilidad en la habitación, aunque vaciló al verme.

—Ah. Molly. No sabía que tú también estabas.

Dejó un bolso de paja en una mesita auxiliar.

Sin molestarme en contestar, Rose y yo la miramos mientras rebuscaba algo en el bolso.

—Aquí está. —Extrajo un saquito marrón—. Una mezcla relajante de manzanilla, melisa y artemisa. Te prepararé una taza.

—Eeeh, ¿gracias? —Rose frunció el ceño—. Pero estoy bien, de verdad.

Miranda se dirigió de inmediato a la cocinita que había en el extremo de la estancia, donde empezó a abrir armarios y cerrar cajones con estruendo.

—¿Cómo vas a estar bien? —gritó por encima del jaleo—. Acaban de detener a tu madre.

Rose torció el gesto como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Eso no significa que sea culpable, Miranda —contestó después de recuperarse—. Mi madre es inocente.

—Lo sé, lo sé. —Miranda fue de aquí para allá poniendo el hervidor en el fuego y colocando las bolsitas de té en las tazas. Al menos no iba a leer los posos—. Hay que mantener la cabeza alta.

Me faltó muy poco para agarrar a Rose de la mano y huir juntas de allí, dejando a Miranda con su té y sus predicciones alarmantes.

—Madre mía. —La mujer hizo una pausa para llevarse una mano al pecho—. Menuda noticia. Todavía me noto el corazón acelerado. No podía creer lo que Geoffrey me estaba contando.

—No fue ella —insistí—. Iona no estaba en casa. Tía Violet y yo somos testigos.

Miranda me miró como si no me comprendiera.

—Ya. Claro. Yo también había oído que no estaba, pero la policía debe de pensar que lo hizo antes y que luego volvió con el coche para disimular.

—Sácala de aquí —me pidió Rose con un susurro y los puños apretados con los brazos a los costados—. Por favor. Antes de que haya un segundo asesinato.

—No te preocupes. —Me levanté del sofá—. Miranda, ¿podemos hablar? —le pedí con voz firme cuando estuve a su lado.

Miró a Rose y a la tetera varias veces hasta que al final decidió seguirme. Una vez que estuvimos en el descansillo que conducía a

los dormitorios, o eso suponía, porque no los había visto, dije:

—Está pasándolo muy mal, cosa completamente comprensible. Creo que sería mejor que…

El estridente tono de llamada de un móvil me interrumpió. Rose se inclinó hacia delante y lo cogió a toda prisa.

—¿Sí? Ah, hola, señora Owusu. ¿Qué ocurre con mi madre?

Sin necesidad de hablarlo, abandonamos la discusión y volvimos a la habitación principal. La tetera empezó a silbar y Miranda corrió a apagar el fuego. Para mi consternación, llenó tres tazas. Ya podía ir despidiéndome de que se fuera.

Un par de minutos después, Rose colgó. Se quedó mirando al vacío durante un buen rato, inmóvil, mientras la tensión aumentaba en la habitación.

—Van a intentar que salga bajo fianza —dijo al fin—. Está acusada de homicidio.

Miranda ahogó un grito y Rose se volvió para mirarla.

—¿Aún sigues aquí?

—Lo siento. —La mujer levantó las manos—. Solo quería saber si había alguna novedad. Iona es una de mis mejores amigas.

Rose se cruzó de brazos y la fulminó con la mirada.

—Con que una de tus mejores amigas, ¿eh? ¿Por eso no dejabas de tirarle los tejos a mi padre?

# CAPÍTULO DIECIOCHO

En la habitación resonó un silencio atronador. Miranda agrandó los ojos poco a poco hasta que parecieron los de un pez cuando boquea. Reforzando la imagen, pegó y despegó los labios varias veces y, acto seguido, se recompuso.

—No sabes lo que dices.

Rose se echó a reír.

—Negarlo no te funcionará conmigo. Vi cómo intentabas besarlo en el cenador. Se te rio en la cara. Y antes de que digas que era demasiado pequeña para recordarlo, oí a mi madre hablar de ello no hace mucho. —Parpadeó cuando las lágrimas le cayeron por las mejillas—. Mi padre no era perfecto, pero quería a mi madre.

La tez de Miranda adoptó una tonalidad rojiza muy poco favorecedora. Ofendida, se retiró la melena hacia atrás con las dos manos y sacudió la cabeza.

—Sé cuándo sobro. No volverás a verme el pelo.

Contoneando las caderas, caminó muy digna hasta el bolso y se lo colgó del hombro antes de salir de la habitación a grandes zancadas.

—Guau. Rose. —Me obligué a cerrar la boca—. Has estado increíble.

Se encogió de hombros, pero una sonrisita asomó a sus labios.

—Hacía siglos que quería restregárselo. Esa mujer es lo peor. Está enamorada de sí misma y cree que los demás también.

—Sí, yo también lo he pensado. —Me acerqué a las tazas humeantes de té—. ¿Te apetece? Yo creo que no hay peligro, vaya. Ella iba a tomárselo.

Rose rio.

—Claro. Hay que reconocer que sus mezclas están muy buenas. —Se sentó en el sofá y recogió las piernas sobre el asiento—. ¿Alguna vez te ha leído los posos del té?

Llevé dos tazas hasta el sofá y le di una.

—Sí. Me dio bastante grima.

De nuevo, habíamos encontrado un tema con que aliviar su situación; un infierno por el que yo esperaba no tener que pasar nunca.

Rose bebió un traguito para comprobar que no estuviera demasiado caliente.

—¿Qué te dijo?

—Me advirtió sobre una amistad inestable, seguramente insinuaba que Kieran me dejaría, y que estaba en peligro.

—Qué bonito. —Había una nota de humor en su mirada—. Veo que tú tampoco le caes bien.

—Creo que no. Todo empezó cuando se enteró de que iba a ir a la recepción al aire libre de lord y *lady* Scott. Le fastidió que no la hubieran invitado a ella.

Rose agitó una mano.

—Bueno, es probable que sí los invitaran. O al menos a Geoffrey, pero el hombre odia los lugares muy concurridos. —De pronto comprendió algo—. Como un ermitaño. No puedo creer que no lo haya visto mucho antes.

Sin embargo, a Geoffrey le gustaba hacer de anfitrión. Había conocido a personas como él, gente que se encuentra más cómoda en su propio entorno. Si nos guiábamos por el libro, la conclusión lógica era que Geoffrey estaba involucrado en la extracción ilegal de piezas antiguas. ¿Habría leído *Las niñas Strawberry*? Quizá la muerte de Nate pusiera fin a la preocupación de que alguien pudiese traicionarlo. Especialmente, si todos estaban implicados.

¿Quién era el topo? Tenía una ligera sospecha.

—¿Conocías al doctor Holloway antes de la excavación? Antes de ir a la universidad, me refiero.

¿Quién representaba mejor a un topo que un arqueólogo que pasaba la mayor parte del tiempo excavando túneles en la tierra con sumo cuidado?

Rose bebió un sorbo de té.

—No, la verdad es que no. Sí que andaba por aquí, pero no recuerdo que fuera a vernos a casa.

Cogí el móvil y busqué la fotografía que había hecho en Thornton Hall a la imagen grupal en la que aparecían Geoffrey y sus amigos.

—¿Conoces a estas personas?

La agrandó con los dedos.

—Oh, esta es mi madre. Y mi padre. Miranda, Geoffrey, Robin. Ni idea. Ni idea. Ni idea. —Se acercó el teléfono un poco más y arrugó la nariz—. Este podría ser él. El doctor Holloway.

El hombre en cuestión vestía calzas y jubón, como los demás. Era bajo y delgado, tenía el pelo fino, tirando a largo, y perilla, y estaba con los brazos abiertos en una pose sobreactuada. Si le quitabas la perilla y casi todo el pelo, no cabía duda de que era el profesor.

—Es él.

Se me aceleró el pulso. Si mi teoría acerca de la existencia de una red de contrabando de objetos antiguos era correcta, entonces Geoffrey era quien facilitaba el acceso al lugar, Holloway usaba sus conocimientos para determinar dónde podrían encontrarse los yacimientos, además de ayudar a contextualizar históricamente los hallazgos, y Robin hacía de perista.

—Pero ¿qué significa? —preguntó Rose—. ¿Crees que mató a Robin por algún motivo?

Rose aún no había unido todos los puntos y yo no quería exponer mis teorías, fueran correctas o no. Si me equivocaba, estaría mancillando la buena reputación de un hombre inocente. Si tenía razón, puede que los delincuentes se escondieran aún más.

Compartiría mis sospechas con sir Jon, que trabajaba en el caso del contrabando de objetos robados.

—Quizá —contesté—. Todos se conocen desde hace mucho tiempo.

En ese momento sonó el teléfono de Rose, quien echó un vistazo a la pantalla.

—Es la abogada. Dijo que me llamaría. —Esbozó una sonrisa maliciosa—. Otro de los motivos para despachar a la entrometida de Miranda. —Cogió el móvil para responder—. ¿Pongo el altavoz?

—Como tú quieras —dije, aunque esperaba que lo hiciera. Siempre era mejor enterarse de las novedades a través de la propia fuente que de otra persona.

Apretó varios botones.

—Otro par de oídos nunca vienen mal, sobre todo en este tipo de situaciones. ¿Señora Owusu? Soy Rose. Estoy con una amiga, Molly Kimball. —La saludé—. Estará escuchando la conversación para que no se me olvide nada importante.

—Hola, Molly. —La voz de la abogada sonaba segura, aunque también cálida—. Gracias por apoyar a Rose en estos momentos.

—No hay de qué —contesté—. Me gustaría ayudar en todo lo posible.

«Como encontrar al verdadero asesino, por ejemplo», me dije.

Oímos que tecleaba.

—Muy bien. Primero, una buena noticia: tenemos la vista para la fianza el lunes. No suelen concederlas en este tipo de casos, pero puede que haya apretado un par de tuercas.

Ahogó una risita.

—Ay, qué bien —dijo Rose—. Gracias.

—Espero que se la concedan para que pueda salir hasta que se celebre el juicio.

Me percaté de que no prometía nada en cuanto a lo que podía ocurrir con Iona tras la sentencia.

—Señora Owusu, tengo un par de preguntas —intervine con voz titubeante.

—¿Sí, Molly? Y, por favor, llámame Alexa.

—Alexa. —Me aclaré la garganta, ganando un poco de tiempo mientras ordenaba mis ideas—. Mi tía abuela y yo estábamos con Iona cuando halló el cadáver de Robin. Lo menciono porque Iona no estaba en casa cuando nosotras llegamos. Apareció con el coche uno o dos minutos después, diciendo que había salido a hacer un recado.

—Lo hemos confirmado —contestó Alexa Owusu con sequedad—. El caso es que hay otro testigo que habló con Robin antes de que subiera al tejado. El testigo dice que Iona estaba en casa durante la discusión que este mantuvo con Robin. El fiscal sostiene que Iona se enfrentó a Robin y que luego acudió a la tienda a modo de coartada. Según Iona, estuvo fuera más de media hora, mucho más de lo que se necesita para ir en coche a comprar y volver. Defiende que otra persona fue a la casa y mató a Robin mientras ella estaba fuera.

Lo comprendí de inmediato.

—¿No tiene coartada para el tiempo que estuvo ausente?

En cuanto al testigo del que hablaba Alexa, estaba segurísima de que se trataba de mi querida tía Janice. Noté el sabor amargo del arrepentimiento. Si no la hubiera presionado para que acudiera a la policía, ¿Iona estaría libre en esos momentos?

—Exacto —contestó Alexa—. Tu madre dice que tomó el camino largo para ir a la tienda, Rose. ¿Es algo que suele hacer?

A Rose se le escapó una risita irónica.

—Cada vez que va al pueblo. Le gusta pasearse con el coche para pasar junto a algunas granjas, sobre todo en esta época del año en que el campo está tan bonito.

—Hummm. —Alexa lo pensó un momento—. Por desgracia, no se cruzó con ningún vehículo ni vio a ningún transeúnte esa mañana.

—¿Y la señora Dobbins? —pregunté—. Se fija en todo. Es la anciana que vive cerca, en la dirección opuesta a Thornton Hall.

Quizá la Bruja Buena hubiera visto pasar a Iona esa mañana.

—La señora Dobbins. Le diré a nuestra gente que hable con ella. Gracias, Molly. Para que lo sepas, Rose, tenemos a alguien entrevistándose con los testigos y verificando la información. No

vamos a dejarlo todo en manos de la investigación que está llevando a cabo la policía.

Me alegré mucho de que Iona estuviera tan bien representada.

—La señora Dobbins me contó que esa misma mañana había visto a una mujer vestida de rosa que había salido a correr —dije—. Aunque seguramente era mi tía Janice.

—¿Janice Marlowe es tu tía? —El tono de Alexa se agudizó.

—Sí —reconocí—. Y Chris Marlowe, el techador, es mi tío. Él también era sospechoso. Me temo que mi familia y yo estamos metidos en esto hasta el cuello.

—¿Por qué estabas en Strawberry Cottage esa mañana? —preguntó Alexa—. ¿Fuiste a ver a tu tío?

—No, fuimos en representación de nuestra librería. Iona iba… —Tragué saliva y decidí mostrarme positiva—. Hará una lectura de *Las niñas Strawberry* en la tienda. Se ha publicado una nueva edición.

—*Las niñas Strawberry*, me encanta ese libro. Es uno de los motivos por los que me apetecía representar a tu madre, Rose. Prácticamente es un icono literario, y quería asegurarme de que obtuviera un trato justo.

¿En lugar de que la lanzaran a los lobos y que los medios de comunicación la despellejaran como la última celebridad caída en desgracia? Supongo que, por su discreción como abogada, Alexa en ningún momento había defendido la inocencia de Iona.

—Gracias —susurró Rose.

Había encontrado un pañuelo, que retorcía entre los dedos sin compasión.

—Cambiando de tema —dijo Alexa, recuperando su tono enérgico—: la corona. ¿Alguna de las dos sabía que estaba en el tejado?

Sí, según la propia Iona. Me mordí la lengua antes de decirlo delante de Rose.

—No sé si mi madre lo sabía —contestó Rose—. Poppy y yo vimos a mi padre escondiendo la caja allí arriba, aunque ignorábamos qué había dentro. —Lo pensó un momento—. Puede

que mi madre lo supiera. Miranda Blake llevaba una igual. La he visto en fotos antiguas.

Igual que yo, en *At Home*. Quizá Iona también tuviera un ejemplar en casa.

—Muy bien. Como podéis suponer, tiene una importancia crucial para la investigación que está llevando a cabo la policía. Afirman que Robin y ella discutieron por la corona. Ella lo niega, por descontado. Otra de sus teorías es que tu madre mantenía una relación sentimental con Robin y que riñeron.

Rose lanzó un resoplido burlón.

—Ni en broma. Robin era como un hermano para ella; un tío para nosotras. Se pasaba a tomar el té, o un *whisky*, y a quejarse de sus últimos líos de faldas.

Alexa rio.

—Entiendo. Gracias por aclararlo. —Tras una breve pausa, añadió —: Hay algo más que debo preguntarte: ¿alguna vez oíste hablar a Robin acerca de su negocio de antigüedades, sobre todo de sus clientes europeos?

Estaba preguntándole a Rose de manera indirecta si su madre estaba involucrada en las actividades delictivas de Robin. ¿Era posible que estuvieran tratando de vincular a Iona con la investigación de la Interpol?

Rose puso cara rara hasta que pareció comprenderlo.

—Ah, ya veo —dijo sin emoción—. Creen que Robin se dedicaba al contrabando de antigüedades. No sé nada de ese asunto y estoy segura de que mi madre tampoco. De lo contrario, mi madre no habría tenido tantos problemas para llegar a fin de mes, ¿no?

—Bien visto, Rose —reconoció Alexa—. Sé que no es fácil hablar de estos temas.

—Ni te lo imaginas. Conozco a Robin de toda la vida. Su muerte ya fue un duro golpe. Y ahora…

Se tapó la boca con una mano, tratando de contener las lágrimas.

—Es muy reciente —dijo Alexa—. Poco a poco. La vista para la

fianza es el lunes. También estoy moviendo hilos para que puedas ver a tu madre después.

—¿De verdad? —Las lágrimas se desbordaron—. Sí, por favor. La echo mucho de menos.

Se volvió hacia mí y se desmoronó en mis brazos, sollozando.

Le di unas palmaditas en la espalda, deseando poder ofrecerle lo que realmente necesitaba: la libertad de su madre y el regreso de su hermana, sana y salva.

—Una cosa más antes de colgar —dijo Alexa—: no habléis con la prensa. Bajo ningún concepto. Se lanzarán sobre este caso como buitres.

Esa noche, cuando empujé las pesadas puertas del *pub*, estaba emocionalmente agotada, muerta de hambre y ansiosa por tomarme una jarra de mi cerveza preferida. Me había quedado con Rose hasta que Ben había vuelto y luego estuve colocando en las estanterías los libros nuevos que habían llegado hasta bastante después de cerrar, para compensar el tiempo que me había ausentado.

Esa noche el *pub* estaba muy animado: había tres hileras de personas para llegar a la barra, todas las mesas estaban ocupadas y apenas se oía nada entre el rumor de las conversaciones, las risas y el estrépito de los platos. Como por arte de magia, un hombre que había en la barra, con un pie apoyado en el riel inferior, se volvió cuando la puerta se cerró detrás de mí. Kieran.

Nuestras miradas coincidieron y una sonrisa radiante se dibujó en su rostro. Dejó la cerveza, se abrió paso entre la gente y me rodeó con sus brazos.

—Molly. Cuánto me alegro de que estés aquí.

Levanté la cabeza para mirarlo mientras reía.

—Yo también.

Se inclinó para besarme, pero lo que al principio solo fue un piquito a modo de saludo acabó convirtiéndose en un beso con todas las de la ley. La gente nos observaba, seguramente incluso

hacía comentarios, pero en ese momento me dio igual.

Hasta que recordé los tabloides y me separé. Sin duda, ya habría alguien haciéndonos fotos para colgarlas en las redes sociales.

—Esto va a salir en una página de cotilleo —susurré.

—Pues bueno —susurró él también, pasándome un brazo sobre los hombros—. ¿Te apetece una cerveza? Tim y Daisy nos guardan sitio en la otra sala.

—Apetecerme se queda corto —contesté—. Menudo día he tenido.

Nos abrimos paso hasta la barra, donde pedí una pinta, y después fuimos a reunirnos con nuestros amigos, avanzando poco a poco entre la multitud. Daisy levantó la mano para saludarnos.

—Ya estás aquí.

—Por fin. —Retiré una silla y me senté con un suspiro—. He trabajado hasta tarde porque voy muy retrasada.

Kieran me pasó la lista de los platos del día. Echándole un vistazo, me decidí por un estofado de Lancashire, un guiso de cordero cubierto con patatas en rodajas.

Después de que Kieran fuera a pedir nuestra cena a la barra, estuvimos disfrutando de nuestras bebidas en un silencio tranquilo, mientras mis atentos amigos me daban tiempo para relajarme. En la diana de al lado, nuestro amigo Ollie gruñó cuando su rival acertó en el centro. En otro rincón, las bolas de billar repiquetearon con estrépito cuando alguien lanzó el tiro inicial.

—¿Cómo está Rose? —preguntó Daisy—. ¿Y qué se sabe de Iona?

Entre un sorbo y otro, les conté la tarde que había pasado en Thornton Hall, incluidos el encuentro con Geoffrey, la visita de Miranda y la conversación con Alexa Owusu.

—Alexa es la mejor. Estoy segurísima de que el juez le concederá la fianza. Por Alexa no será, desde luego.

—He oído hablar de ella —dijo Kieran—. Lleva casos destacados. —Sonrió sin despegar los labios—. Y suele ganar.

Crucé los dedos y los levanté.

—Espero que también gane esta vez, porque Iona no ha hecho nada. —Recordé otra cosa—. Alexa trabaja con un investigador. Puede que ellos averigüen quién mató a Robin.

Tim sacudió la cabeza.

—No lo creo. Se centrarán en los cargos que afecten a Iona.

Tenía razón. El trabajo de la defensa era plantear una duda razonable, y para eso no era necesario encontrar al culpable. Si declaraban inocente a Iona, ¿la policía seguiría con la investigación? ¿O simplemente pensarían que se había librado?

—Quien fuera se arriesgó mucho —dije—. ¿Y si Iona no se hubiera ido? ¿Robin seguiría vivo?

Kieran hizo girar el vaso sobre la mesa.

—A mí me suena a delito de oportunidad. Quizá la persona viera que Iona se iba y decidiera enfrentarse a Robin. Puede que la discusión se les fuera de las manos y lo empujara, sin intención de hacerlo caer.

—O que subiera al tejado con la idea de empujarlo —apuntó Tim —, esperando que pareciera un accidente.

Me estremecí al pensar en cuánta mezquindad había detrás de un propósito así.

—Nate York murió de la misma manera. Cayó desde un lugar elevado sin que nadie se haya explicado todavía cómo ni por qué, aunque en su caso lo consideraron un accidente.

—Quizá el asesino se inspirara en la muerte de Nate —propuso Daisy. Luego arrugó la nariz—. Lo siento. Ha sonado horrible.

De pronto, me asaltó una idea.

—O fue una venganza. —Lo que implicaría que alguien (¿puede que al final Iona?) había descubierto que Robin mató a Nate y quería que muriera de la misma manera. Gruñí, llevándome una mano a la frente—. Estoy hecha un lío.

—Es que lo es —dijo Kieran—. Lo único que sabemos, sin lugar a dudas, es que alguien empujó a Robin y que este cayó. Y teniendo en cuenta que la policía investiga los medios y la oportunidad, Iona es la sospechosa lógica.

A menudo, pensaba con más claridad cuando anotaba las cosas, así que busqué un boli en el bolso, cogí una servilleta y escribí «Móviles» en la parte superior y luego añadí debajo: «venganza», «la corona», «Interpol», «despecho», «otros».

—Menuda lista —dijo Kieran, echando un vistazo por encima de mi hombro—. ¿Por qué has añadido a la Interpol?

Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie nos escuchaba.

—Sir Jon me contó que Robin estaba ayudando a la Interpol en un caso. Contrabando de antigüedades.

Lo dejé ahí. Al fin y al cabo, tampoco sabía nada más sobre la posible actividad delictiva de Robin.

—¿Como experto? —preguntó Kieran, enarcando las cejas—. Eso podría haberlo puesto en una situación delicada.

Yo me inclinaba por pensar que estaba implicado, pero no lo contradije.

Tim señaló a su amigo con un dedo.

—Ahí le has dado, tío. Aunque en esos casos es más corriente un tiro en la nuca, ¿no?

La camarera se acercó a nuestra mesa sosteniendo los platos en los brazos. Miró a Tim con cara rara cuando empezó a repartirlos, pero se limitó a decir:

—Estofado, *fish and chips*, estofado, hamburguesa con patatas. ¿Os traigo algo más?

Kieran rodeó la mesa señalándonos con el dedo.

—Otra ronda, por favor.

Enumeró lo que tomaría cada uno mientras hacía como que no se daba cuenta de que yo le robaba una patata. ¿Por qué siempre sabían mejor las de los demás? Un misterio sin solución.

—Tienes razón, Tim —dijo Daisy después de que la camarera se fuera—. Un asesino a sueldo no empuja a la gente de un tejado.

—Puede que no fuera un asesino a sueldo —repuse—, sino un cómplice.

Mis sospechas sobre Geoffrey Thornton y el doctor Holloway

luchaban por abandonar mi garganta, pero las contuve, no sin esfuerzo. No era el momento ni el lugar donde exponerlas.

—¿Un cómplice? —Tim me miró intrigado—. ¿Crees que Robin era contrabandista?

—Es una posibilidad —contesté—. ¿Por qué iba a estar en el tejado si no era por la corona? No creo que le fascinaran las técnicas de techado.

—En eso tienes razón —reconoció Kieran con un resoplido—. La corona es la clave. ¿Cómo sabía Robin que estaba allí?

Solté el tenedor.

—Puede que se lo dijera Poppy. Rose y ella vieron a su padre subir una caja metálica al tejado. Quizá Poppy no supiera lo que contenía, pero a lo mejor Robin se lo imaginó. Corona desaparecida, caja escondida. Con la mitad de la paja retirada, la búsqueda era más sencilla.

Aunque no había tenido éxito. Lo habían matado antes.

—Si Poppy le contó lo de la corona, ¿dónde está ella? —preguntó Tim—. Tiene que haber alguien más implicado. Una persona que trasladara el coche. No parece muy probable que Poppy se ocultara durante días antes de subir a un tren.

—Salvo que estuviera involucrada de alguna manera. —Tuve que forzar las palabras de lo desagradables que me resultaban—. Cosa que me sorprendería mucho.

—Y a mí —aseguró Daisy—. Una posibilidad aún peor es que ella matara a Robin. Pero, en ese caso, ¿dejaría que su propia madre cargara con la culpa?

—Espero que no, joder —dijo Kieran—. ¿Qué clase de hija haría algo así?

Empezó a dolerme la cabeza.

—Este caso es muy complicado. Me siento como Alicia en la madriguera del conejo.

—Te equivocas de libro —bromeó Tim—. Ese toca la semana que viene.

Todos reímos, lo que ayudó a relajar el ambiente. La segunda

ronda llegó y bebí un largo y muy necesitado trago. Ya era hora de apartar todo aquello de mi mente y tomarme un respiro.

# CAPÍTULO DIECINUEVE

—¿Qué es eso? —pregunté cuando tía Violet me tendió un tabloide a la mañana siguiente. Después de abrir la tienda, se había acercado a la cafetería de enfrente para darse un capricho y, por lo visto, comprar un periódico—. ¿Salgo yo?

Sentada detrás del mostrador, empecé a pasar las hojas ligeramente grasientas.

—Tú no —contestó, abriendo una caja de pastelería que contenía tartaletas de frambuesa y crema de limón. La dejó a mi alcance—. Página tres.

Encontré el artículo a la primera. ¿Autora de literatura infantil se pasa al crimen real?, rezaba el titular. Uf. Habían desempolvado una antigua fotografía de promoción en la que Iona firmaba libros. En un recuadro, aparecía Strawberry Cottage con el siguiente pie de foto: «El escenario del crimen».

Cogí una tartaleta de crema de limón y le di mordisquitos mientras leía el artículo, horrorizada. Se guardaban mucho de decir que Iona era culpable, aunque la noticia estaba salpicada de «presuntos» por todas partes, como si fuera confeti.

—Pues vaya, qué mal —murmuré.

Mi mirada recayó en la ventana, donde había apilado los ejemplares de la nueva edición de *Las niñas Strawberry*. Además de una posible cadena perpetua, ¿cómo iba a afectar aquello a la

carrera de Iona? ¿Su editor la abandonaría como si apestara? Les había ocurrido a otros autores por mucho menos.

¿Uno de los mejores libros infantiles de todos los tiempos acabaría mancillado por esas falsas acusaciones? Continuaba creyendo a pies juntillas que Iona era inocente. Inocente hasta que se demostrara lo contrario, ¿no era así como funcionaba? Recé para que encontraran al verdadero culpable. Cerré el periódico con brusquedad y me juré que no descansaría hasta haber agotado todas las posibilidades.

—Estas tartaletas están deliciosas —dije, negándome incluso a comentar el inquietante artículo—. ¿Quién iba a decir que algo cuajado pudiera estar tan bueno?

—Son mis preferidas —aseguró tía Violet.

Volvió la vista hacia la entrada de la tienda, donde tres mujeres jóvenes miraban por la ventana. La gente solía detenerse para contemplar a Clarence, que prácticamente vivía en el alféizar, pero ese día las había atraído algo distinto. La exposición de *Las niñas Strawberry*.

Indignado, Clarence se estiró con mucho teatro y un bostezo enorme, pero al ver que eso tampoco llamaba la atención, apretó el hocico contra el cristal, meneando la cola. Una de las mujeres lo saludó con los dedos, pero las otras dos lo ignoraron. Tras una breve charla, entraron en la tienda y cogieron sendos ejemplares de la pila.

—Allá vamos —mascullé mientras se acercaban al mostrador con paso decidido.

Clarence, sorprendentemente ágil considerando su corpulencia, se encaramó a los libros de un salto y se ovilló sobre ellos. «Bien hecho, Clarence».

—Lo bajaré de ahí —dijo tía Violet.

—¿Es cierto que la autora ha asesinado a alguien? —preguntó una de las mujeres, retirándose el pelo sedoso hacia atrás y mirando disimuladamente a sus amigas con regocijo.

—Aún es pronto para saberlo —contesté, cogiendo otra tarjeta de crédito y pasándola por el datáfono—. Inocente hasta que se

demuestre lo contrario.

La tercera mujer se apoyó en el mostrador.

—Es lo que suele decirse, ¿verdad? ¿Tú qué crees que pasó?

—No tengo ninguna opinión al respecto —mentí. Metí su compra en una bolsa mientras esperaba la respuesta de la tarjeta—. *Las niñas Strawberry* es uno de mis libros preferidos.

—Y mío también —aseguró a la que le tocaba pagar en ese momento—. Me emocioné mucho al enterarme de que iban a sacar una nueva edición.

La primera que había hablado le tocó el brazo.

—Pues agárrate, el marido de Iona York murió de una caída. Igual también lo mató ella.

—Ay, Stacey, qué truculento —dijo la amiga, arrugando la nariz.

—¿Verdad? —contestó Stacey con una sonrisita.

Ni se me había pasado por la cabeza esa posibilidad, básicamente porque Iona estaba en casa con las niñas la noche que él murió. No la imaginaba dejándolas solas para ir a matar a su marido. ¿Cuánto tardarían los tabloides en llegar a esa misma conclusión? ¿Un nanosegundo, quizá?

—Que lo disfrutes. —Arranqué el recibo de la máquina y lo metí en la bolsa—. ¿El siguiente?

Las jóvenes solo fueron las primeras de muchas otras personas. Me pasé toda la mañana eludiendo preguntas, comentarios y teorías sobre la supuesta culpabilidad de Iona York. La pila de libros menguó a una velocidad vertiginosa.

—Habrá que pedir más —dijo mi madre—. Voy a hacerlo ahora.

Buscó la página web del distribuidor en el móvil e inició sesión.

Tía Violet observó por encima de su hombro.

—No me explico cómo puedes hacer eso con el teléfono. Aún recuerdo cuando solicitábamos los pedidos por correo.

—Libros lentos —bromeé, refiriéndome al nombre por el que se conocía a ciertos movimientos artesanales como «comida lenta» o «costura lenta».

—Lentísimos —dijo tía Violet—. Tardaban semanas, a veces,

incluso meses.

Mi madre gruñó.

—Ya se han agotado.

—A ver. —Me pasó el teléfono—. Vaya. Y aún no tienen fecha de repuesto. La entrada de pedidos debe de haberlos pillado con la guardia bajada. Esperemos que lo reimpriman enseguida.

Tía Violet puso los ojos en blanco.

—No hay nada como una detención para convertirte en un autor superventas.

—No recomendaría ese camino —se apresuró a decir mi madre, recuperando el teléfono—. Estaba pensando en preparar unos sándwiches. ¿Qué os parece?

Se dirigió a la cocina mientras tía Violet y yo disfrutábamos de un breve momento de calma.

—Voy a tomar el aire —dije, y dejé el mostrador.

Con los gatos pisándome los talones, salí a la calle, donde habíamos colocado dos sillas. Después de sentarme, me recosté contra el respaldo de una y levanté la cara hacia el sol, sonriendo al ver que los gatos me imitaban. Hacía un día precioso. Se suponía que el cielo iba a aguantar despejado hasta el día siguiente, lo cual era perfecto para la recepción al aire libre de esa noche.

«La recepción al aire libre». De manera involuntaria, volví la vista hacia la tienda de bicis y noté que el estómago se me encogía de nervios y emoción. No había señal de Kieran, pero Tim estaba fuera, ayudando a un cliente a probar una bicicleta. Lo saludé con la mano y me respondió con el mismo gesto.

Una figura desgarbada avanzaba por la calle, sujetando con un brazo la pesada bolsa de la cámara que llevaba colgada del hombro. Kelsey Cook, la codiciada fotógrafa de los tabloides. Intenté hacerme pequeñita con la esperanza de pasar desapercibida. Kieran y ella eran amigos o, mejor dicho, tenían una relación lo bastante buena como para que ella lo dejara tranquilo cuando él se lo pedía. A cambio, Kieran a veces le daba exclusivas.

Evidentemente, me vio, y se acercó con paso tranquilo, mientras

una gran sonrisa asomaba en su rostro.

—Hola, Molly. ¿Tomando el sol?

Contrariada por que hubieran interrumpido mi momento idílico, agarré los brazos de la silla con fuerza.

—Eso hacía. —Empecé a levantarme—. Será mejor que…

—Siéntate, siéntate.

Ocupó la otra silla, se descolgó la bolsa y la dejó con cuidado en los adoquines.

—¿Qué haces por aquí? —pregunté—. ¿La recepción al aire libre?

Oh, oh. Pregunta equivocada. Se le iluminó la cara.

—¿Vas a ir a la fiesta con Kieran, Molly? —Su tono era burlón—. Menudo paso, ¿eh?

Me puse colorada, pero no contesté. Así era más fácil no meter la pata, como había aprendido a las malas.

Se volvió hacia el cartel de la ventana, prácticamente lo único que quedaba en exposición de *Las niñas Strawberry*.

—No estoy aquí por la fiesta; bueno, al menos hasta ahora. Me interesaba saber lo que opinas sobre lo de Iona York. Tengo entendido que estabas presente cuando apareció el cadáver de Robin Jones.

Me lo lanzó a bocajarro, como si exigiera una respuesta, y mientras trataba de recomponerme empecé a darle vueltas a la cabeza a la advertencia de Alexa de no hablar con la prensa. Por fin recordé lo que debía decirse en estos casos: «Sin comentarios».

—Sin comentarios.

—Anda, no me vengas con evasivas, Molly —protestó—. Tuvo que ser espantoso. Y pensar que estabas allí con la presunta asesina.

Me crucé de brazos para dejarle claro que su provocación no me hacía ninguna gracia. Si le dijera a Kelsey lo que pensaba de ella o de su periódico, la que saldría malparada sería yo. Y Kieran también.

—Creía que eras fotógrafa, Kelsey —dije, en lugar de contestar a su pregunta—. ¿Ahora también eres periodista?

Se pasó una mano por el pelo de punta y rio.

—Sí, estoy probando a ver. He pensado que, si consigo una primicia, puede que me dejen escribir algún artículo.

—Un consejo: afloja con las preguntas —dije con ironía—, o tus fuentes no dirán ni pío.

Kelsey sacó un paquete de cigarrillos y me lo enseñó como si me pidiera permiso. Cuando asentí, se encendió uno, procurando expulsar el humo lejos de mí.

—Sí, soy un poco agresiva, no puedo evitarlo. Pero no te queda otra si quieres obtener alguna foto. Odiosa, en realidad.

—Odiosa, efectivamente —convine, aunque sonreí para demostrar que bromeaba. Más o menos.

—Bueno, en cuanto a Robin… —insistió tras unas caladas.

No quería que me citaran, ni siquiera que me mencionaran en ninguna noticia relacionada con el asesinato. Si el asunto acababa en los tribunales, puede que me llamaran como testigo y, entonces, mi nombre sí que saldría en los periódicos, aunque esperaba que la cosa no llegara tan lejos.

—Kelsey, no quiero hablar del tema, ¿vale? A ver qué te parece esto: ¿y si te envío una foto exclusiva de Kieran y mía en la recepción al aire libre? —le propuse, adoptando la táctica de Kieran. Suponía que lord y *lady* Scott no permitirían la entrada de fotógrafos y, además, me aseguraría de que los dos saliéramos favorecidos—. Y puede que hasta te conceda una entrevista sobre el asesinato más adelante, dependiendo de cómo acaben las cosas.

Es decir, después de que declararan inocente a Iona. Cualquier otro resultado me parecería inaceptable.

Levantó la cabeza con brusquedad y vi el entusiasmo en sus ojos.

—Hecho.

Le dio otra calada al cigarrillo y luego se levantó, buscando un lugar donde tirar la colilla.

—Hay un cubo con arena allí, cerca de la farola —le indiqué al ver que miraba nuestros tiestos.

Deliberadamente colocado a una distancia prudencial de nuestro

edificio centenario.

—Nos vemos —se despidió después de apagar el cigarrillo, e incluso se aseguró de que estaba completamente enterrado, y echó a andar calle arriba, con el equipo colgando.

Volví a recostarme en la silla, aliviada por haber esquivado una bala; estaba bastante segura de haber salido bien parada de la conversación. Lo último que deseaba era decir algo inconveniente y que mi nombre apareciera en el periódico. No me parecía reprochable que Kelsey quisiera conseguir una primicia, pero no iba a ser yo quien se la diera.

—Ay, Molly. —A mi madre le brillaban los ojos de orgullo—. Estás preciosa.

Giré sobre mí misma para que pudieran verme bien en mitad de la tienda. Para complementar el vestido, llevaba unas sandalias color blanco crudo, varias pulseras, unos pendientes largos de brillantes falsos y un bolsito de correa larga —en el que apenas cabía el móvil, un pintalabios y las llaves— colgado del hombro. Me había dejado el pelo suelto y me lo había ondulado.

Tía Violet se colocó bien las gafas y me miró de arriba abajo.

—Muy guapa, cariño. Definitivamente, estarás a la altura.

De pronto, me invadió el pánico. Iba a conocer a lord y *lady* Scott. Ese mismo día. Más o menos al cabo de media hora. Estuve a punto de limpiarme las manos sudorosas en el vestido, aunque me detuve a tiempo.

—Lavabo —dije para explicar mi huida repentina mientras me alejaba.

Quería lavármelas con agua templada y secármelas bien, mi truco para evitar apretones de manos sudorosos.

«Imagínate saludar así a la madre de Kieran», pensé, abriendo los dos grifos. Sería como llevar escrito «pringada» en la frente. Uf. El derrotero que habían tomado mis pensamientos no me estaba ayudando.

—*God save the queen* —tarareé, tratando de distraerme mientras me lavaba las manos.

Alguien llamó a la puerta.

—Kieran ya está aquí —anunció mi madre.

Hora de salir al escenario.

—Un momento.

Cogí toallas de papel y me sequé las manos.

Cuando volví a la tienda, Kieran estaba junto al mostrador, charlando con mi madre y tía Violet… totalmente para comérselo con su camisa blanca, su chaqueta azul marino y los pantalones blancos. Llevaba una pajarita estampada con una especie de blasón heráldico. ¿El escudo de armas de la familia?

Se le iluminaron los ojos cuando me vio.

—Guau, Molly, estás preciosa.

Mullí el vestido y me atusé el pelo, incluso batí las pestañas. Muy poco propio de mí, pero no pude evitarlo.

—¿De verdad? Tú tampoco estás mal.

Me ofreció el brazo.

—Su carruaje está listo.

Aparcado al otro lado de la ventana, había un Land Rover plateado y reluciente con, por supuesto, una baca para bicis en la parte trasera y en el techo.

—Ah, qué bien, no vamos en bici.

Como el acceso a los vehículos de motor estaba muy restringido en el centro de la ciudad, nunca había visto a Kieran en coche.

—Lo había pensado —confesó—, pero ya no les quedaban tándems.

La imagen de nosotros dos pedaleando por la carretera, vestidos de punta en blanco, me hizo reír. La puerta de la tienda estaba abierta, pero se adelantó para abrir la del Rover. Me deslicé en un asiento de cuero color mantecoso, envuelta en una ráfaga de aire acondicionado.

Después de cerrar la puerta con cuidado, Kieran rodeó el coche y se puso tras el volante.

—¿Lista? —preguntó, comprobando si me había abrochado el cinturón. Luego se inclinó y me dio un beso muy suave—. No vaya a correrse el pintalabios.

—Qué entrenado estás —bromeé.

Nos pusimos en marcha y el coche avanzó por los adoquines dando pequeñas sacudidas. Inspiré hondo y espiré despacio, tratando de mantener la calma y permanecer tranquila.

Kieran puso *rock* suave y apenas dijimos nada mientras salíamos de la ciudad. Estudiando su perfil, me pregunté si él también estaría nervioso. Me sonrió.

—¿Qué tal el día?

—Hemos vendido hasta el último ejemplar de *Las niñas Strawberry* —dije—. Al distribuidor ya no le quedan existencias.

—¿Un supervenías instantáneo? —preguntó con un humor cargado de ironía.

—Más o menos. Ah, y he tropezado con Relsey Cook. —Le conté lo que había ocurrido, incluido que le había prometido que le enviaría una foto de los dos. Me sentí un poco incómoda al comprender que tendría que haberle preguntado antes—. Espero que no te importe.

—Me parece bien —aseguró—. No sé dónde deberíamos sacárnosla. —Lo pensó un momento—. Lo eliges tú, ¿te parece? Nos escaparemos y te haré una visita guiada privada.

—Me encantaría —dije, pensando que sería una buena excusa para hacer una escapada si me agobiaba demasiado en la fiesta.

Cuando llegamos a Hazelhurst, tomamos el desvío hacia la mansión de su familia, indicado por una señal. Aunque últimamente había estado bastante en el pueblo, nunca había visto su casa. Sí en internet, una o dos veces, pero me había sentido tan incómoda que me había prohibido hacer la visita virtual o buscar más imágenes.

Basta con decir que no estaba preparada. Kieran se detuvo frente a la verja abierta, flanqueada por unos pilares de piedra gigantescos, para identificarse ante los dos guardias de seguridad. Nos hicieron una seña para que continuáramos por un camino serpenteante que

atravesaba un bosque bien cuidado, árboles frutales y huertos con invernaderos. Una propiedad extensa y exuberante.

Doblamos una curva y la laberíntica mansión de piedra, con sus alas, torres y tejados a dos aguas, apareció a la vista, rodeada de agua.

Sí, tenía un foso de verdad.

—¿También hay un puente levadizo? —murmuré.

Kieran me miró de reojo.

—Ya no —contestó, como si no lo hubiera preguntado de broma —. Ahora solo está el arco de entrada. También construimos un puente que lleva a los jardines formales. Luego te lo enseño. —Conforme nos aproximábamos, empecé a ver hileras de vehículos aparcados a lo largo del camino—. Por lo general, se entra con el coche hasta el patio, pero esta noche se usará.

Cuando nos detuvimos cerca del antiguo puente levadizo, un aparcacoches vino a nuestro encuentro.

—Tony, ¿cómo estás? —lo saludó Kieran, tendiéndole las llaves—. Déjalo de manera que pueda huir a toda pastilla, ¿vale?

Tony se inclinó para echarme un vistazo por la ventanilla con una sonrisita traviesa en los labios.

—No te preocupes.

—¿Siempre huyes de casa de tus padres? —le pregunté mientras caminábamos hacia el puente, que estaba flanqueado de farolas.

Los grillos cantaban y una rana croó en alguna parte, entre los nenúfares.

Kieran tensó el brazo y atrajo mi mano a su costado.

—Por lo general, no. Esta noche iré donde tú quieras. —Se detuvo para besarme—. Estas fiestas me dan completamente igual, de verdad.

—Improvisaremos sobre la marcha —dije.

Kieran era un regalo del cielo. Muchos hombres en su misma situación, si no la mayoría de ellos, aprovecharían, incluso usarían su posición social, para medrar en la vida. Aunque, si él fuera así, yo no estaría allí, eso lo tenía claro.

Conforme cruzábamos el puente nos envolvió la música clásica. Atravesamos el arco y entramos en el patio, cuyo centro estaba ocupado por unas mesas redondas con manteles de hilo, una zona de bufé y dos barras. La pequeña orquesta tocaba en un rincón y, justo enfrente, subiendo unos escalones bajos y amplios, unas puertas francesas abiertas daban a un lujoso salón.

Con un brazo alrededor de mi cintura, Kieran me guio entre los grupos de invitados, que bebían y charlaban.

—¿Quieres algo de la barra?

—Después de, eeeh, conocer a tus padres.

Sentí que se me cerraba el estómago. Al fin había llegado el momento de la verdad y, sinceramente, quería quitarme aquello de encima cuanto antes.

Asintió con la cabeza a modo de aprobación y continuamos hacia la mansión. La gente que encontrábamos por el camino intentaba atraer su atención, incluso lo llamaba por su nombre, pero él no se detuvo en ningún momento y siguió adelante, disculpándose con una sonrisa. Notaba sus miradas clavadas en mí, repasándome de arriba abajo, mientras anotaban mentalmente hasta el último detalle. Mantuve los ojos al frente y la barbilla alzada, tratando de respirar de manera acompasada.

Conforme nos acercábamos a los escalones, donde esperaban lord y *lady* Scott, empecé a oír el latido de mi corazón en los oídos. *Lady* Asha, una mujer menuda y de melena brillante que le llegaba a la cintura, llevaba un vestido de tubo rojo largo hasta el suelo, a conjunto con un chal de lentejuelas. Estaba impresionante, y sus gestos destilaban elegancia mientras hablaba con sus invitados. A su lado, sir Graham era una figura imponente, de porte casi estirado y facciones angulosas y atractivas.

Sin apartar el brazo de mi cintura, Kieran y yo subimos los escalones. La pareja que hablaba con los Scott desapareció. *Lady* Asha echó un vistazo a su alrededor y una sonrisa radiante iluminó su cara cuando reparó en nosotros. Pensé que iba a saludar a su hijo, pero las manos extendidas y aquellos ojos cálidos, rodeados de

arruguitas, eran para mí.

—Molly. —Tomó mi mano, sorprendentemente seca, entre las suyas—. Me alegro mucho de conocerte. —Le lanzó una mirada burlona a Kieran—. No para de hablar de ti.

«¿De verdad?». Traté de concentrarme, esperando no haber dicho aquello en voz alta.

—Yo también me alegro mucho de conocerla —dije, conteniendo el impulso de hacer una reverencia.

—Esta noche habrá demasiado jaleo para poder hablar con tranquilidad —comentó *lady* Asha—. Tenéis que volver otro día. ¿Qué os parece venir a comer el domingo?

Las cejas enarcadas eran para Kieran.

—Nos parece bien, mamá. —La besó en la mejilla y, a continuación, le tendió la mano a su padre, quien lo atrajo hacia sí para abrazarlo un segundo—. Papá.

Cuando lo soltó, lord Graham estrechó mi mano.

—Un placer conocerte, Molly. Espero que disfrutes de la velada.

—Eso procuraré, gracias —dije—. Una fiesta encantadora.

Había invitados apelotonándose a nuestra espalda, en los escalones, con ganas de llegar hasta los Scott, de manera que Kieran y yo intercambiamos las últimas sonrisas con sus padres y nos hicimos a un lado.

Vaya. Una cosa menos. Pensé que había ido bien. De hecho, su madre había estado perfecta. Me había saludado a mí primero, y eso me había hecho sentir bienvenida de verdad, no un mero apéndice de su querido hijo.

—¿Quieres algo para beber? —preguntó Kieran mientras bajábamos los escalones a toda prisa.

Con una risa de alivio y alegría, le tomé la mano, sin preocuparme de que la gente nos mirara.

—Venga.

El camarero nos preparó un par de cócteles, el combinado estrella de la fiesta. Además de ginebra, llevaba menta, rodajas de pepino, zumo de piña y vino espumoso.

—Refrescante —dije, después de beber un sorbo.

Kieran entrechocó su copa con la mía.

—Por nosotros.

Volvió a ofrecerme el brazo y paseamos por el patio con la bebida en la mano. Como hijo de los anfitriones, conocía a casi todo el mundo, por descontado.

Me presentaron a tantas personas que todas acabaron desdibujándose. *Lady* esto. Lord aquello. El honorable tal.

—Dime que luego no hay un concurso —le susurré cuando ascendíamos la escalera que conducía a la casa durante la visita guiada privada que me había prometido.

—¿No te lo había dicho? —Kieran fingió cara de sorpresa—. Si aciertas los nombres, hay un premio detrás de una puerta.

—Mecachis —me lamenté, chasqueando los dedos—. Pierdo seguro.

—Molly —oí que me llamaba alguien.

Nos volvimos y vimos a Daisy y a Tim justo detrás de nosotros.

—¿Acabáis de llegar? —pregunté, saludando a Daisy con un abrazo.

Estaba encantadoramente ruborizada y con el pelo un poco revuelto.

—Pues sí —contestó, incapaz de contener una sonrisa—. Tim se ha perdido.

—Ya… —dijo Kieran con una de sus sonrisas maliciosas—. ¿Ha picado, tío?

Daisy y Tim intercambiaron una mirada animada y entrelazaron los dedos.

—Digamos que he visto zonas de Hazelhurst que ni siquiera sabía que existían —contestó Daisy.

—Kieran me está enseñando la casa —les informé—. ¿Queréis venir?

—Me encantaría —afirmó Daisy, mirando a su alrededor—. Este lugar es increíble.

—Pertenece a mi familia desde hace cinco siglos —dijo Kieran

con un deje de orgullo en la voz—. La verdad es que es un milagro que hayamos podido conservarla.

No estaba siendo modesto. Muchas familias se habían visto obligadas a vender sus hogares tras las guerras mundiales o porque no podían hacer frente al impuesto de sucesión.

—Me pasa lo mismo con la librería —dije.

Nuestra herencia, aunque ni de lejos tan refinada, se remontaba a casi tantos siglos como la de los Scott.

Llegamos a las puertas francesas.

—Seguidme —nos pidió Kieran haciéndonos un gesto—. Este es el salón del ala oeste —anunció con tono formal de guía turístico, aunque el brillo de sus ojos lo delataba. Estaba sobreactuando—. Nótese el techo blasonado.

Miramos arriba obedientemente.

Por lo general, los techos artesonados están formados por cuadrados o rectángulos enmarcados por vigas. Este estaba decorado con motivos con forma de estrella, y el escudo de la familia aparecía pintado en el interior de algunos cuadrados. La estancia era espaciosa, salpicada de zonas de sofá y con dos chimeneas en la pared del fondo.

—Aquí cabrían tres cafeterías —observó Daisy—. Menudo salón.

—Antes, vivían decenas de personas en la casa —dijo Kieran—. Además, los Scott siempre han sido muy dados a recibir visitas.

Nos guio por la estancia mientras mirábamos todo boquiabiertos. El lugar estaba repleto de obras de arte —cuadros, jarrones, estatuillas— y los muebles eran verdaderas antigüedades.

—La siguiente habitación te va a encantar, Molly —anunció.

Cruzamos un amplio vestíbulo, revestido de madera labrada, del que partía la escalera, antes de entrar en la biblioteca de mis sueños. Paredes recubiertas de un sedoso papel rojo, espejos dorados y arañas de cristal contribuían a la opulencia de la habitación, pero yo no podía apartar la mirada de las librerías. Miles de ejemplares llenaban los altos estantes.

—Ni siquiera sé lo que hay aquí —afirmó Kieran, riendo—. Hace

siglos que no se actualiza el catálogo.

Me acerqué a una estantería sin prisa e inhalé aquel aroma que adoraba. Papel viejo, pegamento y cuero.

—Si algún día os decidís a hacerlo, avisadme. Me apunto.

¿Qué tesoros encontraríamos?

—No te preocupes —dijo Kieran—. Se lo diré a mi madre.

—Enséñales el escondite del cura —le pidió Tim—. Eso sí que mola. —Me lanzó una sonrisita burlona—. Aparte de los libros, claro.

—¿El escondite del cura? Es un compartimento secreto, ¿verdad?

Se construyeron para ocultar a curas durante la época en que los reyes ingleses prohibieron profesar el catolicismo.

—Exacto —dijo Kieran—. Seguidme.

Volvimos a la escalera y subimos un tramo. Luego avanzamos por varios pasillos largos hasta una torrecilla que hacía esquina, donde nos mostró un compartimento de paredes de piedra.

—¿Es esto? —pregunté. Se podía acceder a él de manera sencilla y no estaba exactamente oculto.

Negó con la cabeza.

—Esto es el retrete. De hecho, ahora mismo estamos sobre el foso.

—Uf —dije, imaginando el efecto que tendría en la calidad del agua durante el tiempo que ese lavabo estuvo en uso.

—Supongo que cruzarlo a nado era otro elemento disuasorio —comentó Kieran, haciéndonos reír. A continuación, palpó el suelo, levantó una sección y dejó a la vista una entrada—. Aquí está. —Debajo había un espacio de unos noventa centímetros de ancho. Lo único que lo salvaba era que el techo alcanzaba casi los dos metros de altura—. ¿Alguien quiere probarlo? Me he metido muchas veces. Mi hermano y yo jugábamos a curas y soldados.

—No, gracias —dijo Daisy, echando un vistazo al interior—. Ahí dentro me volvería loca.

—Mejor eso que te colgaran en la horca —opinó Tim—. O que te metieran en la cárcel.

Me estremecí imaginando a aquellos pobres hombres,

agazapados allí dentro, a la espera de que los liberaran. ¿Y si se olvidaban de ellos?

—Ahí abajo nunca han encontrado huesos, ¿verdad?

—No.

Kieran se inclinó para devolver la losa a su sitio.

Hablar de huesos antiguos me llevó a pensar en el yacimiento de Thornton Hall. Y de ahí a los túneles de la propiedad. De pronto, me asaltó una idea.

—¿También hay un escondite del cura en Thornton Hall? —pregunté.

—Que yo sepa, no —contestó Kieran, levantándose y limpiándose las manos—. ¿Por qué?

—Pero sí hay túneles —observé, con el pulso acelerado—. ¿Adónde llevan?

Kieran frunció el ceño.

—No lo sé muy bien. ¿Por qué lo dices?

—Igual sí que hay un escondite en Thornton Hall donde ocultar a alguien —grité prácticamente. Mi voz resonó en la habitación de piedra. Estaba convencida de que tenía razón—. ¿Y si Poppy nunca abandonó la casa?

# CAPÍTULO VEINTE

Los tres se quedaron mirándome.

—Pero el coche… —empezó a decir Tim.

Agité el brazo con impaciencia.

—El secuestrador lo trasladó para despistar a todo el mundo. Funcionó, ¿no? Ahora están buscando a Poppy por toda Inglaterra y Europa cuando sigue en Hazelhurst.

Kieran se agarró un codo y utilizó la otra mano para rascarse la barbilla.

—Hummm… Supongo que es posible. Si ocurriera aquí, entonces sí, sabríamos dónde buscar, pero no conozco Thornton Hall tan bien, solo los cuatro sitios en los que solíamos meternos.

—Seguro que Ben y Rose sí —dije exultante—. Se alojan allí. ¿Y si vamos a preguntarles?

Ahora que había dado con una nueva línea de investigación, no veía el momento de ir. La pobre Poppy llevaba días encerrada. Esperaba que alguien le proporcionara agua y comida. Si la había ocultado Robin… Me obligué a apartar de mi mente esa horrible posibilidad, la cual, además, solo apremiaba la búsqueda. ¿Cuánto podía sobrevivir una persona sin agua?

—Vamos.

Kieran atravesó el amplio vestíbulo con paso decidido y los demás prácticamente tuvimos que correr para no quedarnos atrás. No quería arriesgarme a perderme en ese laberinto.

Nos condujo a una escalera trasera, avanzamos por un pasillo y salimos por unas puertas al puente del jardín. Empezaba a anochecer. El cielo estaba teñido de un resplandor dorado y los arbustos ornamentales y los árboles se alzaban oscuros y misteriosos. Solo se oía el crujido de nuestros pasos sobre la gravilla y el chapoteo del agua en las fuentes.

—Ah, ya hemos llegado.

El Land Rover de Kieran esperaba completamente solo bajo un roble.

—¿Y las llaves? —pregunté, pensando en el aparcacoches.

Rebuscó en el bolsillo.

—Tengo otro juego.

Subimos al coche y salió de la propiedad por un largo camino trasero que cruzaba el bosque y los campos de heno, al final del cual había una verja. Kieran introdujo un código para abrirla.

Por un momento, me pregunté si en la fiesta se habrían dado cuenta de nuestra ausencia y me sentí un poco culpable por habernos escabullido sin despedirnos siquiera de sus padres.

—Kieran. Tus padres. ¿No deberíamos…?

—No te preocupes —dijo sin apartar la vista de la carretera, que se desovillaba a demasiada velocidad ante nosotros—. Les enviaré un mensaje y les diré que nos hemos ido por una urgencia. No pasa nada. Saben que no me van estas cosas.

Decidí hacerle caso y me concentré en lo que debíamos hacer a continuación. Cuanto más lo pensaba, más convencida estaba de que Poppy seguía en alguna parte de Thornton Hall. Nadie la había visto desde la muerte de Robin.

Kieran redujo la marcha para tomar un desvío hacia un camino conocido. Nos dirigíamos a Thornton Hall desde la dirección contraria. Avanzamos poco a poco, buscando la entrada.

Unas luces cabecearon en los campos que se extendían a nuestra izquierda.

—¿Qué es eso? —preguntó Daisy—. ¿Siguen trabajando en el yacimiento a estas horas?

—Parece que están en los túmulos —dijo Tim—. ¿También van a excavarlos?

—No, que va. —La preocupación hizo que mi voz sonara estridente—. Rose dijo que no tenían acceso a ellos.

Alguien estaba llevando a cabo una excavación ilegal.

Kieran frenó y lo agarré del brazo.

—Sigue. Hagamos como que no hemos visto nada.

—¿Por qué? —preguntó Daisy—. ¿No deberíamos llamar a la policía? ¿O al menos a Geoffrey Thornton?

—Aún no. No sabemos de quién se trata.

Aunque tenía mis sospechas.

Kieran volvió a aminorar la velocidad al llegar al desvío hacia Thornton Hall.

—No te pares —dije—. Quiero que crean que nos hemos ido y así luego podemos volver sin que nos vean para averiguar qué está pasando.

Saqué el móvil del bolsito y busqué el número de sir Jon. No iba a llamarlo todavía, pero quería estar preparada.

—¿Estás segura? —preguntó Kieran mientras dejaba la mansión atrás—. No es asunto nuestro.

Me eché a reír.

—Si están robando nuestro patrimonio nacional, sí que lo es.

Tim silbó.

—Tienes razón. Seremos héroes.

—Para aquí —dije, señalando el desvío hacia Strawberry Cottage.

Con Iona en la cárcel hasta el lunes, no molestaríamos a nadie.

Kieran avanzó hasta la mitad del camino de entrada y detuvo el coche.

—Cerrad las puertas con cuidado —avisé a los demás cuando bajamos—. Y hablad en voz baja a partir de ahora.

—Sí, señora.

Daisy avanzó de puntillas de manera cómica.

Me tapé la boca con la mano para contener una carcajada.

—Para.

Un anochecer de tintes morados se instaló a su alrededor, de modo que la visibilidad era casi nula en la carretera desierta. Los cuatro avanzamos a trompicones en mitad de la oscuridad, sin atrevernos a encender los móviles para alumbrar el camino. Los grillos cantaban y los setos altos nos envolvían en susurros.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Daisy cuando notó el movimiento de algo de cierto tamaño.

Nos detuvimos y prestamos atención.

—Será un animal —dijo Kieran.

Pensé en la preocupación de Poppy y Rose por los osos. Si estuviéramos en Vermont, entonces sí, encontrarse con un oso sería una posibilidad real. Igual que un alce o un ciervo; hasta coyotes y martas pescadoras. En comparación, la campiña inglesa parecía bastante menos peligrosa, salvo por los asesinos.

Los setos desaparecieron cuando llegamos a la finca de Thornton Hall. Las luces seguían cabeceando en el campo, cerca del túmulo rodeado de zarzas. Oteé el terreno mientras pensaba en cómo acercarnos sin que nos vieran.

Kieran me tocó el brazo y señaló algo con un gesto apenas perceptible.

—¿Por qué no seguimos la carretera hasta ese bosquecillo y cortamos por ahí?

—Pero habrá que rodear los árboles —repuse—. Si no, tropezaremos con las raíces y puede que rompamos alguna rama. Haríamos demasiado ruido.

Intuí que asentí, porque apenas veía nada.

—Tienes razón, pero si no nos apartamos de su sombra, seremos menos visibles.

Bastante menos que si atrochábamos campo a través a plena vista. A pesar de que no había luna y la oscuridad era casi completa, se percatarían de cualquier movimiento.

Continuamos por la carretera, rezando para que no apareciera ningún vehículo. Aunque tratáramos de agazaparnos a un lado, los faros nos delatarían.

Después de una eternidad, llegamos a la arboleda. Una cosa menos. Solo faltaba saltar una cuneta y cruzar un campo. Y yo llevaba sandalias con tacones.

—¿Todo bien, Molly? —preguntó Kieran.

—Los zapatos. —Levanté un pie—. ¿Y si voy descalza?

—Mejor no —dijo—. Los rastrojos te destrozarán los pies.

En ese caso, tendría que apañármelas. Si las sandalias quedaban para el arrastre, pues no me quedaría otra que comprarme unas nuevas.

Saltamos la cuneta y, cómo no, metí un pie en el agua. Ahora, además de coja, también chapoteaba.

La distancia hasta el túmulo parecía insalvable. ¿Y si dejaban de trabajar antes de que llegáramos? ¿Y si nos veían? Técnicamente, estábamos allanando una propiedad. ¿Desaparecería mos como Poppy?

Rodeamos los árboles, con cuidado de permanecer siempre a su sombra. El siguiente obstáculo era el extenso muro de zarzas. Nadie había desbrozado esa zona desde hacía años.

Cuando al cruzarlas el vestido se me enganchó en las zarzas, tiré con suavidad de la tela, confiando en que no se estropeara demasiado.

Finalmente, llegamos a un lugar desde donde podíamos ver algo. A la luz de unos farolillos de *camping*, el doctor Holloway y Geoffrey Thornton iban de aquí para allá, entrando y saliendo por un acceso construido con piedra que quedaba medio oculto por unos montecillos de hierba. Había varios objetos junto a los farolillos: vasijas de cerámica, algo que desprendía brillos dorados y una cajita labrada. Un camión de granja esperaba cerca de allí, listo para transportar la mercancía.

—No me gusta hacer las cosas de esta manera —protestó Holloway—. Seguro que estamos destruyendo todo tipo de información arqueológica importante.

Geoffrey puso los brazos en jarras.

—No hay tiempo para llevar a cabo una excavación como es

debido. La muerte de Robin es como un pararrayos. A partir de ahora, las autoridades no van a quitarle los ojos de encima a la propiedad.

Las sombras deformaron las facciones de Holloway cuando frunció el ceño.

—¿Nos delató? Había empezado a dudar de si no estaría jugando a dos bandos. ¿Recuerdas cómo nos daba largas con el último lote?

—Desde luego —contestó Geoffrey con tono cortante—. Razón de más para llevarnos lo más importante cuanto antes. —Rio con sequedad—. ¿Quién va a mirar en la tumba de mi tatarabuela?

Kieran dio un respingo, sorprendido, y recordé los túneles que había mencionado, entre ellos el que, probablemente, desembocaba en una cripta del cementerio de Thornton Hall.

—Menos mal que ahí dentro solo hay sarcófagos de piedra —dijo Holloway—. Estoy harto de huesos. —Bebió de una cantimplora y se limpió la boca con el brazo—. Venga, espabilemos, que quiero acabar esta noche, me da igual a la hora que sea.

Aquello significaba que aún seguirían trabajando un rato. Toqué los brazos de mis amigos para indicarles que regresáramos a la carretera. Había llegado el momento de ponerse en contacto con sir Jon.

Después de volver sobre nuestros pasos como pudimos, aún caminamos un trecho por la calzada para asegurarnos de que no alcanzaran a oírnos. Saqué el móvil y les conté el plan entre susurros. Para no tener que hablar, envié un mensaje a sir Jon, con la esperanza de que lo viera. Si no, no me quedaría más remedio que llamarlo.

«G y H saqueando tumbas. TH. Dese prisa».

Recibí su respuesta casi al instante.

«De camino. Aguanta», contestó.

«¡Hurra!», dije para mis adentros.

—Está de camino. Ahora hay que encontrar a Poppy.

Saber que los ladrones usaban la cripta y, muy posiblemente, los túneles reforzó mi convicción de que Poppy continuaba en la

propiedad.

—Tengo una idea —dijo Tim—. ¿Y si Daisy y yo esperamos a sir Jon mientras vosotros dos vais a la mansión? Cuando llegue la policía, les informaré de dónde estáis.

—¿Seguro? —pregunté, bastante de acuerdo con la propuesta. Daba igual quién de nosotros se quedara, siempre que hubiera alguien allí para poner al corriente a sir Jon y a la policía.

—Marchaos —dijo Daisy, dándome un suave empujón en el hombro—. Como la pobre Poppy esté ahí abajo, rodeada de sarcófagos de piedra… Es tan espantoso que no me lo puedo ni imaginar.

—Esperadlos más adelante —les aconsejó Kieran—. Así podréis parar a sir Jon antes de que llegue aquí y no levantar la liebre.

—Sí, buena idea —convine, cruzando ya la carretera hacia Thornton Hall.

Siguiente parada: las cuadras reconvertidas en garaje para hablar con Rose y Ben.

Cuando llegamos, las luces del piso de arriba estaban encendidas. Llamé a la puerta de abajo y giré el pomo, para ver si estaba abierta. Lo estaba.

—¿Hola? —llamé—. Soy Molly. Y Kieran.

Ben apareció en lo alto de la escalera y se echó a reír cuando reparó en cómo íbamos vestidos, aunque tenía más cara de cansancio que nunca. Iba descalzo y vestía unos pantalones cortos que se caían a trozos y una camiseta.

—Venís de visita, ¿verdad?

—No exactamente —contestó Kieran, que me dejó pasar primero —. Molly cree saber dónde está Poppy.

Oímos un grito seguido de unas pisadas amortiguadas. Rose apareció junto a Ben en lo alto de la escalera.

—¿En serio? ¿Dónde?

—Es solo una teoría. —Intenté respirar, subir los escalones y hablar al mismo tiempo—. Aunque coge fuerza con cada minuto que pasa. —La esperanza iluminó el rostro de ambos—. Estoy convencida

de que nunca abandonó Thornton Hall. Creo que podría estar en los túneles.

Intercambiaron una mirada.

—¿En los túneles? ¿Son transitables todavía? —preguntó Ben.

—Cuando se los indiqué a Geoffrey en un mapa de la propiedad, dijo que todos se habían hundido —apuntó Rose.

—Geoffrey es un mentiroso.

Sentí la tentación de contarles lo que se traía entre manos, pero me contuve. Lo averiguarían muy pronto, cuando lo detuvieran. Sí, técnicamente los túmulos le pertenecían, pero ¿saquearlos al amparo de la noche sin importarle su fragilidad y sin dar parte de los hallazgos? Pisaba un terreno muy muy peligroso.

Ben metió los pies en unas chancletas, listo para entrar en acción.

—Echemos un vistazo a ese mapa. Si Poppy está ahí abajo, hay que encontrarla y sacarla.

—Está en la sala de billar —dijo Rose.

Ben pasó por nuestro lado y bajó la escalera como pudo, a toda prisa. Lo seguimos, contagiándonos de su apremio.

—¿Sabéis si Geoffrey está en casa? —preguntó, volviendo la cabeza—. Preferiría no toparme con él.

—Ahora mismo no —aseguré—. Lo hemos visto, eeeh, fuera.

Ben entró en la mansión por una puerta lateral y nos guio por un pasillo flanqueado de colgadores e hileras de botas.

—La sala de billar está por aquí…

Desapareció por una puerta abierta y accionó el interruptor. Las luces del techo iluminaron una habitación decorada con trofeos, armas antiguas y óleos con temática de caza. La mesa de billar estaba preparada para una partida, con las bolas colocadas en el triángulo y los tacos alineados en la pared.

—Está allí.

Rose cruzó la estancia y señaló una lámina enmarcada.

En cualquier otra ocasión, me habría encantado estudiar el mapa de la propiedad dibujado a mano hacía más de un siglo. Esa noche

me centré en las líneas de puntos que, según la leyenda, indicaban la existencia de túneles.

—La torre está más cerca de la casa de lo que creía. —Señalé el círculo que representaba la construcción—. Los caminos llevan a distintas partes.

Kieran examinó con atención esa zona del mapa, siguiendo las líneas con el dedo.

—El túnel conduce a la torre. ¿Lo veis? Empieza aquí, en la casa. Hay una rama que viene del cementerio y enlaza con él.

—La torre es más antigua que la mansión —apuntó Rose—. Forma parte de la arquitectura original, que se acercaba más a una fortificación.

—¿Dónde está la entrada del túnel que llega hasta la casa? —pregunté, pensando que podría ser una opción.

Rose negó con la cabeza.

—No estoy segura, y no sé si vale la pena ponernos a fisgonear ahora. ¿Y si empezamos por la cripta?

Inspiré hondo.

—Pues al cementerio. Vamos. —Eché un vistazo a mis embarradas y maltrechas sandalias y luego a los pies de Rose—. ¿Qué talla usas? Estaría bien quitarme esto.

Rose no solo me prestó unas zapatillas de deporte, también me dejó unos vaqueros y una camiseta. Con un atuendo más adecuado para la misión, partimos, equipados con linternas, una bolsa de herramientas y cantimploras, además de una pila de sándwiches de jamón que Ben había preparado en un santiamén, por si Poppy tenía hambre.

Así de seguros estábamos, animados por la convicción de que la encontraríamos. Salvo por el poni, podríamos haber sido las niñas Strawberry yendo a rescatar a la princesa.

Atravesamos el jardín formal y seguimos un camino flanqueado de hayas rojas. Situado en una arboleda, una verja de hierro daba

paso al pequeño cementerio, rodeado por un muro de piedra. Cruzamos un arco y fuimos abriéndonos camino con cuidado entre las lápidas, que asomaban de la hierba como dientes mellados. Habíamos decidido no usar las linternas para no llamar la atención, por lo que nos guiábamos por el contraste entre la piedra blanca y la hierba crecida.

La cripta emergió de pronto ante nosotros, un edificio bajo y rectangular. En las paredes había atornilladas unas placas de latón en las que se identificaba a los ocupantes de la sepultura.

Ben le dio un tirón a una de las altas puertas de hierro.

—Está abierta —dijo—. No hace falta usar la palanqueta.

La abrimos un poco más para poder pasar.

Me quedé pegada al suelo, aterrada por lo que pudiera encontrarme. ¿Visitar cementerios?, ningún problema. Incluso disfrutaba con la antigua y humana costumbre de admirar las lápidas talladas y estudiar las inscripciones.

¿Entrar en una cripta donde había cadáveres de verdad? Bueno, eso ya no me gustaba tanto.

—¿Molly? —Kieran estaba a mi lado, agarrándome de la mano—. ¿Estás bien?

—Supongo. No quiero entrar ahí.

Acercó su cabeza a la mía.

—No te preocupes. No se ve nada.

Di un paso a regañadientes.

—Si no buscáramos a Poppy…

—Si no fuera por eso, te aseguro que no me encontraría aquí. —Me dio un apretón en la mano y la soltó—. ¿Vamos?

Ben y Rose ya habían entrado.

Unos peldaños de piedra descendían hacia el interior de la cripta. Ben había encendido una linterna, por lo que pude ver unas verjas metálicas a ambos lados del pasillo. Supuse que las sepulturas se hallarían al otro lado.

—El túnel está por aquí. —Ben enfocó la pared del fondo con la linterna.

Rose nos esperaba allí, junto a una entrada de la que partía otro tramo de escalera que descendía hacia la oscuridad. Una ráfaga de aire frío y húmedo, impregnado de olor a herrumbre, tierra y agua, soplaba en el túnel.

—¿Listos? —preguntó Ben—. Kieran, ¿por qué no vas tú detrás con esta linterna? —Le tendió una—. Yo iré delante.

Me puse a la espalda de Rose mientras Kieran la encendía.

—Qué bien que los dos seáis arqueólogos —dije—. A ninguno le pone nervioso meterse bajo tierra, ¿verdad?

—Me da la vida —dijo Rose con un tono alegre que fue apagándose rápidamente—. Bueno, menos cuando lo que busco es a mi hermana.

Sonó tan triste que le di un abrazo fugaz.

—Vamos a encontrarla, Rose. Lo sé.

Lo decía en serio, no era una intuición, sino una certeza que iba más allá de una idea consciente.

—Iremos poco a poco —dijo Ben—. Quiero examinar las paredes y el techo del túnel a medida que avancemos. Ante la mínima señal de que se ha producido un hundimiento o de que puede producirse uno, nos largamos de aquí.

—Entendido —respondió Kieran, recorriendo las paredes de piedra compacta con la linterna—. De momento, parece una construcción sólida.

Ben empezó a bajar dirigiendo el haz de luz a todas partes para inspeccionar la estructura. Agradecí el resplandor que procedía de detrás y que me iluminaba los pies. Los escalones eran muy empinados y cortos y habría sido muy fácil caerse.

Al final de la escalera, el túnel se adentraba en la oscuridad. Antes de continuar, Ben enfocó a todas partes con la linterna.

—¿Qué ha sido eso?

Algo había lanzado un destello en una pared. Dirigió la luz hacia allí de nuevo, lo que puso al descubierto un rincón lleno de objetos, muchos de ellos metidos en cajas de madera.

—Aquí es donde clasifican lo que encuentran —deduje.

—¡¿Qué?! —exclamó Ben—. ¿Insinúas…?

—No sabíais nada, ¿verdad? —dije, viendo que estaba sinceramente sorprendido—. Holloway y Geoffrey Thornton llevan saqueando este lugar desde hace décadas.

—La corona —musitó Rose—. Seguro que uno de los túmulos es su cámara funeraria.

La princesa anglosajona, la princesa Audrey, aunque era probable que Nate se hubiera inventado el nombre.

—Hay que pararles los pies —dijo Ben, rechinando los dientes—. ¿Qué se habrá perdido para siempre?

—Sir Jon ya está ocupándose del asunto —lo tranquilizó Kieran—. Hace un rato hemos visto a Thornton y a Holloway excavando el túmulo y lo hemos llamado.

—No he querido decir nada hasta estar segura de que llegarían a tiempo —dije—, no porque no nos fiáramos de vosotros.

—Lo entiendo —aseguró Ben—. No sabíais si yo estaba implicado.

En realidad, ni siquiera me lo había planteado; un error por mi parte, probablemente. Durante una investigación —bueno, por lo menos en las dos en las que yo había participado— parecía obligatorio considerar a todo el mundo culpable hasta que se demostrara su inocencia.

Rose se agachó para estudiar las piezas.

—Necesito un poco más de luz, Ben. —Sacó la cámara e hizo varias fotos—. Al menos estas no van a llevárselas. —Se puso de pie y empezó a escribir un mensaje—. No hay cobertura, claro, pero tenía que intentarlo. —Volvió a guardarse el móvil—. Vamos.

Ben alumbró el suelo.

—Alguien ha pasado por aquí hace poco. Han dejado un rastro claro en el medio.

Tenía razón. Una gruesa capa de polvo y suciedad cubría el suelo a ambos lados, acumulado tras muchos años. Otro indicio de que Poppy podría estar allí abajo o en la torre.

Continuamos despacio mientras Ben se detenía con frecuencia

para asegurarse de que no había peligro.

—Hay que felicitar a quien construyera esto —dijo—. Los ladrillos aguantan bien y no veo muchas filtraciones de agua.

Su valoración me tranquilizó, teniendo en cuenta que nunca me habría imaginado explorando bajo tierra. Ni siquiera me gustaban el metro o los túneles de las autovías. «Lo hacemos por Poppy», no dejaba de repetirme.

Rose había tenido la precaución de fotografiar el mapa y era quien nos dirigía, calculando hasta dónde habíamos llegado.

—Deberíamos encontrarnos con una bifurcación —anunció.

Tenía razón. A pocos pasos de allí, apareció otro túnel a nuestra izquierda, probablemente el que procedía de la casa, lo que significaba que casi habíamos llegado a la torre.

—Si sigue en esta propiedad, Poppy tiene que estar en la torre —insistí—. ¡Cómo no me di cuenta! Mi madre y yo estuvimos allí hace solo unos días, de excursión, pero la puerta y las ventanas estaban cerradas con tablones, así que ni se me ocurrió…

—Así evitaban que entraran a echar un vistazo —dijo Kieran— y que Poppy pudiera avisar a nadie.

Me sentí un poco mejor por haber dado por hecho que la torre estaba vacía.

—Subimos —anunció Ben, alumbrando un tramo de escalera.

Recé fervientemente por que encontráramos a Poppy. Si no, habría que comenzar de nuevo. O echar la puerta abajo para comprobarlo.

«Cada cosa a su debido tiempo», me reprendí. Siempre podíamos pedirle a la policía que comprobara la torre por nosotros. Sería lo más sensato.

Ben llegó al último escalón.

—Ya estamos. —Le temblaba la voz—. Espero que esté aquí.

—Tú y yo, los dos —dijo Rose con vehemencia.

Un candado lanzó un destello cuando el haz de luz pasó por encima de él. Kieran se adelantó para echarle un vistazo.

—Es nuevo. Mira cómo brilla; hasta el pasador.

—Tiene que estar ahí dentro. —Ben empezó a aporrear la puerta con el puño—. ¡Poppy! ¡Poppy! ¡¿Me oyes?!

Oímos que alguien la golpeaba desde el otro lado. Guardamos silencio y prestamos atención.

—¿Ben? Oh, Ben. —Alguien empezó a sollozar—. Has venido.

# CAPÍTULO VEINTIUNO

Ben buscó una palanqueta en la mochila.

—Apartaos —nos pidió.

Regresamos junto a la escalera, lo bastante lejos para que pudiera trabajar, cosa que hizo con el fervor de un hombre que rescata a su amada, por lo que el cerrojo saltó en cuestión de segundos.

—Espera, antes de que toques el pomo —dijo Kieran—. Usa la camiseta o un pañuelo para no borrar las huellas. O dejar las tuyas.

—Bien pensado —observé—. Ojalá tuviéramos un equipo de revelado de huellas.

De pronto, me invadió una oleada de rabia. ¿Qué clase de desgraciado secuestraría a una joven y la tendría encerrada durante días?

—Vale, que sea lo que dios quiera —dijo Ben. Se levantó el borde de la camiseta y lo usó para abrir la puerta por el vástago.

Contuvimos el aliento mientras el pomo giraba y él empujaba la puerta con suavidad.

—¡Ben!

Poppy se lanzó a sus brazos.

Él la estrechó con fuerza.

—Amor mío. No sabes lo preocupados que estábamos.

—Estoy bien —aseguró Poppy—, solo tengo hambre. Y apesto.

—Eso me da igual —dijo él, abrazándola de nuevo con un

gruñido de alegría.

—Y a mí también —declaró Rose, sumándose al abrazo. Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Kieran y yo nos mantuvimos apartados; no queríamos interrumpir la reunión. Abrí la mochila de Rose y saqué una cantimplora con agua y un sándwich, para cuando Poppy quisiera comer, mientras Kieran recorría la habitación con la linterna.

Estábamos en la planta baja de la torre. El suelo, las paredes y el techo eran de piedra, y una escalera, también de piedra, rodeaba la pared. Además de unas mantas amontonadas, había envases de comida, una jarra de agua y un cubo para usar como retrete. Nada más.

—¿Quién ha sido? —preguntó Ben con voz imperiosa.

Poppy seguía aferrada a su hermana.

—El doctor Holloway. Descubrí…

Oímos a alguien resollar en la escalera y nos quedamos helados, con el horror dibujado en nuestros rostros.

El profesor apareció en la entrada.

—Menuda sorpresa. Tienes invitados, Poppy. —Parpadeó y alzó un brazo cuando Ben le apuntó a los ojos con la linterna—. Apaga eso.

Ben se abalanzó hacia él con una rabia que aumentaba por momentos.

—Tienes suerte de que no te retuerza el pescuezo. ¿Cómo te atreves a secuestrar a mi prometida?

Kieran se puso detrás de Holloway y lo agarró por los brazos.

—Más vale que no se mueva. ¿Hay cobertura, Molly?

Miré el móvil.

—No, nada. —Me volví hacia Holloway—. ¿Por qué no lo han detenido?

Una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro.

—Me he ido antes de que llegara la policía. Yo ya estaba de camino de vuelta a la mansión. —Torció el gesto—. Mi plan era coger cuatro cosas y largarme.

Miró hacia la puerta abierta, como si pensara en las piezas que habíamos encontrado.

—¿Y mi hermana? —Rose estaba encendida de ira—. ¿Iba a dejar que se pudriera aquí dentro?

Holloway negó con la cabeza.

—No, no, claro que no. Iba a soltarla. Bueno, a decirle a alguien dónde estaba cuando ya hubiera cruzado el Canal.

De nuevo, miró hacia la entrada.

—¿De verdad? ¿Y Robin? —pregunté—. ¿Por qué lo mató?

El profesor levantó la cabeza con gesto brusco.

—¿Que yo… maté a Robin? Lo siento, señorita, pero en eso se equivoca por completo. No estaba ni cerca de Strawberry Cottage cuando cayó.

—¿Estáis hablando de Robin Jones? —preguntó Poppy, con tono áspero—. ¿Qué le ha pasado?

—Cayó del tejado de mamá —contestó Rose—. La misma mañana que desapareciste.

—¿Qué narices estaba haciendo allí arriba? —Poppy sacudió la cabeza—. Qué raro.

—Ya te lo contaremos luego —dijo Ben—. Ahora hay que salir de aquí. —Agitó el puño a escasos centímetros de la cara de Holloway —. Después de que me digas por qué has encerrado a mi prometida.

El hombre se acobardó y abrió mucho los ojos en la semioscuridad.

—Poppy me siguió hasta la cripta. Iba a llamar a la policía, así que… —Su voz fue perdiendo fuerza hasta convertirse en un susurro.

—¿Qué? —le gritó Ben prácticamente en la cara.

—Me dejó inconsciente de un golpe en la cabeza —acabó Poppy —. Cuando desperté, estaba aquí, encerrada. No sabes la de vueltas que le he dado a cómo escapar.

Ben llevó el brazo hacia atrás para propinarle un puñetazo al profesor.

—No lo hagas —le aconsejó Kieran—. No vale la pena. Y no te

preocupes, va a pasar bastante tiempo a la sombra.

—¿Escondió el coche de Poppy? —le pregunté—. ¿Y luego lo llevó a la estación de tren?

—Sí —reconoció Holloway—. Estaba en un granero antiguo, en una punta de la finca.

Un misterio resuelto.

—¿Fue usted quien estuvo espiándonos en Strawberry Cottage? —Quise saber a continuación—. La tarde que hablaba con Iona en el cenador.

—Ese no fui yo —aseguró.

Oí el susurro de un roce en la escalera del túnel. Holloway también lo oyó y adiviné un rayo de esperanza en sus ojos.

Miranda Blake apareció en la entrada empuñando un revólver antiguo con firmeza.

—Vaya, Malcolm, parece que tienes compañía —dijo con tono ligero y malicioso. Agitó el arma en nuestra dirección—. Móviles. Ya. Ahí mismo, en el suelo. —Al ver que vacilábamos, añadió—: No me pongáis a prueba. Tengo una puntería excelente.

—No miente —aseguró Malcolm tristemente—. Si me suelta, joven —le dijo a Kieran—, podré sacar mi teléfono. O puede sacarlo usted de mis pantalones.

Kieran lo soltó y Malcolm buscó el móvil en el bolsillo delantero.

«Miranda Blake está implicada en la red de contrabando». Cómo no. ¿Por qué la reina de las hadas no podía ser la reina de los criminales, como Nate daba a entender? De hecho, era probable que se tratara del cerebro de la operación y que manipulara al desdichado Geoffrey y al débil Malcolm como si fueran marionetas.

—Tú mataste a Robin —dije cuando me adelanté para dejar el móvil—. Y fue a ti a quien vio la señora Dobbins vestida con ropa de deporte.

Seguramente, también era la corredora que contemplaba la excavación cuando tía Violet y yo pasamos de camino a Strawberry Cottage.

Miranda levantó el arma con brusquedad y yo retrocedí con las

manos en alto.

—Él se lo buscó. Esa rata, o debería decir zorro, iba a entregarnos a todos. Hay que tener valor, era tan culpable como los demás.

—¿Qué has dicho? —preguntó Malcolm boquiabierto—. No puedo creerlo.

—Pues ya puedes hacerlo —le espetó ella—. Había trabajado con la Interpol, y por eso tengo que largarme de aquí.

Recogió los móviles y los metió en la bolsa que llevaba colgada del hombro.

—No olvides la corona —le recordó Rose con un deje insolente—. Sé que te gustaba llevarla.

Miranda levantó la cabeza y adoptó una expresión calculadora. Por desgracia, el comentario no la sobresaltó lo suficiente para que se le cayera el arma.

—¿La corona? ¿Dónde está?

Rose se cruzó de brazos.

—En Strawberry Cottage. Ha estado allí oculta desde el principio. Desde antes de que muriera mi padre.

—Por eso Robin subió al tejado —añadí—. Nate la escondió allí, debajo de la paja.

Ahora sí habíamos conseguido sorprenderla.

—Ese mentiroso… Dijo que no la había encontrado, que Nate debía de haberla cambiado de sitio.

Robin seguramente pretendía reanudar la búsqueda una vez que se deshiciera de Miranda. Sin embargo, ella lo había tirado del tejado.

—Espera, ¿estáis diciendo que había una corona en la caja de metal que papá escondió en el tejado? —dijo Poppy—. Creía que estaba preparando otra caza del tesoro para nosotras, aunque nunca nos habría dejado subir hasta allí, claro. En cualquier caso, murió poco después y lo olvidé por completo hasta que mi madre decidió cambiar la cubierta de paja. —De pronto, lo comprendió—. Robin estaba en la excavación cuando yo conté lo de las cazas del tesoro,

Ben, ¿te acuerdas?

—Sí. Dijiste que despertaron tu interés por la arqueología.

Miranda entornó la mirada, pensativa.

—Así que la corona está en Strawberry Cottage… Gracias por la información.

Sin dejar de apuntarnos, sacó un llavero y salió de la habitación caminando de espaldas, llevándose los móviles con ella. La vieja cerradura produjo un ruido sordo.

Ben corrió hacia la puerta e intentó abrirla, pero gruñó frustrado al no conseguirlo. La aporreó con los puños.

—Las herramientas. ¿Por qué las habré dejado en la escalera?

Rose le tocó el brazo.

—Porque no sabías que una psicópata iba a encerrarnos aquí. No pasa nada, Ben. Ya se nos ocurrirá cómo salir.

Pareció tranquilizarse mientras sacudía una mano y luego la otra. Tenían que dolerle.

—¿Por qué has mencionado lo de la corona? ¿No la tienen las autoridades?

—Sí —contestó Rose—, solo quería retrasarla en la medida de lo posible y que perdiera el tiempo en una búsqueda inútil.

—¿La corona? —dijo Holloway—. Lleva casi dos décadas desaparecida. ¿He de entender que la tenía vuestro padre?

—Así es —afirmó Rose—, probablemente trataba de salvarla de gente como usted.

Con un gruñido de derrota, Holloway se dejó caer en el suelo, dobló las rodillas y apoyó la cabeza en las manos.

Poppy tenía los puños apretados y las lágrimas le caían por las mejillas.

—No puedo creerlo. Casi había salido de aquí.

Le di unas palmaditas en el hombro, tratando de consolarla.

—Lo sé. Es para desesperarse. —Le enseñé el sándwich—. Pero tenemos comida.

Kieran recorrió la habitación apuntando con la linterna hacia las paredes, en las que vio tres ventanas, todas cerradas con tablas.

Ben se unió a él de inmediato para encontrar una salida.

Por un momento, flaqueé. ¿Íbamos a quedar atrapados allí dentro para siempre, muriéndonos de hambre y de sed? ¿Y si nadie…? A pesar del esfuerzo que requirió, me recompuse. Daisy y Tim sabían que estábamos en los túneles. Ellos se asegurarían de que nos buscaran.

—Bueno, yo iba a hacer una cuerda con las mantas para ver si podía bajar haciendo rápel por la pared exterior —dijo Poppy entre un bocado y otro—. Pero no tenía con qué cortarlas.

Eché un vistazo a la escalera de piedra.

—¿Se puede salir al tejado de la torre?

—Supongo que sí —contestó Poppy—. Hay una trampilla.

Rose se acercó a nosotras, les echó un vistazo a las mantas y luego a la escalera.

—Vamos a comprobarlo.

Allá que subimos las tres, rodeando la torre a medida que ascendíamos los estrechos peldaños de piedra. Mantuve los ojos al frente en todo momento para evitar mirar abajo. No había barandilla y, en circunstancias normales, no habría pisado esa escalera ni muerta.

La trampilla no estaba cerrada, por lo que pudimos salir a la azotea, rodeada de almenas. Rose se acercó a la más próxima y se asomó.

—Por este lado no está tan mal. ¿Veis cómo asciende el terreno?

Con el sándwich aún en la mano, Poppy se reunió con ella.

—¿Cuántos metros habrá? —Lo calculó a ojo—. Sí, creo que podríamos apañárnoslas con la cuerda. Podríamos hasta hacerla doble.

—Qué emocionante —dijo Rose—. Estamos siguiendo los pasos de Flambard.

«¿Quién?», me pregunté. Me alegraba que a Rose le hiciera ilusión la idea de colgarse por el borde. Yo estaba muerta de miedo.

—Ah, sí, el obispo de Durham —explicó Poppy—. Usó una cuerda para escapar de la Torre de Londres en 1101.

—¿Sobrevivió? —bromeé cuando me acerqué con cuidado a las almenas, que no eran muy altas que dijéramos. Sería muy fácil caerse por el borde. «¿Cómo Nate?». No quería pensar en aquello en esos momentos y, menos aún, recordárselo a sus hijas.

—¿El obispo de Durham? Otros veinte años o así —contestó Poppy.

—Me alegro.

Miré a mi alrededor por si veía a Miranda… o a quien fuera, en realidad. ¿La policía seguiría en Thornton Hall? Estaba segura de que Daisy y Tim les dirían que estábamos buscando a Poppy y que ellos darían con nosotros, pero ¿nos encontrarían antes de que Miranda escapara?

Una luz brilló en la oscuridad, a poca distancia.

—¿Creéis que será Miranda?

Las hermanas entrecerraron los ojos tratando de distinguir algo.

—Podría ser —decidió Poppy—. El cementerio está en esa dirección.

—¿Adónde diríais que va? —pregunté, teniendo en cuenta que conocían la finca mejor que yo.

—A Strawberry Cottage —aseguró Rose—. Me juego lo que quieras. Perderá bastante tiempo buscando la corona, espero que el suficiente para que podamos avisar a la policía.

Poppy volvió a asomarse a las almenas.

—Estoy lista. Empecemos a rasgar las mantas.

Bajamos la escalera con cuidado hasta la planta baja.

—¿Listo para hacer un Flambard? —le preguntó Rose a Ben.

Entendió la referencia de inmediato.

—Supongo que sí. No hay otra manera de salir, salvo que arranquemos las tablas de las ventanas y la puerta. Me daría de tortas por haber dejado la palanqueta en el túnel.

—No lo hagas —dijo Poppy—. Coge un sándwich.

Le pasó la mitad de uno y lo besó en la mejilla. A pesar de las circunstancias tan poco ideales, desde que conocía a Ben no lo había visto tan feliz.

Ayudándonos de su navaja, hicimos tiras con las mantas y las sábanas y las trenzamos hasta obtener una cuerda improvisada.

—Bueno, espero que aguante —dijo Kieran, dándole un tirón a una—. O nos pegaremos un buen costalazo.

—Yo no voy a hacerlo —anunció Holloway. Seguía hecho un ovillo, compadeciéndose de sí mismo.

—Tampoco íbamos a dejarte, amigo —dijo Ben—. Tú te quedas ahí, flagelándote en la oscuridad hasta que llegue la policía.

Miró a Kieran y le susurró algo.

Los dos hombres se acercaron a Holloway con paso decidido.

—Vamos a atarte —dijo Kieran—. Así será mucho más fácil. Para nosotros.

Durante un momento creí que Holloway se resistiría, pero se sometió y dejó que le ataran las manos y los tobillos con las tiras de tela sobrantes.

—Creo que deberíamos bajar nosotras primero —nos dijo Rose a Poppy y a mí—. Pesamos menos que Ben y Kieran.

Sentí un nudo en el estómago. ¿De verdad iba a subirme a las almenas y a descender por la pared de la torre con una cuerda hecha de jirones? Pues parecía ser que sí. Con la sensación de estar siguiendo una marcha fúnebre, ascendí la escalera con Rose y Poppy. Ben y Kieran llevaban la cuerda. Una vez en la azotea, los hombres encontraron la manera de sujetarla, ayudándose de dos anillas de hierro y el borde de la trampilla.

Ben le dio un tirón.

—Debería funcionar. ¿Quién es el primero?

Rose se adelantó.

—Yo. ¿Recordáis mis salidas a hacer escalada en Escocia? Esto está chupado.

Su seguridad me hizo sentir un poco mejor. Conteniendo la respiración, vimos cómo Ben la ayudaba a salvar el borde. Rose afianzó los pies en el muro, se inclinó hacia fuera y descendió por la pared, una mano tras otra.

—¡No os deslicéis por la cuerda u os quemaréis las manos! —nos

advirtió—. ¡Y además podéis daros de bruces contra la pared!

Poppy fue la siguiente, después de besar a Ben con intensidad. A pesar de su cautiverio, estaba en forma y se reunió con su hermana en cuestión de medio minuto.

—¡Te toca, Molly! —dijo Rose—. ¡Venga, Vermont, tú puedes!

Miré un momento a Kieran, que se encogió de hombros.

—¿Los tabloides? —supuso.

—Vale.

Me froté las manos en las piernas para secar el sudor y, mientras sentía que la cabeza me daba vueltas, me obligué a respirar de manera acompasada.

—No lo pienses mucho —me recomendó Kieran mientras me ayudaba a subir a la almena.

Para mi alivio, descubrí que en el otro lado había un saliente donde apoyar el pie. Coloqué el pie derecho, agarré la cuerda con las dos manos y abandoné el borde. Siguiendo los consejos de Rose, descendí apoyando los pies en la pared, y los mantuve casi a la misma altura de mis caderas, con las piernas ligeramente flexionadas. Al principio, tenía que obligar a mis manos a moverse, pero una vez que le cogí el tranquillo, no se me dio mal.

Hasta que apenas quedaban algo más de dos metros para llegar al suelo y, horrorizada, oí que la cuerda se desgarraba.

—¡Dobla las rodillas cuando saltes! —gritó Rose—. ¡No aterrices de pie!

Ni de cabeza. Moví tan deprisa las manos y los pies que apenas los distinguía durante el descenso, en lo que parecía una carrera contrarreloj, mientras la cuerda se deshilachaba. Con miedo a que cediera y yo cayera en picado, decidí soltarme y aterricé con dureza, con las rodillas dobladas, pero sentí el impacto en todo el cuerpo. Me golpeé contra el suelo con un gruñido.

—¿Estás bien?

Rose y Poppy se arrodillaron a mi lado, mirándome con preocupación.

Rodé sobre mí misma y me incorporé.

—Estoy bien. —Les tendí las manos para que me ayudaran a levantarme—. O lo estaré.

Alzamos la vista hacia Ben y Kieran, que también nos miraban.

—¿Y ahora qué? —pregunté—. ¿Podéis arreglar la cuerda?

Kieran se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Y si os adelantáis? Detened a Miranda y buscad a sir Jon o a la policía.

Poppy agitó una mano en dirección a Ben.

—Te quiero.

—Y yo a ti —contestó él—. Por favor, ten cuidado.

—La vigilaré de cerca —dijo Rose—. Señoras, andando.

Enfiló el claro con paso decidido, en dirección al arco de las zarzas.

—Vamos allá.

Poppy siguió a su hermana.

Tratando de olvidar el dolor tras la estremecedora caída, me puse en marcha, ansiosa por ver si podíamos desbaratar los planes de huida de Miranda. ¿Quién lo hubiera imaginado? Las niñas Strawberry y yo camino de cumplir una misión en Bosque Profundo. A veces, la realidad superaba de verdad la ficción.

# CAPÍTULO VEINTIDÓS

Las luces de Strawberry Cottage estaban encendidas.

—La hemos pillado —susurró Rose, mientras atravesábamos el jardín sin hacer ruido. Por las ventanas, vimos a Miranda revolviendo el salón, lanzando libros por doquier y vaciando el contenido de los cajones. No había ni rastro de la pistola ni de nuestros móviles, al menos desde donde estábamos.

—¿Qué hacemos? —susurró Poppy.

Rose lo pensó un momento.

—¿Y si nosotras la distraemos mientras tú buscas el teléfono fijo, Poppy? Llama a emergencias.

Poppy asintió.

—El supletorio del dormitorio de mamá. Subiré por la escalera trasera sin hacer ruido.

Se dirigió hacia allí de puntillas y buscó la llave tanteando el dintel.

—Nosotras iremos por delante —dijo Rose, tocándome el brazo.

—¿Crees que nos disparará? —pregunté directamente.

Rose se acercó un poco más a mí.

—Solo hay que llamar su atención, no hablar con ella —me susurró al oído.

Tenía razón. Rodeamos la casa dirigiéndonos al otro extremo, lejos del salón y del frenesí de Miranda.

La pistola estaba en el escalón de la entrada, donde la había

dejado mientras forzaba la puerta de la casa, pero no había señales de los móviles. Esperaba recuperar el mío, aunque tenía una copia de seguridad en la nube.

Rose señaló el arma con una sonrisa.

—Gran error.

Cogió la pistola y, tras comprobar que tuviera puesto el seguro, la encajó en la cinturilla. Me indicó que la siguiera con un gesto.

—Eh, Miranda —la llamó Rose, con los brazos en jarras—. ¿Qué, echando un vistazo?

Miranda se dio la vuelta, tropezando por la sorpresa.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó con el ceño fruncido cuando se hubo recuperado.

Su mirada recayó en la pistola.

Rose le dio unas palmaditas.

—Ahora es toda mía. La policía está de camino, así que te recomiendo que te sientes y te pongas cómoda.

Un jarrón pasó volando junto a la cabeza de Rose y se estrelló contra la pared. Los fragmentos de porcelana cayeron al suelo con estrépito. Miranda hizo el amago de salir corriendo primero a un lado y luego al otro, con la intención de decidir cuál era la mejor vía de escape.

—No llegarás lejos —le advertí, agarrando el arma que tenía más a mano, que era un paraguas enrollado con una punta que daba miedo—. Date por vencida.

Miranda retrocedió hasta la chimenea.

—Haré que os detengan por amenazas.

Agitando el paraguas, me eché a reír.

—¿Quién ha caído ahora en una trampa, doña hojitas de té?

En cierto modo, la lectura de los posos había sido acertada, al menos en cuanto a lo de caer en una trampa. Me pregunto qué habría dicho de su propio futuro. «¿Ir directa a la cárcel?».

Poppy bajó corriendo por la escalera delantera.

—La policía viene hacia aquí. —Sonrió—. Les ha sorprendido mucho que los llamara yo. Por lo visto, me han buscado por todo el

país.

—Tenemos mucho que contarte —dijo Rose—. Después de que esta vaya a la cárcel.

Miranda se dejó caer en una otomana y empezó a llorar.

—Yo no he hecho nada. Han sido Geoffrey, Malcolm y Robin. Yo solo era un testigo inocente.

Su intento de manipularnos me enfureció.

—Hasta que empujaste a Robin desde el tejado. Y, seguramente, también mataste a Nate.

Parecía ser su *modus operandi*.

Varias emociones se dibujaron en su cara, como si decidiera qué decir o qué imagen dar.

—No hay pruebas de que tuviera nada que ver con eso —contestó con un hilo de voz.

Y escogió las palabras equivocadas.

—¡Mala pécora! —gritó Rose—. Tú mataste a mi padre. ¿Por qué?

Miranda bajó la mirada hasta la alfombra.

—Iba a delatarnos. Al principio, Nate le daba la razón a Geoffrey y apoyaba el razonamiento lógico de que todo lo que hubiera en su propiedad le pertenecía, como dueño de las tierras. Pero cuando empezaron a vender las piezas… Nate se puso hecho una fiera. Se llevó la corona y se negó a decir dónde estaba. —Resopló con desdén—. Como si la princesa existiera de verdad.

—Lo hizo —repuse—. Hace mil años, pero existió.

Las dos chicas parecían querer descuartizarla, y las entendía a la perfección.

—Dejádsela al inspector Ryan —les recomendé—. Va a pasarse mucho, muchísimo tiempo a la sombra. ¿Y sabéis qué? Eso significa que vuestra madre está libre de sospecha.

—¿Qué tiene que ver mi madre en todo esto? —Poppy parecía confusa—. ¿Dónde está?

Rose rodeó a su hermana con los brazos.

—Como ya te he dicho, hay muchas cosas que no sabes. Pondré

la tetera al fuego y tendremos una charla.

Unos destellos azules refulgieron en el cielo. Había llegado la caballería. ¿O debería llamarlos la brigada de la limpieza? Con la emoción a flor de piel, no pude evitar echarme flores: una vez más, yo, con la ayuda de mis amigos, había resuelto un caso.

DOS SEMANAS DESPUÉS, VIERNES POR LA TARDE

El rumor de las risas y las conversaciones hacía vibrar Thomas Marlowe con el aluvión de personas que habían acudido a la lectura de Iona. La tienda rebosaba de flores que habían enviado los admiradores, y sonaba *Pedro y el lobo*. Las hileras de sillas se ocupaban deprisa y sospeché que nos tocaría quedarnos de pie. No se trataba de uno de esos encuentros típicos en los que se servía vino y queso. Era una efusiva demostración de amor por Iona y su obra.

—Llegué a creer que nunca se materializaría —le confesé a mi madre mientras metía botellas de vino en cubiteras de hielo.

—Lo mismo digo —respondió mi madre con una risita—. No sabes lo contenta que me puse cuando supe que habían dejado libre a Iona. —Recolocó una tabla de quesos—. La semana que viene hemos quedado para ir a tomar un café al pueblo. Qué bien sienta tener una amiga.

Abracé a mi madre.

—¡Cuánto me alegro! Esperaba que hicieras amigos. Bueno, además de tía Violet y de mí.

—Vosotras siempre seréis mis favoritas —repuso mi madre, devolviéndome el abrazo—, ni lo dudes.

Hablando de favoritos, Kieran entró en la sala con una botella de champán muy caro.

—¿Te has cambiado de bando? —pregunté. Igual que yo, prefería la cerveza.

—Ni hablar. Esto es de mi madre. Un regalo para la autora.

—Qué detalle. —Mi madre cogió la botella y estudió la etiqueta—. La guardaremos.

—Le habría gustado venir —dijo Kieran—, pero han tenido que irse a Londres.

Frunció el ceño y me pregunté si el viaje tendría algo que ver con la salud de lord Scott. Kieran había mencionado que no se encontraba muy bien.

—Qué pena —dije.

Ahora que ya había roto el hielo con sus padres, me apetecía conocerlos de verdad. En otras palabras: había sobrevivido al primer encuentro y tenía grandes esperanzas a largo plazo.

—Por cierto, comida familiar la semana que viene —me informó Kieran—. Si te va bien.

Entrelacé mi brazo con el suyo y le di un beso.

—Seguro que sí.

Dudaba que tuviera nada en la agenda, pero, de ser así, podía cambiarlo sin problemas.

—Vaya, ¿qué es todo esto? —preguntó alguien con un vozarrón.

Me volví y me topé con George Flowers, un amigo de la familia y un habitual de la librería. Esa noche, el fornido caballero estaba muy guapo, con una camisa de cuello abierto y unos pantalones recién planchados, todo un cambio respecto a su ropa de trabajo habitual, la que solía llevar para arreglar lo que fuera, tanto en la tienda como en su edificio de apartamentos.

—¡George! —exclamé, lanzándome a sus brazos—. Te hemos echado de menos.

George se había convertido en una especie de tío favorito para mí.

Su ancho rostro se sonrojó mientras me daba unas palmaditas en la espalda.

—Vaya, a eso lo llamo yo una cálida bienvenida, muchacha.

—¿Adónde has ido de vacaciones? —preguntó mi madre—. ¿A Saint Andrews?

George era un aficionado al golf y se decía que el deporte se había originado allí.

Para mi desconcierto, el sonrojo de George se acentuó. El hombre se aclaró la garganta.

—En realidad, he estado haciendo una ruta literaria por Yorkshire. Lo llaman el Aliento de las Brontë.

—No hay de qué avergonzarse —aseguró mi madre—. Estás entre amigos.

A pesar del nombre sensiblero, la ruta parecía interesante.

—Tienes que hablarme de eso —le pedí—. Ah, y respondiendo a tu pregunta, Iona York hoy hace una lectura aquí. ¿Una copa de vino?

Una oleada de emoción recorrió la sala cuando Iona, flanqueada por sus hijas, entró en la habitación. Las tres estaban despampanantes, vestidas de rojo; un guiño al libro. Iona había escogido un traje pantalón de seda, y las chicas llevaban vestidos con volantes y sandalias de cordones. Ben iba detrás de ellas, sonriente, rebosante de orgullo y felicidad. Había oído que la universidad lo había contratado para que diera clases durante el curso siguiente, tras la finalización de su doctorado.

Por lo visto, la condena de cárcel de Holloway por secuestro y contrabando había dejado una vacante, y los profesores respetuosos de la ley elogiaban el trabajo de Ben.

Geoffrey también tenía problemas legales por la venta ilícita de antigüedades, y Thornton Hall estaba a la venta. En cuanto a Miranda, había confesado dos asesinatos y se enfrentaba a la cadena perpetua. Quizá pudiera sacar algo de dinero leyendo los posos del té allí dentro. La corona iría al Museo Británico, junto con otras piezas de Thornton Hall.

Según se decía, Holloway y Geoffrey afirmaban no tener nada que ver con los asesinatos. Geoffrey se había mostrado horrorizado al saber que su novia desde hacía tantos años era una asesina, aunque reconocía que, en el caso de Robin, tenía sospechas. La mañana del asesinato, Robin les dijo a Geoffrey y a Miranda que la

Interpol les pisaba los talones. Miranda sumó dos y dos y dedujo que Robin los había traicionado, por lo que salió tras él, hecha una furia.

El último cabo suelto, quién había allanado la tienda de Robin, resultó ser tía Janice, que había entrado a registrar el lugar en busca de cualquier prueba que demostrara su relación con Robin. También había borrado la foto de su cita, la que yo había encontrado en las redes sociales.

Tía Violet apareció al frente de la habitación.

—Buenas tardes a todos —dijo con voz estentórea.

Los asistentes fueron guardando silencio poco a poco entre susurros de «disculpa» y «lo siento» a medida que ocupaban sus asientos.

—Esta noche tenemos una invitada muy especial, una autora que ha alegrado la vida de los niños, y de sus padres y profesores, durante casi veinte años. Tras la trágica muerte de su marido, Iona York recogió el testigo y llevó a su fin el proyecto en el que Nate había depositado tanta pasión. Inspirada por sus preciosas hijas y el lugar tan especial en el que viven, con todos vosotros, Iona York y *Las niñas Strawberry*.

El público rompió a aplaudir entre vítores cuando Iona se acercó a tía Violet. Rose y Poppy ocuparon los asientos que tenían reservados en la primera fila. Clarence avanzó tranquilamente por el pasillo y, tomando impulso, se encaramó de un salto a sus regazos. Sí, he dicho regazos. Es un tipo grande.

Iona sonrió radiante mientras el aplauso continuaba. Al final, levantó una mano.

—Por favor, parad —dijo—. Ya tengo un ego bastante crecido, según mis hijas.

Guiñó un ojo mientras sus hijas protestaban.

—Como seguramente sabéis —Iona levantó el tabloide más injurioso—, en los últimos tiempos me he vuelto viral. Me alegra informaros de que todo son bulos y no, no he liquidado a nadie. —El público lanzó una carcajada—. Pero mi precioso y querido libro sí ha

arrasado en todas las listas de ventas, gracias a vosotros.

Poco a poco, el público recuperó la serenidad, y se oyeron suspiros satisfechos cuando Iona cogió un nuevo ejemplar del libro y lo abrió.

—«En una cálida noche de verano, bajo la luz de la luna de fresa, nació una niña en una casa con techo de paja, junto a Bosque Profundo» —leyó.

Seguía avergonzándome un poco que, por muchas veces que hubiera leído *Las niñas Strawberry*, en ningún momento se me hubiera ocurrido buscar a Poppy en una torre de inmediato, justo el pasaje que se acercaba. Sin embargo, también había que tener en cuenta que el contexto lo era todo y que hasta ese momento tampoco había leído el libro pensando en las personas que retrataba. Además, aun así, habíamos conseguido rescatar a la princesa y detener a la villana.

Dejándome llevar por las palabras de Iona, me apoyé en la pared, junto a Kieran, y escuché, transportándome al mundo mágico de las niñas Strawberry. No había ninguna persona en la sala, tuviera la edad que tuviese, que no pareciera cautivada. Ese era el poder de las historias.

En serio, tenía el mejor trabajo del mundo, además de un novio fantástico, unos amigos fabulosos, una familia que me quería… Como si me leyera la mente, Puck se onduló entre mis tobillos como una sombra sedosa y me agaché para cogerlo. Ah, y el mejor gato que haya existido nunca… aparte de Clarence.

Era una mujer muy afortunada.

Las niñas Strawberry (final)

Cuando las niñas Strawberry dieron media vuelta para continuar la búsqueda, el topo se detuvo y empezó a olisquear el aire con el hocico bigotudo.

—¿Habéis mirado en la torre? Cada vez que desaparece una princesa, suele estar encerrada en una torre.

Poppy miró a Rose.

—Tiene razón. —Se volvió hacia los demás—. ¿Dónde está la torre?

El ermitaño dejó de pulir la espada con un suspiro.

—Subid por ese sendero y continuad hasta que topéis con un seto de rosales espinosos. —Se rio con aspereza—. Bueno, no os topéis literalmente con él. Tiene unas espinas muy puntiagudas. Rodeadlo hasta que encontréis la verja. Cruzadla y encontraréis la torre. —Las saludó con una mano sucia—. Adiós, y que haya suerte.

El poni avanzó por el sendero con paso lento pero decidido.

—¿Qué haremos si la princesa Audrey no está en la torre? —preguntó Rose —. Y si está, ¿cómo vamos a sacarla?

—No pienses en eso ahora —dijo Poppy—. Cada cosa a su tiempo.

Su hermana le recordó tanto a su madre que Rose se sintió reconfortada. Descansó la mejilla sobre el hombro de Poppy y rebuscó en el bolsillo con la esperanza de dar con una chocolatina perdida o dos.

Una chocolatina había quedado medio escondida al fondo… No, eran dos.

—Poppy, mira lo que he encontrado. —Rose se la puso en la mano—. Acaba de aparecer en mi bolsillo.

—Qué bien —se alegró Poppy, y rasgó el papel—. Ñam. Es mi preferida.

Conforme se acercaban a la torre, empezó a soplar un viento feroz que estuvo a punto de arrebatarle el envoltorio de la mano a Rose, quien se lo guardó en el bolsillo de inmediato porque no quería ensuciar el bosque.

Zarzamora agachó la cabeza y aminoró el paso; el viento soplaba con tanta fuerza que el animal luchaba para avanzar. De pronto, comenzó a acribillarlos una lluvia helada; las gotas les corrían por las mejillas y se les colaban por el cuello del vestido.

—Pero ¿qué está pasando? —preguntó Rose, apartándose los rizos empapados de la cara.

—Alguien está usando la magia para alejarnos de la princesa —dedujo Poppy —. ¡Has ido demasiado lejos, ahora sabemos que está allí! —gritó, agitando un puño hacia el cielo.

Un rayo enorme desgarró el firmamento, acompañado de un trueno ensordecedor que resonó por todo el valle.

—¡Aquí te esperamos! —volvió a gritar Poppy, inclinando la cabeza hacia atrás.

—Eres supervaliente —dijo Rose.

—Al mal tiempo, buena cara.

Ahora le había recordado a su padre, quien siempre tenía un dicho para todo tipo de situaciones.

Los copos de nieve empezaron a mezclarse con las gotas de lluvia y el camino se llenó de barro. El intrépido Zarzamora resbalaba cada dos por tres, pero continuó adelante.

Finalmente, el aguacero se convirtió en una nevada. Los copos eran cada vez

más grandes, hasta que acabaron cayendo bolas de nieve del cielo.

Rose rio cuando una se despachurró en su cabeza.

—Tiene que ser magia.

Extendió la mano hasta que se formó una bola de nieve en la palma y se la lanzó a un árbol con un gritito complacido. Poppy la imitó y segundos después estaban arrojando bolas de nieve a diestra y siniestra.

La nieve paró y se derritió como… Sí, como por arte de magia. Un enorme seto de zarzas se alzaba frente a ellas, impidiéndoles el paso.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rose, rascándose una antigua cicatriz que tenía en la pantorrilla. Atravesarlo no iba a gustarles, como sabía por experiencia.

Zarzamora levantó la cabeza y olisqueó el aire antes de echar a caminar, acompañado por los cascabeles de los arreos. Su paso era más ligero, casi alegre.

—Siente que su dueña está cerca —dijo Poppy.

Se puso cómoda y dejó que el poni buscara el camino para rodear el seto, tratando de averiguar la manera de cruzarlo.

Por fin dieron con el arco, que Zarzamora atravesó haciendo cabriolas, y vieron que la torre se alzaba imponente un poco más adelante. Solo se veía una luz, en la ventana más alta.

—¡Princesa Audrey! —La llamaron las niñas—. ¿Estás ahí?

La ventana se abrió de inmediato y la princesa se asomó. Al ver a las hermanas y el poni, aplaudió de felicidad.

—Me habéis encontrado. Ayudadme a salir de aquí.

—¿Cómo? —preguntó Poppy.

La respuesta de la princesa Audrey se perdió entre el batido de alas cuando una bandada de cuervos descendió sobre la torre y estos se posaron en las almenas, graznando.

Rose lamentó no poder espantarlos con lanzamientos de bolas de nieve, aunque seguramente no los habría alcanzado.

Las niñas se bajaron del poni con la esperanza de asustarlos al ver que se acercaban. Poppy levantó la corona para que la princesa viera que la tenían. La niña sonrió y alargó la mano, indicando que quería que se la devolvieran.

Un nuevo trueno retumbó en el cielo y los cuervos alzaron el vuelo con un graznido. Una nube descendió desde lo alto, dando vueltas como un tornado.

—¡Es la reina de las hadas! —gritó la princesa Audrey—. Ella es quien me ha encerrado aquí.

Una risa burlona recorrió el claro e hizo que a Poppy y a Rose se les erizara el vello de la nuca. Una forma refulgente se materializó sobre la torre y adoptó la forma de una mujer bella de alas negras y centelleantes.

—Las niñas Strawberry. Qué detalle que hayáis venido a visitarnos. Veo que tenéis algo que me pertenece.

Levantó la varita y les apuntó con ella.

Al principio no pasó nada, pero de pronto aparecieron docenas de seres diminutos que se arremolinaron alrededor del poni y corrieron hacia las niñas. Rose ahogó un grito. Duendes.

Los duendes rodearon a Poppy y le tiraron de la ropa con intención de quitarle la corona. Cuando varios la emprendieron con sus rodillas y le hicieron perder el equilibrio, Poppy gritó «cógela» y la lanzó como si fuera un disco volador.

Conteniendo la respiración, Rose dio un salto y la atrapó. Los duendes se detuvieron, perplejos. Zarzamora volvió la cabeza. La reina de las hadas se elevó en el aire con el ceño fruncido y quedó flotando.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rose. Tenía el corazón desbocado.

—Póntela y ordénale a la puerta que se abra —dijo la princesa Audrey.

Usando las dos manos, Rose se colocó la corona con cuidado en la cabeza y luego se la encajó un poco más para que no se le cayera.

—¿Ahora soy una princesa?

—Siempre lo has sido —contestó la princesa Audrey—. Sácame de aquí.

Rose levantó una mano con decisión.

—Puerta, ábrete —ordenó.

La puerta de la torre se abrió de golpe. A continuación, y sin que nadie se lo dijera, se volvió hacia los traviesos duendes.

—Duendes, volved a casa.

Se dispersaron a toda prisa, tropezando unos con otros en su huida precipitada. Rose puso los brazos en jarras y se enfrentó a la mirada airada de la reina de las hadas.

—¿Tú no tienes que ir a ninguna parte?

Con un gruñido, la reina de las hadas batió sus alas y desapareció, dejando atrás un olor verdaderamente nauseabundo.

La princesa Audrey salió corriendo por la puerta abierta, sin parar de reír.

—¡Gracias, muchas gracias! —exclamó—. Solo me daba sándwiches de mantequilla de cacahuete con la costra. Y una manzana con un gusano dentro.

—Bueno, es un poco tarde —dijo Poppy—, pero estoy segura de que habrá algo en casa. ¿Por qué no vienes con nosotras?

Rose le devolvió la corona a la princesa, a regañadientes, pero con la convicción de que nunca olvidaría la emoción de imponerse con autoridad por un buen propósito.

Las tres niñas volvieron a pie a Strawberry Cottage para que Zarzamora pudiera descansar. Dejaron que Rose llevara las riendas.

Por el camino, le contaron a la princesa sus aventuras. Detrás de ellas, la luna llena se alzó sobre la torre al tiempo que la tranquilidad regresaba a Bosque Profundo.

Fin.

# AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, mi tardío, aunque enorme y profundo, agradecimiento a las autoras Ellen Byron, Vicki Delany, Hannah Dennison, Diane Kelly, Molly MacRae, Shari Randall y Paige Shelton por sus reseñas de *Final de capítulo*. No tengo palabras para expresar lo mucho que aprecio vuestro apoyo e interés.

Asimismo, muchísimas gracias a Nettie Finn, mi editora en St. Martin's, y a Elizabeth Bewley, mi agente, por su trabajo para que esta serie llegara a la imprenta. A Sarah Haeckel, muchas gracias por enviar *Final de capítulo* a los jueces de los Edgar; fue muy emocionante estar preseleccionada para el premio Mary Higgins Clark 2022. Gracias también a Allison Ziegler, Katie Minerva y Barbara Wild de St. Martin's por su ayuda impagable.

Nota de la autora: muchos de los lugares que aparecen en la serie son reales, pero Magpie Lane y los establecimientos que la recorren, así como el pueblo de Hazelhurst, son ficticios. El hallazgo en Cambridge de una sepultura perteneciente a una joven sajona, en la que también se encontraron joyas de oro y piedras preciosas, inspiró en parte la novela. Asimismo, he incluido elementos del folclore y los cuentos de hadas anglosajones en el relato de *Las niñas Strawberry*, un cuento original.





ELIZABETH PENNEY. Es autora de más de una veintena de cozy mysteries, incluida la serie Apron Shop. El primer título de la serie Una librería en Cambridge, Final de capítulo, estuvo nominado al Premio Mary Higgins Clark 2022. Elizabeth creció en Inglaterra y Francia, y ahora reside en las Montañas Blancas de New Hampshire, donde escribe novelas y trata de cultivar cosas. Más información en: www.elizabethpenneyauthor.com